

JUAN VILLORO

*¿Hay vida
en la Tierra?*



¿Hay vida en la Tierra? cuenta cien historias tan diversas como contundentes, cien relatos apoyados en una prosa adictiva. Juan Villoro analiza el extraño misterio de ser mexicano, se ocupa de la forma en que la tecnología modifica nuestras relaciones, desarrolla una teoría del mariachi, presencia una confesión del escritor japonés Kenzaburo Oé, conoce a dos tortugas en el campo de concentración de Dachau, abre una maleta que encierra el dolor del exilio republicano, enfrenta el desafío mayúsculo de pedir un capuchino y diseña un episodio de Los Simpson en el Distrito Federal. Hilarante catálogo de las paranoias, malentendidos, molestias e ilusiones que conforman la vida cotidiana, ¿Hay vida en la Tierra? traza un singular retrato de nuestra época. El registro de los sucesos transita con fluidez de lo culto a lo popular. Los afilados aforismos de este libro pueden venir de Nietzsche, una galleta china de la suerte, un gurú del kung-fu, un taxista extraviado, una niña de siete años o un peluquero deprimido. Imprescindible manual de primeros auxilios para entender la forma en que el presente se convierte en tradición, ¿Hay vida en la Tierra? revela secretos para cuidar amistades como peces dorados, llegar al destino con oportuno atraso y entender la despedida como un poema épico. Villoro, en una exhibición literaria de primer orden, logra que la indómita vida diaria adquiera sentido al ordenarse en una historia.



Juan Villoro

¿Hay vida en la Tierra?

ePub r1.0

Titivillus 20.12.15

Juan Villoro, 2014

Diseño de cubierta: Anagrama

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



En forma ejemplar, Jorge Ibargüengoitia escribió en el *Excélsior* dirigido por Julio Scherer García de temas tan personales como su teoría del claxon o las vacaciones de su sirvienta Eudoxia. Aunque dos veces por semana demostraba que los misterios de la vida diaria pueden ser tema periodístico, se mantuvo en nuestra tradición como un caso excepcional.

Me gusta pensar que este libro sigue su estela. No he querido construir cuentos sino buscarlos en la vida que pasa como un rumor de fondo, un sobrante de la experiencia que no siempre se advierte.

¿Hay vida en la Tierra? es resultado de un largo proceso. Empecé a mezclar realidades con la mirada del fabulador en la columna «Autopista» de *La Jornada Semanal*, de 1995 a 1998. Luego vinieron «Domingo breve», columna publicada en ese mismo suplemento, de marzo de 1998 a diciembre de 1999; «Días robados», publicada en *Letras Libres*, de 2001 a 2004, y mis colaboraciones para el periódico *Reforma*, de octubre de 2004 a la fecha. Ese trabajo sirvió de borrador a las historias de este libro.

Cuando escribí mi segundo editorial para *Reforma*, bajo el título, poco noticioso, de «La nariz expresiva», Carlos Monsiváis me dijo con su habitual afecto admonitorio: «No puedes seguir así.» Me explicó que si me desmarcaba demasiado de lo Importante, no tendría oportunidad de ejercer lo Caprichoso. Seguí su consejo y de cuando en cuando me ocupé de alguna noticia.

El costumbrismo ha caído en desuso en la literatura. Para contemplar hábitos hay que encender Discovery Channel. La etología informa de la reiterada conducta animal. En cambio, la narración requiere del suceso único, irrepetible, que sin embargo define a una persona, un grupo o incluso una sociedad. *¿Hay vida en la Tierra?* retrata cambios de conducta, los momentos —a veces críticos, a veces inadvertidos— en los que algo se comienza a hacer de otra manera; las rarezas que al generalizarse definen una época.

El libro reúne artículos, o articuentos, como Juan José Millás llama a los aguafuertes periodísticos donde explora la fantasía de los hechos que aspiran a la condición de relatos accidentales. Fueron escritos entre otros que de manera más convencional justificaron mi papel de

editorialista. En ocasiones, las fechas de escritura pueden reconocerse por algún suceso noticioso o por las cambiantes edades de mi hija Inés, nacida en el canónico año 2000. La mayoría de las veces, los relatos se mueven en una zona utópica: un presente suspendido.

En *Traiciones de la memoria*, Héctor Abad Faciolince describe a un verdulero de Mendoza, Argentina, afecto a las frases sugerentes. Hombre sabio y muy dedicado a los tomates, explica así su negativa a hacer ventas a domicilio: «Yo vivo de sus tentaciones, no de sus necesidades.»

La frase se puede aplicar a la prensa, donde unos viven de la tentación y otros de la necesidad. Los diarios necesitan información (la agenda del presidente, la catástrofe de turno, los goles del domingo, el estado del clima), pero también ofrecen textos de antojo que son lo contrario a una exclusiva: encandilan con algo que podríamos ignorar. No se basan en la información sino en su manejo hedonista.

Julio Camba, Roberto Arlt, Álvaro Cunqueiro, Ramón Gómez de la Serna, Josep Pla, Eça de Queiroz y Jorge Ibarguengoitia perfeccionaron el difícil arte de vender lechugas por su aspecto. Sus artículos son casos de tentación artística.

En tiempos de comida congelada y activos mensajeros en motocicleta, las necesidades se satisfacen más y mejor que los caprichos. Los periodistas de tentación no siempre encuentran espacio para ofrecer los duraznos que frotan con esmero en sus solapas. Y, pese a todo, no han dejado de demostrar una paradoja: también la tentación es necesaria. A fin de cuentas nada es tan humano como sucumbir a una debilidad. En *El abanico de Lady Windermere*, Oscar Wilde resume el tema: «Puedo resistirlo todo, salvo la tentación.»

Ciertas debilidades degradan, otras enaltecen, otras más son tan comunes que ni se notan. El gran desafío del periodismo de tentación consiste en mejorar las debilidades de los lectores.

¿Hay vida en la Tierra? reúne cien relatos de lo real. He cambiado algunos nombres y situaciones, pero en esencia todo proviene del entorno. La veracidad de los textos no importa en un sentido social o político, sino como el retrato íntimo de lo que ocurre. En una época de simulacros, marcada por la televisión, el universo digital y otros filtros, de pronto algo es misteriosamente real.

Cien historias de costumbres, un tiempo detenido: la forma en que vivimos por ahora.

Ciudad de México, a 31 de julio de 2011

«¿AQUÍ VENDEN LUPAS?»

Sin caer en un determinismo que sólo beneficia a las agencias de viajes, considero que el mexicano prefiere ser turista que emigrante. Aunque nos quejemos de lacras que vienen desde que Tezcatlipoca paseaba por los desiertos con su espejo humeante, rara vez pensamos en irnos para siempre. José María Pérez Gay atrapó este dilema del exilio voluntario en el título de una novela: *La difícil costumbre de estar lejos*.

Después de vivir tres años en Barcelona, amigos que no dejarían México ni para casarse con Nicole Kidman, me ven como si no hubiera pasado el antidoping. ¿Qué clase de toxina me hizo regresar? La pregunta se produce en las comidas a la hora del flan, ya agotados los temas obvios y antes de que surjan los vibrantes chismes de sobremesa.

La gastrosofía no ha estudiado lo suficiente esa zona blanda del trato social, la pausa en la que alguien debe justificar por qué está en la mesa. De poco sirve decir que la vida en México permite los placeres complementarios de quejarse del país y tener ganas de ir al extranjero. En Barcelona pierdes la ilusión de irte a Barcelona. El argumento suele ser enfrentado por unas cejas que significan: «Fracasaste, ¿verdad?» Si la medida del éxito es el tiempo de emigración, hay que reconocer que toda vuelta equivale a una derrota.

En las reuniones de evaluación de la vida nacional, llega el momento de piedad —última cucharada del flan— en que los amigos se critican para que veas lo absurdo que significa volver a estar *con ellos*. Esto te divierte «a la mexicana» (el despropósito resulta chistoso, la ofensa amable, la irresponsabilidad original, el doble sentido venturosamente indescifrable). Vuelves a tu casa y descubres que también el insomnio tiene su hora del flan: «¿Para qué volví?»

Por ventura, el destino se expresa en forma narrativa y produce historias que cifran las virtudes del regreso. Pasé mis primeros días en el DF en casa de mi madre. Cada tanto tiempo, alguien llamaba a la puerta y preguntaba: «¿Aquí venden lupas?» Me sorprendió lo repetido de la confusión hasta que mi madre dijo: «Ya se te olvidó que México es raro.» Durante tres años ejemplares, ella guardó nuestros muebles en su sala, de modo que la conversación transcurría en un escenario que semejaba un bazar otomano. Sí, México se veía raro.

Un par de días después llevé a mi hija a alimentar a las ardillas de los Viveros de Coyoacán y logré una torpeza que sólo puedo calificar de «muy intelectual»: me metí un trozo de cáscara de cacahuete en el ojo.

Mi madre me encontró intentando un lavado salvaje. «No te preocupes», la estupenda frase que repite desde hace casi medio siglo fue seguida de otra sorprendente: «Una oftalmóloga amiga mía está en la salchichonería de al lado.» Mi madre le pidió a Eufemia que sustituyera a la doctora en la fila para el jamón de pavo y de paso comprara salchichón primavera. Eufemia ha logrado que tres décadas de nuestra familia orbiten en torno a su lealtad y las recetas que trajo de Oaxaca.

A pesar de que mi madre aportó su linterna de explorador, faltaba instrumental para una revisión en regla. La oftalmóloga no veía bien. Fue el momento de la epifanía: «Tengo una lupa», dijo mi madre. Se dirigió a uno de los bultos de la sala, recorrió una alfombra y pudimos ver el brillo incierto de cientos de lentes. «También tengo telescopios», agregó. Fui revisado con un pequeño telescopio coreano. La amiga de mi madre intervino con la pericia de los grandes médicos: sólo me tocó una vez, cuando la presa estuvo a su alcance, y se negó a cobrar. El alivio sólo fue superado por el asombro de que una partícula tan pequeña provocara tantas cosas. A los pocos minutos otra vecina, dueña extraoficial de El Negro, perro semicallejero que alimenta mi madre, llamaba a la puerta para ver cómo seguía mi ojo.

El trozo de cáscara obligó a mi madre a hablar de sus lupas. Sí, tenía un pequeño negocio. ¿Por qué lo mantenía en secreto? Hay temas de los que se habla en familia y temas de los que sólo se habla cambiando de familia. Según supe ese día, uno de ellos es el comercio de lupas. No insistí. Después de todo, mis cajas y mis muebles otorgaban normalidad en la sala al bulto de las lupas y los telescopios. Le pregunté a mi madre si podía contar la anécdota. Le pareció la forma perfecta del secreto: «¡Si nadie te cree!»

Nada me pareció más lógico ni más satisfactorio que estar ahí. ¿En qué otro sitio me hubieran auxiliado de ese modo? Minutos después llamaron a la puerta. Dos mujeres de rebozo querían lupas. Recordé que las veces anteriores que abrí la puerta y me preguntaron por lupas, también había visto a gente difícil de asociar con ese instrumental. No parecían joyeros, ni filatelistas, ni detectives de gabardina. Se trataba de señoras que pedían telescopios como podían pedir cilantro. ¿Una nueva costumbre popular llevaba a indagar el mundo en proximidad extrema? «¿Qué hacen con las lupas?», le pregunté a mi madre. «Supongo que ven cosas», me dijo: «Los ojos se usan para eso, ¿sabías?» Sentí un dolorcito en el sitio donde estuvo la cáscara de cacahuete: no estaba autorizado a contradecirla.

Por la tarde vi a mi madre hacer cuentas con Eufemia. Se acercaban mucho al papel para ver las cifras. Les pregunté por qué no usaban una lupa. «Nosotras *vendemos* lupas», dijo mi madre en tono de obviedad. Me quedé ahí como ante un lente de aumento que hacía que la normalidad fuera maravillosamente indescifrable.

Había regresado.

UN ARTÍCULO DE FE

Al subir a un avión sonreímos sin saber muy bien por qué. La posibilidad de tentar al destino hace que seamos más supersticiosos que racionales: no sonreímos por dicha, sino como un conjuro contra la adversidad.

Pensé esto al tomar un avión de hélice de Zacatecas a la ciudad de México.

En la fila para documentar me había llamado la atención un hombre con el pelo a rape, camiseta de basquetbolista y botas de una piel que no supe reconocer, una piel de reptil con crestas diminutas. En su brazo, un Cristo tatuado lloraba lágrimas azules. Tres cadenas de oro le pendían del pecho y dos celulares del cinturón de pita. Lo escuché hablar en buen inglés por uno de sus teléfonos. Luego sonó el otro y habló en susurros. Su equipaje era una bolsa verde, como las que usan los soldados norteamericanos. Parecía un rancharo que hizo negocios al otro lado de la frontera y empacó de prisa. Iba acompañado por su mujer y un hijo pequeño, que tenía en los brazos calcomanías que semejaban tatuajes.

Antes de documentar, me encontré a un conocido y sobrevino uno de esos diálogos de esmerada cortesía que los mexicanos sostenemos con personas que no volveremos a ver. La mujer me vio con curiosidad.

Aunque éramos pocos pasajeros, la azafata nos dijo que debíamos respetar los asientos asignados para mantener el equilibrio de la nave. Me tocó el 12D, en la última fila, donde el respaldo no puede reclinarsse. A mi lado se sentó la mujer del hombre de los collares de oro.

He oído a conocedores encomiar los aviones de hélice, que pueden planear en caso necesario. Para el viajero común, la cabina estrecha, su tendencia a surfear en las corrientes de aire, y el hecho de que las asas pertenezcan a una tecnología *anterior*, sugieren un ambiente algo precario.

Me persigné y abrí una novela para evadirme.

Después de una bolsa de aire, la mujer de al lado preguntó:

—¿Puedo hablar con usted?

Me quité los lentes para escuchar, como si lo hiciera por los ojos. La siguiente pregunta me tomó por sorpresa:

—¿Usted cree que un enemigo puede perdonar? —Sus ojos me vieron con preocupación.

A diferencia de su marido, ella vestía con sencillez: pantalones de mezclilla, sandalias, camisa a cuadros.

—¿A qué se refiere? —le pregunté.

Enrolló con nerviosismo su pase de abordar en el dedo índice y me contó que su marido tenía que respetar un acuerdo hecho por sus jefes. «Hay gente a la que no le gusta lo que uno hace, gente que se mete con uno», dijo de manera enigmática.

Desvié la vista al hombre que dormía plácidamente. «Él es leal», la mujer hacía pausas para encontrar las palabras correctas: «Siempre ha trabajado para la misma gente. Ahora le dijeron que ya no podía trabajar así. Tuvo que aclarar cosas con otro grupo, gente que no lo quiere. Hizo cosas que no le gustaban a esos señores.» Los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas: «Sus jefes lo mandaron a verlos.»

—¿Y qué pasó? —pregunté.

—Le dieron una *chanza*.

Yo acababa de leer en *Proceso* un escalofriante reportaje de Ricardo Ravelo sobre el *narcopacto* entre los cárteles del Golfo y de Sinaloa. De acuerdo con esa información, entre mayo y junio de 2007 las bandas habían celebrado siete encuentros para negociar una tregua. Las ejecuciones perjudicaban su negocio. El pacto tenía una cláusula para tratar a los traidores: «El grupo agraviado decidirá qué hacer con ellos: si los castiga o los ejecuta.»

—¿Un enemigo puede perdonar? —la mujer repitió su pregunta.

El atuendo de su marido y la fuerza magnética del reportaje de Ravelo me hicieron pensar en una trama del narcotráfico. ¿Qué hacer en una situación donde se mezclan el miedo, el dolor de una mujer, la imposibilidad de entender, el inesperado contacto con datos oprobiosos?

El hombre dormía, como si cayera dentro de sí mismo. ¿El peligro representaba para él algo elemental? ¿Estaba tan extenuado que al fin su organismo se rendía?

¿Hasta qué punto yo quería interpretar de más? Tal vez las noticias de los últimos meses habían activado mi paranoia y me llevaban a buscar coincidencias donde no las había. Tal vez los problemas del hombre se referían a dos grupos de rancheros y no perdería otra cosa que su empleo. ¿Acaso un ranchero no se harta y se deprime y desea cambiar de aires?

Ví el pase de abordar con el que había jugueteado la mujer: su lugar era el 10D. No había sido asignada a la fila 12 ni estaba por comodidad en ese espacio donde los asientos no se reclinan. Aunque nos prohibieron cambiar de sitio, ella se había trasladado, en pos de una respuesta.

—Un enemigo puede perdonar —le dije.

Entonces ocurrió lo más raro del viaje:

—Gracias, padre —contestó.

Yo era tan exótico para ella como su marido para mí. Reparé en mi atuendo y mi conducta: iba vestido enteramente de negro y el cuello blanco me asomaba como un collarín, llevaba en las manos *El día de todas las almas* de Cees Nooteboom (ella no tenía por qué saber que se trataba de una novela), me persigné durante el despegue y en la cola para documentar hablé con un conocido en un tono que —ahora me daba cuenta— era bastante sacerdotal. Dos realidades ilusorias se cruzaban en el vuelo. Yo le atribuía a su marido un drama de sangre y ella me atribuía una espiritualidad difusa. Pero su angustia era genuina. Hubiera sido terrible revelarle a esas alturas (nunca fue más lógica la frase) que mi verdadero oficio me lleva a escuchar sin sacramento de por medio.

La mujer necesitaba creer en la palabra empeñada por un adversario y en la respuesta de un extraño en la realidad suspendida del avión. Por la ventanilla, se veía la tierra a la que bajaríamos pronto, donde la gente se entendía tan poco como los pasajeros de los asientos 12C y 12D. Pensaba en esto cuando la mujer sonrió y me mostró su pase de abordar, confesando que había cambiado de sitio:

—Hace demasiado que no hablaba con un padre. —Me vio con una confianza inmerecida.

Me había regalado un artículo de fe.

LAS MOLESTIAS DE DESCANSAR

El hombre contemporáneo convive en forma extraña con sus objetos. Aunque muchos de ellos sean inútiles, los conserva por una vaga presión moral. Hablo por mí, desde luego, pero no creo ser el único que se relaciona con los aparatos como si los hubiera adoptado.

Durante años tuve un tostador de pan que pasaba de la insuficiencia al exceso: sólo servía para broncear o cremar rebanadas. Eso resulta insignificante en comparación con el asunto que deseo contar ahora, animado por la franqueza que da la desesperación.

Hace unos días, el noticiero más visto de México dedicó un segmento a los problemas que suscita dormir en pareja. Se habló en detalle de ronquidos, patadas traidoras, jaloneos de sábanas. Me pregunté qué pensaría un extranjero de la idiosincrasia nacional ante ese despliegue de desórdenes hasta que caí en la cuenta de que formo parte de los millones de paisanos que no encuentran el modo de dormir. Consigno mi problema como una aleccionadora prueba del hombre dominado por sus cosas: mi crisis no se debe al insomnio sino al colchón.

Tal vez a causa de las responsabilidades impuestas por la cultura judeocristiana, cuando nos sentimos incómodos no le echamos la culpa a la silla sino a nuestra pésima postura. Aunque en los hoteles dormía de maravilla, no me atreví a pensar que el colchón era mi enemigo. Compré una almohada cervical para mitigar mis torceduras y me sometí a una fisioterapia en la que me infiltraron un nervio. Al paso que iba, hubiera llegado a usar un corsé ortopédico e incluso muletas para dormir en ese lecho. El asunto se agravó cuando mi esposa, que hace yoga con mística dedicación, se sintió tan contrahecha como yo.

La noche en que vi el programa sobre los matrimonios que no duermen, soñé con una cama de acero que se sentía comodísima. Al día siguiente fui a la oficina de una editorial que me había invitado a escribir un texto para el catálogo de un pintor. Al salir de ahí descubrí una providencial tienda de colchones. Me atendió un vendedor que comprendía el malestar ajeno: «¿Dónde le duele?», preguntó como un curandero.

A últimas fechas mi molestia sigue esta trayectoria: comienza en la región lumbar, sube por las

vértebras, arruina la nuca, hace un giro sobre el cráneo y se incrusta en una muela. Me pareció humillante confesar que mi colchón era tan malo que provocaba dolor de muelas. Me limité a señalar mi espalda.

El hombre pidió que probara los colchones; puso una música relajante (cantos de ballenas y delfines), tan adecuada que me dormí durante veinte minutos.

En los quince años que habían pasado sin que yo entrara en contacto con las novedades de los colchones, la tecnología había avanzado a niveles casi esotéricos. Me mostraron un ejemplar con hilos de carbono antiestrés y otro con cinco zonas relajantes (esta última estructura era tan orgánica que invitaba a darle masaje). Me decidí por el modelo donde me quedé dormido, no sólo por la prueba empírica de su eficacia, sino porque tenía veinticinco años de garantía, promesa de que seguiré durmiendo en la tercera edad.

Sentí una felicidad injustificada luego de tantos años de sufrir por no buscar remedio, hasta que habló Frank, el más crítico de mis amigos. Él me había recomendado para que escribiera el catálogo. Los editores estuvieron de acuerdo hasta que salieron a tomar un café y me vieron dormido en el escaparate de la tienda de enfrente. Le dije a Frank que nadie puede ser condenado por echar un sueñito, pero mi amigo es implacable: mencionó a cinco personas que admiro mucho. «¿Te imaginas a una de ellas dormida en un aparador?», preguntó. Tenía razón: ninguno de ellos hubiera sesteado en un espacio público. No se puede confiar en alguien que reposa en una cama de muestra como un afgano de peluche.

Le dieron el trabajo a un colega que es muy productivo porque padece un insomnio estimulante. En cambio, yo sufría las estériles noches en blanco de los que están torcidos. Me pregunté si el buen sueño sería un camino hacia la infertilidad literaria. Por suerte, esta preocupación fue relevada por otra: ¿qué hacer con el antiguo colchón? Hubiera querido donarlo al Museo de la Tortura pero su crueldad carecía de méritos históricos. ¿Lo aceptaría el cartero, como regalo del 12 de noviembre? Una vez más, la casualidad pareció llegar en mi ayuda. Un hombre recorrió la calle donde vivo, empujando una carretela con triques. Dije que le quería mostrar algo. Pasó a la casa, subió a la recámara y encajó dedos expertos en el viejo colchón. En eso sonó el teléfono y bajé a contestar.

Era Frank. Como siempre, tenía una inquietud molesta: «¿Alguna vez le diste la vuelta a tu colchón?» Hice memoria, pensé en los colchones de rayas azules y blancas de mi infancia, en la forma fabulosa en que eran azotados para sacarles el polvo, pero no pude recordar si le había dado la vuelta a mi colchón. «Tal vez así se hubiera arreglado todo: debes compensar la forma en que hundes el colchón», explicó Frank. Después de todo, el colchón era inocente. La culpa la tenía yo, por causarle desniveles y no darle la vuelta.

No pude seguir hablando con Frank porque mi esposa llegó a decirme: «Hay un hombre durmiendo allá arriba.» Subí al cuarto. El ropavejero roncaba sobre el viejo colchón. Lo desperté y dijo: «Soñé que usted y yo salvábamos al mundo.» Aunque se trataba de algo muy positivo, se sintió avergonzado, pretextó que tenía una cita para recoger cascajo y salió de la casa.

No supe qué hacer con el viejo colchón y lo apoyé en la pared. ¿Habrá un artista que quiera

usarlo como un lienzo, al modo de Guillermo Kuitca? Después de todo, un objeto es artístico si carece de otra utilidad que el efecto que provoca, según muestra el «lavabo suave» de Claes Oldenburg.

Debuté en mi nueva cama con un sueño feliz: el cartero llegaba, muy sonriente, a recoger el colchón usado; se lo ponía en la espalda como la roca de un héroe sumerio, y se lo llevaba en su motocicleta. Por desgracia, la dicha suele ser una convincente irrealidad.

Cuando desperté el colchón seguía allí.

INVITACIÓN A LLEGAR TARDE

Tengo la impresión de que a los mexicanos no sólo nos cuesta más trabajo llegar a la democracia sino a todos los lugares. ¿Cómo alcanzar una compleja fase histórica si arribamos de milagro a donde nos invitan? En cualquier viernes de quincena, la casa de nuestro mejor amigo se convierte en el castillo de Kafka, una meta aplazada por el tráfico y la inveterada costumbre de descubrir quehaceres importantísimos cuando nos esperan en otra parte.

Si todos fueran igual de impuntuales, la reunión comenzaría a las once, pero como nunca faltan los obsesivos que estudiaron en el Colegio Alemán o con las madres teresianas, alguien toca el timbre a las nueve:

—¿No ha llegado nadie? ¡Qué pena! ¡Me dijeron «a las nueve» y salí de Satélite a las siete!

El primer comensal planea la visita como una expedición y es el que trae las mejores bebidas. Su puntualidad y sus regalos tienen un aire agraviante: tu mujer no se ha quitado la mascarilla verde y tus vinos son peores. De cualquier forma, finges que es maravilloso tenerlo en casa antes de que estén listas las botanas.

El intruso (faltan una hora y dos cubas para que califique como huésped legítimo) ha caído en la trampa que secretamente anhelaba y que le permitirá fantasear sobre el retraso de los otros y las confusas personalidades que los hacen tan queribles y les impiden llegar a tiempo. Durante una hora, la adelantada o el adelantado (rara vez los ansiosos llegan en pareja) se someterá a lo que mi amigo Jaime llama «la cena del chimpancé». Mientras la anfitriona se limpia la mascarilla en el baño, el anfitrión hace los honores de la casa, es decir, ofrece un perol con nueces de la India y cacahuates (ya no hay tiempo para las pasas envueltas en jamón serrano que pensabas servir). A continuación, el huésped precipitado se muestra comprensivo con el rezago de los Jiménez, que viven a la vuelta («vieras cómo estaba el tráfico en Ciudad Satélite»), y entre cacahuete y cacahuete desliza preguntas que en otra situación calificarían como cizaña, pero que ahí obedecen al comprensible hartazgo de aguardar a los demás: «¿Te has fijado cómo está bebiendo Chacho?», «¿Es cierto que Lucrecia se operó los senos?».

Cuando Chacho llega a la reunión y pide un «güisquicito», todos lo vemos como si fuera un borracho perdido, y Lucrecia es recibida por el dueño de casa con la cortesía de quien ayuda a quitar un abrigo de visón (las manos sobre los hombros, la mirada atenta a los botones), con la salvedad de que ella no trae abrigo sino un escote que le sienta tan bien como siempre pero que ahora parece sospechoso. Para este momento, el primer invitado ya comió medio kilo de nueces y lo único que desea es volver al lejano Satélite para que la travesía le ayude a digerir su cena de primate.

Pero Julio no ha llegado. Siempre es lo mismo con él. Lleva tres matrimonios sin que nadie lo someta a la puntualidad. Su fantasmal trabajo de asesor del Subsecretario de Llantas y Tuercas le sirve para llegar tarde a todas partes: «No me puedo ir hasta que no se apague la luz de su oficina.» De ese faro ilocalizable depende su arribo con nosotros. Cuando finalmente toca el timbre, a eso de las once, su tercera esposa luce radiante y él se ve fresquísimo. En cambio, el invitado inaugural va por la quinta cuba (lo cual sugiere que su comentario sobre Chacho fue una confesión) y todos padecemos disfunciones estomacales de distinto calibre. Por fin sobreviene el momento de gloria en que la anfitriona pregunta: «¿Pasamos a la mesa?» Al ponerte de pie, descubres que ese mezcal estaba durísimo.

Julio no ha terminado de saludar cuando ya está en la cabecera y muestra un apetito de tigre; es el único que come dos veces del denso pipián que por cuestiones esotéricas se considera amable servir a medianoche. Como desconoce las tenebrosas especulaciones que se hicieron sobre su ausencia, platica de tres temas a la vez, propone brindis repentinos y le lanza piropos a su esposa, que está al otro extremo de la mesa.

De acuerdo con el orden de llegada, la cena brinda un ejemplo de la evolución de las especies: del antropoide gembundo al calvo elocuente. Julio trae tantas ganas de todo que empezamos a pensar en las causas de su bienestar. El país se va a pique, las calles son dominadas por el hampa, la calvicie lo avejenta, uno de sus hijos tiene labio leporino, ¡y él se sirve otro poco de pipián! ¿Le entrará a la coca? No: eso quita el hambre. ¿La política le sirve de estímulo? Para nada: es vil achichinle de un tecnócrata olvidable. ¿Los cambios de matrimonio le dan una energía salvaje? Menos: paga cinco colegiaturas, dos pensiones alimenticias y un diplomado (su tercera esposa estudia algo carísimo que se llama «Filosofía Suprema»). El triunfo social del último huésped obedece a otra razón. Julio está feliz, como si un alma con mejor destino hubiera transmigrado a su cuerpo, porque supo llegar tarde.

Vivimos en un país donde todo lo que vale la pena se pospone. Mientras no seamos una potencia mundial, hay que actuar conforme a nuestra agenda retardada. La próxima vez que te inviten a cenar, no llegues antes de las once.

Hace unos siete años regresé a Berlín, donde viví entre 1981 y 1984. El muro había desaparecido y se podía recorrer Unter den Linden sin desembocar en las torretas y las alambradas de la *Volkspolizei*. Entre los cambios menores, hubo uno singular: la Alemania unificada era una nación dispuesta a toser. Descubrí esto en una sala de conciertos donde cada pausa se llenaba con carraspeos, como si los músicos actuaran en beneficio de un hospital de tísicos.

Estábamos en marzo y los alemanes hablaban del deshielo en el que despiertan los virus que llevan semanas hibernando (y seguramente vienen de Polonia). Con todo, el catarro no impedía que los auditorios se llenaran de jóvenes idénticos a Novalis, veteranos de las dos guerras que escuchaban con los ojos cerrados como si viajaran en un submarino, y ubicuos japoneses.

En otras partes de la ciudad, la gente lucía saludable. La gripe sólo parecía afectar a los melómanos. Al entrar en la sala de conciertos y despojarse de su bufanda y su sombrero verde, el ciudadano común se sentía facultado para toser. No hay duda de que los aficionados de antes controlaban mejor sus bronquios. Tal vez expectorar se ha vuelto un desfogue liberador en un país adicto a la disciplina, equivalente a conducir sin límite de velocidad en las autopistas; o tal vez estemos ante una epidemia psicológica, la hipocondría de un pueblo que se ha procurado demasiadas neumonías sociales. Lo cierto es que al regresar a la Filarmónica después de años de ausencia me hice la pregunta que encabezó un sugerente ensayo de Luis Ignacio Helguera: «¿Por qué tose la gente en los conciertos?»

De acuerdo con Cioran, Alemania tiene dos razones para ser redimida: la música clásica y la metafísica. Ya metidos en consideraciones nacionales conviene recordar que los mexicanos nos envalentonamos en el frío y adquirimos una desmedida confianza en nosotros mismos al usar los guantes que en el extranjero son «de esquiador» y en nuestro país sólo sirven para jalar piñatas. Al ocupar mi asiento, me sentí capaz de disertar sobre la música y los ruidos que la interrumpen. El programa comenzaba con *Noche transfigurada*. Es sabido que Schoenberg brindó un rico campo de significados para las disquisiciones de Thomas Mann en *Doctor Faustus*. El ambiente fomentaba mi pedante audacia, pero no llegué ni al primer peldaño de la metafísica porque mi acompañante

empezó a toser como si viniera del pabellón de los tuberculosos.

El primer comentario público a esta carraspera llegó en la forma de un redondo dulce amarillo, ofrecido por una vecina de asiento. Pensé que el celofán produciría un ruido aún más atroz. Entonces supe que la tecnología alemana ha logrado el respetuoso milagro de fabricar celofanes insonoros.

Mi acompañante no pudo chupar su caramelo porque se lo tragó entero con el siguiente acceso de tos. Pero en la fila de atrás había un ojo avizor y recibimos otro dulce. Segundos después, un señor de monóculo, situado a unos diez asientos de nosotros, nos hizo llegar una pastilla de aspecto intragable. Aunque no éramos la única fuente de discordia, el auditorio había formado una cadena humana dispuesta a enviarnos caramelos que describían rutas cada vez más largas. De sobra está decir que Schoenberg murió para nosotros. Teníamos tantos dulces como si estuviésemos en una kermés, y cada uno de ellos era una amable muestra de repudio. Decidimos toser en paz en la calle.

Ya afuera, admiré el resistente heroísmo de quienes se aliviaban de sus flemas sin abandonar la sala. Una guerra sorda enfrentaba a los espectadores; la mitad del público arruinaba el concierto a golpe de faringitis y la otra repartía agresivos caramelos.

Las discordias del hombre son mudables y en la era de la tos las provocaciones de la vanguardia adquieren otro significado. La pieza de John Cage en la que un solista se sienta ante un piano durante 4 minutos y 33 segundos sin tocar nota alguna, fue concebida para producir un silencio expectante. Ahora se ha vuelto una composición para 4 minutos y 33 segundos de bronconeumonía. El público contemporáneo quiere toser. Y está en su derecho.

Por eso me llamó tanto la atención que la prensa mundial aplaudiera el gesto punitivo del director Kurt Masur, quien interrumpió su actuación en Nueva York porque la gente tosía durante el *largo* de la Quinta Sinfonía de Shostakóvich. Los más variados gacetilleros celebraron a Masur como a un tenor wagneriano que canta un aria de justicia. Muchos incluso compararon las involuntarias toses neoyorquinas con los teléfonos celulares y los bípens que suenan en las multitudes que en los estadios creen escuchar a los Tres Tenores. Sin embargo, se trata de estruendos muy distintos. El gesto de Masur es el de un tirano sanitario. En un inteligente artículo, publicado en el suplemento *El Ángel*, de *Reforma*, Gerardo Kleinburg se refirió a la «intolerancia acústica extrema» que impera en los conciertos: «Es obvio que, al estar exaltada la facultad auditiva, toda perturbación que entre por el mismo sentido es violenta... Sin embargo, nadie ignora que en tiempos no tan remotos las funciones de ópera eran verdaderas pachangas y convites familiares; que todo menos la solemnidad las caracterizaba.»

En el siglo XX, Cage desafió al auditorio a convivir con su propio silencio y demostró que somos una especie ruidosa e insumisa. Como sostiene Kleinburg, perseguir a los acatarrados es tan absurdo como perseguir las impurezas naturales de la música, de los quejidos de Leonard Bernstein en el podio a los gritos de Keith Jarrett ante el piano.

En lo que toca a Kurt Masur, la verdad parece ser otra: interrumpió el concierto para toser en su camerino.

CONTROL REMOTO

Desde que la televisión viene acompañada de control remoto, abundan los videopsicólogos dispuestos a comparar los catorce centímetros de botoncitos con el pene en erección. Estamos ante un doméstico talismán del orgullo y las inseguridades masculinas. En *Poderosa afrodita*, Woody Allen le explica a su hijo en qué consiste ser jefe de la casa: «Tu mamá da las órdenes y yo me quedo con el control remoto.»

¿Qué sucedería si el aparato no tuviera forma fálica? ¿Lo codiciaríamos con idéntica pasión? ¿Queremos ser tiranos de las imágenes o simplemente evitar que el competente miembro de silicón caiga en otras manos?

Hoy en día, el rey del hogar es un zombi en pantuflas que cada tantos segundos busca un nuevo canal para evadirse. Cuando alcanza un estado próximo a la catatonia, su mujer interviene en voz baja: «¿Por qué estamos viendo esto?» El tripulante de la mediósfera vuelve en sí y advierte que lleva veinte minutos ante una competencia de perros que esquían sin que eso le produzca no digamos placer, sino siquiera el deseo de averiguar de qué raza son. Un dedo entrenado en salir de apuros pulsa el botón correcto. Cambio de canal: unos cuantos segundos de sopa en ebullición, rubias imposibles o goles repetidos. El videoadicto continúa su vagancia por el catálogo de la banalidad y comprueba que Bruce Springsteen tuvo razón al cantar: «Cincuenta y siete canales y nada que ver.» Luego, su compañera dice: «¿No le bajas, chatito?», que es como se dan las buenas noches en la aldea global.

Desde que disponemos del *zapping*, la televisión se transformó en un videojuego donde seguimos peripecias inconexas. El hilo argumental sólo existe cuando un programa se ve completo, algo cada vez más raro, pues el umbral de atención se ha reducido ante la palpitante sospecha de que lo importante ocurre en el canal donde no estamos y al que llegaremos demasiado tarde. Por otra parte, numerosos programas se estructuran como una sucesión de videoclips para que el impaciente espectador sienta que ve distintos canales. En el mundo donde crece la oveja Dolly, una escena de dos minutos parece tan larga como la entrega de los Óscars. El sentido primordial del *zapping* es el descarte, la capacidad de sustituir una imagen insulsa por otra insulsa.

Sería aventurado decir que las mujeres son indiferentes al bastón de mando que enciende la tele y apaga a sus maridos. Es cierto que en muchas ocasiones el letargo televisivo resulta preferible a que los hombres expresen con franqueza y entusiasmo las horrendas cosas que tienen que decir. De cualquier modo, su reducción en plastas dudosamente matrimoniales deja bastante que desear. Con sana indiferencia o sincera compasión, las mujeres contemplan la deshumanización del hombre en pijama. Aunque una teórica aguerrida ha propuesto el «control alterno», que permita a la mujer cambiar desde la otra almohada las decisiones del marido, se antoja que la solución al conflicto no puede pasar por una guerrilla de *zapping*. Ha llegado la hora de idear una terapia de alto *rating* que nos reconcilie con nuestros penes primigenios.

Como primer saldo, la lucha contra el telemachismo provocará un necesario síndrome de abstinencia. Ante sus numerosas frustraciones, el hombre moverá los dedos como camarón contra la corriente o frotará sus llaves con furor braille. Despojado del control remoto, buscará cambiarle de canal a la vida. No es un mal principio.

En las noches del insoportable verano barcelonés de 2001 el ventilador giraba en tono monocorde, como si confesara su derrota ante el aire detenido. Por algún efecto acústico, de pronto parecía traer palabras, el llanto de una niña, una tos lejana. Resulta asombroso que la percepción pueda entorpecerse al grado de confundir el ruido de las aspas con un quejido que reclama algo.

En ocasiones, los recuerdos llegan como las falsas voces del ventilador: nítidos, inquietantes, hasta que pierden consistencia y uno se pregunta si en verdad existieron o fueron removidos de la nada por las vacilantes aspas de la mente.

En 1960 yo tenía cuatro años. Entonces pasó algo cuyo sentido ignoro pero que insiste en ganar presencia. Éramos niños burgueses del Colegio Alemán. Las fotos de aquel tiempo traicionan un poco nuestra condición. Usábamos ropas bastante malas y dispares; alguien tenía un gorro tejido, otro calcetas gruesas, vencidas sobre los tobillos, otro más un pantalón remendado como una pelota de béisbol. Ninguna prenda se ajustaba bien al cuerpo; se diría que llevábamos ropas heredadas de hermanos mayores o de primos que enfrentaban un clima muy distinto. Los almacenes aún no homologaban la ropa, de modo que las tías y las madres cosían en nuestros cuerpos sus mudables personalidades y las pequeñas tiendas del centro de la ciudad trataban de convencernos de que así eran las camisas.

En aquellas fotos hace más frío que en mi recuerdo. Niños de la estepa, sentados en escalones para ver pasar un tren. El tiempo y las ropas posteriores nos han vuelto menos pobres de lo que entonces fuimos.

En 1960 apenas me fijaba en la manera de vestir, a excepción de los pantalones cortos de cuero o los suéteres con botones de cuerno de ciervo de los niños alemanes. Sin embargo, una mañana llegó a la clase un niño a quien las ropas le sentaban como un ultraje. Llevaba botines toscos, mal atados a la altura del tobillo, tan heridos por el uso como si hubieran pasado antes por los pies de sus hermanos, su padre y su abuelo. Sus pantalones cortos eran demasiado largos, como los de los futbolistas de los años treinta. En vez de camisa tenía dos camisetas grises. Lo más curioso era su suéter luido, hecho con tal torpeza que en verdad parecía un chaleco con mangas. Tenía la cabeza

rapada con la furia del presidio o el orfelinato, el cuero cabelludo salpicado de costras y uñas gruesas en las manos, dignas de los pies de un adulto. Nadie le dirigió la palabra pero supe que se llamaba Aníbal.

Estuvo con nosotros unas semanas. Una mujer de rebozo pasaba a recogerlo y se lo llevaba por la calle de tierra (otro primitivismo de aquel tiempo, a pesar de que estábamos en una colonia ya desarrollada, frente a la fábrica de chocolates Wongs) hacia un destino aún más cruel que el del colegio. No sé si lo discriminamos con descaro; seguramente evitamos tocar sus manos, tan sucias que permitían una quiromancia de la mugre.

Un día desapareció, no creo que por falta de méritos, pues en rigor nunca estudió con nosotros. Sus ojos carbónicos y húmedos veían las cosas como si no existieran. Tal vez ni siquiera estuvo inscrito. Alguna desgracia mayúscula forzó esa solución. Imagino una trama del todo ajena a la pedagogía: la repentina muerte de la madre, que trabajaba de sirvienta de la directora, y la necesidad de atender al huérfano hasta que la abuela llegara de una remota serranía...

Aníbal pasó las mañanas con nosotros. Un buen día, su realidad se normalizó y fue llevado a un sitio acorde con su miseria. Curiosamente, ninguno de los antiguos condiscípulos con los que he hablado del tema recuerda a Aníbal, mudo emisario del horror que dominaba otros lugares.

Durante años tampoco para mí fue importante. ¿Desde cuándo empecé a pensar en él? ¿Por qué perdura más de cuarenta años después?

Olvidarlo sería más sencillo si se llamara de otro modo. La gesta de Aníbal se me grabó por un cuadro que hallé en forma inopinada. Mi generación entró en contacto con los museos de Europa gracias a los cerillos Clásicos. Al reverso de la caja podíamos ver una obra maestra del tamaño de un boleto para el cine. Ahí descubrí los atardeceres líquidos de Turner, pero sobre todo su fascinación por *Aníbal en los Alpes*, bajo una nieve torrencial, rayada de una luz pálida y demente. De haber visto el cuadro en la Tate Gallery, no habría asociado al general cartaginés con el intruso en nuestra clase. Nada épico ni grandioso podía remontarse a ese salón. Pero la caja de cerillos representaba una dimensión como la nuestra, barata y desenfocada, donde el colegio podía ser la odiada Roma y Aníbal el nombre del vencido.

Cada memoria sigue sus propias sendas con egoísmo. Algo me alertó para recordar a Aníbal. ¿Aluciné su presencia para darle sentido al malestar difuso que dimanaba de ese pasado?

Luego se abrió paso otra consideración: Aníbal tranquilizaba el entorno con un destino inferior al de todos los demás; permitía ordenar el rango de las bajezas. Creíamos sufrir pero nadie nos llevó por la calle de tierra con los destruidos botines de Cartago.

A propósito de los ritos de paso escribe Mircea Eliade: «El momento central de toda iniciación está representado por la ceremonia que simboliza la muerte del novicio y su retorno a la compañía de los vivos [...] La muerte iniciática significa al mismo tiempo el fin de la infancia, la ignorancia y la condición profana.»

En las noches entorpecidas por el calor y las aspas que trabajan mal, oigo un lamento que no

existe. Quizá eso es Aníbal. No está pero regresa, como el aire que se dobla, como las cosas que mató la infancia.

EL HOMBRE QUE SE REPROBÓ A SÍ MISMO

Quienes cursamos la preparatoria en los años setenta fuimos privilegiadas víctimas de experimentos pedagógicos. En esa época enamorada de lo nuevo se replanteaban los métodos de enseñanza e incluso la disposición del mobiliario (un maestro dedicaba quince minutos a arrinconar los pupitres, otros quince a ubicarnos en el piso y veinte a dar la clase caminando con cuidado para no pisarnos las manos).

La neblina morada de los años sesenta aún flotaba en el aire como un mensaje de liberación. Podíamos fumar, mascar chicle, hablarle de tú al maestro o interrumpirlo para manifestarle nuestro desacuerdo con el tema o con el hecho de que él hubiera escogido tal profesión.

Estos sucesos no ocurrieron en un laboratorio de nueva enseñanza sino en una escuela de larga tradición que durante unos años se dejó ganar por el afán de cambio. En ese contexto recibimos a un profesor convencido de que nuestras deficiencias no venían de la falta de conocimientos sino del poco aprecio que nos teníamos: un Gurú de la Autoestima.

Aquel guía de almas consideraba que una metáfora valía más que mil explicaciones. Después de decir que cada cosa tenía una función en el cosmos, habló pestes del plancton. No había nada más ínfimo. «¡Pero el plancton no sabe que es plancton! ¿Entienden?», exclamó en el paroxismo de su enseñanza. Poco a poco comprendimos que si bien no éramos tan miserables como el plancton, teníamos una misión modesta de la que no debíamos quejarnos. Me he reservado el nombre de su asignatura como un golpe de efecto: Economía. Sí, señor. En su peculiar interpretación de Adam Smith, el profesor hablaba del libre mercado con un inocente entusiasmo ecologista, similar al de Phil Collins cantando «El ciclo vital» en *El Rey León*.

Muy en el estilo de su liberalismo hippie, terminó el curso con esta sentencia: «Cada quien debe evaluarse a sí mismo.» ¿Era el momento de demostrar que el capitalismo salvaje permitía arrebatarse un MB, y lamentar con voraz exceso que ya no se usaran los números arcaicos que nos hubieran dado un 10? Según recuerdo, sólo Nancy Rodríguez se puso MB, quizá porque todos sabíamos que merecería un 20. Ningún sistema clasificatorio nos permitiría estar a su altura.

El salón desembocó en una previsible democracia de la b; dos atribulados que no habían entendido lo del plancton se pusieron s, y un solitario compañero exigió ser reprobado. Es en él en quien deseo concentrarme. Le gustaba que dijéramos su nombre en inglés, de modo que lo llamaré Frank. Su manía más extravagante era la exactitud. Si alguien comentaba que el tranvía hacía media hora de la Colonia del Valle a nuestro colegio en Mixcoac, él corregía: «26 minutos.» Inflexible y puntilloso, rara vez mostraba una opinión propia. Estaba ahí para modificar lo ya dicho. Era el que venía después, la voz de enmienda. Su apodo en inglés reflejaba el deseo de mantenerse al margen para juzgarnos como si lo hiciera en otro idioma. Esto lo pienso ahora, desde luego. Entonces simplemente me parecía un *freak* simpático.

Cuando Frank dijo que quería reprobarnos, el maestro pidió que reconsiderara: no estábamos jugando, las consecuencias podían ser graves. Frank liquidó al profesor con sus propias palabras: nos daba la oportunidad de valorarnos pero no respetaba la sentencia. Su inmolación desató aplausos y la perfecta Nancy se enamoró de él sin remedio ni esperanzas.

Reprobar de esa manera otorgó a Frank una especie de sacramento. Había demostrado ser distinto; por lo tanto, podía juzgarnos con rara autoridad. Su veredicto fue implacable: nos reveló que valíamos tan poco como el plancton; sin embargo, a diferencia de esa irreflexiva materia orgánica, debíamos estar avergonzados de ser la triste migaja de los peces.

Le di a leer uno de mis primeros cuentos. Tardíamente, agradezco que me aconsejara romper el cuento con el que pretendía emancipar a los mineros oprimidos.

Han pasado treinta años desde entonces y Frank no ha dejado de ser para nosotros el audaz que se reprobó a sí mismo. Aquel gesto fue su bautizo de fuego: al ultrajarse, adquirió el derecho a juzgarnos desde su diferencia. Sus ojos acusatorios decían: «Me salí de la carrera para analizar tus malos pasos.»

El proceso de análisis ha continuado hasta la fecha. Aunque carece de aire sacerdotal, Frank equivale a un confesor. Quienes tropezamos sin atrevernos a abandonar la carrera le confiamos nuestras torpezas. Lo que no le permitiríamos a nuestros seres más queridos, se lo permitimos a él.

Cada cuatro o cinco años, Frank confirma los peores temores que tengo de mí mismo. Lo raro es que me hace sentirme bien que él lo diga. A veces pienso que la vida rota que ha llevado (ajena a toda noción del éxito) es una forma de prolongar su ministerio: su presencia desastrada demuestra que podríamos estar peor.

En los polémicos días que corren, «estar de acuerdo» significa equilibrar intransigencias. Sobran certezas y falta autocrítica. Nada más sano que hablar con Frank, nuestro crítico de cabecera. Por desgracia, no soy el único que piensa así. La crisis lo ha puesto de moda.

Le hablé y me dijo que tenía la agenda llena: los compañeros de generación están ávidos de ser criticados por él. Me dio cita para la próxima semana, con este alentador comentario: «Sólo te diré lo peor.»

Un compañero me dijo después de visitarlo: «Es como tirarte en paracaídas: algo horrible que

te reconcilia con la vida. Los políticos deberían estar obligados a tirarse cada seis meses en paracaídas para que respetaran el suelo que pisan.»

La autocrítica es un paracaidismo interior. No es fácil encontrar a alguien que ayude en esta tarea, y Frank se ha vuelto imprescindible. Si admites que estás mal, los demás mejoran; después del vértigo de la autocrítica, el suelo resulta hospitalario. En tiempos de intolerancia, el latoso de la generación se ha convertido en nuestro curador.

Todo empezó con un arma de fuego. Mi amigo Alberto me informó: «Estoy tan cansado de vivir que ya cargué la pistola para pegarme un tiro.» Lo dijo con tal seriedad que me sentí responsable de su suerte. Por ventura, agregó en tono tranquilizador: «No va a pasar nada: tengo tan mala memoria que nunca recuerdo dónde dejé la pistola. Cada vez que me quiero suicidar tardo horas en hallarla y cuando la encuentro, ya no sé para qué la quería.»

Aunque no es muy reconfortante saber que un amigo sigue con vida sólo porque no se ha atado un lazo en el dedo para recordar que debe suicidarse, tomé el asunto como otra muestra del humor negro de Alberto.

Poco después me encontré a Karla en el mercado. No llevaba carrito y recorría los pasillos. Ninguna mercancía parecía interesarle. Sostenía una lata de Coca-Cola y tomaba sorbos pequeños, como quien bebe una medicina.

La sociedad de consumo es un lugar persecutorio en el que comer un yogur en un pasillo público desprestigia. No importa que luego lo pagues en la caja y tires el envase en la basura que no es biodegradable. Karla es una persona entusiasta y organizada; sin embargo, parecía al margen de sí misma. «Me bajó el azúcar», comentó, como si estuviera hecha de caramelo y fuera a disolverse.

A una cuadra del supermercado hay una farmacia donde te regalan un globo si te tomas la presión. Propuse que fuéramos ahí. Abandoné mi carrito y pagamos la Coca-Cola. En la farmacia recibimos una terapia de shock. El corazón de Karla estaba en condición olímpica. Sin embargo, lo que en verdad la tranquilizó fue compararse con la empleada que la atendió, una mujer de ojos hinchados y llorosos, con el rictus de quien teme sufrir un ataque si deja de hacer gestos. Toda la movilidad se concentraba en su rostro. Luego buscaba las medicinas con la lentitud de quien lleva una bata de concreto. Le pregunté si se sentía bien y contestó: «Me tomé dos bufferines con el tamal.» No dijo «un tamal» sino «*el* tamal», como si fuese prescriptivo (por los resultados, podíamos suponer que también era tóxico). Pocas cosas alivian tan rápido como ser atendido por alguien más enfermo que tú. Cuando nos despedimos, Karla lucía repuesta.

Llegué a mi casa y encontré a nuestro hijo de dieciséis años en el piso de la cocina. No me preocupé porque la adolescencia es rara; ese piso es el más fresco de la casa y hay momentos en que el ser en sí necesita poner su mejilla sobre una loseta para aliviar el peso de existir. «Me muero de sueño pero me faltan dos ecuaciones», dijo un estudiante en busca de paz y comprensión. Tenía los ojos rojos. Los músculos le dolían. Se sentía demasiado viejo para volver a jugar fútbol. Ordené que se acostara de inmediato. «Me faltan dos ecuaciones», insistió, como un azteca dispuesto al sacrificio. Le dije que dormir era más importante que estudiar.

Al día siguiente, esa frase irresponsable era una verdad científica. En el trayecto a la escuela guardamos el silencio de los deportados. Nadie hablaba porque a nadie se le ocurría nada. Y no sólo eso: no nos importaba estar callados. Habíamos dormido demasiado poco. Tenía ganas de dar vuelta en «u» para regresar al sitio donde hay pijamas, pero me faltaron energías para tener ideas creativas.

Al salir del colegio fui a comprar pan y coincidí con Jacinto, amigo de un conocido de otro amigo que sin embargo entra rápido en confidencias: «Siento como si no fuera yo», dijo mientras revisaba la bandeja de los *garibaldis*. «¡No soy así!», exclamó a un volumen que hubiera llamado la atención entre clientes menos deprimidos.

Para esas alturas tampoco yo me sentía a mis anchas. Mis actos parecían determinados por una fuerza externa, ajena a la voluntad y al anhelo. «Somos como hormigas que siguen una senda de azúcar», dijo una voz a mis espaldas. Me volví para encontrar al gran Philippe, que mordía un chocolate. Esa golosina se apartaba tanto de sus costumbres que la sostenía con rara delicadeza, como si se tratara de una flor cristalizada. «Es la astenia», continuó Philippe, «en Francia es muy común; llega con la primavera y sientes que nada tiene sentido, aparte de dormir y comer azúcar, claro está.» ¿Sería ésa la clave del existencialismo? En verdad daban ganas de ponerse un suéter negro de cuello de tortuga y preguntar: «¿Por qué el hombre?»

Si el diagnóstico de Philippe es correcto, la racha de encuentros con gente agobiada no se debió al carácter, ni a la edad, ni a los apagones, ni a lo difícil que es relacionarte con una pareja que exige inteligencia emocional. El veneno venía de la primavera.

¿Es posible que el calentamiento global empiece a producir en México los cambios climáticos que en Europa ocasionan *Weltschmerz* y temporada de suicidios?

La astenia se presenta como un cansancio terminal. En otros países llega con los sorprendentes brotes de las plantas. Hasta hace poco, no era una plaga mexicana. ¿La eterna primavera del Valle de Anáhuac cambió sin que lo advirtiéramos?

Las privilegiadas condiciones del altiplano permitían ser golfo sin efectos secundarios: Anáhuac no ama las precipitaciones. El ecosistema nos llevaba a entender que descansar y hacer pocas cosas son necesidades placenteras. Por culpa del cambio atmosférico, ahora reposamos sólo porque nos sentimos mal.

Urge crear una Comisión Nacional del Clima para combatir la astenia incidental y recuperar el hábitat en el que, si no haces nada o estás *chípil*, no es por el aire sino porque te da la gana.

LAS DOS VERSIONES DE OÉ

Kenzaburo Oé estuvo en la Casa de Asia de Barcelona para presentar *Salto mortal*, novela donde explora las condiciones en que prospera el terrorismo religioso. Partidario de una fe ajena al fanatismo y a la noción canónica de Iglesia, en la última línea del libro define su idea de altar: «Un lugar donde las almas tienen campo abierto.»

Esto ocurría en 2004, poco después de los atentados de Al Qaeda en Madrid. El interés literario se mezclaba con la necesidad de oír a un gurú dotado de una llave espiritual en medio del desconcierto. El novelista habló de su trayectoria y dijo las cosas comunes que puede decir un escritor en nombre de la paz. La revelación ocurrió en forma tangencial a su ponencia. Oé contó de manera distinta una misma historia. La primera en inglés, como anécdota curiosa; la segunda, como perfecta fábula en japonés.

Desde el principio de la conferencia se proponía decir algo especial, pero quizá no había encontrado el modo de contárselo a sí mismo. Comentó que se había encontrado con Pasqual Maragall en la Generalitat. Elogió al *president* con elaborada cortesía, sacó la tarjeta de visita que le había dado, leyó dos o tres veces su nombre, dividiendo las sílabas como si golpeará una pelota de ping-pong: «Pas-cal-Ma-ra-ga-lliu.»

Luego dijo que le daba gusto estar en la Sala Tagore, el autor favorito de su madre. Cuando recibió el Premio Nobel, un equipo de televisión viajó a la remota aldea donde ella vivía para conocer sus impresiones. La señora Oé dijo con orgullo que el Premio Nobel había sabido distinguir el genio de Tagore. Sorprendido, el entrevistador comentó que también lo habían obtenido dos japoneses, uno de ellos hijo suyo. Ella respondió: «Kawabata no me interesa; en cuanto a Oé, es una basura.» El conferencista sonrió, resignado a la felicidad vicaria de hablar en la Sala Tagore, consagrada al autor que su madre sí apreciaba. Avanzada la charla, la femenina figura tutelar volvió a hacerse presente. Oé tuvo un hijo discapacitado y su madre se ofreció a cuidarlo, rompiendo un distanciamiento de varios años. Excéntrica, autoritaria, afectuosa a pesar de sí misma, la madre se dibujaba como un personaje definitivo para un narrador proclive a la autobiografía.

Después de la conferencia hubo una reunión de unas veinte personas en la que se habló en

desorden de mil temas. Estábamos por despedirnos cuando Oé sintió necesidad de dirigirse al grupo entero, esta vez en japonés. La presencia de una traductora le permitió desarrollar con mayor soltura la historia esbozada horas atrás. Parecía haber pensado en ella mientras hablaba de otras cosas. «Es la primera vez que cuento esto», dijo, con una intencionalidad que acaso significara que también él la oía por primera vez.

El relato comenzó por la misma punta: estaba conmovido por su visita a Maragall. Luego precisó las razones de su simpatía. Maragall le mostró un discurso en el que citaba un texto de Oé sobre la desaparición de cuarenta familias en Hiroshima. No quedó huella de esa gente. Hacer literatura significaba imaginar un destino para lo que desaparece. «La mención de Hiroshima y el nombre de Tagore me recordaron algo», el novelista abrió una pausa.

El destino se deja influir por autores inesperados; el episodio autobiográfico de Oé parecía más próximo a la imaginación de Tanizaki que a la suya. Cuando era niño, su madre mantuvo una relación con una mujer más joven. «En el Japón de la época podía pensarse que se trataba de una relación ilícita», sonrió el novelista. Después de un tiempo, la joven decidió casarse y se mudó a Hiroshima. Como regalo de despedida, la madre de Oé le dio un pino italiano. El niño no olvidó ese árbol insólito, de madera rojiza. Cuando la bomba cayó en Hiroshima, la madre tomó un bote para buscar a su amiga, río arriba. En el sitio donde ella había vivido, encontró un erial sin rastros.

Oé fue a recibir a su madre a su regreso, en el puerto de la montaña. La vio llegar bañada en lágrimas y le preguntó con sorna: «¿Encontraste el pino italiano?» Ella lo vio con un odio superior a las palabras. «Por eso, cuando gané el Nobel y le preguntaron qué opinaba de mí, dijo que yo era...», Oé pronunció una palabra japonesa. La traductora se negó a decirla. Él tomó mendrugos de la mesa para indicar a qué se refería: «Basuritas.» La traductora guardó silencio. Kenzaburo Oé podía insultarse; ella no podía traducir que eso se refería a él.

Oé ha dedicado una porción significativa de su obra a narrar las vidas rotas por la masacre de Hiroshima. El amor proscrito de su madre encontró un significativo espacio en su literatura, no a través de la persona que ella amó y que ahí desapareció, sino como un territorio devastado, un agujero del mal. ¿Hasta qué punto el novelista había desplazado el dolor de su madre a un interés general? ¿Era una forma de reparar la tensión y el sufrimiento que él le había provocado? ¿Se trataba, por el contrario, de una superación del tema, una manera de mostrar que había calvarios superiores a las veleidades de una mujer autoritaria?

Esa noche, la tierra baldía de los que murieron sin historia y los destinos secretos de los sobrevivientes eran convocados por dos palabras: «Hiroshima», «Tagore».

Bajo la diáfana superficie del relato, circulaban tensas líneas de fuerza: el origen, el exterminio, la preservación de las cosas. Oé buscó ese tema de muerte y redención en dos versiones a lo largo de la noche.

«Basura», repitió con una sonrisa feliz. La palabra había cambiado de signo. La traductora hizo bien en no decirla, no sólo por pudor, sino porque ahí cristalizaba una verdad alterna, contradictoria, ajena al traslado literal. Hubo un silencio. Segundos después todo mundo se pondría

de pie y recuperaría sus caminos. Atrás quedarían el salón, las migas en el mantel, la presencia movediza del humo y de las sombras y, apenas perceptibles, dos espirales a punto de tocarse.

Los juicios de Núremberg mostraron en forma asombrosa que el horror convive con la normalidad. En otros ratos de su vida, los verdugos nazis eran personas comunes. Esta dimensión cotidiana de la tragedia provocó la célebre formulación de Hannah Arendt en torno a la «banalidad del mal». Lo más perturbador del espanto es que no constituye una excepción.

Pensé en esto al visitar una de las sedes del holocausto: Dachau. Fui ahí durante el Mundial de Alemania 2006, en compañía del periodista deportivo Alberto Lati y el camarógrafo Oscar Gutiérrez, para hacer un corto sobre futbolistas que sobrevivieron a los campos de concentración. Ninguno de los tres había pensado antes en hacer el viaje. Nos parecía innecesario, y hasta cierto punto morboso, certificar una barbarie de la que estábamos convencidos. Sin embargo, una vez en Dachau, nos sorprendió la falta de dramatismo del espacio concentracionario. Las calzadas de pedrería, las barracas, la explanada principal y los edificios administrativos hubieran podido pertenecer a una academia militar. Aunque no faltaba información sobre las cruentas actividades que ahí se habían desarrollado, el escenario se acercaba al de cualquier internado incómodo. «No me siento impresionado, y esto me preocupa», dijo de manera elocuente Alberto. Faltaba algo. No estábamos ante la museificación del horror, pero tampoco ante su descarnada topografía. El sitio evocaba una memoria convulsa sin ponerla a la vista: contemplábamos sólo el marco del ultraje, ajeno a los detalles que lo hicieron posible.

En el estacionamiento, una flecha señalaba el McDonald's más cercano. El campo de concentración no se desmarcaba del entorno con fuerza suficiente para sugerir que ahí había pasado algo que no debía repetirse.

Llegó la hora de comer y buscamos un sitio con televisión para ver el partido entre Inglaterra y Paraguay. Recorrimos las calles de Dachau hasta llegar a una plaza pintoresca. Alberto advirtió la paradoja de que una aldea tan apacible sobrelleva una fama tan dramática.

Encontramos un par de tabernas agradables, pero no tenían televisión. Faltaban cinco minutos para el partido cuando vimos la puerta de un pub. Fui el primero en entrar. Respiré un aire ácido; tardé unos segundos en acostumbrarme a la penumbra. El lugar estaba atiborrado de adornos. Del

techo pendían cientos de tarros de cerveza. Un hombre de inmensa espalda y barba de cuento de hadas bebía en la barra. Pensé en salir, agobiado por la sensación de encierro, pero vi una televisión en una esquina. Pregunté si podían encenderla. Una mujer, de ojos muy abiertos, apareció detrás de la barra. Habló con enorme amabilidad, pero como si masticara las palabras. La quijada parecía trabársele al término de cada frase. Encendió la televisión. El partido estaba a punto de comenzar. Nuestro destino se había sellado: estaríamos ahí durante dos horas.

Oscar vio con desconfianza los adornos. Le llamó la atención un títere de amenazante seriedad. No había un solo objeto tranquilizador: calaveras y guadañas, la silueta de un vampiro en la puerta del baño, manchas de sombra donde podía asomar un muñeco sin ojos.

Al poco rato un joven entró a la taberna. Preguntó en dialecto bávaro si Petra había dejado ahí su chaqueta la noche anterior. El hecho de que ese sitio tuviera comensales, así fuese a otras horas, sirvió para calmarnos, al menos por un rato.

La dueña del local nos ofreció una especie de albóndiga hecha con tres quesos rancios y cebolla dulce. Luego nos preparó unos sándwiches hasta cierto punto comestibles. La atmósfera avinagrada era tan penetrante que no llegamos a acostumbrarnos a ella.

Empezaba el segundo tiempo del partido cuando el gigante terminó su última cerveza en la barra y alzó una mano rojiza en señal de despedida. La propietaria no tenía a nadie más que atender, tomó un papel absorbente y se dirigió a un acuario al lado de nuestra mesa. Sacó de ahí una tortuga, la puso sobre el papel y se sentó muy cerca de mí. «Todo está bien, todo está bien», le dijo a la tortuga. Repitió la frase, una y otra vez, como un rezo. No había mucho que esperar del juego defensivo de Paraguay pero traté de concentrarme en el partido para no prestar atención a la anciana que decía: «Elvira, todo está bien.» Miré a la mujer de reojo: se frotaba el párpado con el pico de la tortuga. Después de unos minutos se dirigió a la parte trasera del bar. Regresó con otro papel. Lo abrió, muy cerca de mí. Contenía carne cruda. Arrojó los trozos al agua. Para mi sorpresa, las tortugas picotearon la carne.

Al poco rato, la mujer volvió a sacar a Elvira del acuario y repitió: «Todo está bien, todo está bien.» Era como si ambas, la dueña del bar y su animal, acabaran de sobrevivir a algo atroz.

Cuando el campo de concentración estaba en funcionamiento, la mujer debía de haber tenido diez años. ¿Qué recuerdos determinaban su mente? ¿De qué quería aliviar a la tortuga que alimentaba con carne cruda? Algo se cruzaba en ese cuarto oscuro, algo nos excedía.

Cuando pedimos la cuenta, la mano de la mujer acariciaba el caparazón de Elvira.

Pocas veces la conclusión de un partido me ha causado tanto alivio. Quería respirar aire fresco, salir de esa cripta que se sustraía al tiempo. La mujer nos dirigió una mirada dulce con los ojos azules que habían visto la niebla y la noche de Dachau. Se despidió y volvió a sus tortugas. Elvira aguardaba sus caricias. Al fondo del acuario, inmóvil, reposaba una segunda tortuga. La mujer pronunció su nombre con suavidad. Estábamos predispuestos a que todo nos afectara en ese sitio, a encontrar ahí saldos de una historia devastada, y quizá otorgamos demasiado sentido a lo que sólo dependía de la locura y el azar. Lo cierto es que el nombre de la segunda tortuga, quieta al fondo de

agua, resumió el estremecimiento de ese día.

En efecto, se llamaba Adolf.

Cuando el hombre llegó a la luna, yo tenía doce años y no sabía silbar. Podía soplar un débil sonido, pero anhelaba el contundente chiflido de los arrieros o los entrenadores de fútbol.

En vano ensayé métodos como doblar la lengua o introducir dos dedos en la boca. Envidiaba al repartidor de leche que tenía una novia en un cuarto de azotea. Al llegar a nuestra calle, producía un gorjeo que desembocaba en un lazo musical. Su novia se asomaba a verlo, con el pelo recién lavado. Como ella no sabía silbar, o le daba vergüenza hacerlo, sacaba un espejo y mandaba brillos a la banqueta donde la amaba un hombre rodeado de botellas de leche.

Silbar equivalía entonces a los mensajes de texto que hoy se mandan por teléfono celular. La Colonia del Valle, donde yo vivía, dejaba de ser un sitio de casas bajas para transformarse en la zona con más edificios de la ciudad de México. Los destinos comenzaban a volverse verticales y el lechero inauguraba un truco para llamar la atención de una chica que vivía en órbita.

Entonces todo tenía que ver con el espacio. Hablábamos del proyecto espacial Géminis y luego del Apolo. La vecina del 4 le puso Laika a su perra, por la primera cosmonauta canina. En las noches, desde el balcón de mi departamento, buscaba la curva oscura del Ajusco, donde mi primo Ernesto había visto un ovni. Muchas películas tenían que ver con la carrera espacial. Mis amigos y yo apoyábamos a los rusos porque los gringos nos habían quitado la mitad del territorio y mi desmedido tocayo Juan Escutia había muerto luchando contra ellos, envuelto en la bandera nacional.

Como cualquier adicto a la televisión odiaba al espía ruso que se coló a la misión de *Perdidos en el espacio* (sobre todo, odiaba la voz que lo doblaba) y estaba convencido de que el protagonista de *Mi marciano favorito* también era un espía ruso, sólo que muy positivo.

En 1969 la vida tenía sentido porque los Beatles no se habían separado y John Lennon componía *Across the Universe*. Un cohete se acercaba a la luna y en el Distrito Federal el suburbio de moda se llamaba Ciudad Satélite. El ambiente se había vuelto cósmico.

Sin embargo, en nuestro mundo sublunar también existían las preocupaciones locales. Mi amigo Carlos y yo nos habíamos enamorado de unas gemelas de ojos color miel que vivían en el Centro

Urbano Presidente Alemán, en la esquina de Félix Cuevas y Avenida Coyoacán.

Las conocimos en la tortería Don Polo y sólo pudimos distinguirlas porque Gloria pidió licuado de fresa y Mónica de durazno. Nos cautivó que una fuera el espejo de la otra, atracción esencial para dos amigos inseparables.

Por desgracia, las hermanas tenían severa vigilancia. Era imposible cortejarlas sin que aparecieran dos hermanos nefastos, acompañados de una pandilla de menores de edad que ya fumaban.

Carlos decidió enamorarse de Gloria por una frívola razón: odiaba el durazno, sabor favorito de Mónica. Recordé un episodio de *Don Gato y su pandilla* que giraba en torno a un hueso de durazno con poderes especiales y no discutí las preferencias de mi amigo.

Para comunicarnos hasta el piso donde ellas vivían diseñamos dos melodías distintas, que hubieran subido como plegarias al cielo en caso de que supiéramos chiflar. La inclemente época de nuevos edificios exigía que los enamorados hablaran como los pájaros.

Carlos era un lector voraz de la revista *Duda*, bastión esotérico, y juzgaba que las gemelas nos convenían por ser Piscis, signo que se representa duplicado. Además tenía una tía jarochoa con fama de vidente. Ella le recomendó una brujería para poder silbar: dejar caer doce gotas de sangre en un buche de gallo y colocarlo en un pirul para que se «serenara» bajo la luna. Ciertas palabras tienen autoridad propia. El embrujo me pareció serio cuando Carlos pronunció la palabra «serenar».

No nos costó trabajo que nos regalaran dos buches de gallo en una pollería, distinguimos un pirul por las bolitas rojas que colgaban en sus ramas y nos pinchamos el dedo con un alfiler.

Estábamos absortos en esta tarea cuando un amigo llegó en su bicicleta a decirnos que la llegada a la luna se había retrasado porque a uno de los astronautas no le cerraba el traje. Nos dio tiempo de subir al árbol y colocar el emplasto.

Esa noche vimos a Armstrong caminar en la superficie lunar, con los pasos de quien avanza bajo el agua. Un locutor dijo que la era moderna había comenzado.

Ya en mi cama, me pregunté si el hechizo serviría con una nave en la luna.

Al día siguiente Carlos me dijo: «La luna se volvió científica.» No hubo magia ni aprendimos a silbar. Las gemelas no oyeron nuestros reclamos. Fracasamos en la misión espacial de tener novias en un cuarto piso.

El pirul donde Carlos y yo depositamos nuestra sangre, la pollería que nos donó los buches y la casa donde vimos el alunizaje han dejado de existir.

La luna sigue igual. Lejana, inconstante, como las niñas que veíamos aparecer y desaparecer en un edificio.

Hace poco, Carlos llamó para decirme: «Hace cuarenta años que no sabemos silbar.» Se le ocurrió un nuevo hechizo, pero no voy a probarlo.

EL ESCRITOR FANTASMA Y SU TESTIGO

El primer escritor profesional que conocí fue Paco López Fischer. A los trece años cobraba un mazapán por una carta de amor.

Su otra pasión consistía en lanzar perdigones de papel humedecidos con su saliva y bolitas de migajón. Su blanco favorito eran las orejas. Una tarde de granizo había descubierto que pocos impactos duelen como un golpe en el lóbulo. Además, se trataba de un objetivo ideal para un virtuoso. Es fácil darle a una nuca. Las orejas reclaman puntería.

Lanzar proyectiles fue la primera señal de que quería comunicarse a distancia. Sin embargo, como autor no buscaba destinatarios propios. Escribía cartas sobre pedido. Hacía dos o tres preguntas sobre la chica en cuestión. Eso le bastaba para concebir un pormenorizado romance literario.

En la época en que las peluquerías se volvían «unisex», comenzó a recibir encargos de mujeres para dirigirse a sus novios. Con admirable profesionalismo, se puso en la piel de las enamoradas y redactó elogios y reproches de emoción genuina.

En ocasiones se hacía cargo de las dos partes de la correspondencia, mostrando habilidad para enamorarse y abandonarse a sí mismo.

Al terminar la secundaria ya le decíamos Cyrano. El apodo le iba bien por su capacidad de escribir con corazón ajeno y su carácter de duelista. El seductor anónimo era aficionado a las peleas. Provocaba lanzando bolitas de papel; si la víctima lo retaba, disfrutaba de una buena golpiza. La misma persona que suplantaba por escrito a la dulce Naty, tenía los nudillos destrozados. Su cuerpo de boxeador podía albergar a una doncella o a un rudo pretendiente.

Cuando empecé a escribir me vio con desprecio: «Pinche aficionado: eso no es profesional.» En efecto, yo no cobraba.

Poco después me cambié de escuela y le perdí la pista. Quise escribir un cuento sobre él, pero me faltaba el desenlace. Me intrigaba que hubiera atado y desatado los romances de una generación

sin mostrar otro interés por los demás que el ocasional deseo de partirles la cara. Su escritura había sido utilitaria; no cultivaba otro género que las cartas por encargo. El enigma se perfeccionaba porque yo estaba en sus antípodas: no cobraba, confundía mis pasiones con las ajenas, carecía de entusiasmo por el pleito.

Busqué su nombre en revistas de jóvenes escritores y editoriales marginales; en premios, becas y congresos. Fue en vano.

Hace unas semanas lo encontré en Twitter, amparado en un seudónimo sólo descifrable para sus amigos de primaria. Le pedí que nos reuniéramos. Su respuesta fue típica de la realidad sin fronteras de internet: vive en Alaska. El niño que cobraba con mazapanes ahora trabaja para una compañía de alimentos bajos en calorías.

Sus aforismos en la red van de lo desafiante a lo rabioso. Estaba por borrarlo de mi lista de tuiteros cuando me avisó que vendría a México. Nos encontramos y entendí por qué no había puesto su foto en Twitter: no hace otro ejercicio que enviar mensajes. Sin embargo, está satisfecho del destino que le ha dejado un cuerpo rubicundo, abusivamente sedentario: es escritor fantasma de doscientas cuentas de Twitter. Cobra por eso y calcula que en unos meses podrá abandonar su otro trabajo. Sus clientes son políticos de distintos partidos, parejas atribuladas, seductores que cortejan al mayoreo, opinionistas de la prensa, actrices más o menos famosas y «ciudadanos de a pie». La tecnología vino en su auxilio para convertirlo en Cyrano del siglo XXI: «Hay gente que no tiene qué decir, pero hoy en día si no mandas mensajes no existes», explicó.

Le pregunté si no era conflictivo representar a tantas almas y me dio otra lección de materialismo: «Sólo si no me pagan.» Su gusto por comunicar es perfectamente instrumental: lanza palabras como quien avienta huesos de aceituna. Le apasiona establecer contacto sin motivo para hacerlo, una afición primitiva, típica de nuestra modernidad.

No se ha casado y no necesita otras relaciones que las que modifica a distancia. Fiel a su estilo, me preguntó cuánto me pagaban por mis artículos. Le pareció una bicoca. Luego criticó mi ropa: «Tweed de imitación.» Era extraño que un autor fantasma dijera eso. Por último, el hombre de las doscientas voces me criticó de un modo peculiar: «Tus textos siempre parecen tuyos.»

Hablar con Paco me dejó la sensación de dirigirme a doscientas personas que no estaban ahí. Él se decepcionó de sólo dirigirse a mí.

Limitaciones de escritores.

BATALLAS PERDIDAS CON EL FRÍO

En México el mejor sistema de calefacción es el ponche. Nuestros hogares son tan gélidos que si uno abre la puerta, se enfría la calle.

Por alguna razón la arquitectura «típica» fue planeada para los soles de una tórrida Arabia. Las casas estilo «colonial mexicano» tienen ventanucos de convento y pisos de piedra sacrificial. Aunque suele haber chimenea, casi nunca hay leña. En lo que toca a las viviendas comunes (que el optimismo llama «de interés social»), sólo se puede decir que sus pasillos redefinen la palabra «chiflón»: el aire convierte las paredes en una caja de resonancia para los conciertos del dios Eolo.

Si se descuentan las costas y el norte del país, donde la sensatez ha repartido chamarras con forro de borrego y *calentones* para las recámaras, la mayoría de los mexicanos padecemos más frío que los esquimales. Esto se debe a que vivimos según la hipótesis de que también en el altiplano somos tropicales. Abrigarse no sólo parece innecesario sino de mal gusto. Cuando alguien llega con abrigo a la fiesta le preguntan con sorna: «¿Dónde fue la nevada?» Aunque a todo mundo le salga vaho de la boca, la etiqueta nacional exige ponerse dos camisas antes que usar ropa de invierno.

En estos tiempos en que las encuestas parecen una forma de la inteligencia, sería interesante saber cuántos mexicanos tienen guantes. Una leyenda vernácula insiste en que nada abriga tanto como un suéter de Chiconcuac. En 1975 este mito se vio agravado por otro: me dijeron que en Europa nada se cotizaba mejor que el estambre de Chiconcuac. La información era muy útil para alguien que zarpaba en un barco carguero con un presupuesto de ocho dólares al día. Mi mejor amigo y yo compramos seis suéteres para revenderlos en las boutiques. Cuando tocamos tierra, el cielo tenía un color plomizo. El momento de enfrentar la adversidad con un suéter. Por desgracia, el viento nos atacó con cruda pedagogía, mostrando la fragilidad de un tejido con agujeros. Fascinados por usar grandes artesanías, no buscamos otras ropas sino que las forramos de papeles.

Ese invierno el gusto europeo no estaba ávido de suéteres mexicanos y tuvimos que venderlos a precio de periódicos.

Uno de los remedios favoritos de la patria consiste en considerar que los problemas se alivian

si pensamos que no existen. Tal vez esto explique la pulmonía que contraí por no tener una moneda de cinco centavos. Todo ocurrió en la primera casa en la que viví por mi cuenta, en compañía de mi amigo Francisco Hinojosa. Nuestros caseros eran unas personas amables que habían convertido su *garage* en una mínima vivienda. Para entrar a su cuarto, Pancho tenía que pasar por el mío, y para ir al baño yo tenía que pasar por el suyo. El entusiasmo de contar con un espacio propio hizo que cualquier inconveniente nos pareciera estupendo. Cuando se cayó la llave de la regadera, no llamamos al plomero ni le avisamos a los dueños, que además eran nuestros vecinos: una ranura quedó al descubierto y Pancho descubrió que ahí había una moneda de cinco centavos; si la girábamos a la derecha, salía agua caliente. Nuestra amistad estuvo a punto de zozobrar por la cantidad de monedas que perdimos en el baño, como si el drenaje sirviera de alcancía. El invierno de 1979 me encontró desnudo, sin la moneda de la providencia, a punto de contraer una neumonía marca López Velarde. A un esquimal no le hubiera pasado eso.

Sigo con la antropología personal del frío. En una ocasión celebramos la Navidad en casa de unos amigos que habían conseguido un calentador de gas para entibiar la reunión; pero el insólito aparato trajo más desconfianza que bienestar. Alguien recordó que un tío suyo se había asfixiado en Chihuahua con un calentador de gas y otro dijo que su infancia quedó marcada por la noticia de una explosión en Barcelona. Total: el calentador presidió la cena como el ídolo de una religión prohibida.

Rara vez los radiadores logran que la atmósfera sea en verdad acogedora. El aparato ronronea en un rincón, esparciendo un resplandor rojizo, como si aguardara los pies de Cuauhtémoc, mientras el resto de la casa es una cavidad umbría. En forma casi irónica, la televisión reúne a la familia como una hoguera que no calienta (tal vez la retransmisión de películas con Sharon Stone tenga que ver con una estrategia de mejoría climática).

Imposible inventariar los remedios infructuosos que hemos ideado contra el frío. Baste decir que en estos lares nada es tan eficaz ni calorífico como la canela. Su oportuna distribución debería ser regulada por la Secretaría de Energía.

Vuelvo al punto del comienzo: el ponche puede salvar vidas. ¿Por qué, entonces, resulta tan difícil de conseguir? Carecemos de poncherías y puestos de socorro provistos del vital brebaje. Para recibir el jarrito oportuno hay que ser invitado a una posada.

Los herederos del pueblo del Quinto Sol combatimos el invierno con la ilusión de que en algún momento el cielo recordará que aquí está el trópico.

Termino este texto con una perplejidad. Puse ejemplos de situaciones que me parecen ridículas pero al escribirlas sentí nostalgia del suéter forrado de periódico, el agua caliente que valía un quinto, el trémulo respeto ante un calentador apagado: costumbres tan absurdas como irrenunciables. ¡Que los finlandeses se jacten de tener suficientes saunas para que todos suden al mismo tiempo! Nuestros remedios son más raros: Napoleón no habría perdido en Rusia si nos hubiera comprado varitas de canela.

GALLETAS CHINAS

Bernardo se aficionó a la comida china por ludopatía. El pato laqueado le interesa menos que las galletas de la fortuna.

Mi amigo pertenece a la condición de los que no dejan de apostar. Cualquier sitio se convierte para él en un casino. Cuando nos encontramos en la Terminal de Sur para tomar un camión a Cuernavaca, me dijo: «Cincuenta pesos a que salimos de un andén non.» Ya a bordo, hizo una propuesta más arriesgada: «Cien pesos a que esta vez no pasan una película de karatekas.»

En cualquier ciudad Bernardo propone ir a un restaurante que cuente con galletas de la suerte. Si te lo encuentras en Roma, comes cerdo agridulce.

Para alguien que vive en estado de apuesta, los mensajes chinos son como el oráculo de Delfos. Poco importa que parezcan escritos por disidentes torturados para confesar la buena ventura. Un esmerado sistema de supersticiones obliga a Bernardo a creer que le toca el papelito que merece. «Un adivino no habla como un columnista», dice ante esos augurios sin gramática, sugiriendo que lo genuino se expresa con balbuceos y es refractario al embeleso buscado por el periodista esnob.

En ocasiones, un escéptico refuerza la fe de un fanático. De manera involuntaria, legitimé la superchería de Bernardo. Nos vimos en casa de Chacho para hablar de un proyecto que los ilusionaba desde hacía años, sin muchas posibilidades de volverse verdadero. Querían que yo brindara una tercera opinión.

Chacho decidió pedir comida china. Fue un detalle en deferencia hacia Bernardo. «No me vas a ablandar con esto», dijo el lector de galletas cuando las cajitas llegaron echando humo.

Esa noche comprobé que vivimos en un país donde la utilidad de los proyectos consiste en no realizarlos. La estrategia de mis amigos era absurda, pero les permitía fantasear con un futuro grandioso. Nunca podrían triunfar en la vida real con ese negocio que básicamente servía para organizar cenas y pedir la opinión de los amigos.

Pensé en frases para decir sin ofensa que incluso yo podía advertir que estaban en un error, pero

no tuve que abrir la boca. Las galletas resolvieron el tema.

La mía era un regaño: «No aprovechas tu madera.» No sólo me molestó el reproche, sino que la galleta me hablara de tú. La de Bernardo decía: «El horizonte es del audaz.» Chacho leyó la suya: «Un amigo vale más que un negocio.» Dada la circunstancia, este mensaje no nos pareció obvio ni imbécil, sino conmovedor. Chacho decidió retirarse del proyecto para el que no estaba capacitado. Mis amigos se abrazaron, unidos por la galleta y separados en los negocios.

Llevé las cajitas a la cocina mientras ellos sellaban su amistad renunciando a su plan delirante. Iba a volver a la sala cuando vi un papelito arrugado entre restos de arroz Tres Delicias. Lo desdoblé y leí: «El enemigo se acerca, pero el viento puede alejarlo.»

Siempre he pensado que para los chinos el viento es una especie de seguro social. Cuando hay un problema, el cielo sopla una solución.

Chacho había inventado el mensaje de su galleta; el auténtico estaba ahí, como un enigma inagotable, entre granos de arroz. Con admirable generosidad, modificó el mensaje para perder un negocio pero no un amigo.

Durante el resto de la reunión, Bernardo estuvo feliz. Hizo confesiones simpáticas y se abstuvo de contar su chiste del ciclista belga. Chacho lo miraba de modo extraño, como si calibrara el verdadero sentido de la galleta. Yo estaba un poco harto; asistí a esa cena como testigo de un proyecto que no cuajó y una galleta insolente me dijo que no aprovecho mi madera.

Estábamos por despedirnos cuando Bernardo descubrió algo bajo la mesa. Una galleta, ni más ni menos. La milenaria sabiduría china había decidido que la comida solicitada era para cuatro personas.

«¿Quién la abre?», preguntó Bernardo con ojos brillantes. Le cedimos el honor pero como estaba contento no lo aceptó. Pidió que yo lo hiciera para salir de mi situación de convidado de piedra.

De nueva cuenta, la galleta me tuteó: «Tu número de la suerte es el 7.» Leí el mensaje en silencio. Como no había hecho nada significativo en toda la noche, quise modificar el destino. Ví a Bernardo y le dije: «Tu número de la suerte es el 2.»

Al día siguiente fue a un sitio de apostadores donde gastó lo que pensaba invertir en el negocio con Chacho. En todas sus apuestas privilegió el número 2. Escribo con amargura la siguiente frase: ganó una fortuna.

Me llamó por teléfono para contarme «el notición». Su voz sonaba a champaña. Era mi oportunidad de decirle que el tip no venía de la galleta, sino de su gran amigo Juan, y que Chacho me había inspirado: él había modificado su mensaje para no perder un amigo y yo el mío porque soy visionario.

Pero Bernardo es incapaz de creer que un columnista adivine la fortuna. Para él, los hados se expresan en un lenguaje primitivo y hecho en China. Me limité a felicitarlo para no quedar como un oportunista que busca propina. Él me invitó al Lunario para celebrar.

Entonces recordé el verdadero mensaje de la galleta. Compré un billete de lotería terminado en 7. Ni siquiera saqué reintegro.

No aprovecho mi madera.

«AQUÍ ES TEXCOCO»

El método mexicano más conocido para detener el cambio climático consiste en enterrar un cuchillo al pie de un árbol.

Fui testigo de este recurso ambiental en la boda de Sarita, hija de mi amigo Rubén. Nos reunimos en uno de esos jardines excesivos para el Distrito Federal que subsisten como espacios de alquiler para festejos o telenovelas.

De acuerdo con Rubén, la perfección ocurre a la intemperie. Tal vez esto venga de los meses en que vivió desnudo en las playas desiertas de Zipolite o se remonte al inconsciente colectivo y las guerras floridas de los aztecas. El caso es que es capaz de decirte: «¿Ir a tu casa para estar encerrados?» Hay que pedirle perdón por invitarlo entre cuatro paredes.

Desde hace años habla de hacer un viaje a Alaska, donde piensa cederle el paso a los osos. En vez de cumplir ese ambicioso anhelo ambiental, propone que vayamos a nadar a Las Estacas, reserva natural donde su amistad ya produjo alguna pulmonía.

Rubén vive según la hipótesis de que México es un país primaveral. Cuando Sarita le dijo que se casaría en octubre, la fecha le pareció genial porque le recordó unos versos de amor de Homero Aridjis: «Es tu nombre y es también octubre / es el diván y sus ungüentos», etcétera.

La mente de mi amigo se pobló de jacarandas (que florecen en abril) y desdeñó lo que el calentamiento global produce en un país que no sigue el compás de los otros: un invierno exprés. La boda tendría lugar entre el Frente Frío número 8 y el número 9. Chacho, que lleva estadísticas de todo, le dijo que además podía llover.

Como desde hace treinta años renunciamos a que Rubén cambie de opinión, hicimos coperacha para rentar una lona que incluía seis agradables calentadores. Cuando nuestro amigo supo lo que tramábamos se ofendió mucho. Sospechó que queríamos ahorrarnos el regalo de bodas (en esto había algo de cierto: los novios tenían una inmoderada «lista de regalos» en un almacén de prestigio y ya sólo quedaban dos opciones: un motor Yamaha 300 para una lancha o la lancha misma).

A pesar del apoyo que recibimos de su mujer, Rubén rechazó la lona. Y no sólo eso: responsabilizó a Chacho de que no lloviera.

—Tráete tu cuchillo —le dijo.

Esa arma tiene historia. Su hoja bravía ostenta un mensaje: «Aquí es Texcoco». Chacho la ha enterrado en muchos lugares que no son Texcoco. Con ese recurso salvó un jaripeo en Tequisquiapan y logró que unos Juegos Florales llegaran a su fin sin recibir una gota a pesar de las nubes que prometían lo contrario.

Chacho se presentó en el jardín una hora antes de la ceremonia. Inspeccionó el sitio con el aire de experto que sólo puede tener alguien que no sabe nada de plantas pero mira las hormigas con mucho interés. Finalmente, localizó un arbusto que a falta de mayores informes le pareció un rododendro y decidió que ahí fuera Texcoco.

Tres horas después estábamos empapados. Toda tecnología se vuelve obsoleta y hasta al cuchillo de Chacho se le acaba la suerte.

Como es lógico, Rubén no pensó que hubiera sido mejor rentar una lona:

—¡Hubieras traído otro cuchillo! —le reclamó a Chacho.

Ésta fue la escena preliminar de algo que me atormenta. Pocas semanas después, los Martínez Carrión nos invitaron a algo que llaman «un asado» y semeja una deportación a Siberia.

—Hay que ir de abrigo —le dije a mi esposa.

Pepe Martínez Carrión ha descubierto que es sensacional comer arrachera a las doce de la noche. Según él, la literatura fantástica argentina tiene su origen mítico en los bifés que se comen a deshoras y provocan sueños rarísimos. Quienes no deseamos soñar con el laberinto, el tema del doble ni la brújula que sólo indica al sur, vemos con desconfianza la dieta que nos propone. Y eso no es todo: Pepe desconoce el frío. Encapsulado en los humos de su parrilla, se sorprende de que los demás tiriten y lo atribuye a que no hacemos dos horas de gimnasio ni nos bañamos con agua fría.

—Te ves ojeroso —me dijo al saludarme.

—No he podido dormir desde el último asado que me serviste —le dije.

Esto no lo desanimó en lo más mínimo. Al contrario; ratificó su extraña concepción de la vida, donde no hay molestia que no sea buena:

—¿Sabías que la gente longeva sólo duerme cuatro horas diarias?

Le di la razón, pues en ese momento me sentía muy longevo. En ese inclemente jardín todos teníamos noventa años. Todos menos Pepe, que atizaba el fuego con enjundia de voceador de periódicos.

Fue un milagro que la conversación prosperara entre el castañeteo de dientes. En un momento en que el anfitrión no podía escucharnos, uno de los invitados me dijo en tono de pesadumbre:

—Mi cuchillo no sirvió.

No se refería al instrumento con que había rebanado la arrachera, sino al que había encajado al pie de un árbol. Una amiga que tenía una prima a la que le habían hecho una limpia exitosísima en Catemaco le dijo que la temperatura ambiental aumenta con ese truco.

Le confesé que yo había hecho lo mismo. Después de la boda de Sarita, Chacho me regaló su cuchillo con el gusto que le da deshacerse de cosas inservibles a las que les tiene mucho cariño. A los pocos días llamó para decirme:

—Recicla el cuchillo. Ya no sirve para que deje de llover sino para que suban las temperaturas. ¡Por eso llovió en la boda! El Frente Frío se interrumpió y se armó un chubasco.

La superstición es la forma más práctica de enfrentar los enigmas de la naturaleza. Esto significa que en el jardín de Pepe encajé el cuchillo de Chacho.

Se lo conté al otro invitado. Él guardó un silencio grave, como si pensara en algo complejo o sufriera hipotermia. Finalmente dijo en tono sensato:

—¡Claro! Los cuchillos no sirvieron porque uno anuló al otro. La próxima vez nos ponemos de acuerdo.

México es tierra de paradojas: el calentamiento global hace que nos enfriemos. Mientras los glaciares se derriten buscamos remedios locales, como el cuchillo climático cuya hoja anuncia: «Aquí es Texcoco».

I

En homenaje a Jorge Ibargüengoitia, máximo cronista de los desastres de Coyoacán, el martes este barrio estuvo al servicio de los apagones. Con un sigilo digno del desembarco en Normandía, la Compañía de Luz y Fuerza subió a los postes para poner en práctica un plan neurótico: la luz se iba y volvía como si midiera los arrebatos emocionales de Ana Karénina.

Los altibajos de la corriente bloquearon mi cerebro: no tenía tema para mi artículo. Recordé un consejo de Ibargüengoitia: salir a la intemperie a esperar que los rayos infrarrojos produzcan una iluminación. Eso hice, sin otro éxito que recordar mi reciente visita a los Señores de la Luz.

II

—Para los cuates siempre hay tiempo —dijo el encargado del mostrador.

Me supe perdido. Esa amabilidad valía por lo menos cincuenta pesos. La Compañía de Luz está amueblada con asientos de trolebús. A las nueve de la mañana no había un asiento libre. Una maquinita roja expendía fichas; le tocaba el turno a la 64 y atendían la 32. Los clientes se dividían en dos: unos masticaban tamal, otros se escarbaban los dientes con un papel doblado.

Un hombre de triple suéter atendía asuntos de rutina. En la otra ventanilla, un colega con chamarra de la UNAM hojeaba un periódico nefasto. Le pregunté si necesitaba ficha para hablar con él. Fue entonces cuando dijo lo de los cuates. Dobló el periódico en cuatro partes (en el código del servidor público mexicano, sacrificar la lectura del periódico justifica un soborno).

Vi a los demás en los asientos, como si aguardaran un trolebús a La Piedad. Enseñé mi recibo.

—¡Uy, mi cuate! —El encargado humedeció sus labios con deleite—. En Almoloya gastan

menos.

La mención de una cárcel de máxima seguridad donde los presos duermen con la luz encendida me hizo temer lo peor. A continuación, el amigo repentino me obligó a confesar mis costumbres eléctricas: no apago la computadora porque la pila (que tiene una relación íntima con la memoria) ya se gastó y el repuesto no ha llegado a esta rinconada del tercer mundo... En las noches dejamos dos luces prendidas porque todo mundo sabe que los ladrones armados con una AK-47 se asustan con dos focos... Por defectos de albañilería, para subir agua al tinaco hay que encender una bomba y para bajarla hay que encender otra... Nuestro hijo duerme con una luz prendida porque si no se convierte en el Pokémon número 151...

Soy rehén de la electricidad al grado de irle al Necaxa, el equipo de los Rayos. Debí pedir disculpas por interrumpir la lectura del periódico, pero un fondo de dignidad, o un recóndito orgullo por mis aparatos, me hizo insistir en que mi consumo debía ser menor que el del Estadio Azteca.

—Entre gitanos no nos leemos la suerte. —El encargado se rascó la cabeza—. ¡A qué, mi Juan Camaney! La gente paga aunque la boleta salga mal. ¡Por pura jactancia! La gente es muy cábula, muy cabroncita. Y no me salgas con que pagan para que no les corten el servicio. ¡Ni ven la cantidad! Se jactan y ya. Tú no eres de ellos: tú gastas mucha luz. ¿Desenchufas la tele antes de dormirte?

Tuve que confesar que no.

—¿Dónde te habías metido, Juan Camaney? —preguntó como si me le hubiera extraviado hace treinta años en la terminal de Pantaco.

No supe qué contestar pero su cabeza producía suficientes asociaciones para seguir hablando:

—¿Cómo le dices a tu señora, Gorda o Vieja?

Tampoco en este caso tuve que pronunciarme:

—Haz de cuenta que le dices Gorda. Desenchufa los aparatos uno por uno. Que ella se ponga junto al medidor mientras le gritas: «Gorda, ¿sigue dando vueltas?» Haz la prueba hasta que se pare el medidor. Si no, hay una fuga.

Extendió la mano para recibir el pago que al cabo de tanta confianza ya iba por los cien pesos.

III

La siguiente ocasión en que llegaron a mi casa a «tomar la lectura», hablé con un técnico.

—La solución es un *diablito*. Nosotros te lo ponemos y la boleta te baja a la mitad. Garantizado. Eso sí, no dejes de pagar una cuenta porque abren la caja y nos descubren. Si eso pasa, yo no te conozco, Juan Camaney.

Al oír el apodo que merezco en la Compañía de Luz, pregunté el precio del pacto con el *diablito*.

—Seiscientos pesos.

La cantidad me pareció lo bastante alta para recordar los daños morales de la corrupción. Dije que no tenía dinero.

—Si cambias de opinión, búscanos en la oficina. Pregunta por Robert Mitchum.

IV

Juan Camaney no fue a ver a Robert Mitchum. Las cosas no han mejorado en mi casa. Ningún electricista ha sido capaz de descubrir el aparato que se roba luz y todos miran mi elevadísima boleta como si fuera una imagen de la Virgen de Zapopan.

El martes, la luz se fue toda la mañana y volvió a las seis de la tarde, en la mitad de la casa. Obviamente en esa mitad no está la computadora y en la otra no hay enchufes raros. El miércoles, un electricista hizo «un puente» entre los fusibles para que la luz llegara al resto de la casa. Esta historia, como el resto del país, pende de un alambrito.

Sólo una cosa cuesta más trabajo que ser feliz: demostrarlo. Cuando vemos las nubes como una delicia elemental, alguien nos dice: «¿Te pasa algo?»

Ciertas culturas admiten la depresión de los suyos sin que esto entrañe un desprestigio social. En Suecia, un distinguido gerente de banco combate el invierno con una botella de vodka, luego con un sauna y luego con un tiro. Su muerte es trágica pero no mancha su biografía. Los cuadros de Munch, los dramas de Strindberg, las novelas de Hansum y las películas de Bergman han demostrado la compleja dignidad de las almas nórdicas. En México, donde las respuestas cortas indican que alguien se puso *chípil*, las costumbres son distintas. Un banquero suicida adquiere la reputación fascinante y sospechosa de un poeta romántico.

No hay duda de que la tristeza es un ingrediente central de nuestro arte, pero pocos desean que les miren las ojeras o las pastillas de Prozac. Los festejos populares nos han inculcado una idea bastante excesiva del bienestar; nuestras inacabables fiestas refutan la yerma realidad: si no tienes dinero, mata al último borrego; si ahorraste para el jagüey, el tinaco o la alberca, truénate todo en fuegos artificiales.

Nuestra dicha es atributo de la intensidad; ninguna angustia puede con la barbacoa o el ruido. No en balde, las congregaciones que aspiran al éxito se llaman *reventones*. Nuestra paciencia ante las cosas aburridas se agotó cuando le pusimos *alegría* al más insulso de nuestros dulces: los entusiastas echan balazos de felicidad. Emblema de las virtudes del irresponsable, Juan Charrasqueado no tuvo tiempo de montar en su caballo. Murió con el sello de su estirpe: parrandero, mujeriego y jugador.

En su *Fenomenología del relajjo*, Jorge Portilla observa que la algarabía mexicana siempre es gregaria. Nadie echa relajjo ante el espejo ni lanza porras en secreto. El furor patrio pide cómplices, contagio, amigos de a montón.

Se dirá que estas consideraciones derivan del folklor y que por esos rumbos también podemos encontrar al mexicano amable y rencoroso, capaz de hundir puñales con infinita cortesía: «¿No me

lo guarda un ratito?»

Toda vinculación entre un estado mental y un país es arbitraria. Esta reflexión no pretende sino despejar una interrogante de poca monta pero difícil: ¿en qué momento estamos garantizadamente felices? El placer íntimo se agota en sí mismo; sólo requiere de testigos cuando se pone al servicio de la vanidad o el ultraje social («¿te acuerdas de la rubia que tanto te gustaba...?»).

Debemos reconocer, sin necesidad de vestirnos de traje regional, que nuestro desafío de estar contentos sucede en un país tan específico como el ajonjolí que le ha dado esplendor. Entre las botanas destinadas a alegrarnos, hay algunas más bien dudosas: las *trompadas* de piloncillo y las calaveras de azúcar demuestran que al mexicano sonriente le falta por lo menos un colmillo; el pulque tiene la textura de las sustancias que ya fueron ingeridas por otra criatura y sólo embriaga a los seis litros; los mejores chiles hacen que nos sude la coronilla. Después de una verbena de prestigio tricolor, el mexicano es un piloto de espuelas imaginarias que conduce un brioso alazán en la huizachera (que para su desgracia es un Tsuru en Insurgentes).

La euforia nacional tiene la peculiaridad de llegar a deshoras y cantando. El mariachi es un invento excelente para provocar euforia en latitudes donde no florece la conversación. Con una trompeta en la oreja, poco importa que tus amigos estén ahí como un círculo de piedras. La única obligación social del hombre que oye al mariachi es gritar «¡ajajajay!» cada vez que alguien muere o sufre despecho en la canción. Eso sí, mientras se pague a los músicos, no hay modo de retirarse; la reunión sólo es un triunfo coral si el público deja sin repertorio al mariachi.

No caeré en el abuso de decir que el mexicano está obligado a ser feliz hasta el vómito, pero no hay duda de que se le exige notoriedad. Los que llevan su dicha en calma suelen ser vistos como pobres *aguados* o como pinches conspiradores («¿te fijaste cómo me veía?»). Si sólo te quedas cuatro horas en la fiesta, el anfitrión pregunta con amabilidad de arsénico: «¿¡Pero qué mala cara has visto!?» Si sólo comes dos veces del mole que te sirvieron a las once y media de la noche, tu mejor amigo, quien conoce tus problemas gástricos pero quiere congraciarse con su esposa, te sirve la tercera ración junto con una pregunta que no debes responder: «¿Otro poquito?»

La mexicana alegría es como las tostadas: sus ingredientes son resbalosos e imprecisos, y resulta imposible tragarlas enteras.

LA NOSTALGIA DE TENER PIES

Tengo la impresión, en modo alguno avalada por la estadística, pero no por ello menos insistente, de que nuestros pies se han vuelto menos importantes. En mi infancia, todo mundo lucía preocupado por la forma en que el cuerpo se terminaba para entrar en los zapatos; la gente se quejaba de juanetes y uñas enterradas; las clases de gimnasia o el servicio militar se interrumpían de un modo reverente ante alguien aquejado de pie plano; los niños usábamos botines ortopédicos con la misma constancia con que hoy se usan Nikes o Adidas; en cada camión había un anuncio de pomada contra el pie de atleta, y en cada colonia, un dispensario más o menos misterioso en el que un hombre de bata blanca se servía de un cosquilleante esmeril para pulir callos. Las clínicas y los productos del Dr. Scholl prosperaban en ese tiempo donde nadie caminaba muy seguro y los dedos siempre ofrecían pretexto para poner curitas.

Acaso se deba a mi falta de frecuentación social, pero hace mucho que no oigo a nadie quejarse de sus pies. ¿Cambió tanto la fisonomía en un par de generaciones? ¿Los zapatos blandos acabaron con la necesidad de usar plantillas punitivas? Durante años, los hombres trataron a sus pies como objetos de reformatorio. En aquel mundo conflictivo, también los zapatos debían ser domados; era común comprar prendas de cruel empeine para mandarlas a purgar condena con un zapatero; durante semanas, el calzado vivía en un islote del diablo, sometido a las hormas del torturador.

Nuestro tenso contacto con el suelo ha cambiado. Aunque el transporte urbano sigue promoviendo lociones contra los hongos y el mal olor, los pies parecen haberse aliviado para siempre de molestias que quizá sólo se debieron al calzado pobre y a la costumbre de vigilar en exceso la frontera final de nuestro cuerpo.

Las preocupaciones fisiológicas tienen un curioso modo de pactar con las costumbres. Pensemos, si no, en las escupideras. En los años cuarenta, la oficina de un abogado incluía sillones de cuero color borgoña, paredes de caoba y sólidas escupideras de cromo en los rincones. Aquel trasto no sólo representaba confort sino incluso elegancia. Sería absurdo pensar que un hombre de entonces tenía más flemas y saliva que el yuppie posmoderno. No, sencillamente la época prestaba mayor consideración al impulso de escupir, y diseñó un recipiente normalísimo para tal desfogue.

Como toda oferta crea su propia demanda, podemos inferir que cuando la última escupidera salió del mercado, la gente pensó menos en lo que podía salir de su garganta.

Otra molestia corporal que parece conjurada es la de sufrir con los vientos encajonados y domésticos que llamamos *chiflones*. «Le dio un aire», esta frase meteorológica explicaba a la abuela postrada en una cama, bajo seis cobijas que sólo se retiraban para renovar la bolsa de agua caliente. No creo que la contaminación haya serenado los vientos traicioneros que entran en las casas; tan sólo nos olvidamos de esos huracanes a domicilio, y dejamos de sufrir sus daños.

Buena parte de nuestras molestias no son sino supersticiones. Una de ellas fue la peculiar manía de vendarse. No me refiero, por supuesto, a la camisa hecha jirones ni al torniquete que salva a un atropellado, sino al vendaje caprichoso, hecho para «sentirse bien». Los tranvías de mi infancia llevaban pasajeras de piernas robustas, cubiertas por medias color tabaco que dejaban ver un vendaje honesto, de momia legítima. Las mujeres lucían saludables, pero se sentían mejor con esas prendas de enfermería. Tal vez se protegieran menos del reumatismo que de la mirada ajena y acaso fomentaran un deseo paciente y sanitario, el de ser infinitamente desvendadas. En todo caso, se trataba más de un recurso de cortejo o exorcismo que de un primer auxilio.

Cuando los pies eran dramáticos, yo tenía cuatro años y pasaba horas en la tina. De acuerdo con el espíritu de la época, le puse a mi pie izquierdo Víctor y al derecho Pablo. Años después escribí un cuento sobre el tema, «Yambalalón y sus siete perros». Más allá de las interpretaciones y las etimologías freudianas (Edipo: «el de los pies atados»), la anécdota es típica de un ambiente donde había pocos juguetes y donde los pies tenían historia. Abrir un botiquín de entonces significaba descubrir tijeras curvas y punzones de pedicurista, piedritas para pulir callos, rondanas acolchonadas para los «ojos de pescado».

Ahora que los pies parecen maravillosamente libres de prejuicios y trotan enfundados en tenis de diseño industrial, conviene recordar que no hace mucho fueron vulnerables y veleidosos, representantes de una raza mal acabada que soñaba con criaturas imposibles, princesas de pies pequeños y perfectos.

Una de las cosas que más se le dificultan al ciudadano de fin de milenio es pedir perdón. La cultura judeocristiana de la culpa ha perdido fuerza. Por otra parte, la psicología nos ha puesto en contacto con el inconsciente y sus necesarias reacciones: lo que antes era grosería, ahora es un *lapsus*. Además, corre el rumor de que los derechos humanos son tan generosos que incluyen nuestras neurosis. Los arrebatos que parecían muestras de salvajismo se han vuelto comprensibles desfuegos del hombre a quien el milenio se le viene encima.

Aunque el relajamiento de la responsabilidad tiene sesgos positivos, con demasiada frecuencia una acción vergonzosa se minimiza como un simple dislate, un *oso* o un *pancho*. Buscar sinónimos para la pérdida de control es una forma de suavizar sus efectos. Lo más grave es que las víctimas —sabedoras de que el alma contemporánea anda mal— están predispuestas a perdonar a sus agresores. En los tiempos que corren, el protagonista de un acto ruin puede justificarse con las siguientes causas: «Es que soy de Metepec el Alto» (estrategia geográfica: la rabia sin freno es una condena tan localizada que ni siquiera abarca a Metepec el Bajo), «Es que padezco de eyaculación precoz» (estrategia confesional: se agravia a la víctima con un incómodo secreto íntimo que no desea conocer), «Es que traigo muy alto el azúcar» (estrategia médica: se enseña un ilegible diagnóstico de la curva de glucosa). En todos estos casos, el error de conducta equivale a una energía incontenible que se nos metió en el cuerpo. Como en las nubladas transmisiones de televisión, la gente presenta «fallas de origen».

Habría que darle un premio cívico al valiente que se atreviera a decir: «Me equivoqué.» Hemos llegado a tal embrollo que reconocer una falta, y pedir el perdón correspondiente se ha vuelto perjudicial.

Todo esto viene a cuento porque el otro día mi amigo Chacho llegó a una reunión y, sin más preámbulo, le dijo al anfitrión:

—Estoy apenadísimo contigo: nunca te devolví tus discos de Flying Burrito Brothers. Los revendí en el tianguis del Chopo y me gasté el dinero en un viaje a Acapulco (aunque sólo llegué hasta La Vaca Negra de Iguala, que conste). Te pido una disculpa. En serio. Tenía que decírtelo.

El interlocutor se quedó como si tuviera un canapé en la garganta. Luego acertó a decir:

—Chacho, eso fue hace veinticinco años.

—No importa, los errores son los errores —dijo un hombre dispuesto a inculparse con la mejor de las sonrisas.

A continuación, Chacho le pidió disculpas a Yola por «haberle faltado al respeto» en una tómbola de 1972 (por desgracia, nos ahorró las circunstancias), a Felipe Gutiérrez por no haber votado por él en una reunión de consejo académico, a las gemelas Yuste por haber cortejado a las dos sin querer a ninguna, al Flaco Méndez porque salieron juntos de una fiesta y él no hizo nada para impedir que manejara borracho: el Flaco se volteó en el Periférico y ahora tiene la cara cruzada por una cicatriz en zigzag, como un villano de *Batman*.

Para usar una expresión de novela del siglo XIX (cuando aún se pedían disculpas), «los comensales no salíamos de nuestro asombro». Chacho incluso se inculpó de unos mariscos podridos que nos sirvió con mucha catsup cuando fuimos de campamento a Mihuatlán para ver el eclipse.

Hay que decir que hasta ese momento nuestro amigo había sido un campeón de la evasiva. Si insultaba a un congénere, decía: «Tuvimos un diferendo»; si se equivocaba por escrito: «Hubo una errata en mi texto»; si dejaba plantado a alguien: «Fue un malentendido.»

¿Qué oscura transformación había ocurrido para pedir tantas disculpas a destiempo? La misma persona a la que no se le podía reprochar nada sin que nos recordara que su padre lo metió de niño en la Militarizada México y que nació ahorcado con el cordón umbilical, ahora aceptaba una vida de prevaricación.

—Está en el paso 8 —me explicó Jacinto, que siempre sabe algo más que los otros.

Puse la cara de incompreensión que él necesitaba para explicar con parsimonia:

—Entró a Alcohólicos Anónimos. El paso 8 consiste en pedirle perdón a todas las personas que has ofendido.

Jacinto no sabía si el decreto sólo amparaba a los agredidos durante la ingestión de alcohol. En todo caso, los demás convidados a la fiesta recordamos las numerosas fechorías de Chacho que habíamos soportado porque, a pesar de ellas, era un estupendo amigo. Yo me acordé del día en que me invitó a una fiesta de «disfraces históricos» y fui el único que llegó en traje de época. Salí del elevador de un cuarto piso de la Colonia Narvarte vestido como Cristóbal Colón, y me vi rodeado de ropas de mezclilla y terlenka, quinientos años posteriores a mi desembarco.

El paso 8 me pareció digno de implantarse como una obligación periódica de sobrios y borrachos. Esperé que Chacho se disculpara conmigo, pero me esquivó con una amabilidad que juzgué calculada. Entonces le pregunté a Jacinto si el paso 8 admitía solicitudes de los agraviados.

—Él debe tomar la iniciativa —me informó con molesta pericia.

Después de dos semanas de incertidumbre me encontré a Chacho en casa del Flaco. No resistí la tentación y le recordé la broma que me hizo subir a un *pesero* vestido de Colón.

—¿Todavía te acuerdas de ese equívoco? —me preguntó.

Sólo entonces advertí que tenía un whisky en la mano.

DIOS EN LA PUERTA

La tienda se llama Paraíso y su puerta tiene vida propia.

Según saben los atribulados lectores de Duns Escoto (conocido por su fineza retórica como *Doctor Subtilis*), la escolástica es algo que tiene partes. Vayamos, pues, al umbral del argumento: la invención de las puertas automáticas significó una entrada cristalina a la arquitectura inteligente. Ahí, el espacio acata al destino; el edificio «sabe» lo que queremos y elimina un obstáculo en nuestro beneficio. La puerta que entiende nuestros pasos acaso sea el primer anuncio de una arquitectura superior, que dejará de ser inteligente para volverse comprensiva y donde las almohadas decidirán nuestros sueños.

La evolución humana se debe —entre otras molestias— a las funciones especializadas de nuestro dedo pulgar; quizá por ello solemos representarnos el futuro como un sitio en el que ya no hay que usar las manos. En la era del confort espacial, llevaremos la personalidad en las suelas de los zapatos.

Estas consideraciones vienen a cuento porque a César Aira se le ocurrió algo parecido a pasar un camello por el ojo de una aguja: llevar a Dios a una puerta automática. De acuerdo con el escritor argentino, hay una forma contundente de refutar la omnipresencia del Creador: si estuviera en todas partes, todas las puertas automáticas del planeta estarían abiertas; por más leve que fuese el peso divino, su presencia debería ser captada por los sensores en el piso.

Es obvio que la teología de Aira adolece de antropomorfismo: su Dios tiene zapatos. Al igual que el hinduismo, la religión cristiana se ha dejado llevar por las tentaciones de la iconografía. Muchos de nosotros hemos coloreado a un Dios de barbas y túnica en las nubes de un cuaderno infantil.

Los doctores de la Iglesia han trabajado horas extra para enseñarnos a querer a un Hacedor que ni camina ni se baña ni se sienta ni habla ni calla. Por su parte, Maimónides dedicó los cincuenta primeros capítulos de su *Guía de descarriados* a estudiar los antropomorfismos bíblicos y demostrar que la esencia divina requiere de incorporeidad absoluta. El idólatra no es sólo quien

rinde culto a un Dios figurativo, sino también quien deja de luchar contra sus representaciones alegóricas. Por más que anhelemos las facciones del Padre Eterno, debemos conformarnos con una presencia trascendente que ocupa el centro de todas las cosas (y que no tiene por qué abrir puertas automáticas).

Con todo, la broma de Aira plantea un asunto serio: ¿podemos tener una noción espacial de Dios o debemos conformarnos con conocerlo por sus actos? Job sufrió copiosos agravios sin abjurar de sus creencias y fue recompensado con riquezas y salud pero no con la dicha superior de la verdad. ¿Por qué tuvo que padecer tanto sin razón aparente? La respuesta de Dios no pudo ser más enigmática: «¿Pero en dónde estabas cuando creé los cielos y la tierra?» ¿El dolor y los prodigios del mundo son las únicas pruebas del quehacer divino? Hay situaciones —el despegue de un avión, la pelota en el área chica del Necaxa— en que nos urge que Dios exista; sin embargo, rara vez nos consta su presencia.

Sirva todo esto para decir que en uno de los muchos templos profanos de la ciudad de México (Perisur o Interlomas o Plaza Satélite) ocurrió algo cercano al milagro. Una amiga entrañable, que a su comercial manera ha logrado la omnipresencia (es conocida como «el ajonjolí de todos los *malls*»), se quedó de piedra ante una puerta automática. Pensaba comprar unas vitaminas japonesas y unas galletas de fibra superduras en la emblemática tienda Paraíso cuando la puerta «se negó» a abrirse. El negocio estaba en funciones y ella pensó en una avería mecánica. Golpeó el cristal, pero nadie le hizo caso. La vida de la tienda proseguía, indiferente al interrumpido *shoppingspree* de mi amiga. Con la clarividencia que da la desesperación, ella consideró que no había pisado el suelo con fuerza suficiente; improvisó una especie de danza apache y luego aporreó el suelo con las manos hasta que advirtió que su conducta era intensamente ridícula. Ya se iba rumbo a una boutique de mostazas, cuando vio que una persona entraba a la tienda sin problema alguno.

Aquella puerta le tenía mala voluntad, no había duda. Durante media hora pasó de un asombro a otro: la puerta seleccionaba a los clientes, sin que el aspecto de los rechazados ni el de los elegidos arrojara pista alguna sobre el criterio de preferencia. Con la fe que sólo puede tener una compradora compulsiva, mi amiga pensó que la puerta exigía méritos morales. Se plantó ante el cristal y rezó con tanto desorden como sinceridad. La puerta se abrió. Ella se santiguó, ratificando las ideas de Aristóteles y Plotino que visualizan a Dios como un principio físico: estaba ante el «Primer Motor». La Providencia es artista exclusiva de la Fe; sólo actúa para quien cree en ella.

La tienda se llama Paraíso y su puerta tiene vida propia.

AMIGOS ESTADÍSTICOS

Las estadísticas están acabando con la realidad. Los datos que nos rodean son lamentables y la opinión que tenemos de ellos es aún peor. Dos estrategias en desuso, la hipocresía y las buenas maneras, tuvieron como fin ocultar los horrores que se nos ocurren. Todo ha cambiado con la ideología de la sinceridad.

La reciente *Encuesta de discriminación* de 2006 reveló el pésimo concepto que tenemos de los desconocidos y lo mucho que nos cuesta invitarle un agua de jamaica al sediento con la ceja perforada por un arete. Aunque cualquier plaza citadina incluye un borracho con aspecto de Rasputín, un organillero y un puesto de tatuajes, para el 67% de los encuestados las pieles con dibujos equivalen a superficies radiactivas.

Mientras leía los resultados del sondeo mi hija de cinco años me informó: «Hay salchichas de dos tipos: con queso o con tatuaje.» Los niños pueden comprar salchichas que incluyen tatuajes despintables, pero en la cruda sinceridad de las encuestas los músculos tatuados no pertenecen a la normalidad.

Mientras nuestras desconfianzas eran clasificadas en la *Encuesta de discriminación*, la PROFECO analizaba hábitos de consumo: ocupamos el segundo lugar mundial en compra de cosméticos, lo cual significa que estamos tan inconformes con nosotros como con los desconocidos. En la patria de Orozco, el maquillaje es un subgénero de la pintura al óleo. Aunque transformarse en un engaño colorido atañe en lo fundamental a las mujeres (sometidas a la pictográfica dominación del deseo masculino), la moda metrosexual ha extendido las cremas a todos los sectores del mercado. Urgidos de la idealización del maquillaje, los mexicanos repudiamos nuestras caras limpias.

Sí, las estadísticas deprimen. Quizá todo empezó con la astronomía. En comparación con las enormidades del cosmos, la vida de Voltaire adquiere la eminencia de una bacteria. Luego vino el tema de África. Durante décadas, el colonialismo romantizó la sabana de los leones y la explotación del marfil. Hoy en día, no es posible saber algo del primer territorio del hombre sin recibir un escalofrío estadístico: «¿Sabías que en N'mbutu sólo tres por ciento de la población ha comido un

huevo?» De poco sirve imaginar dietas con mucha alfalfa o rituales que prohíben la ingestión de huevos. Los datos africanos remiten al hambre, terrible comienzo de la especie.

Las estadísticas se parecen demasiado a la frase letal de las parejas: «Tenemos que hablar.» Aunque se hable todos los días, la declarada voluntad de hacerlo implica que se dirán cosas horribles. Así pasa con los datos. Están por todas partes, pero horrorizan al crear estadística.

Según mi amigo Celso, para poner fin al desconcierto que produce el conocimiento minucioso es necesaria una «estadística emocional» capaz de interiorizar las tendencias y los puntos de inflexión de los amigos.

Celso tuvo una iluminación al comprobar la inutilidad estadística de los programas deportivos. ¿De qué sirve saber que un equipo avanza 73% del tiempo por la derecha si sólo anota por la izquierda? «Lo que llamamos destino o azar es lo inesperado que funciona», opina: «Si conoces la estadística interior de tus amigos, puedes ser convencional y atacar por la derecha, o meterles un gol por la izquierda que ellos confunden con el azar.» Para renovar el trato humano creó el juego *Amigos estadísticos*. Antes de reunirse, los participantes llenan un cuestionario sobre sus sueños, sus anhelos íntimos, sus temores secretos. La información se mantiene en el anonimato y se comparte con los demás asistentes a la reunión. Todos se enteran de la estadística privada pero no saben a quién corresponde. La sabiduría social consiste en conectar los datos con la persona correcta y actuar en consecuencia, con la inevitable fuerza del azar objetivo.

Confieso que asistí a una de estas reuniones. Por los datos recibidos, sabíamos que un resentido deseaba robarse el caballito de plata del anfitrión, una de las invitadas quería dejar a su marido por uno de los invitados (el dato se complicó porque Chacho se ausentó a última hora), otro deseaba humillar a un amigo y que sólo lo notara la esposa de este último, una vegetariana no asumida veía a dos de nosotros como su ensalada (interés quizá aniquilador, quizá erótico)... La ilusión de conocernos a fondo nos llevó al desfiladero. Ni siquiera logramos descifrar quién de nuestras amigas tenía inclinaciones vegetarianas. Movidos por falsas certezas, actuamos con imprudencia extrema. No podíamos decir algo que no tuviera doble sentido. Al mismo tiempo, desconfiábamos de los demás, tan enterados de nuestras bajezas. El anfitrión acusó a todo mundo de quedarse con su caballito hasta que nos acabamos la sangría y el adorno apareció entre los trozos de fruta. ¿Alguien lo puso ahí después de leer los secretos, para fomentar el desorden?

¿Podemos volvernos a reunir después de conocer tantas intimidades que no supimos acomodar? La estadística emocional sólo sirvió para discriminarnos. Que Celso me perdone, pero su método revela que el afecto es atributo de la imaginación y trabaja mejor desinformado.

AMOR CELULAR

En mi infancia, un objeto parecía resumir los remedios para el hombre en apuros: la navaja suiza. Durante años esperé el momento de encarar una situación que me llevara a usar en forma simultánea la lupa, el sacacorchos y las pinzas para arrancar cejas. Aquella navaja había sido ideada para momentos complicados que por desgracia nunca fueron míos. Ni siquiera en mi paso por los boy scouts encontré mejor uso para la hoja grande que untar mostaza en mi sándwich.

El teléfono celular llegó a nuestros bolsos y cinturones como la versión ultramoderna de la navaja suiza. Ofrece tal cantidad de posibilidades que muchas de ellas sólo se utilizan porque están instaladas. Que alguien te fotografíe con un teléfono debería ser una transgresión simbólica tan obvia como que un cura te dé la bendición con un zapato. Sin embargo, vivimos tiempos de simbiosis en que los aparatos aspiran a la identidad versátil del ornitorrinco eléctrico. Poco importa que un teléfono fijo ofrezca mejores condiciones acústicas o que una cámara supere en nitidez al visor del celular. Lo gratificante es la condensación de oportunidades.

Tal vez porque en mi niñez de explorador no encontré el momento de aprovechar la aguja de coser mientras decapitaba a un oso con la hoja serruchada, encuentro pocas virtudes en las herramientas que ofrecen usos combinados.

Obviamente pertenezco a una generación rebasada por las ofertas del mercado. Cuando le digo a un joven que las fotos tomadas con celular no son precisamente deslumbrantes, me responde en tono de obviedad: «¿Y qué querías? ¡Es un celular!» Esta rotunda respuesta tiene el objetivo no declarado de establecer una distinción entre la artesanía y el arte, o de atribuirle al arte la condición duchampiana de *ready-made*. El egregio Thomas Mann señaló que la principal diferencia entre alguien que redacta por una razón cualquiera y un novelista de verdad es que al segundo le cuesta más trabajo. El arte suele surgir de un problema superado y se estimula a través de restricciones.

La simbiosis de tecnologías da nuevo valor a la inmediatez y la impureza. El celular no fue inventado para poner a prueba la perfección de los cinco sentidos, sino para mostrar que a veces resulta útil oír mal, ver a medias o sentir una extraña vibración en el bolsillo.

Esto explica las frases de literalidad extrema que oímos al subir al vagón del metro: «Pinche Luis: apenas estoy subiendo al vagón del metro...» ¿Qué tan lejos debe estar el pinche Luis para que eso sea interesante?

En una época en que se venden osos de peluche con celular, la telefonía portátil es un lugar común para los niños. En cambio, tiene cierta aura mística para alguien como yo, que creció ante el programa de televisión *Combate*, donde la arriesgada comunicación en walkie-talkie obligaba a decir una clave que nunca descifrarían los nazis: «Jaque Mate Rey Dos», y a aguardar la respuesta: «Aquí Torre Blanca.»

La renovación tecnológica convierte en cacharros a los productos precedentes. Por otra parte, al normalizar el uso de lo nuevo, desacraliza su funcionamiento. Quienes sintonizaban radios por primera vez aguardaban mensajes divinos o paranormales y el contundente teléfono negro parecía hecho para hablar con almas del más allá.

Como la generación digital dispone de una comunicación más ubicua y portátil que la transmigración de las almas, sus funciones resultan más profanas. Así como la ciencia ficción perdió impulso cuando las naves de Estados Unidos y la Unión Soviética comenzaron a surcar el espacio exterior, la posibilidad de hablar desde cualquier sitio y en cualquier momento frenó la búsqueda de rarezas auditivas. No he sabido de nadie que baje el alma de su abuelo por internet.

Pero no todo es pragmatismo en el nuevo medio operativo. Los afectos han encontrado ahí novedosos códigos.

Hace poco, un gran conocedor del rock nihilista de dieciséis años, a quien apodan el Mandril, me contó que sólo se dirigía a su novia a través de llamadas perdidas. Como el dinero no les alcanza para pagar la cuenta de su comunicativo amor, se limitan a marcarse sin contestar. Su pasión prospera en un código cercano a la clave Morse.

El Mandril detesta la cursilería, escucha percusiones que retumban en el estómago y se impacienta con facilidad. En el último año sólo estuvo quieto tres horas (mientras le hacían rastas). Su novia, Mónica, tiene todas las virtudes para inspirar la poesía de Petrarca. En un acto de amor reflejo, el Mandril le dice «Changa» (también le dice «güey»). De manera curiosa, la pareja ha llegado al sentimentalismo a través del celular. Como carecen de presupuesto para hablarse, recurren al truco pitagórico de dejar un número que significa mucho. Seguramente les parecería muy poco *cool* y vergonzoso decirse letras de boleros; sin embargo, el código que han creado honra a una especie capaz de morir de amor.

Como el Mandril buscaba a alguien que le tradujera las letras del grupo alemán Ramstein (que anuncia el fin simultáneo del mundo y los oídos), me ofrecí a cambio de que me descifrara su código celular.

Arreglo un poco lo que me dijo pero no creo falsearlo mucho. Una llamada perdida significa: «Estoy aquí y te adoro»; dos llamadas: «Un segundo bastó para recargar mi amor»; tres llamadas: «Soy necio porque te amo»; cuatro llamadas: «Era obsesivo y tus números me volvieron compulsivo»; cinco llamadas: «No contestes porque te incendias»; seis llamadas: «Rescátame:

estoy preso en tu teléfono.»

El sistema numérico de Mónica y el Mandril no le pide nada a las serenatas que unieron a nuestros abuelos. Si alguien duda del romanticismo posmoderno debe saber lo que significa la séptima llamada: «Cuando digo tu nombre, tengo celos de mi voz.»

REMEDIO VIRTUAL PARA LA VIDA ÍNTIMA

Mis abuelas escuchaban voces sin sentir que tenían facultades paranormales. De vez en cuando, un ruido premonitorio les informaba que un pariente iba a caer de un caballo o perdería el tren.

La facultad o la tara de oír voces se desarrolla con la edad. He llegado a la etapa en la que algunos miembros de mi familia escuchan sonidos raros. No he recibido mensajes tipo Juana de Arco ni consejos que resuelvan misterios («las joyas de tu tía se quedaron en un container en Pantaco»); oigo palabras sueltas, risas, timbres o aplausos de manos enguantadas.

«Con razón no tienes contestadora ni celular», me dijo un amigo: «traes un iPod descompuesto en la cabeza.» La última frase era un diagnóstico de reblandecimiento cerebral. Me estaba convirtiendo en una abuela de tiempo completo, es decir, en un chiflado.

Mi amigo me recomendó a un psicoanalista que atiende por internet, virtud esencial para alguien como yo, que al escribir estas líneas se encuentra en el extranjero.

Envié un correo. A pesar de que en México era de madrugada, recibí respuesta instantánea. ¿Qué médico está despierto a las cuatro de la mañana? Tal vez su servidor detecta a quien se comunica por primera vez y manda un correo estándar. El caso es que recibí un formulario para avanzar en mi tratamiento.

Algunas preguntas eran difíciles de responder: «Describa su relación con su madre.» A continuación venía un rectángulo en el que cabían cinco frases. El analista exigía gran talento para el resumen.

Lo más complejo fueron las preguntas para las que no tenía respuesta alguna por no pertenecer al mundo de las oficinas. Tuve que saltarme las siguientes interrogantes: «¿Cómo se lleva con su jefe?», «¿Quiere a sus subordinados?», «¿Qué representa para usted la palabra “quincena”?», «¿Teme o anhela la jubilación?», «¿Ha simulado alguna enfermedad para obtener incapacidad médica?», «¿Asocia el aguinaldo con su rendimiento o lo ve como una dádiva?», «¿Recibe suficientes vacaciones?», «¿Está satisfecho con su jerarquía?».

No tengo jefe, ni subordinados, ni quincena, ni posibilidades de jubilación, ni respaldo por incapacidad médica, ni aguinaldo, ni vacaciones pagadas, ni puesto, ni jerarquía. Dejé esas casillas en blanco y me deprimí mucho. Era un asocial que oía voces. Ahí estaba la explicación de todo.

El cuestionario no tomaba en cuenta que hay trabajadores independientes. Seguí leyendo y encontré preguntas sobre los compañeros de trabajo. Hice una extrapolación y revisé el trato que le doy a los personajes de mis historias. El resultado fue desastroso porque con esos seres imaginarios soy como Mussolini y los obligo a hacer lo que se me antoja.

He evitado el trabajo de oficina para no responder formularios y resultó que la terapia consistía precisamente en eso. No tenía un problema de autoridad con el inexistente jefe de mi oficina, sino con el cuestionario mismo. Quería obtener buena calificación como neurótico, lo cual, por supuesto, era muy neurótico. Ante tantas preguntas sin respuesta me sentí reprobado.

¿De dónde venía eso? Hace más o menos un año conocí a un profesor del Colegio Alemán, espacio punitivo donde pasé mi infancia. Sé que la escuela ha cambiado mucho desde los tiempos en que yo aprendí ahí que la disciplina vale más que la felicidad. Sin embargo, este maestro me recordó los temores de mi infancia. Fue a una discusión sobre mi libro *Dios es redondo*, y al término de la charla me sometió a examen. No pudo renunciar a su naturaleza pedagógica y yo no pude renunciar a mi naturaleza de rehén.

En un pasaje del libro, me burlo de la mente rígida de los alemanes, capaces de anunciar el chocolate *Sport* por dos virtudes impensables en América Latina: es práctico y es cuadrado. Ese eslogan define la estrategia de muchos equipos de fútbol alemán. El profesor se tomó el trabajo de llevar a la charla una etiqueta del chocolate, traída desde Alemania, para demostrar que yo había cometido un error pequeño pero imperdonable: el nombre completo de la golosina es *Ritter Sport*. La escena confirmó lo que yo había escrito en el libro: los alemanes pueden ser rígidos (cuando no se están suicidando como Kleist o enloqueciendo como Hölderlin). De cualquier forma, me sentí en falta. El castigo del maestro había surtido efecto.

Estudié en un colegio donde la virtud de los chocolates consistía en ser prácticos y cuadrados. Por eso dejé de comerlos.

Ante el formulario virtual, entendí el trauma que me han causado los exámenes. Un impulso me hizo ir a una dulcería. Por primera vez en mi vida adulta, compré chocolates para mí. El olvidado sabor me resultó delicioso.

Ahora el psicoanalista de internet me parece un genio. Sin necesidad de responder a su cuestionario, pasé por un proceso liberador. Sus preguntas pusieron a prueba lo que *no* soy y me obligaron a un careo con un problema que llevaba décadas sin enfrentar. La mente viaja en zigzag.

Desde que como chocolate no oigo voces.

POR ANTONOMASIA

La tía Antonomasia vino de visita. Mi hermana Carmen le puso así una vez que dijo: «Todo tiene su antonomasia.»

La tía pertenece a un curioso tipo humano: la solterona involuntaria que acabó disfrutando su condena. Desde muy joven, fue designada por su madre para guardarle compañía: «Eres la más fea y la que zurce mejor.» Su destino auguraba tristeza con calcetines rotos. Lo único tranquilizador es que eso era común en su pueblo (para no ofender, lo llamaré Mictlantepec).

Durante un tiempo desarrolló fobia a los espejos y los objetos reflejantes (sus cubiertos eran opacos). No quería atestiguar su fealdad. Y aquí viene lo interesante: Antonomasia tiene lo suyo. No responde a los requisitos obvios de la tiranía de la belleza, pero se ha vuelto atractiva. Parece una antropóloga que convivió con tribus demasiado extrañas para que las comprendamos nosotros. Aunque en Mictlantepec su aspecto es desaliñado, la época prestigió sus prendas raras. Sus tics y su intensidad revelan un desarreglo emocional que puede ser inteligente.

Antonomasia tomó clases de primeros auxilios y combinó su talento para zurcir con técnicas para vendar. De niños, nos disfrazaba de momias.

Todo hubiera ocurrido conforme a las serenas tradiciones de Mictlantepec de no ser porque mi tía abuela, madre de Antonomasia, entró a una rutilante sucursal bancaria y no reparó en una de esas cadenitas que cuelgan a la altura de los tobillos y sirven para separar a los clientes de una zona reservada al gerente y otros especialistas.

Esas cadenitas son ofensas suaves: no están ahí como algo infranqueable; *aceptas* ser excluido por ellas. Saltarlas es sencillo, pero no para mi tía abuela, que tropezó, se partió la crisma y falleció sosteniendo una ficha de depósito de 625 pesos.

Antonomasia aún estaba en edad de casarse, pero ya había descubierto que el matrimonio es un calvario donde la mujer aguanta y el hombre engorda en aras de la paz mundial.

Y la paz no le interesa. Está convencida de que el bien se impone a través del conflicto. Dedicó

la parte más fecunda de su vida a combatir por causas que la llevaron a contraer malaria en Ruanda y ser arrestada en Galicia en un barco que se oponía a la pesca de atún.

Hablar con ella es difícil porque siempre sabe más y lo demuestra. Ha aprendido trucos de opinionistas de la radio. Para realzar sus ideas, ofende a los que aún no han hablado: «Lo que nadie está diciendo es...» Cuando los demás se expresan, los humilla de otro modo: «Yo voy más allá...» Siempre opina lo que nadie está diciendo y siempre va más allá.

Se presentó en casa porque el primo de un vecino de Mictlantepéc le chismeó que yo no estaba de acuerdo con el asesinato de Bin Laden.

Javier Marías ha expresado su asombro ante la cantidad de expertos que surgen en circunstancias difíciles de evaluar. Los enigmas históricos aconsejan un poco de perplejidad y reserva. El autor de *Corazón tan blanco* puso de ejemplo, precisamente, la muerte de Bin Laden. Estoy de acuerdo con él. No hablé del tema, pero nunca falta alguien dispuesto a suponer que dijiste algo que le entusiasma o le disgusta (los motivos para citar son extremos), y propaga el rumor hasta que llega a una fiscalía: tu pariente Antonomasia.

«¿Crees que el pacifismo hubiera detenido a Hitler?», me preguntó, abriendo el Gatorade con que hidrata sus opiniones. Acto seguido, pidió que me trasladara mentalmente al *situation room* de Barack Obama, lo cual no era difícil porque la tía convierte cualquier espacio en un «cuarto de guerra». Explicó que un juicio a Bin Laden hubiera convertido al mundo en un sitio más inseguro y que enterrarlo habría creado un santuario del mal. «El terror se combate por su propia vía: si fueras el único que pudiera frenar a un criminal con un tiro por la espalda, ¿lo harías?», preguntó, citando a James Ellroy.

Por suerte no se humilló esperando una respuesta:

«¿Qué opinas de Strauss-Kahn?», preguntó. «¿Sabes cómo se llama la verdadera mujer violada en ese caso? ¡Grecia! El FMI va a aniquilar a los griegos. Strauss-Kahn era la única carta moderada. Su sustituto será de ultraderecha. Le hicieron un montaje. Tal vez sea un cerdo, pero hubo una celada. Siempre hay que pensar a quién beneficia lo que perjudica a otro.»

Asentí y se molestó: «Aceptas sin criterio, sólo para que me calle». La verdad es que su castigo (el silencio) era mi beneficio. «Por cierto», agregó: «¿sigues escribiendo “sólo” con acento o ya te sometiste a la Academia?»

¡Al fin una respuesta fácil! «No me someto, pero los editores quitan el acento», dije. Mi débil respuesta la entusiasmó: «Ése es el problema de los intelectuales: aceptan la libertad condicionada, sin pasar a la acción. Deberías defender tus acentos como yo defendí los atunes.»

«¿Quieres que me arresten en Galicia?», pregunté, tratando de ser irónico.

El Gatorade le había dejado la lengua roja. La tía concluyó la discusión con la palabra que justifica su apodo: «La realidad no es tan rara como crees: se entiende por antonomasia.»

BELLEZA ERRÓNEA

La belleza no admite perfección: las manzanas más rojas provocan desconfianza.

Y, sin embargo, en cualquier gimnasio se lucha por alcanzar a voluntad lo que no se obtuvo por ventura. Aunque la filosofía aconseja aceptar el cuerpo del que somos inquilinos, sobran folletos y videos que proponen lo contrario. El cuántum de belleza parece modificable gracias a flexiones y ortopedias.

En tiempos de bisturí y Photoshop los cuerpos se pulen como una anticipación de lo que podría hacer el cirujano o el editor digital. Si el deporte es una representación incruenta de la guerra, el ejercicio correctivo es una posposición de las mutilaciones.

El *ménage à trois* de la genética, los medios y la fisioterapia produce a la gente estadísticamente guapa. Cuando alguien alcanza ese rango, su belleza parece autocontenida, absorta ante su propia calidad. En su condición de dogma, de meta alcanzada, la top model no necesita otra cosa que un espejo o un retrato. El espectador no puede ser para ella un complemento y mucho menos un remedio. Carece de la fisura que anime a la aproximación individual. Símbolo colectivo, sugiere que debe ser cortejada con el desmesurado respaldo de la fama, el dinero o la chiripa.

Uno de los oficios más singulares es el de modelo parcial. Lo practican personas con perfecciones muy localizadas (un empeine delicado, un lóbulo ideal para un pendiente de la dinastía Romanov, manos perfectas para anunciar crema humectante, pestañas donde el rímel puede practicar el *surfing*...). Hermosa en pedacitos, esa gente carece de belleza unitaria y sólo satisface por completo al esteta descuartizador.

La auténtica belleza depende de un defecto que arruine apenas la armonía del conjunto, un error restringido que acelere el pulso y permita la mirada cómplice, singularizando no sólo al objeto del deseo sino a quien lo anhela.

En la infancia aprendí el disfrute de una gratificante avería: la sonrisa imperfecta. Nací en un país de dientes poderosos y pequeños, donde el poeta Ramón López Velarde desconcertó al describir la sonrisa de su amada como «cónclave de granizos». La imagen causa escalofríos; sugiere

piezas irregulares, destempladas por los tenues helados que las solteras lamían en Zacatecas.

El poeta alude a la fugacidad de la dicha y la del cuerpo: todo cónclave puede separarse y el hielo es transitorio. Siempre se ríe *por un momento*. Más decisivo aún es lo siguiente: el verso describe la belleza como desorden. El granizo nunca es regular.

La excelente dentición nacional se atribuye a la cal de las tortillas. En los años sesenta, esta salud arcaica se vio reforzada con técnicas norteamericanas. Las familias querían dientes más blancos y más grandes, con el parejo esmalte acorazado de los actores de Hollywood. Los dentistas de temperamento Colgate alinearon premolares como un teclado rutilante. Pertenezco a la primera generación que llevó en los dientes aparatos que antes sólo se veían en los hipódromos.

La sonrisa es el principal recurso publicitario del organismo y el sistema de medida del bienestar. Afectarla entraña riesgos metafísicos. ¿Es posible interesarse en una felicidad quebrada, inconstante, en entredicho? Desde luego. Por eso existe este texto, destinado a celebrar defectos que no deben corregirse.

Continúo mi expediente personal. La utopía de la sonrisa en la que crecí se vio dañada por la panacea de los antibióticos. Al primer estornudo, me inyectaban penicilina. Mis dientes se debilitaron. A los cuatro años debuté ante el taladro del dentista. Ignoro por qué razón inmisericorde fui a dar con un hombre al que le faltaba una pierna y deambulaba en muletas por el consultorio. Pero el auténtico motivo del horror era otro. Aquel dentista tenía una enfermera que se desmayaba al ver una aguja; por lo tanto, no usaba anestesia. De los cuatro a los ocho años me barrenaron los dientes sin otro paliativo que el de apretar los puños. Al salir de ahí, mi madre me compraba un coche a escala. Tal vez esto explique el raro placer que me produce abollar los coches y tenerlos en pésimo estado.

La tortura bajo el zumbido del barreno me preparó para descubrir un placer inaudito: Rosana tenía los dientes desviados. Su sonrisa desigual agregaba misterio a su rostro, pero además revelaba, para quien supiera entenderlo, que se trataba de una sonrisa salvada, rebelde, fugitiva, una sonrisa que no se había sometido al perfeccionamiento del dentista.

La maravilla de apreciar un diente encimado sobre otro se extendió con el tiempo a los dientes rotos o separados. Obviamente, no me refiero a desastres que sugieren pedradas, sino a leves prodigios negativos. Isabella Rosellini es el prototipo de la chica que encandila con el leve desajuste de sus dientes y Ornella Muti el de la chica con la separación en los incisivos que en vez de dividir duplica la sonrisa.

«Cónclave de granizos», la imagen es perfecta por imprecisa y vacilante, como el objeto que describe.

La belleza más profunda es el error que se disfruta como virtud.

«¿POR QUÉ SOY BORGES?»

A fines de 2002 participé en la primera edición de Kosmópolis, festival barcelonés que aspira a condensar las aventuras de la palabra al modo de un aleph. En mi mesa, el tema volvió a ser Borges. Glosé el espléndido ensayo de Alan Pauls «Segunda mano» donde recuerda al oscuro Ramón Doll, quien describió a Borges como un ensayista parasitario, capaz de repetir textos ajenos como si nunca hubieran sido publicados. Esta descalificación abrió el paso al creador de ficciones: «Borges no rechaza la condena de Doll sino que la convierte —la revierte— en un programa artístico propio», escribe Pauls. Cinco años después de recibir ese ataque, publica su primer cuento, «Pierre Menard, autor del Quijote». Ahí, la reiteración se convierte en principio creativo por obra del contexto; no es lo mismo concebir un libro en el Siglo de Oro que recuperarlo línea por línea en el presente como un virtuoso anacronismo.

En 1933 Borges recibió de su adversario el impecable puñal de su defensa. Cinco años después, en la Nochebuena de 1938, perdió el conocimiento a causa de un golpe en la cabeza. Al volver en sí, temió haber sufrido un daño que limitara sus facultades literarias y se aventuró en un territorio nuevo para no deprimirse en exceso si fracasaba con un poema o un ensayo, géneros que dominaba por entonces.

Aunque había escrito una imaginaria reseña de libros, «El acercamiento a Almotásim», y trastocado datos de biografías reales en *Historia universal de la infamia*, «Pierre Menard» significó su decisivo debut como cuentista y la consolidación de una estética donde la originalidad es derivada, dependiente de un modelo. No es extraño que el duelo, ya sea entre cuchilleros o en forma de discusión teórica, forme parte esencial del repertorio borgeano, ni que las categorías de víctima y verdugo o héroe y traidor sean en sus páginas a menudo intercambiables.

Fui la segunda voz de Alan Pauls hasta llegar a las preguntas. Un hombre de unos ochenta años salió de su aparente letargo:

—¿Por qué soy Borges? —preguntó.

Creímos no haber entendido. Él insistió; se apellidaba Borges, había visto su nombre en una

biblioteca, pero no sabía qué podía tener de excepcional.

—¿Quién es él? —dijo, tocándose la corbata púrpura.

Mi vecino de mesa me susurró al oído:

—Un chiflado.

Las urgencias del festival y el despiste de aquel señor hicieron que el diálogo se interrumpiera. Le sugerí entonces que viéramos la exposición «Borges y Buenos Aires», que se exhibía ahí mismo.

El hombre llevaba una bolsa de tela, en apariencia pesada, pero no me dejó cargarla. Vio varias veces su reloj, como si quisiera cerciorarse de que el tiempo avanzaba. Le pregunté de dónde eran sus padres.

—De Mondoñedo, ¿de dónde van a ser?! —Me miró con sorpresa. Le dije que allí nació Cunqueiro. Él no lo sabía o no le interesaba.

La exposición contaba con un dispositivo óptico fascinante. Todo estaba a oscuras y las vitrinas sólo permitían enfocar un manuscrito a la vez (lo demás se sumía en inmediata penumbra, creando una sensación de ceguera).

Dos textos llamaron la atención de Borges, «La postulación de la realidad» y «Penúltima versión de la realidad».

—Se repite —sonrió, como si descubriera un defecto.

Minutos después le recordé aquellos títulos paralelos.

Los había olvidado.

Ignoro lo que mi acompañante registró en la visita. Vio a Borges en un documental, un rostro parlante que ocupaba una casilla en un tablero de ajedrez y desaparecía para resurgir en otra casilla. En una pared había una frase sobre el texto definitivo, atributo de la religión o del cansancio.

—Me duelen las piernas —dijo Borges.

Me pidió que lo acompañara a su casa. Dio su dirección sin problemas al taxista, hizo algún comentario sobre la iluminación navideña, me preguntó si me gustaba el pulpo *a feira*. Un anciano sin otra singularidad que la de ignorar la relación de un escritor con su apellido.

Vivía en la parte baja del Ensanche, no muy lejos de donde nos habíamos encontrado; sin embargo, parecía extenuado por el trayecto. Aun así, impidió que le ayudara con la bolsa de tela. Subimos al piso principal. Nos abrió la puerta una mujer de unos cincuenta años fornidos. El olor de un guiso mejoraba el ambiente. La mujer me trató con naturalidad, como si fuera común que su patrón llegara ahí con desconocidos. Me pidió que pasara «a la salita». Lo que vi me dejó perplejo: seis o siete ejemplares de las *Obras completas*, publicadas por Emecé, numerosos volúmenes sueltos, todos de Borges, recortes de periódico de la juventud en Ginebra y las famosas fotos del ciego sonriente.

—Se olvida de todo pero no del aceite —dijo la mujer, muy contenta. Sacó tres frascos de la

bolsa de tela. El aceite de oliva se llamaba Borges.

Cada tanto tiempo, me explicó la mujer, su patrón llegaba con datos de su tocayo. Pero había sufrido un golpe en la cabeza y no podía fijar recuerdos recientes. Cuando volvía a salir, ignoraba quién era Borges.

Estaba ante la contrafigura de Funes el memorioso, una copia vacía, siempre a punto de ocurrir, un borrador al que no llegaba la intención de la segunda mano.

El encuentro ocurrió, palabra por palabra, tal como lo refiero, y sin embargo regresa a mí con la irritante sensación de algo leído y recordado con intensidad y descuido. La realidad, que ignora lo verosímil, calca en forma burda los procedimientos borgeanos. La descripción literal de este episodio parece una falsificación o un pastiche. «Los años multiplican sin cansarse las figuras del parásito», comenta Alan Pauls. Eso, y no otra cosa, es la cosmópolis posterior a Borges: un caos de dobles que buscan su original en un texto.

Hace algún tiempo recibí un correo electrónico de un periodista que llamaré Felipe. Escribe para medios de Sudamérica; es un colega jovial, muy enterado de la literatura mexicana. Me simpatizó que fuera hincha de San Lorenzo de Almagro y citara una frase de Mafalda: «¿Por qué justo a mí tenía que tocarme ser yo?» Como vive en el estado de Veracruz, sugirió que dialogáramos por internet. Así comenzó un trato lleno de complicidades y giros afectuosos que él remataba diciéndome «che Juan» o «pibe chilango».

A los pocos meses fue al DF y nos conocimos personalmente. «Quihúbole», dijo, con inconfundible acento mexicano. «¿No eras argentino?», pregunté, como si la nacionalidad tuviera fecha de caducidad. Me explicó que había vivido en el Río de la Plata y amaba a Borges y a Cortázar, razones de peso para asumir una personalidad literaria argentina.

Me sentí profundamente decepcionado.

Con el tiempo cambié de opinión. Lo extraño no era que un periodista posara como argentino, sino que eso me afectara. Se trataba de algo perfectamente válido. ¿Quién no ha querido ser otro? La frase de Mafalda había sido una clara advertencia al respecto. Revisé la entrevista que me hizo y no advertí ningún giro coloquial porteño. Mi amigo (para entonces ya lo veía así) reservaba los localismos para su correspondencia privada, en la que hacía «planteos», «adhería a la izquierda» y «bancaba frustraciones». Al cabo de unos días creí llegar al meollo del asunto: mi desilusión no se debía a que él fuera mexicano, sino a que me entusiasmara tener un corresponsal argentino. ¿Por qué me sucedía aquello? ¿Qué beneficio había en que esas palabras fueran escritas por alguien llegado de lejos? ¿Se trataba de una pedantería de mi parte, el deseo de tener un trato internacional? Llegué a una conclusión que me tranquilizó por unos días: la autoridad de la voz aumenta con el desplazamiento. Si un explorador llegado de Mongolia dice un lugar común, lo oímos con atención. En cambio, descartamos la genialidad del vecino al que vemos sacar la basura en pantuflas. Lo importante siempre está lejos (de lo contrario, nosotros seríamos importantes).

Confirmé esto hace unas semanas, en una reunión a la que Rocío llegó tardísimo. El dato del retraso es importante: Tere ya llevaba cuatro copas cuando le presenté a la amiga que se quitaba la

gabardina, quejándose del tráfico en el Circuito Interior.

Al igual que Felipe, Tere ha sentido la irresistible atracción de los argentinos. Durante unos años estuvo casada con un sociólogo de Buenos Aires y perfeccionó en esa ciudad sus estudios de psicoanálisis. Es una terapeuta de primera fila y en sus ratos libres canta tangos en un «boliche» de la Colonia Roma.

Rocío y Tere sintonizaron tan bien que yo salía sobrando. Fui a hablar con Chacho, que siempre tiene novedades. De vez en cuando, las miraba de reajo, sorprendido de que pudieran conversar con una intensidad tan sostenida.

Al término de la reunión, Rocío se acercó a decirme:

—Gracias por presentarme a Tere. Es una maravilla. ¡Cambió mi vida!

Tenía los ojos enrojecidos, pero sonreía. Me contó que había pasado por un día durísimo. En realidad, no llegó tarde a la reunión por el tráfico, sino por un pleito horrible con José Luis. La relación con su novio había llegado a un límite:

—La psicoanalista argentina me abrió los ojos: acabo de cortarlo. —Rocío me mostró su celular, prueba concreta de la ruptura.

«¿La psicoanalista argentina?», pensé. Aquí viene la parte complicada de la historia: cuando Tere bebe vino, habla como porteña. Su lucidez no disminuye, pero su entonación cambia y se olvida un poco del qué dirán y el *superyó*.

—¡Siempre quise entrar a terapia con una argentina! —exclamó Rocío, satisfecha de su separación. Lo que durante semanas le parecía demasiado doloroso, se había resuelto con lógica admirable.

¿Debía aclararle que Tere nació en Toluca? Como José Luis me parece un desgraciado, no lo hice.

La autoridad de la voz aumenta con la distancia recorrida para expresarse, pero también con los prestigios del lugar de origen: Buenos Aires es un bastión del psicoanálisis. Tere no fue a la reunión en plan profesional; sin saberlo, logró que un simple consejo amistoso se volviera decisivo porque venía acompañado de expresiones porteñas, anécdotas de Villa Freud y estudios en Buenos Aires. Rocío escuchó a una experta.

Al día siguiente recibí un correo de Felipe. Debo decir que mi amigo es muy supersticioso: duerme con la camiseta de San Lorenzo antes de cualquier suceso clave. Transcribo el mensaje con su permiso: «Espero que la estés pasando bárbaro. ¿Sabés qué me ocurrió? Un quilombo más aburrido que chupar un clavo. Aquí en Veracruz sobran brujos, pero ya fui con todos y busqué a un tipo piola, que me recomendaron mucho. Se llama Ixcóatl. ¿Vos sabés dónde vive? ¡En la Colonia del Valle, en pleno DF! ¿Podés confiar en un oráculo con oficina? ¡No lo consulto ni en pedo! ¿Estamos todos locos?»

El falso azteca resultaba demasiado urbano para el falso argentino. No hay duda: cada quien

elige sus buenas razones para creer en algo.

UN SUEÑO BUROCRÁTICO

«Si Juárez no hubiera muerto, viviría en Estados Unidos», dijo el hombre a mi lado. Me había dormido, leyendo a un autor de teatro del absurdo. Tal vez por eso, lo que pasó a continuación tuvo un tinte irreal.

Estábamos en una oficina de gobierno y faltaban cuarenta y seis fichas para que nos atendieran. Mi vecino insistió: «A Juárez le interesaba huir de la miseria. Ahora los oaxaqueños se van al otro lado. ¿Sabía usted que a California ya le dicen Oaxacalifornia? En caso de dedicarse a la política, él sería hoy alcalde de Los Ángeles», señaló el retrato en la pared: el Benemérito con su peinado impasible.

Una parte de mi familia odiaba al prócer por haber afectado los bienes de la Iglesia. El niño zapoteca que perdió las ovejas en Guelatao era recordado en plan escatológico. Cuando alguien iba al baño, decía: «Voy a verle la cara a Juárez.» Ni siquiera le reconocían méritos como flautista.

Mi presencia en esa oficina de cobros se debía a que el gobierno había expropiado una casa de mi tío jesuita y yo debía seguir los trámites. Aquella finca sólo servía para amenazar a sus inquilinos, temerosos de que el techo se les viniera abajo. La renta era inferior al impuesto predial y no podíamos vender el edificio porque la fachada tenía valor histórico.

Aunque a veces los bancos y las cafeterías se instalan en casas de ese tipo, la de mi tío se ubicaba en una calle perdida en la Colonia Guerrero. La expropiación parecía la mejor salida para un inmueble destinado a desplomarse sobre sus inquilinos.

En media hora avanzamos una ficha. Si seguíamos así nos iban a atender al día siguiente.

«Vamos con el *coyote*», dijo mi vecino de asiento. Pensé que aún se refería a los cruces ilegales en la frontera, pero señaló a un tipo que parecía un enjuto cantante de flamenco. No hacía falta que abriera la boca para saber que le faltaban dientes.

El *coyote* habló como un apostador en el hipódromo: por doscientos pesos podíamos avanzar diez fichas; por quinientos, treinta; por mil nos llevaba a una puerta lateral. Lo dijo con tal

seguridad que pensé que disponía de todas las fichas y la gente que llenaba la oficina era un elenco que simulaba una paciente espera.

Incluso la transa tiene grados y yo actué con la mediocridad de quien da un paso para que el destino dé los demás: pagué para adelantar diez fichas. En cambio, el profeta del Juárez transcultural compró el atajo de las soluciones rápidas. ¿Qué hubiera pensado Benito de nosotros? Nada bueno, de seguro. De niño, el rostro de Juárez me recordaba que no había hecho la tarea. Nadie se ha superado tanto entre nosotros (el tránsito de Guelatao a la presidencia es en sí mismo una proeza; además, ahí están la intervención francesa, el cargo ejercido a bordo de una carreta, el intento de asesinato, las frases célebres...). Ante él, sólo podemos estar en falta. Un héroe para pedir perdón.

Al cabo de seis horas fui enviado a una ventanilla donde llené una solicitud que me devolvieron con estas palabras: «Un placer, señora.» Creí haber oído mal, pero el funcionario agregó: «Feliz Día de la Mujer.» Revisé la solicitud recién sellada. Mi nombre era Juana Martina Villoro. Pregunté si el cheque correspondiente al pago por la expropiación saldría con ese nombre. La respuesta tuvo una inquietante forma de ser tranquilizadora: «No se preocupe, mi jefa. El cheque sale bien. Éste es un trámite interno.»

Volví con el *coyote*. «El cambio de sexo le sale en un *milagro*», me dijo. Obviamente no se refería a los prodigios en los que creía mi tío jesuita, sino a los mil pesos que no había querido darle.

La oficina cobró un aspecto de terminal de autobuses. La gente se disponía a dormir para continuar sus gestiones al día siguiente. Si yo hubiera pagado mil pesos, no estaría ahí, administrativamente convertido en mujer. El Estado primero expropiaba los bienes y luego el sexo. Vi el retrato de Juárez y corregí mis pensamientos: si fuera honesto, estaría extendiendo un sarape en el piso, con mi identidad intacta. «Vieja rejega», dijo el *coyote* cuando rechacé su oferta.

La burocracia es el único enigma que nunca se vuelve interesante. Ahí, todo suceso es posible, a condición de que sea molesto.

Cené una torta de chile relleno. Un anciano, que parecía haber peregrinado desde su juventud a esa oficina, insistió en cederme el asiento. Era noche cerrada y yo contaba los focos fundidos en el techo cuando el *coyote* se acercó: «Nada más por tratarse de ti, chula, te va a recibir el licenciado.»

Pasé a un despacho donde los papeles se alzaban en columnas. «Me dijeron que está usted en estado interesante», dijo con amabilidad el hombre. La vida es rara, yo quería salir de ahí, me rasqué la barba y dije: «Sí.» El licenciado me felicitó y hurgó en sus papeles. El desorden de su escritorio se volvió admirable cuando encontró el cheque: «¿No le importa que esté a nombre de Juan?» Como ya había perdido prejuicios en ese sentido, dije que no. «¿Espera niño o niña?», preguntó solícito. Ya entrados en convenciones, respondí: «Lo que Dios quiera.» Revisé el cheque. Sentí la devoción del mexicano ante el trámite absuelto. En el Estado laico, ningún misterio teológico supera al de la burocracia. Agradecí con efusividad.

«A sus pies, señora», dijo el licenciado.

ALGO SOBRE MI MADRE

Mi madre asegura que pasó dos meses en cama pero nadie recuerda cuándo. Hay una prueba sólida de aquella época de dolor y postración: la cama de hospital que se hizo llevar a la casa. El artefacto, capaz de doblarse en horrendas posiciones, muestra que sufrió con el heroísmo de la más conocida vecina del barrio, Frida Kahlo. Sin embargo, nadie recuerda sus meses de angustia inmóvil.

Las escenas que involucran a mi madre son por naturaleza ambiguas. No sé si somos tan felices como las familias que celebran Navidad (ella la odia); en todo caso, nos hemos complicado lo suficiente para creer que los malentendidos son una forma del afecto.

Cuando mis padres se separaron yo tenía nueve años y mi madre treinta. Ella era entonces una belleza que fumaba sin descanso ni placer aparente, como si eso formara parte de una misión de combate. Estaba a cargo del Pabellón de Día del Hospital Psiquiátrico Infantil y trataba de probar que los coches sirven para asustar a sus usuarios. Su pericia para chocar sin matarse causaba la admiración de su padre, que nunca iba con ella. Yo tuve el privilegio de ser copiloto de sus embestidas. Durante un tiempo, mi madre se dedicó a la liberación automotriz de sus amigas: les enseñó a manejar en las calles de mayor tráfico. Ser independiente significaba conducir su Valiant Acapulco. Como a ellas les daba miedo subir al coche, les decía para calmarlas: «Te tengo tanta confianza que hasta traje a mi hijo.» Paralizado de terror, yo fomentaba «confianza» en el asiento trasero. No es de extrañar que la película *Grand Prix*, sobre los avatares de la Fórmula 1, haya sido para mí una intensa experiencia edípica.

Mi madre usaba entonces un maravilloso suéter de cuello de tortuga color mostaza y asistía a un seminario con Erich Fromm (nombre que me cautivaba como el de un enemigo de James Bond). Tal vez por pasar el día con niños oligofrénicos, sus hijos no le parecíamos raros. Yo admiraba su carácter como se admira un incendio.

Curiosamente, cuando leía un libro, la chica de combate era una sentimental absoluta. Estudió Letras Hispánicas, y yo llegué al mundo a interrumpir su tesis sobre Azorín y confirmar lo mucho que podían interesarle los problemas mentales. Así, cambió las letras por la psicología. Estudió

hasta doctorarse con una tesis sobre la locura en Strindberg, que publicó la UNAM. Conservó la pasión por la lectura y reservó el rico manantial de las emociones para lo que sucede por escrito. La mujer con nervios de acero ante el volante y los desórdenes mentales, era vencida por un adjetivo. En mi infancia yo pensaba que todos los escritores habían muerto. Sólo por eso no se me ocurrió parecerme a ellos.

A los doce años me pidieron una composición sobre el himno nacional, tema tan estimulante que pedí la ayuda de mi madre. Escribió palabras simples para hacerlas pasar por mías. En forma pasmosa, lloró a propósito del himno, e hizo llorar a mi maestra. Durante unos meses me dijeron «el escritor». El apodo me halagó pero no hice nada para merecerlo. Muchos años después, esa impostura encontraría otro modo de volverse auténtica. La vocación cancelada de mi madre, aquel manantial intacto y emotivo, me encandiló como un enigma. Ella tenía un secreto que la tornaba vulnerable.

Nada más difícil que descubrir lo que un ser querido puede ser al margen de nosotros. En un fragmento de su diario, Julio Ramón Ribeyro cuenta cómo espía a su madre: «Oculto entre la multitud, estuve observando ese rostro, sin atreverme a acercarme, porque estaba seguro de que si me divisaba, caería sobre él toda la sombra que era capaz de contagiarle mi presencia. Y por eso me fui, avergonzado, remordido, porque tal vez ése, y solamente ése, era el verdadero rostro de mi madre.» He creído vislumbrar ese rostro cuando mi madre lee, o cuando piensa las cosas como si pudiera escribirlas. Sólo entonces veo el gesto que brinda a los desconocidos; su rostro despejado, sin sombra de testigos demasiado próximos.

Otra sorpresa acerca de sus posibles vocaciones llegó el día en que se sentó ante un piano de cola en casa de unos amigos y tocó a Schubert y a Liszt como si fumara las notas con fruición. Ante el asombro de los convidados, mostró la espléndida concertista que no había sido. Su madre había querido dedicarla al piano pero ella se rebeló. Con el primer cigarro, dejó el teclado. Sin embargo, sabía de memoria algunas obras de febril inspiración, ideales para desordenarle los cabellos como una alegoría de su temperamento.

La vida avanza hasta volverse sobre sí misma como una perversa reiteración. De pronto, padres e hijos invierten sus papeles. Mi madre sigue siendo indómita, de modo que su dependencia es relativa. Incluso nuestra memoria común está en disputa. Cuando le recordé que me había escrito aquella composición sobre el himno nacional, diagnosticó que se trataba de un «recuerdo encubridor». Ella jamás se hubiera prestado a esa engañifa. «Nunca serás un escritor realista», agregó con orgullo, quizá pensando en su admirado Azorín. A veces le pregunto si puedo comentar algo de ella en un artículo y contesta: «No te preocupes: pensarán que hablas de otra.» En efecto, la vida está hecha de malentendidos. Ella jura que pasó meses maltrecha en una cama, pero ninguno de sus testigos se dio cuenta.

Las fotos de infancia son una especie de más allá. Imposible creer que seamos los de entonces. ¿Qué futuro puede tener ese pasado? El de la reanudación, según explica Kierkegaard: «Reanudación y recuerdo son un mismo movimiento, pero en direcciones opuestas: porque lo que uno recuerda ha ocurrido: así pues, se trata de una repetición que vuelve hacia atrás; mientras que la

reanudación propiamente dicha sería un recuerdo que vuelve hacia delante.» Imposible bajar del coche hiperveloz cuyo volante no controlo. Reanudar: volver hacia delante.

UNA LLAMADA PARA MARIBEL

Desde que los teléfonos dejaron de ser negros, la vida de Maribel se volvió un desastre. Qué confiables eran los antiguos aparatos, de honesta estridencia y peso granítico. Entonces sólo las divas de Hollywood usaban teléfonos blancos, con un cable de veinte metros, no para platicar mientras recorrían su mansión (aquellas diosas no salían de su cama redonda) sino para enrollarlo morosamente entre los dedos.

Maribel tiene amigos que oyen su voz en la grabadora. No contestan, pero están ahí, entregados al vicio de filtrar llamadas. Su aparato es una baratija extraliviana, color jamón de Virginia, muy a tono con su perpetua crisis de telecomunicaciones. Hace unos días despertó con la noticia de que México tenía un satélite averiado. El Solidaridad 1 orbitaba la Tierra, en el silencio del espacio exterior, incapaz de transmitir señales a las computadoras y las terminales telefónicas. «Sólo faltaba eso, que me perjudicara un satélite.» Pensó en los recados urgentes que aguardaba. No dio con ninguno y esto confirmó sus preocupaciones: las sorpresas no se anuncian. ¿Funcionaría su bíper? Hizo diez llamadas al respecto y diez voces perfectamente adiestradas en la indiferencia le dijeron que no se preocupara. «¿Le falta algún mensaje?», preguntó la última secretaria con cierta sorna, como si la considerara una vil solitaria. «No», dijo Maribel, y se sintió una tonta y volvió a fumar. ¿Cómo quejarse de las frases que se ignoran y sin embargo deberían estar ahí?

Su bíper le comunicó una cita de limpieza facial, un escueto reproche de su madre y una narcótica junta de trabajo. Tal vez lo mejor se había perdido por culpa del Solidaridad 1.

¿Cuántas palabras sueltas en el cielo! Seguramente los satélites mexicanos funcionaban como el resto del país; imaginó celdas fotoeléctricas atadas por esos alambritos forrados de plástico que cierran las bolsas de pan. Sólo faltaba que aquella cápsula de las llamadas pendientes explotara en la estratósfera y cayera sobre la Colonia Villa de Cortés en una lluvia de metales fundidos.

Al día siguiente supo que los teléfonos celulares iniciaban el programa «el que llama paga». ¿Serían capaces sus amigos, de por sí faltos de iniciativa, de valorarla en más de dos pesos el minuto?

Obviamente, hubiera llevado una vida más tranquila sin las plurales expectativas del correo electrónico, el teléfono inalámbrico, el celular y el bíper. Pero si así se sentía aislada, ¿qué sería de ella en un mundo donde muy de tanto en tanto escuchara el silbato del cartero y acaso una vez en la vida las batientes alas de una paloma mensajera?

Hay que aceptar los hechos: hasta las monjas de clausura usan celular. Maribel tuvo el mal tino de divorciarse durante la guerra santa de Telmex, AT&T y Avantel. En una etapa en la que nadie se acordaba de ella tan seguido como merecía, las únicas personas verdaderamente ansiosas de llegar a sus oídos eran los propagandistas de las compañías en discordia:

—¿Está usted satisfecha con su servicio telefónico?

—No: detesto la calidad de las personas que me hablan. ¿No pueden reparar a la gente al otro lado de la línea?

En una de esas revistas que cada abril reinventan la vinagreta o la ubicación del punto G, Maribel leyó que una persona que recibe de veinte a treinta llamadas al día califica como «sociable». Para mantener una buena balanza entre el interés y el afecto, la revista recomendaba que sesenta y cinco por ciento de las llamadas fueran de trabajo y treinta y cinco por ciento personales. Ella hizo su estadística y no quedó tan mal: veintiocho llamadas en un día, que redujo a veintiséis cuando una amiga le habló horrores del fraude electoral en Guerrero (se sintió culpable de su lista y eliminó al hombre que preguntó si ahí era Don Queso y a la mujer que produjo un jadeo inclasificable). Maribel era «sociable» pero sus protocolos telefónicos dejaban mucho que desear: David la decepcionó por sus llamadas de aeropuerto (le encantaría estar con ella, ¡lástima que ya tenía pase de abordar!); Pedro la estafó con una llamada desde la cárcel (le pareció un detallazo que él la escogiera para su único mensaje legal hasta que ella tuvo que pagarle el abogado); tronó con Manfred cuando compró un aparato que le permitía tener llamadas en lista de espera («te voy a poner *on hold*», dijo él en forma imperdonable: ¿existe humillación superior a la de aguardar ante una voz prioritaria?).

En la noche, una mujer se asoma al cielo sin estrellas de la ciudad y observa un repentino resplandor: el satélite vuelve a funcionar o avisa que caerá a la Tierra. Maribel cierra los ojos, respira hondo y cruza los dedos.

CHICAGO

—Está duro el frío, ¿verdad? —El taxista me miró por el espejo retrovisor—. Y esto no es nada. Si le dijera la de fríos que he pasado...

Los taxis son espacios narrativos donde no se necesita otro estímulo que el silencio para que el conductor comience a hablar. Me dispuse a oír un monólogo sobre las bajas temperaturas, pero el discurso tomó otro rumbo:

—¿Usted conoce Chicago?

—No.

—Ah caray, ¿cómo le explicaré pa' que me entienda?

—¿Hace mucho frío? —traté de volver al tema.

—Ni se imagina. Es una ciudad canija, de veras canija. ¿Pero cómo le digo? —Se pasó la mano por el pelo, de un negro azulado; en el dorso tenía un tatuaje, una Virgen de Guadalupe en miniatura. Le pregunté si se lo había hecho en Chicago—. Obvio, mi jefe —contestó con total desinterés—. ¿Cómo le digo? —insistió, sumido en cavilaciones—. Mire, a ver si me agarra la onda. Chicago es más o menos del vuelo del DF. Si sube al Ajusco, ve luces hasta La Villa, nomás que ahí hay unos radares gigantes. Todo es muy distinto. Haga de cuenta que está en el Estadio Azteca. ¡Qué América ni qué nada! ¡Es la cancha de los Osos! Desde el estadio se puede ir hasta Chapultepec en un tren de poca madre. Sólo que en Chapultepec no hay bosque sino unos lagos tan grandes que no se ve la otra orilla. En invierno, el viento de los lagos te corta las manos. Es el factor de congelación, que le llaman. ¿Ha visto los cisnes negros de Chapultepec? Bueno, pues allá hay patos salvajes. Vienen en bandadas desde Canadá, o al revés, se van para allá. Los rascacielos son tan altos que los patos no llegan a las azoteas; tienen que volar entre los edificios. Ahí Paseo de la Reforma se llama la Milla Magnífica. ¡No sabe qué torres! Ochenta pisos de puro cristal. Se necesitan unos huevotos para trabajar de limpiavidrios. A esos cuates les dicen «la fuerza aérea», ¡pura jerga de altura! Un cuñado mío apenas aguantó un día en un andamio. Y ni pagan tanto, no se crea. El cuate que conectó a mi hermano vive en un lugar pinche, allá por el norte, haga de cuenta por Ecatepec. Pero allá

Ecatepec está lleno de negros y hay un chingo de tiendas que abren toda la noche, con eso de que muchos trabajan todo el día. ¿Sabe qué me impresionó? Esas tiendas son de chinos o de coreanos. Ecatepec es negro pero las tiendas las dominan los orientales, ¿cómo la ve? Ellos viven en otra zona, haga de cuenta Ciudad Satélite. No, si le digo, usted se mete a Satélite y ve puros ojitos rasgados. Eso sí, los negros traen mejores carros. A los chinos les vale madres, no gastan en nada. Si usted entra a Plaza Satélite, todos están comprando fideos o unas chanclas que dan pena. Imagínese: ¡levantar un buen billete para andar en chanclas! Pero le estaba diciendo que a mi cuñado se le frunció en las alturas. De pronto me dice: «Rífame el físico para vivir como negro, ¡ni madres!» Ya le dije que su amigo el que lo conectó vivía en el Barrio de la Sombra, como le dicen a Ecatepec. Eso sí, hay colonias negras que mis respetos. ¿Ha subido por Las Águilas? Bueno, ya casi hasta arriba hay unos departamentos de lujo. Ahí viven los negros ricos. Está un poco lejos pero cada edificio tiene gimnasio y alberca cerrada. Con el friazo que hace se antoja una nadadita, viendo la nieve que cae afuera. Eso sí, no sabe el tráfico que hay para llegar a Las Águilas. Allá el Periférico se embotella a las cinco de la tarde y cuando nieva, peor. Chicago es bonito pero cabrón. Con decirle que viví en una ratonera donde nos cobraban la calefacción. Había que echar *quarters* en la ranura de una máquina. Yo traía una chamarra bien lanuda, y ni así. Si no echas tu moneda te congelas, es la ley. ¿Qué le iba a decir? Ah, que vivía en un lugar jodidón pero céntrico. Haga de cuenta La Merced. ¡Chingos y chingos de naves industriales! Los chicanos viven por allá, luego luego se conoce, por los altarcitos con la Virgen de Guadalupe. Hasta en invierno les ponen flores, de plástico, claro, si no imagínese. Si usted agarra de ahí hacia el Zócalo pasa por un chingo de pizzerías de italianos. En la plaza de Santo Domingo hay una sinagoga y unos carritos que echan humo y huelen resabroso. El primer día pensé: «Tortas, qué a toda madre.» Niguas. Te venden unas roscas de harina, ¡más duras las hijas de la chingada! Si sigues hacia el Zócalo y vas caminando y es invierno, ¡ya te congelaste! Hay que ir en metro. Los túneles atraviesan toda la ciudad. Una vez caminé como de la Roma a la Buenos Aires, así bajo tierra, bien padrote. Ya ve que aquí el metro lleva pura raza, pues ahí hay de todo, ejecutivos muy acá, con portafolios de importancia, ¡y cada vieja! A una estación, haga de cuenta Pino Suárez, le decíamos el Nalgódromo. Como le iba diciendo, si va de Santo Domingo al Zócalo atraviesa unos comercios supermodernos, como cajas de cristal conectadas por puentes, y luego ya llega a la plaza y pues no hay catedral ni bandera ni palacio ni nada. Ah, caray, como que me agarró la nostalgia.

—¿De Chicago?

—N'ombre, de México. De pronto me sentí en el Zócalo de allá. Viera qué distinto es.

—Me quedo en la esquina.

—No sé si me di a entender, mi jefe. ¡Es que como usted no conoce Chicago!

Descendí en una calle cualquiera. El taxista se persignó con el billete y arrancó rumbo a los vientos de Chicago, Distrito Federal.

MI CITA CON FRANK

Ya me he referido al amigo que se convirtió en la conciencia crítica de mi generación. Ninguno de nosotros ha querido emularlo porque su vida ha sido desgraciada. Lo respetamos desde que tuvo el valor de perjudicarse a sí mismo en un examen de autoevaluación en la preparatoria. A partir de ese momento lo vimos como un mártir de la responsabilidad personal.

Reprobarse le permitió juzgarnos con legítima dureza. A diferencia de los magistrados que cobran millones por evaluar el orden común, Frank actúa como cristiano primitivo: su autoridad deriva de sus voluntarias privaciones.

Nuestros reencuentros habían dependido del azar o las reuniones de generación, pero a últimas fechas todos lo buscamos. La polarización del país y las discrepancias entre personas que antes se entendían o creían hacerlo, han provocado que lo visitemos para saber qué diablos pasa con nosotros. Obviamente se trata de un último recurso. Frank no culpa al pan, el PRD, Fidel Castro o el Opus Dei de nuestras confusiones. Verlo significa asomarse a un duro espejo que sólo refleja deficiencias.

Esperé mi turno varias semanas. Mi amigo vive en la parte trasera de un salón de belleza, propiedad de su madre. El desorden de su cuarto explica en cierta forma el fracaso de sus tres matrimonios. Me ofreció asiento en una silla con casco para hacer permanente y preguntó:

—¿Qué onda, mi buen?

Aunque su tono era jovial, su mirada me llevó a preguntarme si ahora cobraría por las sesiones. ¿Había profesionalizado su habilidad de descubrirle defectos a los amigos?

Hablé de mi alma dividida, de mi patológico e inútil afán de concordia, y recordé una frase de un periodista de la antigua Yugoslavia: «Lo más extraño de Milosevic es que nunca se sintió culpable; en cambio, yo me siento culpable de todo.» Los tiranos duermen con tranquilidad, sedados por la mentira que se asignaron y que custodia un ejército. En cambio, el narrador se desvela para interrogar el mundo; depende de las preguntas, no de las certezas, hasta que un día amanece en un territorio de opiniones sin fisuras: el matiz, la posposición, el raro privilegio de aceptar que el otro

está en lo cierto, desaparecen en ese panorama del todo o la nada, el blanco y el negro.

Ciertos oficios dependen de la fuerza creativa de las dudas, otros de suprimirlas, como muestra Truffaut en su película *La noche americana*, donde encarna a un director de cine. Un empleado llega al set, le muestra dos pistolas y pregunta cuál debe usar en la siguiente escena. Truffaut elige una sin vacilaciones. Un testigo de la escena le pregunta cómo sabe cuál es la adecuada. Él responde que no tiene la menor idea acerca de las armas, pero debía tomar una decisión veloz para no ponerse en entredicho como director. Se diría que la realidad nacional exige que todos seamos directores de cine.

¿Qué otros modos tenemos de enfrentar lo real? En su *Ensayo sobre el cansancio* Peter Handke valora el privilegio moral de quien se agota de sí mismo y suspende sus creencias en espera de que se le ocurra algo distinto. El papel del escritor consiste en preguntar para que otros respondan. Esta postura estimula la fecundidad estética. Curiosamente, al dejar el lápiz en reposo y observar la realidad, Handke decidió apoyar al genocida Milosevic. El novelista actuó como si no se hubiera leído a sí mismo. La conciencia es un producto sin garantía.

Frank se hartó de mis devaneos literarios:

—Toda tu vida se ordena alrededor de la culpa —me interrumpió—. Necesitas sentirte mal. Ahí está lo de la Torre Eiffel. Acuérdate: te viste muy mamón y muy pendejo.

¡En mala hora le conté lo que me pasa con la Torre! Cada vez que debo opinar sobre un tema del que no estoy seguro, me castigo imaginándome en París ante el proyecto de la Torre Eiffel. ¿Qué habría dicho de ese vértigo de hierro? Aunque el asunto ya fue resuelto sin mi ayuda, recupero ese momento crucial del urbanismo y me encaro con honestidad: ¿a qué opinión me habrían llevado mis gustos, mis lecturas, mi pretendida sensatez? Confieso sin tapujos que la idea de construir la Torre me hubiera parecido horrorosa. Me imagino firmando desplegados, escribiendo textos satíricos, asistiendo a reuniones contra el adefesio. Lo más grave es que habría cometido cada uno de esos errores creyendo salvar a mi ciudad (cuando pienso en eso, soy parisino de varias generaciones). Escribo esto en 2006 y sé que la Torre es un triunfo de la audacia. «*Tour Eiffel / Guitare du ciel*», cantó Huidobro. Sin embargo, cada vez que me sitúo en la época, rechazo la prepotente elevación de esa chatarra. El asunto me deja bastante deprimido. Si hubiera fallado entonces, ¿no estaré fallando ante todo lo demás?

Más allá de las culpas provocadas por criticar con tanto retraso el símbolo de París, el asunto permite revisar la falta de consenso que generan las formas del futuro. No es fácil anticipar que un borrador será una obra maestra mejorada por el tiempo. Cuando sólo existía como posibilidad, la Torre Eiffel tuvo notables opositores. Uno de ellos, Guy de Maupassant, se presentó un día en el restaurante mirador. Un amigo le preguntó qué hacía ahí. «Es el único sitio desde el que no se ve la Torre Eiffel», contestó el escritor.

Estar en la ilustre compañía de Maupassant no significa estar en lo correcto. Frank lo sabe. Por eso cada vez que le recomiendo un disco o una película, contesta:

—¿Puedo creerle a un enemigo de la Torre Eiffel?

Encaré a Frank, en espera de su crítica bienhechora.

—¿Sabes lo peor que podría pasarte? —Hizo una pausa para que yo pensara en ir a Irak o en concursar en *Bailando por un sueño*. Luego dijo—: Dejar de sentirte culpable. Es lo único que sabes hacer. Tus culpas son historias. —Iba a contestar algo, pero me atajó—: Opinar no es lo tuyo: los confundidos escriben historias para que los demás opinen.

«¡A MÍ QUE ME CLONEN!»

Una inesperada polémica intelectual alteró a principios del siglo XXI el terso transcurrir de la vida en Barcelona. En el prólogo a un libro de poemas, Miquel de Palol afirmó que el catalán literario de hoy «desafina» y se somete con progresiva docilidad a las austeras normas de la televisión. Un idioma de frases cortas y vocabulario austero. De acuerdo con Palol, este encogimiento conlleva la pérdida de una figura retórica esencial a la literatura, la hipotaxis, que garantiza la circulación de las oraciones subordinadas. De acuerdo con tal supuesto, los estilos de Proust, Mann o Bernhard resultan inconcebibles en el catalán actual.

Muy pronto la situación se volvió paradójica: por criticar el influjo de los medios, el poeta tuvo una insólita repercusión mediática; hubo una lluvia de artículos de adhesión o rechazo, todos cuidadosamente provistos de hipotaxis.

Como apenas domino los rudimentos del catalán presencié la polémica sin tomar partido, pero eso no disminuyó mi fascinación. Fue como asistir a un torneo de escolástica donde la sutileza de la argumentación relegaba a un plano inferior el motivo de la discordia.

A veces, el lenguaje suscita alarmas. No deja de sorprenderme que tantos ánimos puedan caldearse con el fuego de una módica estufa. Por lo visto, en tiempos de bienestar y rebajas en los almacenes, el idioma literario puede ser problema agudo.

En México las discusiones no pasan por un tamiz tan selectivo. Es posible que en nuestra vernácula adaptación de las costumbres practiquemos el secuestro en hipotaxis, consistente en raptar la atención del interlocutor con cláusulas que no tienen que ver en el asunto y revelan nuestra irrenunciable tendencia al cantinflismo, pero, la verdad sea dicha, no nos damos el lujo de pelearnos por rencillas gramaticales.

Falta mucho para que la lengua se convierta en asunto de seguridad nacional, como llamamos en México a las cosas de interés. Y tampoco estamos para espesas polémicas por escrito. Lo nuestro son las encuestas telefónicas, que plantean recias disyuntivas.

En diciembre de 2002, dos encuestas rápidas revelaron el gusto por lo esencial de nuestra

cultura. Ambas ocurrieron en Canal 2, sismógrafo del alma que se convierte en *rating*. Confieso que no reparé en su significado ni en su vinculación profunda hasta no ser instruido al respecto por Fabrizio Mejía Madrid, elocuente autor de *Pequeños actos de desobediencia civil*. La primera pregunta lanzada a la nación era: «¿Es usted feliz?»; la segunda: «¿Le gustaría ser clonado?»

El resultado encierra enigmas sin fin. En el país del relajo y la algarabía con cohetes, la felicidad perdió la encuesta. Sería interesante precisar el grado de nuestra desdicha: «¿Está usted... sentido, bocabajeado, ardido, *chípil*?» Por el momento disponemos de una certeza empírica: los tristes son mayoría (al menos lo son los que expresan su esencia por teléfono).

Poco después llegó la segunda pregunta. ¿Cómo respondió un pueblo insatisfecho de sí mismo a la invitación a ser clonado? ¡Con entusiasmo abrumador! Estar fregado no impide duplicarse. ¿Dónde está el Kierkegaard capaz de explicar la ambigüedad existencial de la nación que inventó el sabor múltiple y contradictorio del chamois con chile piquín? No es éste el sitio para agotar un tema de suprema ontología. Con todo, la declarada intención de los televidentes de repetir en otro cuerpo su melancolía invita a aventurar algunas hipótesis. Por principio de cuentas, hay que valorar nuestro gusto por la proliferación y el extraño orgullo que nos provoca que en México hasta los pandas se reproduzcan en cautiverio. «¡Somos un chingo y seremos más!», gritamos, como si aumentar en número fuera intrínsecamente positivo. En cualquier convite o jolgorio, hay una amenaza de desolación si no somos demasiados.

La pasión por alcanzar el exceso estadístico explica en parte que queramos repetirnos aunque no nos gustemos mucho. A esto se agrega nuestro muy autocrítico sentido de la venganza: que surjan copias «pa' que vean lo que se siente».

Es posible que el afán de ser clonado también derive de nuestra fascinación por las soluciones experimentales. El mismo impulso que nos lleva a enfrentar una explosión con un globo lleno de agua permite creer en toda clase de remedios de feria, entrañables por precarios y accidentales. La clonación sería aún más convincente para nosotros si en el proceso interviniera un mecate.

Por último, me atrevo a suponer que el mejor motivo para apoyar esta expansión científica es no saber de qué se trata. Nada nos frena tanto como la molesta información. En el rincón de una cantina, ante el temor y el temblor existencial, un arrebató oscuro e irreversible nos lleva a exclamar: «¡A mí que me clonen!»

¿Hay mayor integrismo que el de un pueblo infeliz que busca repetirse? Estamos ante una muestra de aceptación sufrida pero contundente. Que otros pueblos se preocupen por la situación de su hipotaxis. Nosotros, más básicos y arriesgados, estamos mal pero queremos estarlo por partida doble.

LA PIERNA CORTA

Desde hace semanas encuentro personas que afirman: «Todo mundo tiene una pierna más corta que otra.» ¿Los amigos se han puesto de acuerdo para revelar que *yo* tengo una pierna más corta? Lo comenté en casa y el asunto entusiasmó a la familia: todos querían tener una pierna más corta, como si ingresáramos a una aristocracia que se singulariza por un defecto. Con no muy precisas palabras mis parientes explicaron que se sentían medio cojos.

Como aún no decido qué darles de Navidad, pensé en plantillas ortopédicas. Obviamente ellos quieren cosas más caras. Decidí poner el tema en manos de la ciencia, es decir, de la cinta métrica que usamos para hacer dobladillos. Empezaba a medir piernas —asombrado de las sonrisas que anhelaban una distintiva disparidad— cuando se fue la luz.

El apagón duró cuarenta minutos, tiempo suficiente para olvidar lo que estaba haciendo y para recordarlo con vergüenza. Entonces entendí que la electricidad puede fallar por pudor.

Cuando volvió la luz, decidí que mi vida cobrara otro rumbo. Fui a ver si había correo. El buzón no contenía otra cosa que el recibo de la Compañía de Luz y Fuerza del Centro. Aunque sé que la oscuridad evita bochornos, el monto me dio más rabia que el apagón: mis parientes eran unos irresponsables a los que les divertía tener una pierna más corta y no hacían nada para ahorrar electricidad. Entré en un cuarto donde sobaban tres focos encendidos. ¿Cómo concientizar a esos despilfarradores? Me puse el recibo en el pecho y caminé por la casa al modo de una madre de la Plaza de Mayo que lleva la foto de su hijo desaparecido, pero nadie se sintió responsable del gasto.

Vivo en un altiplano donde el recibo de la luz es motivo de agravio. Pues bien: la vida me llevó a un trópico donde el mismo recibo es motivo de orgullo.

Di una conferencia en un puerto y en la cena que vino después me presentaron al Amigo de la Luz.

—¡Tienes que ver su boleta! —dijeron con admiración.

El Amigo la llevaba enmicada. Su orgullo valía 9.954 pesos.

—Es por el aire acondicionado —dijo con modestia mientras suscitaba exclamaciones de reverencia. Pagar tanta luz era ahí signo de estatus.

Los demás comensales también llevaban sus recibos. Aunque ninguno merecía la dignidad de ser enmicado, todos alcanzaban cifras de espanto. Me sentí mal con mis familiares, gente sencilla que anhelaba la cortedad de una pierna. Su dispendio era muy inferior y yo los trataba con severidad menonita.

Después de la cena, el Amigo de la Luz se ofreció a llevarme al hotel. Me sorprendió que condujera un taxi:

—Soy abogado —explicó—. Este coche es de un cliente al que saqué de la cárcel; me deja manejarlo porque ahora no tengo mucho trabajo: en diciembre nadie se divorcia.

Me contó que había separado a más de mil parejas, estadística tan impresionante como su recibo de luz. Ganaba muy bien, pero no podía estar sin trabajar. Gracias al taxi redondeaba sus gastos de electricidad.

Su casa estaba de camino al hotel, al menos eso me dijo. Sin embargo, tuve la impresión de que dimos un rodeo. Tomamos un camino costero, lleno de curvas, y seguimos por un libramiento. Media hora más tarde avistamos una fantasía de bombillas. El Amigo de la Luz había decorado su azotea con un trineo que se encendía y apagaba, tirado por renos de nariz roja. Señaló orgulloso ese derroche.

Volvimos a la senda costera. Las luces seguían el contorno del mar. A la distancia, un faro barría el oleaje. Un paisaje fresco y canónico.

Entonces mi acompañante reveló el lado oscuro del Club de la Luz. Dos de sus amigos querían divorciarse. Lo habían contratado para que iniciara el litigio después de Reyes, pues no querían amargar las fiestas familiares.

—Van a perder hasta la camisa —comentó con ilusión.

La mente es en verdad extraña. El hombre que me había parecido un simpático derrochador, se presentaba ahora como un gánster que despojaba a cualquiera para encender renos en su techo.

Sentí un orgullo muy raro, como si perteneciera a una austera familia de hugonotes, o al menos de personas que no duermen bajo un enjambre de focos. Le pregunté al abogado si no se sentía culpable de separar a la gente. Aminoró la marcha y detuvo el taxi en un mirador. Señaló la bahía:

—¿Ve esas luces? Desde lejos parecen un Nacimiento; cada puntito es una casa; adentro vive gente muy confundida. Están felices porque viene la Navidad, pero no se soportan.

Le pregunté cómo podía estar seguro y contestó:

—A eso me dedico: la gente se separa por lo que sea. —Hizo una pausa para que yo viera el mar y el faro incesante. Luego pronunció una frase que me dio escalofríos—: De pronto descubres que tu vieja tiene una pierna más corta y te quieres ir de la casa.

Yo quise volver a la mía. La historia se convertía en una parábola: los defectos de mi familia me parecieron magníficos.

Le pedí que reanudáramos el camino. No volvimos a cruzar palabra.

El Amigo de la Luz tuvo el mal gusto de cobrarme la dejada:

—En diciembre soy taxista: hay que pagar la electricidad.

También era abogado y posiblemente era el diablo.

Para colmo, me dejó a media cuadra de la rampa de acceso al hotel.

—Ahí sólo reciben taxis autorizados —sonrió.

Al día siguiente regresé a la casa y encontré focos encendidos en lugares donde no había personas. Los apagué uno a uno, sin decir los reproches que se me ocurrían.

En mi ausencia todos se habían medido las piernas. Al ver sus sonrisas anticipé el resultado.

No somos perfectos, pero no importa.

CORRESPONDENCIAS

Tuve un tío que vivía en San Luis Potosí, en una casa a punto de venirse abajo. Cada vez que una grieta atravesaba la pared en insolente zigzag, él la cubría con un librero. El sitio se había convertido en la biblioteca accidental de un aficionado a la lectura y a no reparar las cosas.

Cada tanto, mi tío recibía la visita de un hombre ya entrado en la cuarentena. Lo llamaba «El Muchacho» porque lo conocía de tiempo atrás, cuando fue su alumno en la escuela de los jesuitas. Después de un saludo breve, casi áspero, el visitante recorría las habitaciones. «Viene a robar libros», murmuraba mi tío.

Aunque la biblioteca no ostentaba los selectos excesos de un coleccionista, revelaba una interesante pasión por el amontonamiento.

Me sorprendió que mi tío se prestara a ese despojo.

—No te preocupes por esos libros —me explicó una tarde en que El Muchacho salía con la camisa abultada por un tomo—. Cuando voy a su casa, me los «robo» de regreso.

La relación con su ex alumno se basaba en esos curiosos ajustes de cuentas. Le pregunté si no había sentido la tentación de sustraer algún volumen de más en la otra biblioteca.

—Es posible, pero no me he dado cuenta —fue su enigmática respuesta.

El Muchacho y mi tío se hubieran aburrido prestándose libros. Durante años perfeccionaron una complicidad basada en una regulada desconfianza. Se necesitaban para saquearse, sabiendo que al final quedarían a mano. Cada libro tomado en sigilo compensaba un hurto anterior.

A veces las buenas relaciones prosperan gracias a acuerdos nunca dichos o a extraños malentendidos. Cuando El Muchacho se atrevió a tomar la primera edición de *Pedro Páramo*, mi tío se sintió autorizado a hacerse de *Las mil y una noches*, en la traducción inglesa de Burton. Ambos consideraban abusivo quedarse durante meses con obras tan valiosas, pero habían encontrado la forma de que eso fuera no sólo tolerable sino divertido.

Sellar un pacto de ese tipo depende de impulsos y reacciones que no siempre se advierten.

Desde hace años, mi amigo Gerardo inventa guisos con los que pone a prueba el apetito e incluso el carácter de sus amigos. Es demasiado intrépido para calificar como buen o mal cocinero. Si un platillo le queda bien, significa que algo se tostó por accidente.

Nada de esto sería importante si Gerardo tomara su pasatiempo a la ligera. La ilusión con que prepara sus platillos es muy superior al resultado. «¿Les gustó?», pregunta con la cándida temeridad de un vanguardista ante la crítica.

No necesito decir que algunas sobremesas han sido psicodramas. Una noche, la salvaje administración del *wasabi* confirmó la tendencia de Chacho a perder el control. Para cambiar de tema, uno de los presentes recordó extrañas virtudes del anfitrión, como la tarde en que se cayó de un pirul tratando de rescatar el periquito australiano de los vecinos.

Para no comentar la indescifrable gastronomía de Gerardo, me he acostumbrado a lavar los platos mientras los demás discuten de tomillo y pizcas de canela.

El contacto con la espuma y la caricia circular de la cerámica me permiten divagar. Antes de tener lavavajillas, Gerardo agradecía el gesto como una ayuda práctica. Luego lo tomó como un respaldo emocional a su incierta aventura de cocinero. Al menos eso me pareció.

Una vez insistió en cocinar en mi casa, y también ahí lavé los platos (tardándome más de la cuenta porque encuentro con más facilidad las cosas en la suya).

Cuando una actividad se convierte en ritual no requiere de justificación para repetirse. Las cenas con Gerardo implican que yo recoja los platos y me aparte a mi cita con la espuma.

Mi amigo ideó un guiso hace unas semanas. La comida no impidió que el afecto circulara como el vino. Al terminar, fui a la cocina donde me muevo con familiaridad. De inmediato detecté otro detergente. Esto no alteró mi rutina. Sin embargo, mientras frotaba la vajilla, tuve un pensamiento innoble. Me sentí un gran amigo, orgulloso de apoyar la torpe afición de Gerardo con mi tarea de lavaplatos. Pero esta vanidad se eclipsó de golpe. Algo me hizo asomarme al comedor, donde los otros conversaban.

Gerardo veía el techo, como un ornitólogo que distingue plumas raras, y comentaba: «Juan es un poco loco, ya lo saben. La verdad es que cocino para que él lave los platos; si no hunde las manos en la espuma, no se le ocurren historias. En su casa nunca tiene tiempo de lavar nada, pero como cree que me hace un favor, aquí puede divagar frotando la vajilla; sólo así se relaja y luego escribe algo. La cena no salió bien, pero había que ensuciar los platos para Juan.»

Fue incómodo oír una revelación tan apropiada. Gerardo y los demás amigos aceptaban esa representación para que yo pudiera sentirme útil ante la espuma que tanto me convenía.

Hubiera podido responderles que también Gerardo requería de apoyo y que todo empezó por su arriesgado uso del orégano. Pero hay malentendidos que no vale la pena esclarecer.

Regresé a la cocina, acaricié un plato en forma circular y se me ocurrió esta historia.

«¡TE VAS SIN DESPEDIRTE!»

Hemos usado tanto la amabilidad que ya la gastamos. La cortesía se fue de nuestras calles para refugiarse en las películas mexicanas de los años cuarenta.

Escribo estas líneas desde la ciudad de México, conocido bastión del catastrofismo. Sé que en provincia se conservan hábitos ajenos a la prisa y la neurosis, pero también ahí he advertido el deterioro: la gentileza atraviesa una crisis nacional.

¿Qué tan grave es esto? Es obvio que un patán puede ser feliz. La cordialidad no garantiza el bienestar ni pertenece a los recursos más importantes de un país. Sin embargo, la forma en que nos saludamos describe la realidad que compartimos.

Cuando yo era niño, un caballero era una persona de urbanidad dramática, capaz de dirigirse a su vecina en estos términos: «¡A sus pies, señora!»

Un inútil sentido de la discreción impedía hacer preguntas directas. Como el estado habitual de la infancia es la confusión, nos hubiera encantado decir «¿qué?» a cada rato. Pero eso era grosero. Había que decir «¿mande?», como peones de hacienda.

En ese mundo, aún había hijos que le hablan a sus padres de usted y todos teníamos dos oficios, el de elección y el de atender a los demás. Resultaba tosco presentarse como «Venustiano Carranza»; había que decir: «Venustiano Carranza, servidor.»

La barroca cortesía nacional provocaba enredos como el de «la casa de usted». Aunque nadie deseaba abrir la puerta para rendir sus pantuflas, la convención obligaba a regalarle nuestra vivienda a los desconocidos. Este sentido inmobiliario de la cordialidad llevaba a equívocos como el siguiente:

—En la casa de usted hay un perro muy feo.

—Más respeto, joven, mi *poodle* tiene pedigrí.

—Me refiero a mi casa, o sea, la de usted.

—¿Se refiere a mi *poodle*?

—No: al perro mío en la casa de usted.

—¿Quiere que su perro viva en mi casa? ¿No dijo que es muy feo?

—Mi casa es su casa, pero su perro es su perro.

—Hombre, ¡pero qué amable! —exclamaba al fin el destinatario de tan barroca corrección.

Los mexicanos de entonces eran tan amables que se ofendían por cualquier cosa. Sólo un profesional de las costumbres salía bien librado.

De ese exceso pasamos al opuesto. Hoy en día las fórmulas serviles sólo perduraran en el trato mercantil de los meseros: «¿Más coñac, mi jefe?», «¿Cangrejo de Alaska, mi señor?», «¿Le traigo hielos importados, patrón?».

Poco a poco, la deseable espontaneidad ganó espacio en el idioma sin que dejáramos de ser uno de los países donde la gente se saluda más veces al día. En otros lados no se considera un desdoro seguir de largo sin devolver el saludo. En México, la ofensa sirve de atenuante en caso de asesinato.

Aunque abandonamos la cultura de los arrojados caballeros a los pies de las damas, mantuvimos una esmerada cortesía que no dejaba de sorprender a los extranjeros. Hace unos veinte años, el editor catalán Jorge Herralde me pidió que le descifrara la carta de un poeta mexicano. Herralde le había ofrecido traducir un libro y el autor contestaba con una prosa tan alambicada que un catalán no podía saber si aceptaba o no. Leí la carta. Para un mexicano, resultaba obvio que rechazaba la oferta, y que era muy amable.

¿Qué pasa con el lenguaje común en el México del crimen? Hemos llegado a una inversión simbólica en la que se considera sospechoso, e incluso «agresivo», pedir algo de modo elaborado. Usar muchas palabras, o muy selectas, ofende como un abuso de superioridad lingüística.

Como nada funciona y nadie desea hacerse responsable, el trato entre desconocidos se basa en la suspicacia. Si un cliente se atreve no digamos a quejarse, sino a pedir otra bolsa, el empleado contesta en forma defensiva: «La hubiera pedido antes.» El acercamiento sólo se produce si se marca una distancia. Atender a otra persona equivale a tener contacto con el enemigo: hay que evitar, a toda costa, que se aparte de lo estricto. No puede usar el teléfono, ni el baño, ni apoyarse en el mostrador.

Mientras más lujoso es el restaurante donde haces una reservación, más duras son sus admoniciones preventivas: «Tiene diez minutos de tolerancia.» ¡Cuidado con incumplir la promesa de llegar ahí!

El ejército mexicano contribuye al clima con el letrero que ha colocado en sus retenes: *Precaución, Reacción, Desconfianza*. Eso somos los mexicanos: sospechosos que debemos probar nuestra inocencia.

En las sociedades funcionales la confianza es un valor que puede perderse; en México, es algo que debe ganarse. En vez de suponer que el otro actuará bien, imaginamos que desea perjudicarnos.

Si no lo hace, merece nuestra confianza.

Hay momentos de tensión en que dos personas se ven sin decir nada. Están esperando que la otra se debilite al ser amable.

«Que le vaya bonito», me dijo el otro día el dependiente de una tienda. Me sentí en una película del Indio Fernández. La posibilidad de recibir un mensaje de ese tipo es tan rara que me produjo una nostalgia ulterior, por una época que no viví.

La clave operativa del lenguaje en curso es el recelo. No es casual que las nuevas expresiones de afecto sean ultrajes reciclados. No puedo reproducir aquí todos los elogios que le escuché a una angelical estudiante de dieciséis años. Me limito a uno: «Ese güey es buen pedo.» Como los rufianes de otros tiempos, los piropos se fueron sin despedirse.

Ciertas personas viven en estado de alerta: «¿Te fijaste la cara que puso?» Aunque les digan algo normal, ellas descubren las cejas de la mala onda. No se necesita ser tan susceptible para percibir adónde hemos llegado. Sólo quedan fórmulas huecas. El empleado de la gasolinera dice en señal de deferencia: «La bomba está en ceros.» Sí, pero los litros están incompletos.

DESNUDOS Y LUJURIOSOS

Una noche fuimos a un bar de Barcelona con el motivo declarado de beber absenta, pero luego eso nos pareció muy temerario o muy turístico y las horas de juerga transcurrieron como tantas otras veces: nos gritamos cosas inaudibles al oído hasta que la ginebra y el humo nos pesaron en los párpados.

Salimos a eso de las cuatro de la mañana. En la puerta nos dijo una camarera: «Caminen sin hacer ruido: los vecinos odian a nuestros clientes y les tiran huevos y tomates.» Avanzamos con la lentitud de quienes se creen mimos y sólo revelan que están muy borrachos. Un aire cargado de humedad nos acompañó por las calles del Raval hasta una esquina donde encontramos doce cuerpos desnudos. Reposaban en el asfalto, como sirenas en tierra. ¿También la ginebra producía las visiones de la absenta? Alguien lanzó un grito y un tomate cayó de un tercer piso.

Acto seguido, uno de nosotros pronunció la frase que vuelve normales las cosas raras: «Los van a fotografiar.» Un gordo de boina daba indicaciones; llevaba una cámara pequeña, de tripulante del Bus Turistic. Esto hacía lógica la escena. Pero, además, el gordo era reconocible. «¡Es Tunick!», gritó otro de nosotros. Un huevo cayó a nuestros pies.

La especie humana ha encontrado prodigiosas formas de dar rodeos. Normalmente, para ver un cuerpo desnudo hay que empezar ofreciendo un capuchino y superar jugadas de supremo ajedrez. Quizá lo más notable del arte del desnudo consista en transformar el fin en un principio, el cuerpo en equivalente del capuchino inicial. Las mismas personas que se ofenden si una «insinuación» compromete la estabilidad de sus ropas, se sienten liberadas al desvestirse en nombre de una acción artística, junto a las palomas del municipio.

A la madrugada siguiente, Spencer Tunick reunió siete mil cuerpos en la Plaza de España. La cifra dice poco en un país donde un millón de personas se manifiestan contra la guerra, visitan el Salón del Cómic o asisten a la misa del Papa. Lo importante es que un principio estadístico determina la imaginación del fotógrafo. Tunick trabaja a contrapelo de una cultura obsesionada en individualizar los cuerpos y las mentes. Esto lleva a una pregunta cardinal: ¿qué clase de materia prima ofrece el nudismo demográfico? La verdad sea dicha, los humanos en multitud resultan menos

vistosos que los búfalos en estampida o las formaciones de patos migratorios.

Tunick utiliza los cuerpos como un alfabeto inerte y aleatorio. Vistos en perspectiva, miles de humanos doblados parecen una playa de piedras pulidas por un océano radiactivo. Lo más singular de esta celebración de los frutos sin cáscara es que el fotógrafo use ropa. Esto marca un límite y revela que hay una coordinación externa: los cuerpos se liberan de la ropa y la costumbre pero no de la obligación de girar siguiendo el índice del artista.

Lo que vimos en el barrio del Raval era una avanzadilla de la acción definitiva; por unos segundos, tuvo la gracia de lo inesperado. «Nunca había estado con seis mujeres desnudas», reconoció uno de nosotros. Un tomate cayó en castigo de este comentario. Luego se hizo un silencio introspectivo en el que cada quien restó el número de mujeres desnudas que había visto juntas.

Lo más poético del momento eran los huevos y los tomates que caían como ecos de nuestras palabras. Pero no calificaban como acción plástica porque no estaban planeados ni subvencionados. Ignoro si alguien incurrió en la vulgaridad de suponer que los cuerpos podían hacer otra cosa que ser fotografiados. En todo caso, nadie externó semejante transgresión estética. Por un billar de asociaciones, pensé en la misión social de los albañiles. En España, el uso público de la lujuria depende de los paletas, como se les dice a los trabajadores de la construcción. Sin importar qué tan cansados o encalados estén, toda mujer los pone calientes. A veces lanzan gritos de ingenio o elaborados piropos andaluces, otras son soeces y ruines; algunos silban como canoros pájaros en celo, otros se tocan con untuosa bestialidad. En ningún caso pueden guardar silencio. Nada los salva de expresar su priapismo primigenio, como si obedecieran una condena atávica e insalvable. Quizá su lujuria sin fin sea una forma del ultraje y se trate de mártires sometidos a la doble exigencia vertical de edificar en estado de erección.

El cortejo de los paletas es un *performance* sin otra consecuencia que celebrar las obviedades del cuerpo femenino que no pueden ser dichas por el arte. Es posible que esos libertinos de la palabra y la mirada lleven vidas monacales, tan austeras en el lecho como en los andamios, aislados de sí mismos por la segunda piel de la cal y la pintura.

Al pasar por una construcción, las mujeres padecen o disfrutan o pasan con indiferencia ante el fuego de la secta cachonda. El contacto dura segundos de primitivismo. Luego, el objeto del deseo prosigue su camino hacia el mundo donde los senos sirven para promover cremas o coches.

Tal vez llegará el día en que los paletas, custodios sociales del instinto básico, se desnuden en la Plaza de España para oír la tumultuosa respuesta a sus plegarias de soledad y lujuria. Para entonces, Spencer Tunick estará en otra plaza, fotografiando cuerpos como plancton.

Pensé esto en la calle del Raval. «¡Corte!», gritó de pronto un asistente del fotógrafo. De algún sitio elevado, la imaginativa realidad dejó caer un huevo.

EL BAILARÍN SECRETO

Asombrosamente, estamos condenados a la felicidad. Incluso Hamlet, héroe de la duda y el recelo, tuvo sus ratos de dicha.

Escribo esto porque acabo de ser testigo de un momento de insólita alegría. Tengo un amigo, que en la complicidad del afecto llamaré Paco Rionda, entregado a la tarea de ser infeliz por escrito. Cuando toma la pluma, el menor acuerdo con el mundo le parece signo de superficialidad: la inteligencia sufre.

Por ahí de 1977 Paco decidió aplicar su sentido trágico de la vida a una rama semanal del conocimiento: la crítica de cine. Cada jueves publicaba un artículo en el que odiaba una película. Por aquel tiempo, yo compartía casa con Francisco Hinojosa y Paco se negaba a visitarnos porque su tocayo Pancho había comentado: «Todo mundo tiene dos trabajos: por el que le pagan y crítico de cine.» Se refería a que cualquiera habla de películas. Paco no lo perdonó: él se veía a sí mismo como un decodificador muy especializado. La forma en que reprendía a los directores realmente revelaba a un experto en el repudio. ¿Hasta qué punto cumplía esto una función social? La verdad sea dicha, el crítico Rionda nunca logró que una película saliera de cartelera por sus comentarios. Carecía de la prosa enjundiosa de Jorge Ayala Blanco, el imaginativo autor de *Falaces fenómenos filmicos*; la cultura literaria de Gustavo García, a quien Jorge Ibargüengoitia había pedido un prólogo, o la ironía de Leonardo García Tsao. Su sello personal era la anticipación del desastre. Criticar los bodrios de Hollywood le resultaba demasiado fácil; prefería intuir el modo en que Godard se iba a corromper. Pocas veces tenía razón en sus sospechas, pero las adelantaba con la seguridad de quien considera que la crítica es un género profético. Al final, todos morderían el polvo.

Paco prefería ir al cine de mañana, cuando había menos posibilidades de coincidir con seres vivos. De vez en cuando, este misántropo ejemplar rompía su ascetismo sonriéndole a una chica que solía enamorarse de él como si fuera el último esquimal de todo el hielo.

Hubo películas que le gustaron (de directores torturados en Birmania, prohibidos en Turquía o expulsados del CUEC), pero incluso sus notas entusiastas eran ataques contra los imbéciles que no

reconocían la belleza rota o calcinada o convulsiva.

En una ocasión lo vi trabajar y supe que su tortura no sólo era mental sino física. Fumó dos cajetillas de Baronet y bebió tres tazas de café frío mientras se jalaba el pelo. Todo esto *antes* de escribir.

Yo respetaba a Paco como se respeta a un faquir. En cada texto comía vidrio y decía por qué no le gustaba.

Los jefes de redacción, que en principio apreciaron su furor, acabaron por hartarse de un crítico que deprimía a sus lectores. Entonces ocurrió una de las más raras transformaciones profesionales de las que he sido testigo: Paco Rionda abrió una juguetería. El hombre que desconfiaba de la sinceridad de un cineasta vietnamita que filmaba hundido en un arrozal, se convirtió en entusiasta de los patos de plástico.

Uno de los puntos esenciales de su personalidad es que sólo es corrosiva al escribir. Como juguetero, Paco tuvo el éxito que nunca soñó en sus jueves de guerrilla. Adora a los niños, que en sus brazos se duermen con rara facilidad, y formó una familia tan perfecta que parece hecha en su tienda. Su desbordante afecto hace que uno se pregunte si odia el cine para mitigar su ternura o es tierno para mitigar su odio al cine.

Hace poco me mostró algo que me produjo alarma y admiración: guarda miles de críticas inéditas en un archivero. No ha renunciado al odio. Cada jueves destroza a un cineasta, pero no publica sus reseñas. Eso ya le parece inútil: el público está anestesiado y no puede entenderlo.

¿Su esforzada vida sin lectores es la de un mártir del rencor? Creo que se trata de algo más complejo. Cada vez que coincidimos en una boda y llegamos a ese momento de vergonzosa dicha colectiva en que descubrimos que nos sabemos todas las canciones de Timbiriche, Paco toma la pista por asalto y baila con fulminante destreza. No es un bailarín de escuela. Es un extraordinario bailarín vulgar. Un rey de discoteca. Un inspirado que se descoyunta con gracia. Que alguien tan dotado para desplegar un ritmo sabrosón se dedique a denostar cineastas es aún más misterioso que su talento para dormir bebés.

Paco Rionda alejó con escrúpulo dos zonas clave de su vida: el frenesí de su cintura y la amarga crítica de cine. Pero el destino suele hacerse el raro y todo acabó mezclándose.

Desde el 2 de marzo de 1965, cuando *La novicia rebelde* se estrenó en Nueva York, el mundo cambió con la posibilidad de cantar este disparate multilingüe: «*So long, farewell, auf Wiedersehen, adieu / Adieu, adieu, to yieu and yieu and yieu.*» La comedia musical es la desorbitada fantasía donde *adieu* rima con *yieu*. Si en la ópera alguien agoniza sin dejar de cantar, en la comedia musical el cartero llega bailando. Se trata de géneros cuya verosimilitud es de una flexibilidad sólo superada por el ballet acuático.

Que yo sepa, Paco no ha reseñado comedias musicales, pero el otro día lo vi salir de *Mama mia!*, exceso emocional que demuestra que las canciones de Abba ya pertenecen a la memoria de la especie y que el *kitsch* puede lograr que el ridículo produzca alegría. *Mama mia!* condensa

emociones de discoteca y se toma la licencia poética de considerar que Grecia y nuestros corazones son pistas de baile. La película pertenece a los placeres que al espectador fino le da vergüenza tener, pero ayudan a que su psicoanalista le diga: «Te estás abriendo.»

El caso es que salí del cine rumbo a un centro comercial que parecía otra locación de la película. En un pasillo vi una imagen por la que hubiera pagado el triple de la entrada: Paco Rionda bailaba como sólo sabe hacerlo alguien que nació con un ritmazo y ha vivido para negarlo.

Seguramente volvió a su casa para escribir una nota de formidable rencor contra *Mama mia!*, y para guardarla en el archivo que el resto del mundo no merece conocer.

Paco Rionda detesta los defectos que descubre o adivina en una película. Pero su odio se perfecciona del siguiente modo: con una intensidad cercana al gozo, detesta mucho más los defectos que le gustan.

AL DIABLO NO SE LE COBRA

Encontré al Diablo tomando un capuchino. Supuse que no se trataba del titular en el cargo sino de un personaje de pastorela, es decir, un demonio de alquiler que se buscaba el destino en época de Navidad.

Mi asombro creció cuando lo oí decir: «¿Me reconoces?» Sonrió con labios manchados de espuma y me invitó a su mesa. «¡Cuánto tiempo sin verte!», añadió con un afecto preocupante en un diablo. ¿Se refería a un contacto anterior con el Maligno o a la persona que debía reconocer bajo las capas de maquillaje y los estragos de la edad?

«¿Qué te has hecho?», pregunté con fingida curiosidad. Me vio como si repasara guerras y tormentos bajo su custodia; luego enfrentó mi mirada con la picardía de quien descubre un falso interés, le puso más canela a su capuchino y ordenó: «Ven a mi pastorela.»

Explicó que recorría las calles para reclutar espectadores. Había entrado al café porque sus ropas de diablo de feria apenas lo protegían del frío: «La canela es calorífica y los diablos somos friolentos.»

Traté de desviar la conversación a un tema que revelara su identidad. ¿De dónde nos conocíamos? Por desgracia, él sólo hablaba de las molestias de estar tan lejos del infierno en tiempos fríos.

Tenía las mallas remendadas, de modo que me pareció de elemental cortesía pagar la cuenta. Él se opuso con furia teatral; tomó el tridente que tenía apoyado en una silla y lo acercó a mi cuello: «Un elegido es un hombre al que el dedo de Dios arrincona contra un muro»; más calmado, añadió: «Invito porque a mí no me cobran.» Me mostró una credencial de Inspector de Obras, tomó otra cucharada de canela, me dio un volante con los horarios de la pastorela y se despidió del hombre que comandaba la cafetera italiana.

Recordé que en el *Fausto* de Goethe Mefistófeles aparece como «inspector de obras» de Satanás, una simple coincidencia con lo que me acababa de suceder (no podía complicar esa escena que sólo debía inquietarme por mi mala memoria: ¿quién diablos era ese Diablo?).

Caminaba a casa cuando se fue la luz. Nada ha contribuido tanto al desprestigio de los fantasmas como la electricidad. Mi barrio padece tantos apagones que se ha convertido en renovado bastión de los espectros. En parte, la repentina oscuridad de Coyoacán se debe a los *diablitos* que los vendedores ambulantes colocan en los cables para robarse la luz. Esa curiosa palabra, «diablito», me recordó al desconocido que me había invitado un café. Tenía previsto ver una película, pero como no había luz fui a la pastorela.

La obra se llamaba *El beneficio endiablado*. Presencí una representación donde el entusiasmo sustituía al oficio y las velas a los reflectores. El texto parecía inspirado en *El buen Dios y el Diablo*, de Jean-Paul Sartre, que a su vez se basa en *Goetz von Berlichingen*, el drama que Goethe compuso en la misma época en que iniciaba su *Fausto*.

Aunque la penumbra provocó tropezones y que una pared de cartón piedra se viniera abajo, la trama retuvo nuestra atención. Mefisto no aparecía con cuernos sino como político. El conflicto entre el bien y el mal se dirimía en unas elecciones donde el Diablo no hacía trampa para ganar sino para perder. Ya no practicaba el fraude: había descubierto la fuerza diabólica de una derrota que se sabe administrar. Su nueva arma secreta era el bien. Obnubilado por su victoria, Dios deponía su lucha y contemplaba el universo desde una hamaca. Dueño del territorio, el Diablo perfeccionaba su renovada argucia: se volvía amable, promulgaba leyes, era receptivo y atento. El pueblo se le entregaba, sin la menor resistencia. Como Goetz, el protagonista decía: «Antaño violaba las almas mediante la tortura, ahora las violo mediante el bien...» Éste era el «beneficio endiablado» que prometía el título de la obra.

Habíamos visto una aguda metáfora sobre nuestra transición a la democracia: el PRI había perdido la presidencia para fortalecerse y ahora ganaba todas las alcaldías con la irresistible fuerza de un muerto viviente. Las asociaciones con la política nacional eran tan ricas que tardé en darme cuenta de una cosa: *mi* Diablo no había actuado en la pastorela. ¿Podía tratarse de un simple pescador de espectadores?

Fui al café y pregunté por él. «¿Cuál diablo?», fue la extraña respuesta. Aquel hombre con cuernos no podía pasar inadvertido. Yo recordaba su sonrisa a la perfección. Me había invitado un café. Esto último me preocupó: habíamos sellado un pacto, por mínimo que fuera, y él me conocía. «El Inspector de Obras», agregué. «Ah, ése: está en la esquina, vino a cerrar el teatro.»

Corrí al sitio donde acababa de ver la pastorela. No encontré el menor rastro de actividad. Tres letreros decían: «clausurado».

¿Había soñado todo desde mi casa sin luz? ¿Veía fantasmas provocados por los *diablitos* de mi barrio? ¿Era falsa la obra y falsa la imagen de un país donde el Diablo pierde para ganar? ¿Los sucesos se precipitaban y habían clausurado el teatro en un santiamén? Cerré los ojos con fuerza. Cuando los abrí, había vuelto la luz.

Regresé al café a preguntar por el Inspector de Obras. Pedí otro capuchino y el encargado me dijo tras una nube de vapor: «Al Diablo no se le cobra», como si yo fuera Lucifer o por lo menos su amigo. Mientras me servía canela, recordé lo mucho que le gustaba al diablo. Desvié la vista a una

mesa: una mujer de extraña hermosura leía un libro con mi nombre en la portada. Esa espléndida señal me provocó alarma. A pesar de la canela, sentí un escalofrío. La mujer era demasiado hermosa, el libro parecía demasiado bien editado. Debía tratarse de una trampa. ¿Una nueva visitación del Maligno? ¿Desconfiaría ya de todo lo bueno? ¿Tendría que beber el protector elixir de la amargura?

Me pregunté qué podría pedirle al Maligno en caso de que volviera y recordé que el verdadero infierno consiste en no tener nada que pedir. Después de ver la pastorela, sólo podía solicitarle que volviera a prevaricar y a ser dañino, que dejara de confundirse con el bien y nos beneficiara a su peculiar manera: pareciéndose al Diablo.

EL METRÓNOMO

Lo más singular de Klaus como director de orquesta era que le rechinaban los zapatos. Dirigía un modesto grupo de músicos en Greifswald, en la punta norte de la antigua República Democrática Alemana, pero sus amigos, y el más incómodo de los críticos, le auguraban un brillante porvenir.

De 1981 a 1984 trabajé en Berlín como agregado cultural. Klaus me visitó en la embajada porque quería conseguir partituras de Silvestre Revueltas. Su barba, en la que despuntaban las primeras canas, parecía congelada, como si hubiera hecho el camino a pie desde la estepa nórdica. Su mirada se fijaba demasiado en un solo punto. Sin embargo, cuando habló, su semblante cambió por completo. Los rostros que se modifican mucho al pasar de la gravedad a la sonrisa sugieren temperamentos profundos. Aunque se trate de una superstición (hay genios inmodificablemente rabiosos), esa condición dúctil siempre me causa efecto.

Klaus me simpatizó de inmediato, pero nuestra amistad fue intermitente por sus muchas giras a provincia y su prudencia para tratar a un diplomático de Berlín (sin un motivo oficial de por medio, podía ser visto como disidente). En una ocasión lo visité en Greifswald, una aldea barrida por el viento, cargada de un aire gris. En una esquina donde sólo transcurría la desolación, contemplé una señal que decía: «Crucero de Europa». En ese apartado rincón, Klaus producía resplandores acústicos. La reputación de su pequeña orquesta iba en aumento.

Cuando lo vi dirigir me sorprendió que sus zapatos de charol llevaran el ritmo con crujidos. Era el calzado de lujo que el socialismo alemán había creado para el «hombre nuevo». Había algo a un tiempo agravante y entrañable en esa situación. El aire ordenado en música se apoyaba en la precariedad.

Poco antes de regresar a México, le regalé a Klaus un armario de IKEA, la tienda que amueblaba a la clase media de Berlín Occidental. Él lo recibió como un artefacto prodigioso, con un ademán que representaba un *fortissimo* de la gratitud.

No vi a Klaus durante años. Lo suponía exitoso, dirigiendo una gran orquesta. En mi primer regreso a Berlín después de la caída del Muro, supe que los alemanes orientales eran reconocidos

en cualquier parte de la ciudad por la mala calidad de sus zapatos. Pensé en Klaus, pero no lo busqué.

Acabo de estar en Berlín y esta vez fue él quien se acordó de mí. Me buscó al final de una conferencia. Tardé en reconocerlo porque llevaba saco azul rey y camisa amarilla. Parecía el promotor de una orquesta de mambo. Le pregunté cómo le había ido y contestó:

—No me quejo.

Estaba a cargo de un proyecto de descargas para MP3.

—La compañía es japonesa —agregó para realzar su importancia.

—¿Ya no diriges? —le pregunté.

—Te lo cuento ante el *Suerbraten* —contestó.

Fui a cenar a su casa en compañía de Thomas, que treinta años atrás había sido el más incómodo de los críticos musicales y ahora recibía una pensión vagamente académica. Klaus se había vuelto a casar con una hermosa iraní. Vivía bien, parecía contento. Cuando el *Sauerbraten* llegó a la mesa, recordé que mi amigo padecía insomnio. Ese guiso era capaz de desvelar al más tranquilo de los trogloditas.

—Superé el insomnio —sonrió Klaus—: ya no me importa no dormir.

Su mujer apenas probó el guiso y se despidió temprano. Klaus dijo entonces:

—La caída del Muro fue buena, pero no para mí.

Habló de la feroz rivalidad que se había desatado en la escena musical y de la discriminación hacia los que venían de las provincias orientales. Él se había formado pensando en Bach, no en la mercadotecnia ni en la publicidad que los artistas debían dominar ahora para ser reconocidos. Cuando nos dejó para ir al baño, Thomas, que casi no había hablado, comentó:

—La verdad es que se volvió mal director. No pudo con la competencia.

La pérdida de su talento me intrigó más que los obstáculos que, según Klaus, le habían impedido llevarlo a cabo.

Poco antes de despedirnos, dijo en tono enigmático:

—Quiero que lo veas.

Se dirigió a un cuarto al fondo del pasillo.

Lo seguí.

Abrió la puerta:

—Ahí está.

Era el armario que yo le había dado. Aunque se trataba de un mueble más o menos desechable se mantenía en buen estado. Lo abrí por instinto. En la parte de abajo encontré los zapatos de charol.

—No he querido tirarlos —dijo Klaus—, me traen recuerdos de cuando fui músico.

—Rechinaban. —Por primera vez me atreví a decirle esto.

—Sí, pero me ayudaban a llevar el compás.

Es posible que los zapatos hayan sido para él un metrónomo. Klaus había necesitado de un impedimento útil para dirigir. El arte no existe sin impurezas o cuarteaduras que secretamente lo respalden, y mi amigo había encontrado la suya. Pero la época, ese metrónomo discordante, había decidido que esos zapatos significaban pobreza, atraso, cosas superadas.

Tal vez mi amigo en verdad había perdido su talento, como aseguraba Thomas, especialista en no dudar, pero los zapatos en el armario sugerían lo contrario.

Sólo conservamos los defectos que nos fortalecen.

EL PRESTAMISTA

«¿Te acuerdas de cuando llegó la máquina?», me preguntó Tulio. Llevábamos treinta años sin vernos y me remitió al pasado con esa pregunta. Nuestra mayoría de edad coincidió con un invento que transformó las costumbres. Me refiero a la instalación en México de los primeros cajeros automáticos, asombro que sucedió en 1972 o 1973.

Tulio no olvida la aparición de «la máquina», como la sigue llamando, porque hasta ese momento él tenía el raro prestigio de los prestamistas.

Iba a la preparatoria con una mochila del Atlante en la que llevaba un pequeño cofre con billetes de cincuenta pesos. No administraba una fortuna, pero disponía de suficiente efectivo para sacar de apuros a cualquiera.

Si una patrulla te detenía, si la chica esquiva te hacía caso de repente, si se ponchaba el balón en medio partido o se organizaba una fiesta exprés, había que buscar a Tulio.

En esa época anterior a Swatch, los relojes eran empeñables. Tres o cuatro veces, el mío entró y salió de la mochila con escudo del Atlante.

Tulio cobraba un interés muy inferior a las comisiones bancarias de hoy en día; anotaba las deudas en un cuaderno de tapas duras, y tenía la elegancia de fingir que las olvidaba. No necesitaba insistir en que le pagáramos. La falta de reloj recordaba con apremio que éramos deudores.

El prestamista no venía de una familia acaudalada. Se privaba de refrescos y caminaba veinte cuadras para no gastar en el tranvía con tal de disponer del efectivo que lo volvía necesario entre nosotros.

Hubo veces que lo buscamos a deshoras para llevar serenata o sacar del hospital a un compañero que había chocado. Despertamos a sus padres, ya habituados a las rarezas del hijo, y supimos que por las noches escondía el cofre en una caja de galletas, capricho que le daba a su afición un toque artístico.

También sus ropas venían de préstamos. Su eterno suéter gris le llegaba a la mitad de las manos.

Era la herencia de un hermano mayor, recordado en la preparatoria como una leyenda del basquetbol.

Sin ser popular, Tulio era importante, no sólo por fungir como transitorio albacea de nuestros relojes, sino porque conocía las necesidades que nos llevaban a depositarlos en sus manos. Además, era el mejor ajedrecista de la prepa, lo cual reforzaba su reputación de genio especulativo.

Cuando nos hicieron una prueba de Orientación Vocacional, pensé que obtendría alto puntaje como Contador. Así fue, pero no fue señalado como contador de dinero, sino de historias. La psicóloga entendió que su futuro estaba en Letras.

Tal vez al reverso de sus páginas contables, Tulio narraba nuestros apuros. Su posición era ideal para convertirse en cronista del grupo, o al menos de sus urgencias.

Quise robarme su cuaderno como otros habían querido robarse su cofre. El delito no fue necesario porque le pedí permiso para verlo y me dejó revisarlo a mi antojo. Sólo contenía sumas y restas.

«¿Y las historias?», pregunté. Me vio como si yo hablara de un ovni que había visto desde la azotea (tema muy actual en ese tiempo). Le recordé la prueba de Orientación Vocacional. «La psicóloga está loca», contestó. Él se veía a sí mismo de otro modo, como un actualizado héroe de Balzac, dominando una empresa de dinero rápido para gente de confianza.

Fundar un banco significaba una desmesura para alguien sin recursos, pero podía ampliar su círculo de conocidos y hacerse útil entre gente a un tiempo sensata y antojadiza, que no llevaba consigo el dinero que de pronto requería.

Así pensaba Tulio en 1972 o 1973, cuando apareció «la máquina». El amigo que resolvió nuestra economía en la preparatoria se encontró con un adversario industrial. Hoy en día el país tiene cerca de veinticuatro mil cajeros automáticos.

¿Habrán veinticuatro mil personas como Tulio, capaces de prestar sin otra usura que el interés para seguir prestando? Seguramente, pero no son tiempos de atenciones personales.

Ahora mi amigo trabaja en una ONG dedicada al comercio justo. Cuando nos encontramos, hizo una definición o una crítica bancaria de mi oficio: «Sé que eres un cuentista corriente.»

Luego habló de ajedrez. Contó que en 1996 Kaspárov, campeón mundial del momento, había enfrentado a *Deep Blue*, computadora diseñada por IBM. Un combate del hombre contra la máquina.

Kaspárov representó a cabalidad a una especie que pierde los nervios: fue derrotado y declaró que volvería por la venganza. Pero las máquinas y las corporaciones no permiten la revancha. *Deep Blue* fue archivada en un sótano. Kaspárov decidió entrar a la política para ampliar su lucha.

Tulio concluyó su parábola: «Yo sí tuve una revancha.» La llegada de «la máquina» lo llevó a militar en el comercio justo.

Entonces me vio con detenimiento, como si recordara que le debía algo. «¿Qué reloj traes?», preguntó sonriente. También en eso los tiempos habían cambiado: mi reloj era demasiado barato

para saldar una deuda. «Págame con una historia», dijo.

Y así lo hice.

EL REPETIDOR

Durante años, la mayoría de las películas en español se doblaron en México. Esto se debía a las facilidades de operación de las compañías norteamericanas, pero también a nuestro talento para reaccionar ante las iniciativas de los otros. Ciertos actores nacionales, incapaces de convencer en una obra de Shakespeare, se agrandan cuando imitan a un personaje de dibujos animados.

El sello mexicano se impuso con tal fuerza que al viajar a otros países de habla hispana dábamos la sensación de estar doblados. El obispo de Monterrey, el novelista de garra y el entrenador de la selección hablaban como caricaturas.

A diferencia de los japoneses, nunca nos ha interesado hacer copias tan perfectas que no lo parezcan. Lo nuestro es la subordinación sincera: no somos originales pero aspiramos a que el doblaje supere a su modelo («Telly Savalas dijo que le gustaba más su voz en español»).

La diversificación del mercado acabó con el dominio de las voces mexicanas en las pantallas. Una lástima, sin duda.

¿Dónde se origina nuestra vernácula destreza para decir lo mismo con otro acento? Hablaré de un personaje que tal vez no haya sido tratado por los numerosos libros que a últimas fechas se ocupan de la identidad nacional.

Me refiero al hombre de mirada perdida, acodado en el mostrador de una tienda. Su actitud es de absoluto desinterés no digamos por el prójimo, sino por su propio rostro (donde ya se paró una mosca). A su lado, otra persona mueve cajas, entrega el cambio, busca un producto, revisa un catálogo o responde el teléfono.

Al llegar a la tienda, enfrentas a dos tipos de empleados: uno que no se da abasto y otro que parece aguardarte con hierática disponibilidad. Naturalmente te diriges al segundo.

Entonces sobreviene uno de los más inútiles intercambios de Occidente. Preguntas si tienen clavos de media pulgada. La respuesta es idéntica a tu curiosidad:

—¿Clavos de media pulgada?

Has conocido al Repetidor, experto en la forma más elemental del doblaje, que consiste en despojar de toda energía al mensaje previo.

Si te interesa conseguir un cuarto de blanco de España, el Repetidor dirá:

—¿Un cuarto de blanco de España?

La frase es la misma que la tuya, pero ha sido privada de contenido emocional.

En labios del Repetidor, lo que solicitas no sólo deja de ser urgente sino que en cierta forma carece de sentido. ¿Es posible que te intereses en algo que puede pronunciarse con tal desprecio?

La tarea del Repetidor consiste en anular la importancia de lo que buscas. Autómata perfecto, domina el idioma pero no el sentido; dice lo mismo con enorme dificultad para coordinar la lengua con el paladar. De este modo «dobla» tu necesidad al lenguaje de lo intrascendente. Casi te da vergüenza pedir eso.

Una vez que tu presencia en la tienda pierde fuerza, el Repetidor cae en un mutismo narcótico. Su función en el mundo de la mercadotecnia ha terminado. No vende productos: repite sus nombres en un tono que no devalúa su precio sino su razón de ser.

Luego aguarda a un nuevo cliente. Acodado en el mostrador, dirige la mirada a la televisión, que transmite un partido de los Tecos.

Estamos ante uno de los oficios más especializados del país. No hay forma de que ese empleado haga otra cosa.

Finalmente, la persona que no ha dejado de moverse, repite lo que dijo el Repetidor y procede a atenderte.

¿Por qué existe ese profesional que no se inmuta ni conoce los precios ni despacha mercancías? Supongo que se trata de un filtro, un ralentizador de la experiencia, un freno que impide caer en pecado de eficacia.

El Repetidor «dobla» nuestras intenciones y así mitiga su urgencia: podemos esperar.

Mientras tanto, su compañero trabaja afanosamente.

¿Quién domina a quién? Durante años, pensé que el Repetidor era una especie de aprendiz, un esclavo sin iniciativa que se preparaba para el rito de paso que le permitiera hacer sumas y restas con un lápiz. Ahora creo que es el patrón secreto del lugar: observa, con los ojos taimados de quien no confía en sus clientes y en el fondo los detesta.

Su poder se deriva de la voz desmayada con que reduce la significación de cada solicitud, impidiendo que alguien proteste. ¿Es posible quejarse después de oír lo mal que suena nuestro pedido?

Durante años, nuestra cultura reaccionó en forma creativa en los estudios de grabación, doblando foráneas criaturas de la selva con la voz de Tin Tan. Es posible que ese talento tuviera un remoto origen popular. Acaso provenía de la costumbre de tener a un astro del doblaje en las

tiendas, capaz de convertir nuestras urgencias en algo que no deberíamos pedir.

Hice un experimento: pregunté en una tlapalería si tenían los muslos ubérrimos de la Venus de Milo. Pero ante el Repetidor no hay modo de ser excéntrico: transformó mi solicitud en algo normal e inútil. Hubiera hecho lo mismo con una petición de Salvador Dalí.

En el fondo, es posible que esta extraña y muy particular tarea evite conflictos sociales y contribuya a una paz muy parecida al marasmo. Si lo que buscas carece de importancia, no tiene caso que lo encuentres.

EL TELÉFONO ES MUY FRÍO

El principal medio de comunicación de los mexicanos es la comida. El correo, el fax, internet y la telefonía se consideran recursos preparatorios para llegar al guiso humeante. Eso sí, cuando la reunión dura menos de dos horas, se declara inexistente.

La comida rápida nos sume en la más aguda depresión. Comer de prisa es una derrota social. Pero hay algo que nos parece aún peor: comer a solas. Nos resistimos a ser los únicos inquilinos de una mesa y caer en la condición de los descartados que son vistos por los otros con cara de misericordia: «¡A su edad y sin nadie que lo acompañe!»

Recuerdo la tarde dramática en que un conocido remoto se acercó a la mesa donde comía con varios amigos y confesó, como si hubiera contraído una sospechosa enfermedad en Polinesia: «Me dejaron plantado.» Sus ojos pedían rescate y le dimos asilo. La reunión fue un desastre: el entonado profesaba una cosmogonía ajena a la tribu que partía el queso en esa mesa.

Aunque todo mexicano está dispuesto a ser hospitalario hasta la ignominia, en casos como el que acabo de describir uno queda pésimo con los amigos: «A ver cuándo nos presentas a otro cuate», dicen las mismas personas que lo recibieron como Cascos Azules de la ONU cuando no conocían las horribles cosas que pensaba.

Los países extranjeros significan para nosotros la región infausta donde un hombre almuerza a solas y parece muy contento. Para ponernos a salvo de esa extravagancia, somos sociables hasta el desastre.

Aunque la convivencia forzada es una molesta forma de la pluralidad, la ejercemos para refutar a Sartre, el sufrido misántropo que dijo: «El infierno son los otros.» En esta parte del planeta, el averno se llama soledad.

¿Qué sucede cuando una comunidad estructurada en torno a los efectos de trescientos chiles llega al siglo XXI? Si en Estados Unidos los Padres Fundadores aclararon que la felicidad se basa en el libre ejercicio de los bienes, en México, donde los mensajes son más oscuros, la felicidad se basa en que el hombre coma en compañía, y que lo haga despacio y sentado (o al menos en

cuclillas).

En una ocasión asistí a un coctel donde un eminente jurista mexicano se ofendió cuando le acercaron una charola con canapés: «¡Yo no estudié para comer de pie!», exclamó. Como esto ocurría en París, pocos entendieron que expresaba a cabalidad una ley de nuestra jurisprudencia gastronómica. «¿Quién es este histérico?», me preguntó un francés no iniciado en la antropología nacional.

Pasemos ahora a un tema posmoderno: la velocidad de las costumbres. En México tenemos guisos deliciosos, como el estofado de Juchitán o la cochinita pibil, cuyas recetas comienzan tres días antes de que se sirva la comida, consideramos que la buena educación lleva a comer varias veces de todo (el que no repite, ofende), y estamos convencidos de que el primero que se pone de pie es un patán. ¿Cómo conciliar esto con una época en la que hay horarios de oficina?

El asunto nos lleva al contraste, tan favorecido por los sociólogos, entre comunidad y sociedad. Nuestro ritmo gregario se opone a las exigencias del trato cívico. La comida no ha dejado de ser para nosotros un uso tribal, donde el patriarca tiene privilegios de cuchara y los afectos sólo se consideran auténticos si duran lo mismo que la digestión. Se trata, a no dudarlo, de una comunión sagrada. El problema es que esta entrañable costumbre se originó cuando la unidad de medida del tiempo era el mestizaje y sigue intacta en una época de vértigo.

Para remediar la contradicción entre la necesidad de rendir y la urgencia superior de platicar entre tostada y tostada, nos hemos convencido de que la comida es una forma de la eficacia. La única manera de llegar a un acuerdo —ya sea afectivo o profesional— consiste en compartir la mesa del tequila al pluscafé. Las llamadas y los mails son meras tratativas para planear el momento en que un plato de gusanos de maguey proclama que empezamos a coincidir.

Llego a una pregunta decisiva: ¿puede la indigestión coexistir con el rendimiento? Respondo como quien lanza otra tortilla al comal: por supuesto que sí. Nuestros platillos representan un intrincado sistema de signos; no se trata de masticarlos y nada más, sino de tramitarlos con sabroso esmero. Comer es una operación simbólica que lleva a acuerdos y a desavenencias sin pronunciar palabra. «¿Te fijaste cómo vio lo que pedí?», dice el convidado suspicaz.

Si nuestra comida no fuera compleja difícilmente le concederíamos importancia: todo ritual depende de exigencias muy precisas. ¿Qué mérito social tiene comer papaya?

Cuando alguien dice: «Voy a un desayuno *de trabajo*», se refiere menos a los socios que encontrará en la mesa que a representarse a sí mismo en la abnegada faena de comer crepas de huitlacoche o tacos de chilorio.

Hay países exóticos donde la comida se considera una necesidad o un placer. En México es un acto de jurisprudencia. Sólo sabemos que alguien nos contrata o que alguien nos quiere de verdad si lo dice mientras un bocado nos arde en la boca.

Dos colegas que se detestan se pueden reconciliar pasándose la cesta de las tortillas en forma oportuna, o pelearse para siempre al escoger la tortilla de abajo, que sigue calientita, y dejar sólo la

que ya se enfrió en la superficie.

Por si quedara duda de cuál es nuestro principal medio de comunicación, en las bocinas de los restaurantes suele aparecer una canción: «El teléfono es muy frío...»

I

El mundo se ha convertido en un sitio en el que zumban teléfonos celulares. Durante una breve primavera, gozaron del prestigio de lo exclusivo; luego se volvieron cacharros para seres vulgarmente localizables. Ahora, la exclusividad consiste en no ser alcanzado por su ruido. Por más que se diga que los celulares son objetos de poder, nadie conoce el teléfono celular de un poderoso.

De acuerdo con Swift, los buenos modales representan «el arte de hacer sentirse cómodas a las personas con las que conversamos». La educación mundana se centra en esta idea que los celulares revierten a gritos. A veces, la cobertura no es ideal y hay que hablar en tono de plaza pública. Esto ha traído una desesperada costumbre: aunque la comunicación sea perfecta, quien llama tiene el complejo psicológico de no ser oído. En consecuencia, la conversación es un intercambio de alaridos. Las víctimas son los testigos, de quienes los usuarios hacen curiosa abstracción (cuentan sueños y hablan de las pecas de Cristina como si estuvieran en privado). Un *reality-show* auditivo donde se difumina la noción de público.

El hombre celular es lo contrario a un exhibicionista: no hace gala de sus conversaciones; es impúdico con la inocencia de una tribu que no conoce la ropa. La clave de su peculiar conducta está en la relación cultural que tenemos con los sonidos, mucho más distanciada que nuestra relación con las imágenes. Si supieran que los filman, quienes proclaman a voz en cuello que no hubo pechugas parmesanas se inhibirían hasta la mudez. En cambio, el teléfono celular parece conferir invisibilidad a quienes se lo llevan a la oreja, como si de pronto flotaran en el éter de la radio (puesto que se limitan a hablar, no advierten que son presenciados por seres tristemente provistos de oídos).

II

«El cine es mejor que la vida», dijo Emilio García Riera. La frase tendría sentido tan sólo porque en el cine hay que apagar los celulares, lo cual no impide que de pronto suene el aparato de la olvidadiza romántica que eligió ser ubicada con *Anónimo veneciano*. Esto nos lleva a otra variante de la psicología moderna: lo mucho que las personas revelan de sí mismas por la música o los ruidos que sirven para localizarlas. No es lo mismo que la antesala de tu oreja sea un narcocorrido, el himno del América, el tema de *La pantera rosa* o, mi favorito, el *riiiiiing* de los teléfonos antiguos.

Sé que soy neurótico. También sé que no soy el único. Comprobé esto al abordar el expreso que conecta el aeropuerto de Heathrow con Londres y cuenta con un «vagón silencioso», donde se prohíbe el uso de celulares. La cultura inglesa, tan afecta a la privacidad, ha dado esta muestra de respeto al hombre con orejas.

Por primera vez podía viajar sin enfrentar el surrealismo de las frases oídas a medias. En una ocasión creí entender que un sosegado ejecutivo decía: «Las papayas están perdidas y tú no tienes perdón de Dios.» ¿De veras habló así? Lo había escuchado de refilón mientras leía. Se trataba de un hombre curtido en créditos y promesas a acreedores, que de pronto profería esa sentencia, digna de un sacerdote que oficia para una deidad agrícola. Pasé el resto del trayecto tratando de dar con las palabras que pudieran otorgar lógica a esa frase: «Las papayas están perdidas y tú no tienes perdón de Dios.»

Esta vez todo sería distinto. Abrí la puerta corrediza que conduce a la zona callada del expreso de Heathrow. En verdad se trataba de un sitio que se sustraía al ruido. Un vagón mudo. Pensé en esto aun antes de ver a los viajeros al otro lado del pasillo, un grupo de sordomudos. Me fascinó la celeridad de sus manos, dueñas de una urgente elocuencia. Se reían mucho y pronto contagiaron a la pasajera que iba a mi lado. Pensé que ella sonreía por simpatía, pero en verdad había entendido un chiste: contestó con señas y los otros hicieron gustosos ademanes.

¿Por qué los sordomudos viajaban en el vagón silencioso? Si su entorno era el silencio, no requerían de esa protección adicional. Me incorporé para revisar al resto de los pasajeros. No pude decir si eran o no sordomudos, lo cierto es que ninguno hablaba. «Los ingleses son callados», pensé con obviedad, como si conversara por celular conmigo mismo. Luego imaginé una convención de sordomudos que por festiva ironía había escogido ese vagón, previsto para quienes están aquejados por la molestia menor de que los demás hablen.

Los sordomudos compartieron sándwiches, frutas y revistas. En ningún momento dejaron de «hablar». Tal vez llevaban mucho tiempo sin verse y tenían muchas cosas que decirse, o tal vez siempre eran así, comunicativos en extremo.

Me sentí intruso. ¿Pensarían que los miraba con el recelo del extraño o la codicia del advenedizo? Después de huir de las voces de los otros, hubiera dado lo que fuera por entender las de ese vagón.

El expreso se hundía en la noche de una tierra extraña. Lo comprensible carecía de interés y sentido; sólo importaba lo que podía imaginar sin entender. Sumas y restas. Conexiones. Los

distintos valores del silencio.

Cuando llegamos, los sordomudos parecieron reparar en mi aislamiento. Se despidieron con señas y me dieron una manzana. No tenía hambre pero la acepté, como si recibiera una palabra de su idioma.

ZAPATOS NUEVOS

Tengo unos amigos a los que les decimos los Glutamato porque son un complemento sabroso, pero no siempre auténtico. Nos reunimos por las extrañas fidelidades que surgen con el tiempo, el tequila y las coincidencias que la marea de las contradicciones arroja en la playa. Me sirvo de esta evocación paisajística para no enojarme de inmediato con Vic Glutamato, que habla en sábado a las ocho de la mañana para preguntar si estamos dormidos.

Uno acaba queriendo a los amigos por sus manías. No escribo estas líneas con vengativo afán, sino para describir a una familia que considero típica de la época y, por lo tanto, de interés social.

Los Glutamato están encantados de conocerse. Vic es un patriarca que siempre tiene razón. Ha quebrado dos mueblerías y una sastrería donde oficiaba un crack del zurcido invisible. Esto se debe a que los dueños anteriores lo engañaron. Confiado en su genio comercial, compró una casa de seis recámaras y siete baños en Potrero del Edén, fraccionamiento donde los visitantes deben enseñar su cédula profesional para entrar. Desde hace tres años la casa está en venta, pero nadie ha llegado al imaginativo precio concebido por Vic.

Conocí a Nena Glutamato porque su gran camioneta bloqueaba mi coche en un estacionamiento y ella no había dejado las llaves. Me predispuse a odiarla. Cuando llegó, gritó con alegría: «¡Eres el amigo de Vic! ¡En las fotos te ves más chaparro!» Se refería a las fotos de la primaria, en las que, en efecto, soy chaparro.

Si el destino no hubiera decidido que Vic y yo compartiéramos pupitres, difícilmente sería el padrino de su primer hijo. A los diecinueve años, Ronnie Glutamato padece un torpor existencial que le permite dormir hasta las dos de la tarde y estar en cualquier reunión sin enterarse de nada. Quiere ser cineasta, tal vez porque mira la realidad como luces en una pared. En una ocasión entré en su habitación y me senté en la cama revuelta. Él puso hip-hop pesimista mientras yo leía un grafiti en la pared: «No hay salida: la extinción es un *password*.» Le pregunté cómo pensaba extinguirse y dijo: «Viviendo.» Guardamos silencio hasta que comprendí la expresión «cuarto del pánico».

En contraste, Liz Glutamato es una entusiasta que adora las cosas que desconoce. Si le propones

ir a una fábrica de clavos le parece genial. A los trece años tiene una lista de veintiocho carreras que quiere estudiar y catorce mascotas que piensa adoptar.

Vic considera que su primogénito tiene un talento magnífico que algún día será descubierto. En cambio, su hija le parece «chistosa».

Desde que me citó a comer en Vips y pagó con cupones de su mueblería, sé que mi ex condiscípulo cuida el dinero. Me sorprendió que rentara una casa de campo y nos invitara a pasar el fin de semana. En cuanto llegué se burló de mis zapatos: «Rata de ciudad.» A continuación propuso que hiciéramos una excursión a la noria. Caminamos durante dos horas para llegar a un aljibe donde flotaba una rana muerta. Ronnie nos acompañó con semblante nihilista y Liz saltó por todas partes, descubrió un pequeño esqueleto que describió como «egagrópila», habló de las costumbres de las codornices y recitó una fábula de Esopo. El único comentario de Vic sobre sus hijos fue: «¿Viste lo intenso que es Ronnie?»

Después del extenuante regreso a casa, mi amigo dijo: «Tus zapatos dan pena.» Era cierto. Había hecho mi travesía del desierto con calzado de calle. El empeine estaba roto; su destino sólo podía ser la basura.

«No te preocupes, tengo un par nuevecito que compré en Argentina», Vic me mostró unos zapatos rutilantes, de cuero perfecto. Somos de la misma talla: el par me quedó bien, aunque bastante apretado.

En los siguientes días descubrí la capacidad de mis congéneres para bajar la mirada. Todo mundo decía: «¿Estrenando?», o bien: «¡Qué zapatos!» Me sentí tan elegante como un futbolista italiano. Mis pies estaban lastimados por los aguerridos empeines, pero recordé que sin dolor no hay belleza.

Agradecí la generosidad de Vic hasta que me habló por teléfono: «¿Así nos llevamos?», fue su extraño saludo. Luego mencionó los zapatos: me los había prestado en una emergencia, ¿acaso me quería quedar con ellos?

Me sentí ruin y ofendido al mismo tiempo, el clásico «efecto Glutamato». Aunque nunca hablamos de un regalo, Vic había puesto la cara magnánima con que pide al mesero que agregue el siete por ciento de propina.

Lo peor de todo es que los zapatos ya se habían vuelto cómodos. Entendí la estrategia de Vic: me llevó al campo para destruir mis zapatos y me dio los suyos para que se los ablandara.

Le dije a mi esposa que no volvería a verlo. «No te conoces», contestó ella. Tiene razón. Vic consiguió en Tepito el video pirata de Bruce Springsteen que yo llevaba veinte años buscando.

Hoy ceno con los Glutamato.

GENTE PARA TODO

Los remolinos en el pelo y en el tráfico vuelven elocuentes a los hombres, según se desprende de lo mucho que hablan los peluqueros y los taxistas. El ritmo narrativo de una ciudad depende de estas profesiones, que en forma complementaria ofrecen los relatos que se le ocurren a los sedentarios y a los nómadas.

Para interesar al escucha en lo que quieren decir, los relatores lanzan preguntas francamente metafísicas: «¿No cree que salió más caro el caldo que las albóndigas?» Aunque las albóndigas rara vez vienen en caldo, la frase permite pasar a un mundo superconcreto donde las albóndigas representan dólares y el caldo una situación escandalosa. Gracias a esta tarea de comunicación, la tribu urbana se entera de cosas que no salen en los periódicos, y acaso nunca sucedieron, pero conforman la necesaria mitología de la ciudad.

Los taxistas y los peluqueros demuestran que para narrar hay que tener problemas. Alguien satisfecho con su carácter y el estado del mundo rara vez se embarca en dilatadas fabulaciones. Los taxistas suelen llevar un desarmador encajado en un resquicio del parabrisas; se trata de una herramienta «por si acaso», muy poco relacionada con los tornillos y que puede acabar en el vientre de un asaltante. Obviamente, una profesión que necesita un desarmador como talismán contra la adversidad está llena de sobresaltos. Sí, los taxistas son dramáticos. Sin embargo, sería más inquietante viajar con un conductor que no estuviera al borde de un ataque de nervios y enfrentara el Viaducto con la sabia frialdad de un guerrero kung-fu.

No menos ardua es la vida de quien está de pie catorce horas (hasta la fecha, no he conocido al peluquero que reconozca que su jornada dura menos). ¿Qué es peor: la lucha por el infructuoso avance o la heroica inmovilidad ante las nuca? El taxista puede desahogarse con estertores que sólo son normales en su oficio. ¿Qué diríamos, en cambio, de un peluquero que blasfemara mientras sostiene su afiladísima navaja? La bata blanca lo obliga a bajar la voz, resabio de la época en que los barberos fungían de cirujanos. En definitiva, los relatores sedentarios padecen tanto como los nómadas para tener derecho a sus historias.

Un aspecto netamente mexicano de estos oficios es que disponen de modelos que nunca siguen.

El taxista odia los mapas (de hecho, odia saber dónde está) en la misma medida en que el peluquero odia los cortes que «decoran» su establecimiento y provienen del periodo clásico-tardío de la estética masculina, cuando el copete supersónico se consideró *chic*. Nada es tan inútil como solicitar un corte de ese tipo: el peluquero explica que tu pelo es distinto al de esos arquetipos que acaso llevaran nylon en la cabeza.

Coleccionistas de desastres, taxistas y peluqueros han oído muchas tragedias que los hacen sentirse bien. Ambos provienen de la escuela narrativa rusa: los clientes felices no tienen historia.

Durante años he perseguido un relato que comience en el movedizo ámbito de un taxi y se resuelva en el sillón del peluquero, o viceversa. Por primera vez estoy en condiciones de armar una trama con los dos modos narrativos de la ciudad.

Llegué a la peluquería y el patrón señaló las hebras en el piso: «¿Sabe de quién es eso?» Me declaré incapaz de identificar a alguien por sus pelos, pero esto era lo de menos; como siempre, el peluquero iba a hablar al margen de mis respuestas. Había atendido a un hombre que perdió la mano en un accidente. Hasta ese día, la vida de aquel cliente carecía de rumbo: se consideraba menos que un microbio (menos que un microbio alcohólico, pues medraba de cantina en cantina). El trago le arrebató a su mujer, su trabajo, sus mejores amistades. Una lluviosa tarde de San Juan subió a un taxi y sufrió un aparatoso choque en Patriotismo. Despertó en un hospital donde le informaron que había perdido la mano. El golpe fue devastador pero reveló que se había salvado de milagro y le descubrió el valor inédito de las cosas de siempre. El agua de jamaica le supo de otro modo, como un bálsamo fresco. Una enfermera lo atendió con una dedicación que pronto se convirtió en una ternura imprescindible.

La vida no sólo era posible sino deseable después del trauma. Contrajo matrimonio pocos meses después, dejó de beber, tuvo dos hijos cuyas fotos honraban su cartera, consiguió trabajo, ingresó como voluntario en un grupo que asesora a gente con problemas de autoestima. Todo venía de la pérdida de la mano, como si los daños que eran para él se hubiesen concentrado ahí. «Llevo meses buscando al chofer del otro coche. Para darle las gracias», comentó. Después de referir la historia, el peluquero pronunció el apotegma con que encara las rarezas del mundo: «Hay gente para todo.»

Al salir de la peluquería sentí la delicia del viento en la nuca rociada de loción y detuve un taxi. El chofer venía muy molesto con su anterior pasajero. Olfateó el aire para ver si yo llevaba encima algo más que agua de colonia. Había transportado a un borracho perdido, un hombre quejumbroso y altanero, que se ufanaba de un pasado inverosímil. Según él, había sido alto ejecutivo de una empresa, tenía dos hijas maravillosas y conocía idílicos campos de golf. Ese hombre llamado a la felicidad era ahora un andrajo viviente. El taxista lo recogió afuera de una cantina y el otro dormitó hasta que pegó un grito: «¡No tome Patriotismo!» Explicó que, tiempo atrás, había chocado con un taxi en forma aparatosa. Fiel a su buena estrella, salió ileso del percance. Pero en el pavimento vio una imposible estrella de mar. Era una mano. No soportó ser responsable de tamaña atrocidad. Perdió el trabajo, se entregó al alcohol, ya no le permitían ver a sus hijas.

Le pedí al taxista que me llevara al sitio donde dejó a su anterior pasajero. Llegamos a una inmensa unidad habitacional. Imposible dar con él.

Dos destinos habían cambiado de signo con el choque. Gracias al peluquero y al taxista, los protagonistas volvían a vincularse. ¿Se encontrarán alguna vez en las calles numerosas? ¿Sabrá el verdugo que sufre en vano su condena?

Esta percepción repartida de la realidad se aplica a toda biografía. Con frecuencia, ignoramos la trama que nos completa; sabemos lo que dijo el peluquero, pero no lo que dijo el taxista.

Personajes interrumpidos, avanzamos por los días hasta que el azar termina su trabajo y nos lleva ante un oráculo, el relator capaz de contar la otra parte de nuestra propia historia.

HAMBRE DE ARCHIVO

—¿Los pongo en el archivo salado? —preguntó una mujer.

Oí la frase mientras esperaba en una oficina de gobierno. Ya en otras ocasiones había visto la curiosa archivonomía que se ejerce en el laberinto de documentos que nos define como ciudadanos.

Seguí a la mujer hacia un archivero que ocupaba media pared. Ella llevaba frutos de tamarindo cubiertos de sal, una golosina dulce y salada.

Una colega inmensa se acercó a decirle:

—El tamarindo siempre es dulce.

Este axioma fue recibido de mala manera:

—¡Estás tan gorda que ya deberías pagar predial! —El insulto fue seguido por el motivo que lo ocasionaba—: Todavía me debes veinte.

Con resignada lentitud, la mujer metió la mano a su sostén y extrajo un billete azul:

—No perdonas nada, mana.

—Si doy más crédito me voy a arruinar. ¿No ves que la bolsa cayó en Nueva York?

Las mujeres se reconciliaron con una carcajada. Sin embargo, esto no resolvió el problema del tamarindo. ¿Era dulce o salado?

La archivista se dio cuenta de que la observábamos y abrió una gaveta para que pudiéramos admirar lo que produce una mente ordenada. Muy diversos antojitos habían sido clasificados en secciones destacadas por pestañas de colores. Esa gaveta pertenecía a la nomenclatura de lo dulce y contenía suficientes específicos azucarados para volver diabética a una escuela primaria.

Con el gesto de quien domina su oficio con derrochadora pericia (es decir, con la mano que sostenía los tamarindos salados), la mujer abrió otra gaveta que contenía todo lo que México ha hecho en pro de la harina chatarra. El crocante universo que va del Churrumais a la Pizzerola se

encontraba ahí, sin excepción ni fisura. Vi retorcidos charritos y crepitantes totopos.

El archivo salado y el dulce tenían el común denominador del picante, sabor que todo lo aglutina.

La archivista revisó sus tamarindos y preguntó como Hamlet en su monólogo inmortal:

—¿Dulce o salado?

Para ese momento, varios oficinistas se habían congregado en torno al archivo. Yo iba en compañía de mi amigo La Furia, que no conquistó su apodo en campos de batalla sino dando lata en la UNAM. Con la enjundia que lo caracteriza, me pellizcó como si yo estuviera borracho y debiera volver a la sobriedad para no perderme la escena.

Los trámites de la oficina se suspendieron en favor de la siguiente discusión:

—El tamarindo es un fruto y los frutos siempre son dulces —dijo un hombre de unos sesenta años, con aire de ser jefe de varios de los presentes.

—¿Un fruto es lo mismo que una fruta, licenciado? —le preguntó con descarada coquetería una secretaria que tenía calcomanías en las uñas.

—¡Resbalosa! —le dijo la gorda que ya debía pagar predial.

—El tamarindo es dulce, pero luego lo salaron —informó la encargada del archivo.

En ese momento ocurrió lo que yo menos deseaba. La Furia se consideró facultado para intervenir:

—Los archivos existen para guardar un secreto.

Varios rostros se volvieron hacia el intruso. Vi los párpados semicaídos de quienes repudian mucho pero aún no lo dicen.

—Aquí no se atiende al público. —La archivista resumió lo que todos pensaban. Habíamos cruzado una frontera sin documentos y eso nos saldría caro: seríamos deportados a la zona que eterniza los trámites.

Como La Furia considera que el desprecio es una forma secreta de la atención, continuó, imperturbable:

—Hay cosas que se encuentran sin problemas en un archivo; lo decisivo es que sugiera que puede haber algo más, algo ilocalizable, espectral. El archivo se justifica porque encierra algo que no se ha encontrado, un secreto que lo hace parecer infinito.

—¿Tu archivo tiene secretos, mana? —dijo con ironía una secretaria, mientras alargaba su chicle con el pulgar y el índice en un gesto de suprema indolencia.

La archivista vio a La Furia y le preguntó con amabilidad:

—¿A qué vino usted?

Mi amigo contó el terrible problema catastral que tenía.

—¡Froy! —La mujer llamó a un hombre al que le faltaba una mano—. Atiende aquí a los señores. Llévalos al archivo frío.

Aunque la última frase hacía pensar en la morgue, el tono fue tan cordial que salimos de ahí de buen ánimo. Subimos dos escaleras y llegamos a un pasillo elevado que conectaba ese edificio con otro. Siempre pedante, La Furia dijo que le recordaba el Puente de los Suspiros en Venecia.

Le pregunté de dónde había sacado lo del archivo.

—¿No has leído a Jacques Derrida?! —preguntó, profundamente herido, como si se hubiera quedado ciego por mi culpa.

Me recomendó *Mal d'archive*, que trata de la apasionada enfermedad de clasificar y se tradujo al inglés como *Archive Fever*. Ahí queda claro (o por lo menos confuso de modo interesante) que todo archivo contiene un elemento esquivo, la presunción de que puede haber algo más: una ceniza fantasmal, «un secreto inaccesible que lo hace parecer infinito» (repitió con deleite). Los tamarindos salados entrarían al archivo como un enigma. Era lógico que en el país con mayor obesidad infantil y donde vive el hombre más gordo del mundo, las oficinas públicas clasificaran comida chatarra.

—No tenemos fiebre sino hambre de archivo —opinó La Furia.

El archivo frío resultó ser un cuarto donde los expedientes estaban en cajas de galletas Gamesa. Con sorprendente agilidad, Froy movió documentos con su única mano y dio con el que buscábamos.

Regresamos por un sello al archivero de lo dulce y lo salado. La zona estaba despejada.

—¿Dónde quedaron los tamarindos? —pregunté.

—Es un secreto de archivo —la mujer sonrió.

Dos llaves pendían de su collar. Una para lo dulce, otra para lo salado.

—¿No hay una tercera llave? —aventuró La Furia.

—La de mi casa, pero no es para ti —dijo ella, en el tono de una experta en el rechazo que niega como si hiciera un favor.

HIJOS QUE USAN DESODORANTE

«El ser humano ama la compañía, así sea la de una vela encendida», escribió Lichtenberg durante un crepúsculo del siglo XVIII. Aunque algunos ermitaños conciben la felicidad como el retiro a un desierto donde se alimentan de raíces, la mayoría de nuestros congéneres son gregarios. El problema es que no siempre encuentran la compañía que desean. Una vela encendida puede ser el consuelo del solitario, pero también de la persona harta de sus conocidos que prefiere socializar con una flama.

Cuando alguien dice «quiero ser independiente» no manifiesta un deseo de apartarse de la comunidad sino de las personas que lo rodean. Mi generación creció obsesionada por salir cuanto antes de su recámara. Cada Día de las Madres recuerdo el momento en que inicié la incierta experiencia de la libertad. Tenía veintiún años y trabajaba como guionista de un programa de rock donde buena parte de las canciones trataban de jóvenes que se iban de su casa. Nada me parecía tan urgente como «vivir por mi cuenta». No sabía lo que eso significaba pero sabía que empezaba contratando una camioneta de mudanzas en el mercado de Coyoacán.

Mientras los cargadores cumplían con su tarea, mi abuela salió a la calle, se aferró al colchón de la cama y exclamó con inolvidable ímpetu: «¡Está abandonando a su madre!» Como era una yucateca de elevado dramatismo, no pronunciaba «madre» sino «madere». Obviamente, a los cargadores les tenía sin cuidado mi deserción filial. Mi abuela los señaló en tono admonitorio para decirme: «Te vas en manos mercenarias.»

Así comenzó un camino de liberación cuyo principal impedimento fue la existencia de ropa sucia en un país donde las lavadoras automáticas no se habían generalizado. «Si le llevas la ropa a tu mamá, estás perdido», me dijo con incómoda lucidez la misma amiga que a cada rato preguntaba: «¿Hace cuánto que no te planchas la camisa?»

La vida independiente se convirtió en una disciplina con horarios de internado, llena de molestias que sobrellevaba porque contribuían al épico y desconocido fin de labrar mi destino.

A muchos años de distancia, he creído descubrir que la verdadera independencia no comienza

cuando te vas de tu casa sino cuando se van tus hijos. Lo que hice a los veintiún años fue liberar a mi madre.

Pero las cosas han cambiado y los jóvenes no sienten la misma urgencia de irse ni parecen disponer de grandes opciones en el mundo exterior. La generación a la que nunca le preguntaron qué quería comer (si te tocaba hígado, ni hablar) enfrenta a niños que te dicen: «¿Me das opciones para el desayuno?»

Pero la infancia de antes también tenía ventajas. Una de ellas era la posibilidad de jugar en la calle. Después de horas lejos de casa, la convivencia adquiría el agradable aire de lo que no es frecuente.

En el DF el adolescente contemporáneo socializa a través de internet. De acuerdo con la ronda de las generaciones, también él tiene deseos de independencia, pero no piensa irse lejos sino encerrarse cerca. La puerta con llave de la que cuelga un letrero de «No molestar» indica un territorio liberado. Sabemos que ahí hay vida por los siguientes signos: rock, televisión, diálogo telefónico, agua que corre. La duración de esos efectos sonoros puede ser alarmante: un disco del grupo nihilista Cobra Verde admite treinta repeticiones, y la ducha, dos horas. A veces, los cuatro ruidos ocurren en forma simultánea.

Como el hombre sólo se libera si pone en juego varios de sus sentidos, la industria aromática creó un producto con repercusiones existenciales: el desodorante de alto impacto que modifica la conducta de los varones a partir de los catorce años. De pronto un olor anuncia que tu hijo está a cinco metros. Aun con la puerta cerrada, el influjo olfativo es perceptible.

El secreto de la perfumería consiste en mezclar una fragancia con el olor de la piel. Por eso su efecto varía en cada persona. En el cuento «El nombre, la nariz», de Italo Calvino, el protagonista sucumbe ante el peculiar aroma de una mujer. De nada le sirve buscarlo en las perfumerías: ese aire turbador no sólo proviene de una esencia sino de lo que agrega la piel amada.

Los perfumes procuran una alquimia individual. En cambio, los desodorantes poderosos no involucran a un cuerpo sino a una comarca. Se trata de armas de ocupación olfativa.

Ante las intensidades de la atmósfera, le pregunté a mi hijo con qué método las provocaba. Pensé que usaba el aerosol como un extinguidor. Nada de eso: un par de aplicaciones bastan para que el organismo adquiera notoriedad espacial.

¿Los fieros desodorantes son un recurso de independencia o de aislamiento? Aunque la publicidad promete que las chicas se imantan con ese aroma, los usuarios suelen estar encerrados en un cuarto. Tal vez el olor es tan potente para sugerir que se transmite por internet.

El cerebro es primitivo en su relación con el olfato. Ahí suceden cosas que no nos distinguen mucho de los reptiles. «¿Huele mal?», preguntó mi hijo en medio de su nube. Para ser sincero, el olor me gustó, pero no en esa proporción, capaz de hacerse cargo de un túnel del metro.

En cierta forma, los hijos que huelen demasiado establecen un insólito contacto con los orígenes. La horda del comienzo dependía del olfato para distinguir el viento donde corría un venado o un

enemigo. El exceso aromático de quienes serán hombres en el futuro próximo recuerda la edad pretérita en que oler fue importante. La atmósfera cargada de sustancia vaticina contactos. No perfuma la juventud de una persona sino de una especie.

HUESO DE LA SUERTE

La amistad es una ventanilla de quejas en la que relatas las últimas canalladas de las que eres víctima.

Es bueno que un amigo te diga la verdad, pero es mejor que desprecie a los que te perjudican.

Pues bien, tengo unos amigos que se han impuesto la sádica tarea de ser felices: los Glutamato. A nadie le molesta que otros vivan bien, y menos si son amigos, pero ellos transforman el bienestar en una afrenta.

Pondré un ejemplo para desahogarme (anónimo lector, sé un amigo verdadero: oye mi queja).

Fui a su casa en el remoto Potrero del Edén. La reja de seguridad era custodiada por un guardia que comía un tamal. Supe que el tamal era de pollo por algo que pasó después. El vigilante habló con la boca llena para pedir mi credencial del IFE, se atragantó y estuvo a punto a ahogarse. Bajé del coche, le pedí que alzara los brazos y lo golpeé en la espalda. Confieso que cumplí la tarea con entusiasmo: siempre había querido aporrear a un guardia.

Él agradeció con ojos llenos de lágrimas.

—Mire. —Señaló un hueso de pollo en el suelo—: lo traía atorado.

Por poco se traga el «hueso de la suerte».

Cada familia inventa sus darwinismos y la mía cree descender del pollo. La inicial de nuestro apellido se parece al hueso de la suerte. No perdemos oportunidad de tomar decisiones de importancia quebrando la *furcula* (así se llama el hueso que permite volar a las aves y demuestra que proceden de los dinosaurios). La evolución de las especies nos ha dejado ese frágil talismán.

Cuando Nena Glutamato abrió la puerta ya era tardísimo. Pedí disculpas, pero no hablé del tráfico ni del incidente con el policía porque no quise que Vic dijera que a él nunca le toca un embotellamiento.

—Juan tuvo que pelear con un tamal —explicó mi esposa.

Esto solucionó el asunto. Es fácil suponer que un «tamal» es un texto.

Liz Glutamato llegó a mostrarnos los pasos de baile que había aprendido en la serie australiana *Dance Academy*. Su coreografía era estupenda.

—Ya le estamos dando Ritalin —dijo en voz baja Vic (considera que el talento de su hija es hiperactividad).

Ronnie Glutamato no vino a saludar porque estaba escribiendo un ensayo sobre la depresión en Nietzsche.

—Es tan profundo —suspiró Vic.

Fui al cuarto del hijo y supe que Ronnie escribía el ensayo ¡en la pared! Sólo constaba de una frase: «El origen de las cosas más nobles es siempre bastardo.» No era un mensaje optimista, y menos si se relaciona con la idea que Vic y Nena tienen de la familia, pero aprecié que se interesara en cosas nobles.

La reunión fue agradable. Suprimí cualquier asomo de crítica que pudiera convertirme en neurasténico ante los satisfechos ojos de los Glutamato. Ni siquiera dije que el miércoles se fue la luz. Opté por la cordialidad del zombi para impedir que mis amigos demostraran cruelmente que a ellos todo les funciona. Su perro está perfectamente entrenado mientras que el nuestro se come los cables de la computadora.

Nena sirvió un pollo maravillosamente confitado. Esto dio pie a que Vic recordara un minicuento que escribí en Twitter: «En una cena de Navidad la familia reza con devoción y pide por los que han sufrido. Dios se conmueve y resucita al pavo.»

—¿Por qué no pusiste un pollo en vez del pavo? —preguntó Vic, enterado de cuál es mi animal tutelar.

—Era una cena de Navidad... —dije.

—Ah, quisiste ser tradicional.

—No sólo eso: el pavo es más caro que el pollo. No hay que reparar en gastos para los lectores.

Vic miró su pechuga confitada.

—Este pollo es orgánico —aclaró Nena, por si alguien pensaba que la cena era barata.

—Además el pavo da sueño —dije para congraciarme.

Por desgracia, Ronnie dormitaba ante su plato. Vic pensó que criticaba al hijo que le parece un genio:

—Está cansado de tanto leer a Nietzsche —lo disculpó.

Recordé la frase en la pared de su cuarto. ¿Qué angustia origina la amistad? ¿La urgencia de superar la soledad, el deseo de ser comprendido, la increíble posibilidad de ser necesario? Bueno, también el afecto, pero eso no es bastardo.

Entre las muchas virtudes de los Glutamato se cuentan el cuchillo eléctrico de Nena y la habilidad quirúrgica de Vic. Rebanaron el pollo con destreza para que me tocara el «hueso de la suerte» o «huesito dulce».

Cuando faltaba poco para irnos, me atreví a contar lo que había sucedido en la reja de entrada.

—Qué bueno que el poli se tragó el hueso de la suerte: iba a morir pero llegaste tú —comentó el afectuoso Vic.

Una vez más, todo era ideal en Potrero del Edén: ellos habían invitado a un rescatista para el guardia. Los Glutamato mortifican con su perfección. Entonces comprobé lo mucho que me gusta estar tenso en esa casa. Es un yoga neurótico. Si te vas a irritar, más vale que sea con alguien que quieres.

Partí el hueso con Liz. Ella se quedó con la parte más larga.

—Hizo trampa —la criticó Vic.

—La suerte no hace trampa —dijo ella.

Vi el hueso en mi plato. De ahí venían las aves, los dinosaurios, mi apellido, la diferencia entre vivir o morir, el misterio de la amistad.

Todo origen es bastardo, es decir, todo depende de la suerte.

Cuando entré al laboratorio una enfermera dijo:

—Como una nuez de Castilla.

No entendí y tomé una ficha. Luego la mujer habló de «la popocita» y me dio vergüenza tener oídos. Después de siglos destinados a olvidar sus residuos, el hombre se desconcierta en esas antecámaras olorosas a alcohol donde los empleados hablan con natural afecto de secreciones.

El español de México ha substituido los actos de orinar y defecar por eufemismos aritméticos, «hacer del uno» y «hacer del dos». Con el mismo sentido del encubrimiento, llevamos la muestra para el coprocultivo en nuestra mejor bolsa de Liverpool.

Después de tomar mi ficha (la 44) me encontré a Martín (nombre con el que protegeré su identidad). Es uno de mis mejores amigos pero me vio como si yo fuera el presunto magnicida Mario Aburto, que acababa de ser arrestado en esos días.

Atendían la ficha 26 y Martín tenía la 42. Podíamos conversar durante dieciséis pacientes, un tiempo que hubiera sido tolerable de no ser por las sillas en forma de cáscaras tubulares y porque Martín sostenía en sus manos la acusatoria bolsa rosa.

—¿Fuiste a Liverpool? —pregunté con imperdonable mala educación.

—Tengo amibas. —Señaló su sien para que mis ojos se alejaran de la bolsa.

—¿Tienes amibas en la sien?

—No seas pendejo. Me duele aquí y me mareo y se me nubla la vista.

Entonces, una muchacha con cola de caballo decorada con pompones rojos (una crin de poni de feria), intervino en la conversación:

—Me siento igualito. A cada rato me gana el vómito —dijo con alegría—. Ojalá esté embarazada. ¿O serán amibas?

Durante diez minutos mi amigo, que usa jabón líquido para no tocar una pastilla usada por los demás, escuchó los síntomas de la muchacha. El nerviosismo o la felicidad anticipada de ser madre la impulsaban a socializar sus malestares. Martín le pareció un cómplice repentino y le hizo una pregunta que en otra circunstancia hubiera sido moral:

—¿Obra usted bien?

Martín cerró los ojos, como si deseara ser envuelto por su bolsa.

Recordé que no conozco a nadie más que le ponga talco a sus zapatos. Justo a él le tenía que tocar esa vecina de asiento. Por suerte, una señora terció en la conversación. Habló de un profeta de la fibra, un genio que conocía las más recónditas virtudes digestivas de las leguminosas.

Empezó a generarse una extraña confianza. Avergonzados de estar ahí, a punto de depositar lo peor de nosotros, necesitábamos hablar de nuestra burda materia porque la razón de la visita era aún más innombrable. Nadie quería mencionar la enfermedad agazapada, la cita con el destino que llevaba en un frasco de Nescafé.

En ese momento una muchacha pálida, de enormes ojos negros, dijo con voz muy suave:

—Es posible que me tengan que hacer un ano adventicio.

La frase fue horrenda y sin embargo, o por eso mismo, tuvo la virtud de tranquilizarnos. El ser humano es una sustancia mal cosida. Ni más ni menos. Aquel ángel dramático habló de una severa oclusión y la posibilidad de que le abrieran una ojiva en el bajo vientre. Su voz y el nombre del remedio eran dignos de la escatología cristiana.

La discípula del profeta de la fibra comentó:

—Es tan normal ir tres veces diarias como ir cada tres días.

Un par de testigos se animaron a confesar sus normalidades.

Justo cuando la solidaridad empezaba a superar al asco, una enfermera preguntó como si ofreciera botanitas:

—¿Quién viene al conteo de esperma?

Un hombre alzó la mano.

—¿Lleva cinco días de abstinencia?

El hombre dijo «sí» en tono humildísimo. Aunque la vida es pródiga en días de abstinencia, lo vimos con inmensa piedad.

Cuando llegó el número 44, me pasaron a un cubículo. Mientras me encajaba la aguja, la enfermera habló de los asaltos que había sufrido el laboratorio. Dos a mano armada, en el último mes. En eso, oí un alarido. Pensé que se trataba de otro atraco. Me asomé a la sala por el hueco de una cortina. La chica de la cola de caballo gritaba de felicidad. Su análisis de embarazo había salido positivo.

El clima de exaltación duró poco. Una enfermera sostenía un frasco enfrente de Martín:

—Su muestra es demasiado pequeña. Tiene que traer una del tamaño de una nuez de Castilla.

Martín no sabía cómo era una nuez de Castilla pero se sabía incapaz de producirla. Estrujó su bolsa, profundamente humillado.

La chica de la cola de caballo agitó la papeleta con sus resultados.

Un hombre miraba la escena con atención, como si fuéramos animales complicados, o como si descubriera, al fin, el sitio donde todo empieza y todo acaba.

NO HAY QUE SER

El mexicano ha inventado mil maneras de reír por cortesía. Pocas naciones enfrentan la desgracia con tan buena cara. Cuando entramos a la sala de los Gutiérrez y vemos su abrumadora colección de payasos de cristal, sonreímos con entusiasmo cómplice, como si en casa tuviéramos no sólo catorce payasos en fila sino el circo completo.

Otras variantes de la simpatía son más comprometedoras. La risa nerviosa es el complemento de la pena ajena. De pronto alguien se hunde ante nuestros ojos y nos reímos como afectados por un gas mostaza; en vez de rescatar al protagonista del derrumbe, le brindamos las muecas de quienes no controlan su sistema nervioso.

Un barroco sentido de la amabilidad nos convierte en reos de sonrisa. Cada vez que Julio F. habla en público lucha para contener sus sollozos. Ya sabemos que acabará enjugándose las lágrimas con la ponencia. Lo peor del caso es que él disfruta enormidades con el trance; le importa muy poco incomodar al público porque se concibe como un absurdo torero de las emociones, que se juega el sentimiento en cada lance. Cien veces nos ha cortado la respiración con su voz trémula y desvaída y cien veces hemos puesto cara de «qué tipazo».

Si no sabes qué decir ante los lienzos de ese artista furibundo que pinta con sangre de enfermos de sida, puedes comentar con total impunidad: «Están chistosos.» A nadie se le ocurrirá que hablas con sarcasmo; «chistoso» es el adjetivo que equivale a la fría sonrisa con que sobrellevamos las molestias.

En México, la risa, cuando es genuina, desemboca en carcajadas de mandíbula batiente. Ni siquiera los mariachis acallan a los comensales que se divierten en serio.

«¡Qué falso eres!», dice con afecto quien sabe agradecer la sonrisa espuria. Sí, nos encanta fingir, y no debemos avergonzarnos de ello. Para como están nuestras costumbres, la impostura representa un valor humanitario. Siempre hay un amigo que a la menor provocación recuerda que su abuela de Chihuahua tenía sangre cubana, es decir, que él nació para bailarín y sus testigos para abrazar sus húmedas camisas de diez colores. Cuando esta criatura desubicada localiza nuestros

ojos atónitos al borde de la pista, alza el dedo pulgar y se muerde los labios en actitud de «qué ritmazo tengo». ¿Qué hacer? ¿Decirle que su peso y su edad no concuerdan con tamaño frenesí? ¿Recordarle que ha pasado los mejores años de su vida en poltronas y sofás demasiado lejanos del ejercicio y del Caribe? ¿Confesarle que ni siquiera disecado tendría la firmeza aconsejable en un bailarín? Sin embargo, él disfruta tanto con su ridículo que sería cruel desengañarlo. Un atávico sentido de la piedad nos recuerda que estamos en México, donde los vales no se bailan como en Viena ni la salsa como en Colombia y donde toda crítica merece ser refutada con la frase: «No hay que ser.» Estas cuatro palabras sirven de conjuro. ¿Qué es lo que no-hay-que-ser? ¿Dónde está el Heidegger capaz de disertar sobre la ontología del mexicano y su ternuchona invitación a no ser? De pronto, una disputa se supera poniendo en vértigo la identidad: «No seas...» El raciocinio se suspende con esta frase. No podía ser de otro modo en el país de la canción ranchera, donde es lógico que con dinero y sin dinero (y sin monarquía) uno siga siendo el rey.

La expresión «no hay que ser» se puede interpretar de esta manera: «Para qué ser como somos si ayudamos más fingiendo.»

La risa, que tanto trabaja en pro de la cortesía, adquiere en México una dimensión pánica al enfrentar una catástrofe. Llevemos el tema a cualquier vecindario: dos cargadores de tanques de gas suben la angosta escalera a una azotea; de repente, uno resbala, desliza su pesada carga y golpea la del compañero con un clamor de campana. Los vecinos del edificio se asoman a la escena y se santiguan. ¿Qué sucede en lo alto, donde un hombre sostiene un tanque con las uñas? Algo obvio: al cargador «le gana la risa», una risa honda, que no es una afectada pose sino un verdadero ejemplo de la desesperación del mexicano que anda «risa y risa».

Si el *Titanic* hubiera sido nuestro, los buzos habrían encontrado a una tripulación sonriente, que se fue a pique con angustiado buen humor. Pero basta de agraviar al mexicano con sus formas de reír. Todo argumento tiene un límite dictado por la emoción. En otras palabras: no hay que ser.

Ciertos amigos requieren de un contexto extremo para volverse lógicos. Es el caso de *Ibid* Rendón, condiscípulo de la carrera de Sociología que conquistó su apodo el día en que comentó en un «Seminario de *El Capital*»:

—Marx está grueso, ¡pero *Ibid* está gruesísimo!

Nuestro compañero creyó que la palabra con que se aludía a una obra ya citada era un nombre propio: *Ibid*, genio torrencial, posiblemente chino.

Desde los años en que leíamos *El Capital* con el desorden de la Nueva Metodología (comenzando por el capítulo sobre la acumulación originaria, atractivamente situado en el tomo III), *Ibid* mostró adicción a las citas. Su esnobismo formaba parte de la atmósfera. A fin de cuentas pertenecíamos a una generación que recibía la cultura como producto masivo y entraba a los supermercados a comprar libros de Mao o manteles con imágenes de Vasarely. Conocimos la pintura en tarjetas postales, el cine clásico en video, la música en casets pirata, y leímos *Rayuela* como obra de autoayuda artística, es decir, como un catálogo del consumo culto.

En ese ámbito no era extraño que *Ibid* juzgara algo «fellinesco» o «godardiano». Su apodo lo condenó al rango de los que saben para presumir.

Poco a poco el tiempo se puso de su parte. Más que la crónica de una persona escribo la de una época. El giro esencial en la personalidad de *Ibid* fue el siguiente: empezó a desconfiar del conocimiento común. Afecto a la cultura rápida, leyó dos libros en contra de cada tema. Si mencionabas las Cruzadas, la Revolución Francesa o el sitio de Cuautla, él contaba la historia de la secta perversa que había hecho que eso fuera posible. Todo episodio venía de una conspiración.

Recuerdo la noche en que preguntó, como quien repasa una excursión escolar: «¿Se acuerdan de Pearl Harbor?» Naturalmente, nadie tenía memoria presencial del asunto. *Ibid* resumió los dos volúmenes tenebrosos que acababa de leer al respecto, sin que pudiéramos refutarlo.

Su sabiduría paranoica le otorgó prestigio en una época en la que nada es tan útil como

desconfiar. Pocas veces *Ibid* analiza lacras tan evidentes como la venta de armas, la trata de blancas, la pederastia o el narcotráfico. Su extraño mérito consiste en desestabilizar lo aceptado: Bolívar tenía propósitos ocultos y nuestro amigo Marcos nunca fue secuestrado en un Seven-Eleven, como le dijo a su esposa.

Mientras él perfeccionaba su talento para desmitificar lo obvio, la época se graduaba en simulacros y versiones contradictorias. Las mentiras de los políticos, las estruendosas farsas de la publicidad, las noticias no siempre verificadas de la prensa y el horror difuso del crimen organizado crearon el contexto ideal para que las negras conjeturas del sociólogo Rendón parecieran una interpretación autorizada de la realidad. Sus discordantes versiones son siempre más duras, más incómodas, más improbables, es decir: ¡más verosímiles! El apodo que había servido para ridiculizarlo se transformó en timbre de honor: el esnob de la sabiduría aceptada se convirtió en erudito de la sabiduría a contrapelo.

Ya acostumbrado a contradecir, encarnó a esa versión del mexicano que considera amable decir: «Con todo respeto, pero no mames.»

Mi dilatada amistad con *Ibid* Rendón me ha convencido de un sello de los tiempos: nada ha aumentado tanto de valor como el descrédito. El recelo se convirtió en lucidez preventiva.

En los optimistas años setenta mi amigo se limitaba a ser un epígono, una cita de la cita: *Ibid* (cuyo título profesional se hubiera podido abreviar como *Loc. Cit.*). Su viraje hacia la sospecha lo convirtió en un auténtico gurú del deteriorado entorno por el que circulamos.

Me acabo de reunir con él y fue como tener una sesión privada de WikiLeaks. *Ibid* confirmó sospechas desagradables, reveló espurios intereses, mencionó con autoridad asuntos sórdidos sobre Facebook, el país, Europa, los bancos y nuestros conocidos. Sin ser muchos, sus conocimientos tenían la escalofriante puntería de lo exacto. Me costó trabajo refutarlo, no sólo porque carecía de contraargumentos, sino porque de manera morbosa comencé a disfrutar su eficaz articulación de noticias y datos agraviantes. La aceitosa pátina de la corrupción adquiría en su voz el fascinante efecto de lo que resulta, al fin, comprensible.

Ignoro si *Ibid* Rendón aprovechó nuestro encuentro para ejecutar una venganza. Oí su oscura y razonada trama de confabulaciones hasta que desvié la vista al periódico que había dejado sobre la mesa. Reparé en la fecha: 28 de diciembre, día de los Santos Inocentes. ¿El ingenuo que confundió la palabra «*Ibid*» con el apellido de un clásico se aprovechaba ahora de mi credulidad?

Sobre la mesa, el periódico mostraba el mundo según WikiLeaks. Las hipótesis persecutorias de mi amigo sonaban muy sensatas.

Ibid se despidió con una sonrisa ambigua y un proverbio que resume nuestra era:

—Confiar es bueno, no confiar es mejor.

LA IDENTIDAD EN FUERA DE LUGAR

A este país le faltan tres cosas: seguridad, justicia social y delanteros. Me asombra que el tercer tema no se discuta más allá del ámbito deportivo, pues puede ofrecer una clave para descifrar por qué hay tantos mexicanos simpáticos y tan pocos eficaces.

Aunque la amabilidad es una de nuestras obsesiones, sería exagerado decir que fallamos goles por cortesía. Anteayer (7 de febrero de 2007) nos sometimos al psicodrama de una selección que llegó a tener cinco delanteros y jugó a crear oportunidades para desperdiciarlas. Como el adversario era Estados Unidos, la contienda asumía visos de reconquista. El deseo desmedido de vencer al vecino en su propio césped explica en parte la noble disposición de nuestros jugadores a llegar al martirio antes que al gol. Bien mirado, se trataba de un momento significativo pero no excepcional: en el estadio de Phoenix se consolidaba una costumbre.

En *La fenomenología del relajó* el filósofo Jorge Portilla estudió la importancia que el mexicano concede a «echar montón». Las fiestas, los juegos, las ceremonias y los acontecimientos sociales son un pretexto para estar juntos y comer chicharrones. El motivo y el desarrollo del acto nunca son tan decisivos como saber que volvimos a encontrarnos. El célebre *punteo* Guadalupe-Reyes garantiza la vida gregaria del 12 de diciembre al 6 de enero, y el calendario cívico fomenta reuniones a propósito de héroes que desconocemos y leyes que no acatamos. Por si acaso, cualquier accidente propicia el jaleo. Si tu mejor amigo necesita un plomero, te presentas en su casa con un alambre y un paquete de cervezas. Nuestra idea del ciclo vital es una boda que dura hasta que tenemos que ir a una funeraria y a curarnos la cruda en un bautizo. De acuerdo con Portilla, reunidos ante el promisorio budín azteca, borramos la causa que nos llevó ahí: estar en compañía se convierte en la motivación absoluta del acto. Los chiles serranos adquieren entonces más valor operativo que el aniversario que nos convocó.

La condición gregaria sirve para paliar la deficiencia de estar solos. Todo ágape nacional es una ceremonia del perdón: reprobamos el examen, nos corrieron del trabajo, la novia nos abandonó, rendimos menos de lo esperado, pero eso no le importa a los amigos. Sería simplista afirmar que nos gusta el fracaso. El asunto es más sofisticado: cuando el vencido vuelve al clan, comprueba que

lo importante nunca es personal y lo colectivo siempre es grandioso.

Nuestra vida social es deficiente porque depende de normas que no observamos. En cambio, nuestra vida comunitaria es un vergel porque depende de afectos que exageramos. ¿Para qué ser pragmáticos si podemos ser querendones?

Todo esto es una generalización, pero a fin de cuentas las identidades no son otra cosa que ilusiones asumidas en forma mayoritaria.

Llega el momento de volver a los delanteros, sufridos depositarios de la esperanza. Me atrevo a plantear una pregunta que atañe menos al deporte que a la ontología: ¿de veras les conviene anotar?

El afecto de la tribu depende de convivir entre la mucha gente, y nada lastima más el espíritu fiestero que hacerse el singular. En los convites sólo deben destacar los expulsados. El huésped perfecto come tres platos de mole, baila con frenesí sin cuestionar las posibilidades coreográficas de la música y se descalabra en una puerta, es decir, actúa con normalidad.

Durante milenios, las reuniones vernáculas han dependido de tareas defensivas. La pregunta «¿quiénes son éstos?» puede remontarse a los tlaxcaltecas o a los vecinos que se colaron, lo significativo es que los aceptamos a condición de que no le hagan el feo a nada. Proteger el acontecimiento para que siga igual es una de nuestras especialidades. Baste mencionar la estructura de resistencia que determina la oferta de bebidas: primero se acaba el hielo, luego el Tehuacán, finalmente la Coca, pero nunca se acaba el chupe.

Esto nos lleva a la cultura del aguante. Comer un puñado de chile habanero, cargar dos botellones de agua Electropura, recibir toques eléctricos o poner las manos en el comal de las tortillas no representan arrebatos suicidas sino prestigiadas formas de la entereza. Nada más lógico que tengamos tres defensas jugando en las mejores ligas europeas.

¿Y qué pasa con los delanteros? Anotar un gol distingue, desmarca de la tribu y, sobre todo, crea una responsabilidad. Si acertaste una vez, se espera que aciertes la siguiente. Hugo Sánchez fue el mejor jugador mexicano de todos los tiempos sin ser un ídolo como Enrique Borja. Su rendimiento era demasiado frecuente para ser entrañable. En el Mundial de México 86 el héroe de la selección fue el Abuelo Cruz, dueño de una picardía ajena a la victoria (se esperaba tanto del astro del Real Madrid que el público del Estadio Azteca convirtió la notoriedad en ultraje: «¡México ganó porque Hugo no jugó!»).

El que yerra un gol regresa sin trabas con los suyos, es readmitido en la comunidad donde el mariachi sirve de ansiolítico. El que anota, empieza a quedar fuera, avanza hacia la estepa de las exigencias individuales.

Los atletas que fallan goles son irrenunciablemente nuestros. Lo mismo puede decirse de un público cuya alegría no se deja afectar por el resultado.

¿Es posible marcar una diferencia sin apartarse de la grey? Resolver esta pregunta es el desafío de un país que no es ajeno a la dicha, pero que sería mejor si tuviera seguridad, justicia social y delanteros.

TEMPORADA DE PONCHE

En ningún sitio en el que pueda elegir he pronunciado estas palabras: «¿Me da un ponche?» Sin embargo, en Navidad mi vida se rige por la ponchera que me regaló el tío Emiliano. El objeto del que no he podido desprenderme es una especie de cazuela con asas y un agujero del que cuelga un cucharón ideal para pescar tejocotes. Sólo en virtud del cubierto colgante sabemos que se trata de una ponchera y no de una refacción automotriz.

Cuando recibí este singular obsequio sentí enormes deseos de regalarlo. La ponchera es un artículo que bien envuelto (base de terciopelo, cubierta de celofán, moño blanco o rojo) puede circular de boda en boda o de Navidad en Navidad sin que nadie sienta la tentación de abrirlo. Sólo un detalle impidió que se convirtiera en un *roperazo* eterno. Aunque me sea difícil admitirlo, esa cuenca metálica tiene valor sentimental. El tío Emiliano fue inventor de artefactos de la más absurda simplicidad. En su único viaje a Francia vio una escultura de Picasso en la que un cochecito formaba las facciones de un mandril y decidió dedicarse a reciclar objetos. Para entonces, ya se había retirado de los laboratorios en los que tuvo tareas vagamente administrativas (en sus manos, los trámites se convertían en experimentos químicos). Lo extraño en su furor de transfiguración fue que no usó cacharros para hacer esculturas sino para hacer otros cacharros. Si Picasso se servía de dos tenedores para simular las patas de una grulla, el tío Emiliano tomaba el radiador de un coche y lo transformaba en una bandeja de uso indefinido que recibía el nombre genérico de «portaobjetos». En su momento de mayor originalidad, convirtió la base de una licuadora en la pantalla de una lámpara que echaba chispas.

La ponchera reafirma una curiosa tradición familiar que en una ocasión nos llevó a servir el pavo navideño en el volante de un Chevrolet forrado de papel estaño. Todo empezó cuando el tío Emiliano encontró el soporte de un foco submarino (algo que supongo bastante difícil de conseguir) y con su capacidad inventiva decidió que podía usarse como ponchera en Navidad. Lo malo es que no diseñó más usos para el ponche.

Cada vez que se acercan las posadas nos acordamos de brindar por el desaparecido tío Emiliano. Pero sacar la ponchera es una proeza digna de mejores causas. La guardamos dentro de

una olla de un metro de diámetro que sólo usamos para hacer treinta litros de ponche y que requiere de dos personas para ser colocada en la estufa. La olla ocupa la parte inferior de una alacena en la que siempre queremos meter otras cosas y de la que nos aleja este argumento racional: «Ahí está la olla.»

Después de sacar estos enseres, y de gastar tres estropajos en quitarles la mugre del año, el mundo se convierte en un sitio donde hay que beber ponche. Del día de la Virgen a los Santos Reyes, la estufa emite fragantes borboteos. El objetivo central de esta actividad es mantener llena la ponchera; sin embargo, como resulta muy dañino abreviar ahí tres veces al día, le regalamos «termos navideños» a personas que apenas conocemos (los amigos de verdad, están hartos del ponche).

Cada familia tiene su apocalíptico de cabecera. Uno de nuestros momentos rituales de diciembre consiste en oír a mi primo Nando criticar el ponche «de este año». Que yo recuerde, todos han sido igual de malos. Lo único que debe tranquilizarnos es que ningún otro sabe mejor. Nunca he oído a un *gourmet* de temporada decir: «Ni te imaginas qué ponchezazo preparan los Martínez» o «Vamos a echarnos unos tacos, pero donde haya buen ponche». Por más rica que sea la canela, siempre bebemos el mismo líquido que nos despelleja el paladar, nos empalaga hasta el choque insulínico y nos recuerda que sobró ponche en Nochebuena.

¿Por qué subsiste este bebestible lleno de cáscaras y huesos que obligan a escupir entre trago y trago? Como los toques eléctricos o las momias de charamusca, el ponche permite fingir que las molestias nos dan placer. Por un extraño estoicismo, nos servimos una patria ardiente y dificultosa; la mordemos con la esperanza de no rompernos ningún diente y la tragamos confiando en que el bagazo de caña no nos bloquee la tráquea.

Si además de ser mexicano uno tiene un tío inventor de poncheras, el destino está sellado. Es increíble que un objeto con tantas posibilidades de ser inútil se haya vuelto tan determinante para mí. Ahí engordó mi tía la Flaca, ahí descubrió mi prima su diabetes, ahí bendijo mi tío jesuita un montón de tejocotes, ahí sacrificó mi padre un ron cubano que embotellaba sus recuerdos de los años sesenta, ahí se perdió el primer diente de leche de mi sobrina (tuvimos que colar los treinta litros para dárselo al Ratón Pérez). Después de todo, ¿qué importa que nuestro ponche sepa a rayos? Sólo los impíos se quejan de que el vino de consagrar tenga un regusto a anticongelante. Si alguna vez tengo que pasar Navidad en el extranjero, viajaré con mi ponchera.

EL HOMBRE DE LOS LAVABOS

Entremos a un recinto problemático: el baño de un restorán «elegante» o de una cantina «de postín». Salvo la inhalación de cocaína o el chocolate mordido en clandestinidad por un gordo a dieta, las operaciones que ahí se realizan son sanitarias y no tienen por qué ser descritas en este texto. Ir al baño es un trámite que, si sale bien, se olvida de inmediato.

La decoración suele pasar inadvertida; a no ser que haya un espejo enmarcado en caoba con nervaduras *art nouveau* (y uno sea coleccionista), o una cascada sobre un cristal translúcido a modo de urinario (y uno sea posmoderno).

Cuando los mesoneros se sienten ingeniosos ponen dibujos extravagantes en las puertas de los baños. El urgido comensal tiene que descifrar si el tridente significa «Hombres» y la red «Mujeres», o si esa cara con melena de furioso exponente del *grunge* se inspiró en Perséfone, una escritora uruguaya o Kurt Cobain. Aunque los garabatos sólo pueden representar homúnculos o señoritas, en ciertos lugares son tan intrincados como si hubiesen salido del Templo de las Inscripciones.

Con demasiada frecuencia, el aprendiz de Champollion empuja una puerta sin saber bien a bien adónde conduce y sólo se cerciora de que atravesó el umbral correcto cuando ve un signo de masculinidad decodificable para el más burdo de los epigrafistas: el urinario porcelanizado.

El personaje en cuestión suspira con alivio hasta que desvía la vista y descubre... ¡¡¡al Hombre de los Lavabos!!! ¿Quién inventó a ese testigo incómodo de nuestra vida privada? ¿En qué momento la gastronomía mexicana consideró que era «de lujo» tener a un mendigo uniformado en los urinarios?

Aunque en la ciudad de México hay relaciones humanas más dañinas y frecuentes (como el asesinato), pocas situaciones se equiparan al descubrimiento de un ser de ojos narcóticos que entrega papel para secar las manos junto a una cesta adornada con excesivos billetes de veinte pesos.

A veces uno entra al baño sin cartera y tiene que prometer que en la siguiente ronda regresará

con dólares.

—No se preocupe, patrón —responde el siervo, con una voz que no anula la mirada de desprecio.

En los lavabos que tienen una palanquita de presión en el grifo, el esclavo justifica sus funciones jalando la palanca con un cordón. Aunque todo mundo sabe que nada que se tire de una cuerda es elegante, el gesto quiere decir: «Podrías tomarte la molestia de desplazar tu mano hasta el grifo, pero yo te la ahorro.» Este ademán inútil vale por lo menos diez pesos.

Pero el Hombre de los Lavabos es insaciable y a cada segundo propone servicios innecesarios en pos de una mayor propina. Para tales efectos, dispone de una charola con la utilería básica para que uno se sienta protagonista de una vida patibularia.

—¿Gotas para los ojos? —ofrece con voz acusatoria. Luego rocía spray sobre un cepillo que parece haberse hecho cargo de la peluca de Luis XIV—: ¿Una peinadita?

Nadie acepta estos beneficios; se trata de actos vacíos, sin otro fin que incomodarnos hasta sacar un billete. Pero el catálogo de las molestias amables es infinito. El Hombre de los Lavabos nos revisa con cuidado y nos alcanza unas pastillas de menta:

—¿Para el aliento?

Después de un nuevo rechazo, saca un horrendo osito de peluche con chistera de cabaret:

—¿Para la dama?

En todo este tiempo lo único que el confundido visitante desea es regresar al universo donde las mujeres no quieren ositos con chistera. Lo extraño es que la gestión se presenta como una enorme deferencia. Estamos en un sitio de categoría, donde el cliente tiene el privilegio de pagar para ir al baño.

Mi experiencia como mujer es limitada, pero sé de restaurantes de cinco estrellas cuyos baños son custodiados por una señora de cabellera volcánica que te ofrece un lápiz labial color profundo carmesí, ideal para debutar en El Tropicana:

—¿Te retocas, mi reina?

Por cada Hombre debe haber una Dama de los Lavabos que dobla papeles higiénicos, ofrece perfumes adulterados y masca un chicle infinito. Se trata, ya lo sé, de trabajos sumamente ingratos. Nadie es capaz de cumplir esas tareas por simple escatofilia. En los cubiles sanitarios, ver y oír resulta tan desagradable como ser visto y ser oído. Sin embargo, la compasión que suscitan los empleados de filipina o vestido negro con delantal blanco (estilo plantación del Misisipi) es idéntica a las molestias que ocasionan. ¿Quién fue el inventor de la ayuda que nadie necesita?

Mientras te cepillan los hombros como si llevaras caspa de tres generaciones, recuerdas el eslogan de Plauto que Hobbes volvió famoso: «El hombre es lobo del hombre.» El encargado de esa íntima frontera te hace sentirte suficientemente mal para humillarlo con una propina que no merece. Su gentil voracidad está a la altura de tu agresiva displicencia. Entonces, dejas caer uno de

a veinte.

Gracias al novelista chileno Rafael Gumucio advertí una de las mayores carencias de estar lejos de México. Como yo, Gumucio ha pasado temporadas en Barcelona con la mente puesta en otro sitio: «Lo que más extraño de Chile es tener proyectos», me dijo. La frase cayó entre dos cafés cortados como una epifanía, nítida y perfecta. La razón de un vacío. A lo largo de mis tres años barceloneses no participé en nada que se definiera por su entusiasmante condición de existir como futuro. Para bien o para mal, la realidad barcelonesa se imponía sin fisuras ni modificaciones en curso.

«Las cosas como son», dice la socorrida frase que en España no es reiterativa sino reveladora. En la patria de Galdós, el realismo ambiental goza de espléndida salud. Cada pueblo tiene sus formas de protegerse del delirio. Admiro la inalcanzable condición pragmática de quienes consideran que el inconsciente es una Patagonia para exploradores extremos o argentinos.

Desconfiados, tentativos, los latinoamericanos buscamos remedios imaginarios ante la adversa realidad y nos sometemos sin trabas a la terapia de participar en un proyecto. De repente, alguien te invita a la versión mexicana del Día D: un desayuno de trabajo. Nuestro entorno es tan sorpresivo y transitorio que más vale intervenir temprano. Alejandro Rossi dijo con lúcida resignación que el desayuno es la manera mexicana de tomar el té, lo cual significa que celebramos las cinco de la tarde a las ocho de la mañana. A esa hora adelantada, el día aún no ofrece motivos de escepticismo (o no estamos suficientemente despiertos para advertirlos), de modo que podemos hablar de promesas sin que nos estorben las realidades. El desayuno se alimenta de esperanza.

Aunque los huevos en salsa verde se prestan poco para el hombre que tendrá que hacer la digestión en dos horas de Volkswagen, le entramos con fe a lo que no nos conviene, como si la voracidad incluyera su propio alivio y facultara para las proezas de las que nuestro interlocutor nos considera muy capaces.

En esos desayunos he visto surgir estaciones de radio «como la BBC», revistas «tipo *New Yorker*», periódicos de fábula («haz de cuenta *El País*, pero editado en Coyoacán»), guiones para Scorsese, bibliotecas campesinas con el catálogo entero de Anagrama. En ese mundo rediseñado, nuestra participación no sólo parece posible sino decisiva.

Se diría que hasta entonces estábamos en la reserva de lo real. De pronto, ante el jugo de naranja, estalla nuestro homérico atributo oculto (la voz original, la mirada oblicua, nuestra tremenda garra). Así nos lo hace saber el anfitrión.

Nos despedimos de triple abrazo ante la mirada de Caronte del *valet parking* para diluirnos en la marea de la ciudad, contentos de disponer de la voz original, la mirada oblicua, la tremenda garra.

Más allá de las minucias gástricas, el desayuno de fichaje te lleva a un día excepcional. Mejorado por la promesa de un intangible porvenir, aceptas las deficiencias sin número que te rodean, enciendes un cigarro con la felicidad de saber que es único, acaricias con justicia al gato, lees con más calma el poema épico de tu amigo Sigfrido Sifón (sigue sin ganar sustancia, pero juzgas que «tiene lo suyo»). Imposible discernir todos los actos secundarios que derivan del proyecto en ebullición y la punzante certeza de estar a punto de cambiar.

Numerosas realidades dependen de proyectos incumplidos. Te casaste con Paty porque te iban a nombrar Coordinador General y por una vez tuviste lo que hay que tener para marcar su celular. Ella aceptó una cita contigo porque le habían ofrecido un trabajo en Tokio y todo, absolutamente todo, le parecía posible antes de salir de México. El anuncio de un futuro exagerado los hizo coincidir en la cama; la cancelación de ese futuro (no fuiste Coordinador, ella no despegó a Japón), los hizo reincidir.

Cada día, una franja de México amanece en estado de *casting*. Habría que rendir homenaje a quienes nos benefician llenándonos de expectativas y nos redimen de la escasa realidad, permitiendo que ingresemos al club de Ilusos Sin Fronteras.

Hasta la conversación con Gumucio, no había reparado en la articuladora fuerza de lo que no ocurre. Su observación me hizo recodar un grafiti en el DF que me parecía ingenioso y hoy me parece oracular: «Estamos cansados de soluciones: queremos promesas.»

Para renovar nuestras expectativas, resulta esencial que no se cumplan. Sólo así puede ocurrir un nuevo plan de rescate. Cuando creías que la arquitectura no era lo tuyo, te llevan a un desayuno y te piden que hagas para Coatzacoalcos lo que Frank Gehry hizo para Bilbao. Al salir, le prestas a tu dibujante el dinero que te había pedido para el aborto de su novia y por ningún motivo pensabas darle. El proyecto de Coatzacoalcos no se hace pero el dibujante, conmovido por tu gesto, recupera la fe en la especie, decide tener el hijo y le pone Francisco (en honor de Gehry).

Siempre me ha sorprendido la forma en que los fumigadores se mimetizan con sus enemigos. Hace años, un hombre con cara de ratón llegó a la casa a combatir roedores. Revisó los cuartos, se retorció sus tensos bigotes y habló maravillas de las ratas.

No se dedicaba a exterminarlas porque le parecieran una plaga sino por admiración hacia esos formidables adversarios, capaces de huir por el hueco más pequeño y rechazar los venenos más apetitosos.

Pocas veces se había enfrentado cuerpo a cuerpo contra el esquivo objeto de sus fatigas. Las ratas no son agresivas y sólo atacan por desesperación y desconsuelo. El choque directo va en contra de la medrosa naturaleza del hombre y del ratón.

Aprendí tanto de la disciplinada conducta de los invasores que estuve a punto de pedirle al fumigador que me dejara rodeado de esos animales cuyo ejemplo había sido incapaz de emular. Un resabio del comprensible asco ante el bicho con cola de lombriz (¡qué diferencia con la esponjosa cola de la ardilla!) me impidió educarme entre las ratas.

Recordé esta escena hace unos días en Barcelona. Todo empezó con la serenidad de una película de terror. En un momento de absoluta normalidad apareció lo extraño. Una nube de aserrín cayó sobre un libro. Revisé la repisa y descubrí montoncitos de madera pulverizada aquí y allá. Fui por una silla y me asomé a la parte alta del librero. Lo que vi me escalofrió. Entre libro y libro había líneas de aserrín; parecían preparadas para que las inhalase un adicto a la madera. Levanté los volúmenes y encontré cadáveres de insectos y la bulliciosa vida de una especie devoradora de repisas.

Fui de inmediato a la farmacia. No esperaba encontrar ahí un veneno, pero el farmacéutico oye muchas quejas; es un barman para sobrios que se entera de todo. Le dije que tenía termitas y puso cara de espanto. Me pidió que describiera al enemigo y suspiró aliviado. Los seres diminutos que comían los libreros pertenecían a una plaga más benévola: la carcoma. Me envió a la droguería, donde me vendieron una solución para sádicos: un spray con un tubito que debe ser introducido en

los huecos de la carcoma. Luego hay que embarrar una pasta para impedir que salgan.

Aplicué spray hasta que el índice me dolió como si hubiera tomado todas las fotos de Robert Capa. Pero mi guerra estaba perdida. Al día siguiente, el único intoxicado era yo. El aserrín seguía juntándose.

Hablé con amigos y supe que la carcoma es un problema muy común en Barcelona. Todos los expertos estaban ocupados, pero en Vic había una opción. Como se trata de una ciudad pequeña, su matacarcomas tiene más tiempo disponible.

Buscarlo fue como dar con un sheriff en una tierra sin ley. Finalmente, una mujer me informó que el hombre de Vic tenía una liquidación en Barcelona y podía verme el miércoles, a las cinco de la tarde.

Llegué tarde a la cita. Cuando lo alcancé en la entrada del edificio, me vio con recelo: mientras el enemigo hacía de las suyas, yo abandonaba el campo de batalla.

Sus ojos, de un azul acerado, brillaban en su rostro sin darle vida. Llevaba el cráneo afeitado con escrúpulo y olía a un extraño linimento.

—¿Dónde están? —preguntó en cuanto abrí la puerta.

Le mostré las horadaciones. Ante cada agujerito sus ojos me vieron con lumbre azul. ¿Cómo era posible que yo hubiera permitido que el mal prosperara en tantos frentes? Le dije que acababa de llegar a ese sitio y suponía que la empleada doméstica anterior era baja de estatura y sólo limpiaba los anaqueles inferiores, dejando los altos al arbitrio de más ágiles especies.

—¿La empleada doméstica *anterior*? —reflexionó con seriedad—: ¿Es usted la *nueva* empleada doméstica? —Soltó una carcajada extravagante. Tal vez en el mundo de los insectos eso es divertido.

Para dárme las de enterado dije:

—Por lo menos no son termitas.

—En eso lleva razón —comentó—. La termitas destruyen en colectividad. La carcoma es un ser solitario, muy suyo, que trabaja aislado y no se entera de lo que pasa alrededor. Cava hacia lo más hondo, de espaldas a la luz y la realidad. No busca el sol. Vive y crece rodeado de madera. A veces, encuentra otra carcoma pero no se lleva bien con ella. Se aparta y busca soluciones por su cuenta.

¿Había descrito la vida de una carcoma o la de un solitario detective que fuma en una esquina sin nadie, vive en un departamento sin más compañía que su sombra y recorre las calles en busca de pistas de una realidad escapadiza? El Inspector se identificaba con ese ser escindido que exploraba sin confiar en otro principio que su instinto.

—¿Quiere que acabe con ellos? —preguntó, guardando un silencio expectante.

En ese momento, yo quería que salvara a todas las carcomas del mundo, tan parecidas a los autores que escriben en soledad, de espaldas al entorno, encapsulados en su diferencia, ajenos a la

cotidianidad y sus interrupciones. Mi identificación era tan firme como la del Inspector. Además, los libros están hechos de madera.

El visitante se dio cuenta del impacto moral de sus palabras. Era un investigador privado del género duro. Si una rubia atribulada se presentara en su oficina para pedirle que resolviera un caso, él le contestaría como un héroe de novela negra:

—¿Estás preparada para esto, muñeca?

Averiguar es peor que saber a medias.

Me explicó que la plaga acabaría con la casa en unos meses. Había que actuar con gases y con un gel que cubre la madera durante años. Derrotado por la carcoma, acepté la severa justicia de mi liberador.

Durante cinco días nadie podría entrar al departamento. Pregunté cuánto costaba la aniquilación y él respondió:

—Ya se enterará —como si se refiriera a una deuda con el destino.

La naturaleza sólo es apacible cuando no sabes lo que pasa. Cierra los ojos y escucha: eso que no suena es el trabajo de la mente que cava hacia sí misma, o de la carcoma que devora el mundo.

EL MEJOR FIN DEL MUNDO

En el periodo entre guerras, Europa revivió al compás de fecundas aventuras estéticas. Una de las más curiosas fue emprendida por el productor ruso Vladislav Leschenko.

He tomado los datos de *El hueco que deja el diablo*, cantera de misteriosos hechos objetivos reunida por Alexander Kluge.

En 1921 las potencias que definirían el siglo XX mostraban, como siempre lo han hecho, intereses afectivos distintos: Estados Unidos idolatraba la felicidad y la Unión Soviética la tristeza.

Para el público norteamericano, el cine era una oportunidad de reconciliarse con la vida; para el público ruso, una oportunidad de llorar desde veinte minutos antes de los créditos.

Luego de estudiar estas reacciones, Leschenko rentó unos sótanos lúgubres en Berlín y los convirtió en estudios cinematográficos secretos. Para que las películas norteamericanas tuvieran éxito en Rusia, entristeció el final como si la guionista fuera Ana Karénina. Para que las cintas rusas triunfaran en Estados Unidos, creó desenlaces donde los héroes, hasta ese momento trágicos, silbaban al caminar y adoptaban un cachorro.

La tarea se facilitaba porque eran los tiempos del cine mudo y un letrero podía alterar la historia. Como resultaba imposible contratar a los mismos actores, los protagonistas aparecían de espaldas en la última secuencia, como espectadores de su destino.

A base de efectos de iluminación, música de fondo, una escena sugerente a la distancia y carteles explicativos, el productor lograba revertir el sentido original de la historia.

El público solía aceptar la enmienda. Kluge recoge esta reveladora cita de Leschenko: «El espectador perdona. Acompaña. Completa.» Esto sugiere que los finales eran reconocidos como falsos, pero se agradecía el truco.

Cuando Scarlett Johansson le preguntó a Woody Allen qué motivación tenía su personaje, el director le contestó: «Tu salario.» También la motivación artística de Leschenko fue el dinero, pero la urgencia de exportar lo llevó a una intervención cercana a la vanguardia.

El productor dejó la Unión Soviética en 1937 y se mudó a Hamburgo, donde adaptó películas italianas y rumanas para el público sueco, agregando «escenas pornográficas de valor artístico».

Nunca actuó movido por la censura. Abundan los ejemplos de películas alteradas por causas políticas o morales. Durante el franquismo y el fascismo, el doblaje permitió hacer caprichosas modificaciones a las tramas que se veían en España e Italia. A veces eso daba lugar a una perversión mayor. Un ejemplo: para «adecentar» un triángulo amoroso, el protagonista no visitaba a su amante sino a su «hermana»; las escenas eróticas se suprimían, pero las miradas revelaban que algo había entre ellos, transformando la visita «familiar» en un incesto.

Recuerdo la proyección en México de *La huida*, de Sam Peckinpah. Al final, los protagonistas lograban el arduo escape al que aludía el título y cruzaban la frontera a México. El espectador suspiraba, aliviado por el *happy ending*. Entonces aparecía un letrado de la Secretaría de Gobernación que decía más o menos lo siguiente: «Poco después, los personajes fueron arrestados por la policía mexicana». Desde entonces, nuestro gobierno tenía más interés en cuidar su imagen en la pantalla que en la realidad.

Las soluciones de Leschenko nunca fueron tan burdas. Su objetivo era satisfacer al espectador, a tal grado que entendía la complacencia como un recurso estético. Al respecto, escribe Kluge: «No creía que sus adaptaciones fuesen falsificaciones o engaños. Hablaba de una inervación, como si el espectador mismo fuese un celuloide que se ha de exponer a la luz.»

No es casual que haya interesado a Alexander Kluge, escritor, filósofo, cineasta y asistente de Fritz Lang. *El hueco que deja el diablo* pertenece a un proyecto que lleva el título general de *Crónica de los sentimientos*. Leschenko se postulaba, precisamente, como un adaptador del sentimiento. El artista puede tener toda la originalidad que quiera, pero las costumbres y las emociones de los pueblos son estables. Los norteamericanos quieren fuegos artificiales; los rusos, melancolía.

Durante casi un siglo el mundo estuvo a punto de llegar a un desenlace atroz a causa de dos potencias incapaces de coincidir en su idea de los finales. Quizá hubiera sido útil que un adaptador como Leschenko ayudara a traducir las emociones de los enemigos.

Hubo otros atisbos de que esto era posible. En *La segunda voz*, Ved Mehta traza un perfil de George Sherry, intérprete de Nikita Jrushchov en la Asamblea de las Naciones Unidas. Virtuoso del lenguaje, Sherry era capaz de encontrar equivalentes instantáneos para las expresiones más complejas. Si el premier ruso citaba a Pushkin, encontraba una frase de Shakespeare que decía exactamente lo mismo. A la capacidad de esa «segunda voz» para traducir no sólo las palabras sino el misterio de los afectos se debió, al menos parcialmente, que el planeta no estallara bajo una nube nuclear.

Como en las películas de Vladislav Leschenko, lo mejor que puede pasarle al mundo es que tenga un final falso.

LA ALBANESA

Participé en un congreso literario en una pequeña ciudad de España. Llegué en la víspera, de noche, y encontré a los participantes en el bar. Hablaban de un solo tema: una de las invitadas era una escritora de Albania que había sufrido horrores en su país. Autora de una sola novela, triunfaba en numerosas lenguas. Lo más comentado, sin embargo, era su belleza. Quienes la habían visto llegar trataron de describirla. Aunque habían quedado igualmente deslumbrados, la compararon con distintas tipologías de Hollywood: «Imagínate a una Michelle Pfeiffer morena», «Es como Ava Gardner pero más sutil», «Parece Natalie Portman, pero alta».

También un escritor de Trieste y una novelista de Badajoz se unieron tardíamente al grupo. Nos sorprendió el entusiasmo de los otros y su incapacidad de definir el aspecto preciso de esa autora con méritos de musa.

Otro asunto de interés era la causa por la que ella no estaba con nosotros. Había decidido cenar en su cuarto porque acababa de sufrir un drama personal. A su atractivo, ya mítico, se agregaba la inquietante posibilidad de que pudiera ser consolada.

Obviamente, alguien que se encerraba a cenar una botella de agua mineral y una tortilla de patatas (el menú fue investigado por un poeta de Córdoba), no estaba interesada en encontrar entre nosotros remedios para su melancolía. Pero la imaginación es generosa y se contagia: todo mundo anhelaba a la escritora ausente.

Al día siguiente, las sesiones comenzaron con los solemnes discursos de siempre y miradas ávidas en pos de la albanesa. La localicé en primera fila. Me pareció deslumbrante. Sus ojos transmitían una tristeza color miel, los sufrimientos padecidos de niña bajo un régimen autoritario, la ardua lejanía del exilio. Tenía una especial forma de enredarse el pelo en giros rápidos, demostrando que en otro tiempo había usado trenzas severas, siguiendo alguna costumbre de la aldea donde nació. Sus ropas revelaban una adecuada mezcla de culturas; tenían el elegante descuido de una actriz que representa un papel de corresponsal de guerra, complementado por una profusión de collares con cuentas de colores (artesanías de su país, seguramente).

—Ahí está —dijo a mi lado el escritor de Trieste.

—Sí —asentí en un tono casi devocional, hasta que advertí la dirección que indicaba su índice: una morena lo había cautivado.

—¡Mírala! ¡Qué bellezón! —exclamó al otro lado la novelista de Badajoz, señalando a una chica castaña, de mediana estatura, pecosa, con simpática sonrisa de criadora de cachorros. ¿Cómo podían equivocarse de ese modo? La albanesa era la «mía». Este pensamiento absurdo fue derrotado en el acto: la mujer en la primera fila se agachó para recoger una cámara, se puso de pie y procedió a retratar a los participantes.

Al poco rato me la presentaron como Lola, fotógrafa del encuentro. Despojada de mis fabulaciones, me pareció agradable y nada más.

La prefiguración de la albanesa había servido para confundirla con otras mujeres. El congreso se transformó en una reflexión sobre el papel de la fantasía en el deseo.

Cuando finalmente llegó al estrado, la albanesa fue menos impactante que su leyenda. No se quitó los lentes oscuros al hablar de su novela, que trataba de la persecución de la belleza en Albania. Su madre había padecido un oprobio que ignorábamos en Occidente: era muy hermosa en una sociedad que odiaba la singularidad. Había sido discriminada por sus facciones en la misma forma en que el mediático Occidente discrimina la fealdad.

La autora se había exiliado en Italia, cuya tradición se funda en la belleza, en busca de alivio a las persecuciones sufridas por su madre. Ahí encontró otra esclavitud: la tiranía de la apariencia, la opresión de la moda, la subordinación a los códigos estéticos masculinos.

Descastada, condenada al ostracismo en Albania, su madre no podía verse en el espejo. Ella desconfiaba de hacer lo mismo en Roma por temor a ser anulada, estandarizada, consumida por la ávida sociedad del espectáculo.

Mientras más hablaba, más limitados nos sentíamos. Sin embargo, poco a poco nos reconciliamos con nuestros malentendidos. La belleza es siempre disruptiva. Nadie había podido precisar el aspecto de la novelista y quienes oímos esas descripciones se las atribuimos más tarde a distintas personas; algunas desmerecieron al no poseer su aura, otras revelaron un misterio propio.

En cierta forma, los rumores previos a la exposición contribuyeron a la causa de la albanesa, interesada en discutir la fragilidad cultural de la belleza femenina y las amenazas que provoca. Enemiga de la manipulación y el dominio, propuso recuperar la fabulación liberadora, esencia misma del hecho estético: «Las cosas no son bellas en sí mismas; son bellas por el modo en que las vemos», citó a Poe.

—Tiene razón —dijo la novelista de Badajoz, viendo a la chica de pelo castaño. Gracias a que pensó que ella era la albanesa comenzó a amarla.

Acabo de recibir una postal. La novelista de Badajoz y su chica viven juntas, son felices y acaban de adoptar una perrita.

Se llama Albania.

INESTABILIDAD DE LA MATERIA

Una sufrida circunstancia del verano mexicano es que los niños tienen vacaciones mientras los adultos están presos en sus oficinas. Como nuestro clima es más o menos benévolo y nuestros patrones más o menos esclavizantes, no se suspende la costumbre con un mes evaporado, ajeno a otra responsabilidad que soportar los trabajos del sol.

En cambio, en el agosto europeo sólo se esperan actividades vinculadas con la deshidratación o el bronceado. Los oficios habituales se cumplen a medias. Si alguien necesita un médico, un abogado o un carpintero, encontrará a un sustituto vagamente parecido a esas profesiones. No se trata de un reemplazo sino de un suplente disminuido.

Hablé de esto con mi amiga Marilú, que estaba de paso en Barcelona. Coincidimos en una fiesta en una terraza. La ciudad descendía entre manchones de palmeras hacia la costa. Aunque el Mediterráneo no adquiere ahí el resplandor azul ni la profundidad de perspectiva que alcanza en Sicilia, da gusto ver esa promesa de agua, la línea difusa que delimita la ciudad.

Marilú es mexicana y se dedica a la física cuántica. Mientras oía mis anécdotas de la vida sustituta, poblada de gente provisional, parecía concentrada en cosas ajenas a ese lugar. No me extrañó que dijera:

—El mundo se está volviendo subatómico. A nivel molecular no hay realidades, sólo hay posibilidades; debajo de cuatro capas de tejido biológico somos un carbono bastante caótico —bebió un trago de cava y agregó—: Si profundizas en la materia, entiendes que sólo hay tendencias. Todo es provisional. ¿No me ves distinta? —preguntó, cambiando de tema (o tal vez no).

Parecía un poco más joven y mucho más rica, algo previsible, tomando en cuenta que estábamos en una fiesta. Para despistar, le pregunté si se había cortado el pelo.

—¡Perdí mi maleta!

A continuación, me llevó a una experiencia común para quienes viajan por Europa en verano: el espíritu llega antes que el equipaje. Como es época de rebajas, la pérdida de las maletas se presenta

como una magnífica obligación de ir de compras. Al llegar a este punto, Marilú explicó que la gente despojada de sus efectos personales no trata de recuperar su identidad en el módico almacén Zara donde venden cosas parecidas a las que llevaba en la maleta; se busca a sí misma donde nunca ha estado (en Armani, Purificación García y Max Mara).

El asunto va más allá de una oportunista búsqueda de estatus. La desaparición fortuita de las pertenencias provoca tantos nervios que exige superar el original, resarcir la pérdida con una recompensa acrecentada. Más que reponer objetos, hay que sobreponerse a la angustia de que la identidad se pueda fugar con ellos.

—Así funciona el cosmos. —Marilú apuró su copa.

Comentó que la vida diaria se parecía bastante a la física cuántica. A continuación, me explicó la forma en que las partículas de la materia cambian de sitio:

—A nivel subatómico un punto puede estar en dos lugares a la vez; nada es tan relativo como la materia.

—¿Y recuperaste la maleta? —le pregunté.

—Fue lo malo. En el aeropuerto me dijeron que el diez por ciento de las maletas se pierde para siempre. Me pareció horrible que eso me pasara, pero a medida que me compraba cosas empecé a temer el regreso de la maleta: ¡yo ya no era así!

Al abrir su equipaje cinco días después de haberlo perdido, Marilú sufrió una decepción:

—Las cosas sólo existen al experimentarlas. Mi maleta volvió a la vida en el momento en que la abrí, pero esa vida ya no era para mí. ¿Te imaginas cómo cambia la gente a la que nunca le regresa la maleta?

A la distancia, el mar se había convertido en una franja de sombra atravesada por puntos luminosos, barcos a punto de atracar.

—Mientras más te acercas a las cosas, menos precisas son —comentó Marilú.

¿Había estudiado en exceso las partículas elementales? ¿Pasaba por una crisis que la llevaba a ver sólo lo transitorio y descartar lo definitivo? ¿Se servía de teorías para justificar un simple arrebato cotidiano?

—La materia es una estrategia de lo posible —dijo mientras las parejas comenzaban a bailar. En ese momento entendí el valor narrativo de su maleta: perderla le había dado un pretexto para hablar de su profesión de manera accesible (sonaba rara, pero no pedante). Gracias a ese percance, yo había podido conocer una mente alerta, en busca de claves para un entorno en perpetua redefinición.

—¿Eres capaz de vivir en dos dimensiones? —preguntó.

Estas palabras me redujeron a una sola dimensión, bastante básica (en efecto: pensé en la infidelidad). Ella detectó el curso de mis pensamientos, soltó una carcajada y exclamó:

—¿¡No estarás pensando en *eso*!?

—Por supuesto que no —mentí.

Fueron necesarios millones de años para que la materia cobrara conciencia de sí misma y advirtiera los abismos de su inestabilidad, y todo para refugiarse en la costumbre: las fiestas de verano, las rebajas en las tiendas, los encuentros azarosos, los valores establecidos, los dioses del Mediterráneo que ríen de las penurias de los hombres.

—Nadie sabe en qué va a convertirse —las palabras de Marilú se habían vuelto curiosamente naturales—: sólo hay borradores.

Se despidió, con cierto rubor por haberme abrumado. El ambiente se cargaba de un extraño sentido.

Mientras tanto, miles de maletas cambiaban de rumbo en los aeropuertos, como partículas de la materia.

En lo alto, un avión atravesaba la noche sin iluminar el misterio del mundo.

LA CRISIS DE LAS MASCOTAS

El subempleo y el hacinamiento han llegado a las roscas de Reyes, al menos yo me saqué tres muñequitos (en total había seis). Nuestra endeble democracia convive con este nuevo sistema parlamentario: ahora hay que tener mayoría de muñecos. El Día de la Candelaria haré la fiesta a la que me compromete la bancada que me tocó en el pastel.

Pero el drama de la noche de Reyes no tuvo que ver con los muñecos sino con los sucesos que lo antecedieron. Todo empezó porque nuestra hija de cinco años entró en tratos directos con Santa Claus y pidió que trajera un perro del Polo Norte.

Uno de los grandes misterios de la vida contemporánea es que no todos los perros son gratis. Tengo un amigo que duerme con un Cocker Spaniel; para permitirle subir a la cama, el perro le exige una galleta. ¿Es posible pagar por una relación social de este tipo? Los perros muerden las pantuflas, se orinan en el hielo del vendedor de raspados, ladran desde cualquier azotea, nos acompañan con absoluta ubicuidad (dos millones de ellos recorren las calles de la ciudad de México). Comprar uno debería ser tan extravagante como alquilar un hijo. Y sin embargo los perros se venden.

Mi hija Inés y yo solemos leer un libro pequeño: *Canes del mundo*. Por ese medio supimos que las cruza refuerzan y el pedigrí debilita. Pero de nada me sirvió elogiar el color amarillo de los perros callejeros. La sabiduría del libro pequeño no es apreciada por una familia que cree en los regalos y distingue a la gente tacaña.

Como al destino le gusta provocar, fui a una fiesta infantil en la que había seis cachorritos de Labrador. Los daban gratis a cambio de que uno los quisiera mucho. Sentí que recibía un telegrama del Polo Norte: Santa adelantaba su regalo. Luego recordé que ya habíamos pasado por el tema de las razas.

Escoger un perro es un test psicológico: eliges sus características en función de lo que estás dispuesto a hacer por él. Hace años tuvimos un Labrador capaz de morder focos. Cuando una amiga me dijo que no tenía internet porque su perro se había comido el cable, le pregunté si era Labrador.

«¿Cómo supiste?», preguntó. Lo único que sé del reino animal es que los Labradores comen cables de internet. Resultaba conflictivo aceptar el cachorro de la fiesta.

No se ha estudiado lo suficiente qué le sucede al cerebro después de cuarenta años de ver dibujos animados. Mi generación creció sobreexpuesta a coyotes masoquistas y canarios que hablan demasiado. Esto debe producir trastornos en la percepción de la naturaleza. Tom es lo menos parecido a la sigilosa elegancia de un gato y Jerry en modo alguno se comporta como ratón. A veces las caricaturas son tan estilizadas que incluso resulta difícil saber a qué especie pertenecen. «¿Cómo se llama ese perro?», le pregunto a mi hija. «Ese perro es un conejo, papá», responde.

Mi amigo Alberto llevó esta confusión a un límite extremo. Enterado de nuestros predicamentos para conseguir mascota, decidió procurarnos una. «¡Estuve en La Marquesa!», exclamó por teléfono, como si eso fuera alentador.

Cuando Inés y yo llegamos a su casa, nos hizo subir a la azotea. Había convertido la jaula para colgar la ropa en la madriguera de un conejo tan grande que parecía haber recibido radiación nuclear. «¿Dónde está el perro?», pregunté. Alberto me vio como si todas las mascotas fueran lo mismo y yo no supiera que el gallo del subcomandante Marcos se llama Pingüino.

Inés le dio la razón: se encariñó de inmediato con el conejo y le puso Max. Tuve que recordarle a Alberto que mi esposa es bastante más joven que nosotros: aún no ha visto suficientes caricaturas para suponer que un conejo es un perro. «¿No te vas a llevar a Max?», preguntó, como si estuviéramos en un hospicio. Yo no le había exigido que fuera a La Marquesa a buscar animales; aun así, lo estaba ofendiendo. Le pedí unos días para aclarar mi mente. Él me vio como si yo necesitara meses.

Después de una serie de consideraciones que no aparecen en *Canes del mundo*, decidimos que lo nuestro eran los terriers. Así supe que Escocia produce cosas de gran pureza más caras que el whisky de veintiún años.

Especialista en animales sin hogar y hogares sin animal, mi madre llegó en nuestra ayuda: conocía a un criador que podía hacerle descuentos. Me mostró la foto de un ejemplar magnífico, un Highlander blanco, con la cola alzada como el cable de un trolebús. Luego dijo, con voz preocupada: «El descuento es de quinientos dólares.» No quise saber cuál era el precio.

Alberto habló diez veces y diez veces fui evasivo. Finalmente, el 23 de diciembre mi esposa puso en práctica una de las virtudes que más le admiro y que me pone los pelos de punta: el optimismo de la última hora. Salió a la calle segura de hallar algo estupendo. Poco tiempo después me llegó por internet la foto de un Fox Terrier. Mi esposa estaba en el criadero. Había que decidir en el acto. El Terrier tenía cara de buscar novia: había vivido demasiado. Nosotros queríamos ver crecer a un cachorro. Lo rechacé de mala manera. Llamé a Alberto y le dije que me interesaba el conejo. Diez minutos después habló mi esposa, exultante. Tenía un Schnauzer en las manos. Pronunció una cantidad que me pareció razonable por desesperación. Santa Claus existía, la vida cerraba un ciclo.

Le hablé de nuevo a Alberto. Lo invité a una rosca de Reyes: «Es en tu honor.» «Yo llevo los

tamales», respondió. Esto fue antes de que le dijera que siempre no quería al conejo. En plan exigente, Alberto preguntó si de veras iba a haber atole de arroz con leche.

Quiso la mala suerte que los tamales fueran de carne deshebrada. Pensé en Max con terror. «¿No te gustan?», preguntó Alberto. La cena de reconciliación estaba a punto de convertirse en una ofensa añadida. Repetí tamal de carne para quedar bien. Luego me atreví a preguntar cómo estaba Max. «Engordando», dijo Alberto.

Llegó la rosca y me saqué tres muñecos. No podía rehuir mi responsabilidad. Invité a los presentes a la fiesta de la Candelaria. Vi al Schnauzer y recordé el tiempo inconcebible en que no quería tener perro.

Le dije a Alberto que se trajera al conejo.

I

Entre las limitaciones culturales del género masculino se cuenta su incapacidad para dar con estupendas frases amorosas. Cada tanto, las mujeres comprueban que el hombre que aman puede decir muchos elogios del *Kikín* Fonseca o algún otro delantero, pero es incapaz de mejorar la vida conyugal a base de palabras. La poesía de los trovadores cátaros, los torneos medievales, el bolero y las serenatas surgieron para subsanar esta evidente carencia masculina. Hasta donde sé, aún no hay un sitio en internet dedicado a aliviar a los varones de sus apuros lingüísticos. Urge un método moderno para nivelar la conversación de las parejas. En cualquier arenero del mundo, una niña de tres años habla mejor que el niño colgado de cabeza de un tubo. Las cosas cambian poco a partir de ese momento.

¿Qué milagro hace que las mujeres sepan lo que tienen que decir mientras el hombre comprueba que recuerda las escalas de la «ruta de Hidalgo» pero no puede servirse de su destreza mental para expresar sentimientos convincentes? Además, cuando por fin dice alguna frase reveladora, el cortejo suele desembocar en un malentendido. «¿De veras crees que soy así?», pregunta ella. Tus raros piropos la han llevado a una estratósfera emocional donde es normal poner ojos de astronauta. En forma elocuente, Raymond Carver tituló uno de sus libros *¿De qué hablamos cuando hablamos de amor?*

Este prolegómeno sirve para llegar a una historia de la que acabo de ser testigo y cuyos protagonistas, emblemáticos representantes de una época en que el amor no siempre pasa por acuerdos verbales, llamaré Ramón y Marita.

Eran las 11.30 de la noche cuando Ramón llegó a mi casa con el semblante descompuesto. Había discutido con su esposa y la culpa era mía. Como ya otras veces me ha responsabilizado de beber lo que bebe o comprar lo que compra, no me sentí culpable.

Todo empezó porque Marita dijo que a Janis Joplin no le daría ni agua. Las cosas por las que

puede disputar una pareja son increíbles pero yo no estaba preparado para ésta.

De pronto, Marita especuló en la posibilidad de que Janis reviviera para visitarlos en su casa y en la reacción que tendría Ramón, incorregible fan de esa mujer perturbada y olvidadizo padre de familia. Hay genios que dan mal ejemplo en la vida doméstica. Marita lo sentía mucho, pero no le ofrecería nada a la bruja cósmica del rock, aunque estuviera a punto de volverse a morir, esta vez de sed.

Ella sí tenía presente la edad de su hijo Andrés (catorce años, muy pocos para conocer personalmente a Janis). Había que tener prioridades. Esto fue lo que dijo en el antecomedor. Ramón cometió el error de defender a Janis, lo cual fue interpretado como un absoluto desinterés por la salud mental de su hijo.

Luego explicó por qué la culpa era mía. Alguna vez comenté que si a Enrique Vila-Matas la nerviosa Barcelona le parecía «la *madame* Bovary de las ciudades», lugares tan dramáticos como Tijuana o el DF merecían ser «la Janis Joplin de las ciudades». «Una vez que te gusta una mujer complicada, las demás te parecen borrosas», agregué. Ramón le dijo a su mujer que seguían viviendo en el DF por lealtad al convulso temperamento de Janis Joplin. Discutieron hasta que nada tuvo que ver con nada y él acabó durmiendo en mi casa.

II

Hay mujeres que asumen su depresión comiendo una cubeta de helado y hombres que asumen su depresión viendo películas de karatekas. En su segundo día en la casa, Ramón rentó cinco o seis videos que parecían uno solo. Cuando le pregunté de qué trataban no pudo decirme. Veía los golpes como un fenómeno atmosférico, sumido en la tragedia de extrañar tanto a Marita.

—Háblale —le aconsejé.

—¿Y qué le digo?

Con simplismo psicológico le dije que podía reconciliarse con ella sin tener que hablar mal de Janis Joplin.

—Ése no es el punto —comentó Ramón—: va a querer que le diga cómo la quiero.

Habíamos llegado al eterno conflicto de la especie. ¿Puede el hombre que ama decir de qué modo ama?

—Ayúdame —Ramón me miró como un mártir del cristianismo—: eres escritor.

Esta frase me recordó que no le había cambiado el agua a la pecera.

Tres horas más tarde, mi amigo llegó corriendo a la cocina donde yo preparaba un sándwich complicado para posponer nuestro reencuentro. Los ojos le brillaban, había hablado con Marita, pudo decir *la* frase: ella lo quería.

Todo había sido una idiotez. ¿Había algo más absurdo que dos personas que se necesitaban tanto discutieran por lo que harían si una muerta llegaba a su casa con mucha sed?

Ramón me abrazó como no lo hacía desde que lo perdoné por rayarme el disco de *Sargento Pimienta*. Entonces le pregunté cuál era la frase. No quiso decirme:

—Funcionó. Es lo que cuenta.

Mi esposa se enteró de la frase quince minutos después. Marita habló para decírsela, orgullosa de la repentina apertura emocional de su marido. La frase es ésta: «Puedo luchar con todo pero no contra tus ojos.»

Ramón y Marita celebraron la reconciliación con un fin de semana en Ixtapa. Su hijo Andrés se quedó con nosotros. Mi amigo sólo cometió un error al recorrer el camino de los sentimientos: olvidó regresar los videos de karatekas.

Andrés se sometió a una dieta visual de golpes orientales. Durante varias horas del sábado escuché a la distancia ruidos que servían para destrozarse coches y personas en Hong Kong. De pronto, Andrés pidió que fuera a ver algo. Rebobinó un video, lo detuvo con gesto teatral y pulsó el botón de *on*. Un chino musculoso dijo en la pantalla: «Puedo luchar con todo pero no contra tus ojos.» Se dirigía a su gurú, un ciego que sin embargo percibía el entorno con gran capacidad kung-fu.

—¡Mi papá dijo una frase de karate! —fue el asombrado comentario de Andrés.

Traté de decir otra frase kung-fu, algo así como: «El silencio es la alianza de los guerreros.»

Andrés me vio con ojos que significaban: «¿Me estás pidiendo que calle esto?» Luego me preguntó por qué sus padres tenían que hacer las paces sin que él fuera a Ixtapa. Supe cuál sería la primera frase que le diría a Marita.

Dos días después de su regreso, Ramón tenía un moretón en el pómulo. Era fácil adivinar la causa: Marita esperaba un mensaje genuino, no algo copiado de un karateka. Y, sin embargo, Ramón nunca fue tan auténtico como cuando se sumió en todas esas peleas ajenas, sin entender nada de la trama, hasta que una frase lo devolvió a sí mismo y a lo mucho que quería a Marita. ¿Qué importa más, el origen o el efecto de las palabras? ¿No es más dueño de una frase quien la repite con sinceridad que quien la concibe con ingenio? ¿De qué hablamos cuando hablamos de amor?

Por suerte, Marita ya volvió a perdonar a Ramón. No quiero saber lo que él le dijo.

LA MALETA QUE ESCAPÓ DE FRANCO

El 20 de noviembre de 2005 se cumplieron treinta años de la muerte de Franco. En mi casa, el Generalísimo era el asesino que pulverizó España y desperdigó a sus mejores mentes por el mundo. Para otras familias, era el Caudillo que combatía el comunismo y mantenía a su país en un orden ritual de escapulario y fiesta brava.

En el ámbito republicano, imaginábamos una España donde ninguna virtud superaba al blindaje textil del cuerpo. Tiempos de mantillas, medias color tabaco, botines de cruenta ortopedia, ropones destinados a convertir el deseo en atributo de la imaginación. Este clima moral, retratado a la perfección en *Tristana* de Luis Buñuel, sugería tediosos periódicos impresos en tinta sepia y visillos en las ventanas que permitían espiar la indecencia de los vecinos.

Mi padre nació en Barcelona, en el seno de una familia católica y burguesa. Ya en México, se afilió al bando de los *rojos*. Lejos del origen, los transterrados comían el arroz amarillo que nunca les sabía como el de casa. Unos estaban convidados a las paellas de los vencedores, otros a las de los vencidos. En cuanto pudo decidir, mi padre cambió de paella y prefirió el arroz de la derrota. Los hijos y nietos de españoles que conocí en México estudiaban en el Colegio Madrid, el Luis Vives y otras islas republicanas.

Aparentemente, el Generalísimo estaba dotado de riñón, pero el riñón no le fallaba. Lo mismo pasaba con sus otras vísceras dictatoriales. Parecía inmune a los contagios, como si estuviera constituido por un bloque de mármol del Valle de los Caídos.

Aficionado a las eternidades, Franco propuso un método para desempatar partidos de fútbol que consistía en lanzar tiros de esquina hasta que uno de los equipos anotara. El sistema hubiera podido durar días enteros. Los dictadores odian los desenlaces.

Lo único que competía con la capacidad de Franco para refutar el tiempo era la obstinación de los exiliados. En casa de un amigo que llamaré Julián, el abuelo tenía la maleta lista para viajar a España. La veíamos con el respeto que se prodiga a un sarcófago. Enorme, de cuero canela, atravesada por dos correas. Fue la primera maleta con cerradura que conocí.

El abuelo había sido maestro rural en las sierras de León. Sus historias tenían algo de *far west*. Iba a caballo a enseñar el alfabeto y había sido asediado por los lobos en noches de niebla. Hablaba de vacas con el mismo sentido del detalle con que narraba los viajes de Marco Polo. Dos cosas bastaban para activar su plática: una copa de brandy Bobadilla 103 y que su interlocutor tuviera orejas.

La maleta suscitaba las polémicas de los objetos que no sirven para nada pero no pueden cambiarse de lugar, y la abuela juraba que la iba a tirar (estaba convencida de que contenía regalos para una novia con la que su marido estuvo a punto de casarse). «Tiene mis cosas, mujer», decía él, sin especificar a qué se refería ni prestar la llave para que se supiera con qué equipaje pensaba repatriarse.

Cuando Franco al fin mostró que estaba hecho de sustancia percedera, el abuelo de Julián inició sus preparativos para la partida, pero murió a los pocos días, como si su destino se hubiera colmado con el fin de la espera.

Julián vivió cinco años en la España de la transición y comprobó que el país, por más que le gustara, no era el suyo. Muchas veces comentamos la frase de un amigo común, Ricardo Cayuela Gally, cuyo bisabuelo fue el último presidente de la Generalitat antes de Franco: «Ser refugiado o descendiente de refugiados en México no es una forma de ser español, sino una forma de ser mexicano.» El alejamiento duró demasiado; los exiliados se transformaron en gente de un país intermedio; necesitaban estar aquí para concebir otra tierra, nunca alcanzable.

Julián hizo una reunión con motivo de los treinta años de la muerte de Franco. Preparó en el jardín una paella que sus hijos describieron con piadoso afecto como «algo distinta» a las que se sirven en Valencia.

De nuevo estábamos ahí, ante el arroz amarillo de la lejanía. «Encontré la llave», dijo Julián. Tuvo que recordarnos la historia de la maleta para que supiéramos a qué se refería. La llave estaba en la cartera que contenía el carnet de maestro de su abuelo.

A treinta años de la muerte de Franco, podíamos conocer lo que ese hombre obcecado quería regresar a España. ¿Una bandera con el morado republicano? ¿Una foto del general Cárdenas? ¿Rebozos mexicanos para aquella novia con la que a fin de cuentas no se casó?

Julián sirvió unas copas de Bobadilla 103 y nos pidió que subiéramos al cuarto de azotea donde guarda los codiciados álbumes de nuestra infancia, que él sí llegó a completar. Yo quería revisar su colección de estampas, pero habíamos ido a hacer un extraño brindis.

En una mesa estaba la maleta. Julián abrió la cerradura y descorrió las correas con la ceremoniosa lentitud de un mago. Vimos papeles viejos. Pensé que se trataba de documentos de la Guerra Civil, pero luego distinguí esforzadas caligrafías, notas en rojo, comentarios al margen, los dibujos entre geniales y locos de los niños. «Era maestro», recordó mi amigo y esto bastó para que en el cuarto se condensara el absurdo de la guerra, las décadas de exilio, el imposible regreso. Lo único que el abuelo sacó de España fueron los exámenes de sus alumnos. Como enseñaba en pueblos dispersos y partió de manera intempestiva, se había quedado sin devolverlos. Esos papeles

eran su idea fija. Tenía que regresar para que María y Pedro supieran que eran sobresalientes y Fernando y Lola se enteraran de que tenían que hacer mayor esfuerzo. Nada impediría que él entregara sus exámenes. Ese pequeño archivo expresaba la monomanía de su resistencia.

«Treinta años», dijo Julián, y bebimos sin decir palabra.

LA NIÑA Y EL ÁRBOL

El 31 de enero de 2007 me encontraba en la sala de espera del aeropuerto de Oaxaca, a punto de tomar el vuelo 216 de Mexicana de Aviación rumbo a la ciudad de México, cuando un llanto se apoderó del lugar. La mayoría de los pasajeros hicieron el gesto de desaprobación que suelen suscitar los niños en los viajes.

El turismo en masa ha promovido la absurda idea de que las excursiones deben ser cómodas. Ya no se trata de tener aventuras sino de tener rutinas. La paradoja es que nada resulta tan incómodo como un sitio congestionado por turistas. Sin embargo, aunque sean ellos quienes empeoran el entorno, observan a los demás con misantropía.

En la sala de espera un grupo de viajeros de mejillas encarnadas (no parecían haber recibido el sol sino una radiación nuclear) miró con reprobación al sitio de donde salía el llanto. Una vez más su agencia de viajes no había podido impedir el contacto con los sonoros sinsabores de la infancia.

No reparé mayor cosa en el asunto hasta que el llanto cobró dimensiones de alarido. No se trataba de un bebé, sino de alguien un poco mayor. Una angustia inaudita se expresaba en los gritos interrumpidos por espasmódicos sollozos.

Me volví hacia la izquierda y vi a una niña de unos cuatro años. Tenía los puños cerrados y nos miraba como si supiera algo que los demás ignorábamos. Estaba acompañada por otras dos niñas y un hombre con cinturón ranchero, barriga feliz y rostro bondadoso. Era fácil imaginarlo como un diligente pastor de cabras. Me acerqué a preguntar qué sucedía.

—Extraña a su mamá —el hombre señaló a la niña.

Me contó que viajaban a Nueva York. La madre los alcanzaría en quince días.

El quejido de la niña adquirió entonces un inquietante ritmo de fuelle, como si tragara su propio aire.

Durante mi estancia en Oaxaca había oído historias de la gente que tiene que irse al otro lado. Casi la mitad de los oaxaqueños están en el extranjero: a California ya le dicen Oaxacalifornia. La

ciudad había vuelto a una aparente normalidad después de las barricadas y los incendios, los cuatro meses de conflictos que en 2006 causaron veinte muertes, la ineptitud del gobernador y la ocupación armada, pero nada de fondo había cambiado. Los rezagos de siempre seguían ahí. Ahora, en la sala de espera, una niña nos miraba con el pasmo de quien deja de entender la realidad.

Recurrí a la superstición con que los adultos creemos compensar los sufrimientos infantiles. Le compré un chocolate y le dije algo que no me constaba en lo más mínimo: se encontraría pronto con su madre. El hombre comentó que había nevado en Nueva York el día anterior. No se me ocurrió otra cosa que hablar con la niña de muñecos de nieve. Los mejores tenían nariz de zanahoria.

¿Podía haber algo más inútil que contar historias? Lo que dije hizo poco por la niña; en cambio, el hombre se sintió más relajado. Me explicó que eran parientes lejanos. No había podido librarse de llevar a las tres niñas. Le pregunté cómo se llamaba la que estaba llorando. Su respuesta llegó con un escalofrío:

—No sé. —Volvió a sonreír, esta vez con nerviosismo, y agregó—: Somos familia, pero lejanos. No vaya a creer que me la robé.

—Tiene los permisos de los padres, ¿no? —dije, en el tono iluso de quien se tranquiliza a sí mismo diciendo: «El gobierno se ocupará del asunto, ¿no?»

Me mostró unos documentos mientras cargaba a otra de las niñas.

—Ésta es más tranquila —comentó.

En efecto, no lloraba a gritos pero las lágrimas bajaron de sus ojos cuando su «pariente» dijo que era tranquila.

Los papeles del hombre estaban en regla y habían sido revisados por la aerolínea. El asunto era grave por normal. La separación forzada de una niña sin nombre era algo común, una cifra más en la estadística.

Una señora se acercó, quitándole el celofán a una paleta, y una muchacha cargó a la niña. También ellos eran migrantes.

Recordé lo que Italo Calvino escribió sobre el Árbol del Tule después de su visita a Oaxaca. El viajero italiano había tratado de descifrar dos mil años de vida en esa intrincada corteza. No parecía describir una planta sino un país: «Es un monstruo que crece —se diría— sin plan alguno [...] El tronco parece unificar en su perímetro una larga historia de incertidumbres, acoplamientos, desviaciones [...] De los codos y rodillas de ramas que sobrevivieron al derrumbe de épocas remotas, continúan separándose ramas secundarias anquilosadas en una incómoda gesticulación. Nudos y heridas han seguido dilatándose, proliferando unos en excrecencias y concreciones, protuberando los otros con sus bordes desgarrados, imponiendo su singularidad como el sol en torno al cual irradian las generaciones de células. Y sobre todo esto, espesada, encallecida, creciendo sobre sí misma, la continuidad de la corteza que revela toda su fatiga de piel decrepita y al mismo tiempo la eternidad de aquello que ha alcanzado una condición tan poco viviente que ya no puede morir.»

El Árbol del Tule tiene la edad de Cristo. Comenzaba a crecer cuando el hijo del carpintero pidió en el camino a Judea: «Dejad a los niños y no les impidáis acercarse a mí» (Mateo 19:14). En este pasaje de la escritura, «niños» puede ser entendido como «discriminados». Testigo vegetal, el Árbol del Tule resume en su tronco lo que ha visto.

Nos avisaron que el avión podía ser abordado. El momento de seguir nuestros destinos desiguales. Sólo entonces advertí que el papel del chocolate seguía en mi mano, como un talismán inútil.

Caminamos rumbo a la pista, bajo un cielo de un azul purísimo. La niña iba delante de mí. ¿Es posible contar lo que no tiene nombre?

Pensé de nuevo en la visita de Calvino a Oaxaca: lo que no podemos decir nosotros, lo dice un árbol.

LA OTRA LLAVE

Hay puentes que llevan a otra orilla y puentes que llevan a un misterio. Me detuve en el Pont des Arts, de París, para ver los curiosos exvotos que ahí deja la gente. En las rejas que escoltan el trayecto hay candados de muchos tamaños.

Le hablé del tema a Pierre, un amigo parisino, y bajó la vista hacia su taza de café. «Es una larga historia», contestó. Pensé que contaría una leyenda de amor a orillas del Sena, pero habló en el tono de quien confiesa algo que no acaba de descifrar. En forma accidental, provoqué que contara una historia íntima.

Un par de años atrás, su novia, Claire, propuso que colocaran un candado en el puente. Cada uno conservaría una llave. En caso de que desearan romper la relación, bastaría abrir el candado. Así se ahorrarían los dolorosos protocolos de la separación. No sería necesario decir: «Tenemos que hablar», para luego acudir a una falsa diplomacia: «El problema no eres tú, soy yo.» Si uno de los dos se hartaba, podría tirar el candado a las sucias aguas de una ciudad casi perfecta.

Pierre trabaja en el Louvre, de modo que el Pont des Arts está en la ruta a su despacho. Una tarde recorrió los tablones del puente anticipando la cena en un restaurante donde las reservaciones son una forma del milagro. La temperatura del aire era estimulante, el sol daba un tono dorado a las frondas de los árboles, el río tenía un agradable modo de ser gris, los edificios se alineaban como un sueño de la razón. Pero el candado no estaba ahí.

Recorrió el puente, sumido en la confusión, hasta que descubrió el candado en otro sitio. Claire no lo había quitado; simplemente lo movió.

Durante la cena, ella habló del zen, donde todo es fácilmente simbólico:

—En los jardines de arena, las piedras hablan—sonrió con delicadeza.

Como el nombre de mi amigo significa «piedra», se sintió aludido sin sentirse sutil. ¿Debía ser más sugerente, comunicar las cosas que dicen los jardines de arena? No se atrevió a mencionar el candado.

A lo largo del otoño, el talismán se siguió moviendo. El amor de Claire jugaba a las escondidas. Ante la posibilidad de perderla, mi amigo se esmeró en darle señales amorosas. Ella parecía contenta de la forma en que él reaccionaba a las sugerencias del candado.

Un domingo de lluvia en que no querían ir a ninguna parte, Claire dijo:

—Hay algo que no sabes.

Habían puesto el candado para evitar esas conversaciones, pero de pronto ella lo miraba con terribles ojos profundos:

—Perdí la llave —añadió.

Si ella no la tenía, ¿quién movía el candado? Claire no había vuelto al Pont des Arts desde que sellaron su pacto.

Creuyendo seguir su exigente estrategia, Pierre la había amado con solícito detalle. En realidad, obedecía los designios de otra persona.

Dejaron de verse unos días. De pronto, ella le mandó un exultante SMS: la llave había aparecido, sobre su escritorio.

Pierre leyó el mensaje mientras cruzaba el Pont des Arts. Un segundo después, la buena noticia fue negada por la realidad: el candado había vuelto a moverse. ¿Claire estaba loca? Esta idea era menos absurda que otra, más inquietante y probable: alguien había hecho un duplicado.

Aunque había varios candidatos para el hurto, Pierre pensó en Sylvie, una pelirroja que le gustaba mucho. ¿Quería acercarse a él a través del inventivo uso de la llave? Hasta antes de conocer a Claire, mi amigo había sido célebre por las indecisiones amorosas que confundía con conquistas. Recordó la manera en que Sylvie se despejaba el fleco con un soplido y se animó a hablarle.

Se reunió con ella en un café. Al verla, deseó que fuera la autora de la estafa. Asombrosamente, su intuición resultó correcta: Sylvie tenía la tercera llave. Mi amigo le tomó la mano, pero ella lo rechazó: no había usado la llave para acercarse a él, sino para ayudar a Claire. Contó lo mucho que su amiga sufría por la falta de sensibilidad de Pierre. Se refirió al «bosque de símbolos» de Baudelaire y dijo que algunas personas no entendían los signos: eran como piedras. Ella se había valido del candado para estimular la incertidumbre de mi amigo. Gracias a eso, el antiguo don Juan tuvo inauditas atenciones con Claire.

—Sé que la quieres, pero siempre quieres algo más —comentó en el molesto tono de una semióloga que además es una pelirroja extraordinaria—. He visto cómo me miras. Espero que sigas tratando a Claire como si el candado se moviera. Acuérdate de lo que escribió Ramuz: «Una felicidad es toda la felicidad, pero dos felicidades no son ninguna felicidad.»

Acto seguido, le entregó la llave.

Pierre lamentó la frivolidad de haber codiciado a esa mujer bellísima y la vanidad de creer que ella se había tomado todas esas molestias por él y no por su amiga.

Se casó con Claire a los pocos meses. Lo único que le inquieta de esa dicha es que fuera perfeccionada por otra persona. Sylvie le dio la clave para amar a Claire.

En ocasiones pasa por el Pont des Arts, abre el candado y lo cambia de sitio, como alguien que se lee el Tarot a sí mismo.

—La vida manda señales raras —me dijo mientras revisaba sus mensajes de texto, donde nunca encontrará algo tan sugerente como los candados del Pont des Arts.

MI VIDA CON ANIMALITOS

Cuando una persona está de vacaciones es común que le falten cosas. De pronto va al lavabo y descubre que olvidó llevar desodorante.

Hoy en día, la humanidad dispone de otra razón para la pérdida de sus objetos. Me atrevo a postular el fenómeno como algo que no sólo aqueja a mi familia, aunque es posible que representemos un caso agudo de esta tendencia mundial.

¿Qué sucede cuando no encuentro mi peine en el hotel? Hasta hace poco esto implicaba un descuido al empacar. Ahora pienso: «Lo tienen los animalitos.»

Nuestra familia cuenta con treinta y un nuevos miembros de cabeza grande y mirada astuta (no te ven con la gratitud de quien agradece haber sido adoptado, sino con la picardía de quien te adoptó con todo y peine). Como tantos juguetes que alteran la cotidianidad, éstos han sido hechos en China. Cada uno tiene un imán que le permite adherirse a sitios improbables de los que se siente propietario.

Afirmo que el fenómeno es global porque suelo entrar con Inés, mi hija de siete años, al sitio *LittlestPetShop.com* para saber si el catálogo de cabezones ha aumentado. Aunque la producción depende de los industriales chinos, la mercadotecnia se rige por coloridas fórmulas estadounidenses. Su idea rectora es que no se trata de muñecos sino de mascotas que merecen cuidado especial y entorno adecuado. A diferencia de los *tamagochis*, sus exigencias no son electrónicas; han sido diseñados con tal simpatía que los niños les prodigan mimos sin que ellos lo pidan. Además, caben en cualquier parte y se venden a un precio que estimula el coleccionismo. Pasamos a su siguiente especificidad: alivian la soledad humana, pero no pretenden acompañar de uno en uno sino en montón.

Los animalitos tienen hábitos muy parecidos a los nuestros, según revelan los objetos de los que vienen acompañados: espejos, macetas, disfraces, cámaras, bolsas de palomitas y resbaladillas. Aunque algunas de sus pertenencias remiten sin pérdida al reino animal, mi hija me explicó que un hueso para perro equivale en esa vida en miniatura a dos huevos revueltos o a un huevo estrellado

grande.

La mayoría de los miembros del bestiario se limitan a mover la cabeza, pero los gatos sacan la lengua para beber leche y la iguana tiene manchas que se borran al frotarla y resurgen cuando se enfría.

Las condiciones físicas son necesarias para entender de qué clase de juguetes se trata, pero lo decisivo es el impacto psicológico que ejercen en la vida moderna.

La familia que acepta convivir con una ración de animalitos cambia de hábitos. Para empezar, las pequeñas criaturas necesitan confort y toda clase de instrumentos cerca de sus patas. Si no encuentras las llaves del coche, ya sabes que las tienen ellos.

¿Por qué se apoderan de nuestras cosas? Inés me explicó que hay dos teorías al respecto. Una de ellas es que el mundo pertenecía antes a los animalitos y quieren recuperar su territorio. La segunda teoría es que son muy tiernos y hay que darles de todo.

Cada uno de nuestros treinta y un acompañantes tiene un nombre. Me apresuro a transcribir los que me vienen a la mente: Chocolate, Bruno, George, Caneloni, Cafeína y Dingl. Bruno es un perro muy poco paciente («Eso lo sacó de ti», me explicó mi hija) y George es un hámster que nació en Ixtapa y cuyos padres tuvieron la crueldad de no enseñarle a nadar. En otras palabras: algunos rasgos de los animalitos provienen de nuestra familia y otros de sus familias de origen.

Como están hechos en China, pensé que se romperían pronto, pero hasta la fecha el único desperfecto fue provocado por nuestro perro, que masticó las alas de un pollo, que ahora es un animalito muerto pero viaja con los vivos para estimular sus ritos funerarios.

Mis vacaciones han estado marcadas por esta pródiga fauna de plástico. Considero que el asunto tiene interés periodístico porque revela comportamientos más extendidos de lo que pudiera pensarse. Pondré un ejemplo que espero sea convincente.

Me quedé con mi hija en el cuarto de hotel mientras el resto de la familia salía a rumbos distintos. Iba a encender la televisión cuando una gota de agua cayó sobre la cama. Alcé la vista y descubrí una temible humedad. Estábamos en el piso superior del edificio y afuera llovía con estrépito.

Desvié la vista a la pared: el papel tapiz se había abultado. Acto seguido, se produjo una grieta y un chisguete saltó sobre el cuarto. Pensé en películas de submarinos donde las tuberías lanzan agua por todas partes. Mientras tanto, Inés exclamó con júbilo:

—¡Nos estamos inundando! —Trató de secar una pared con una toalla, entusiasmada por la catástrofe.

Me asomé a la ventana: una confusión de vapor y bruma y agua. Pensé que si pudiera ver algo, eso parecería un huracán.

La alfombra estaba encharcada cuando decreté el estado de emergencia. Salimos al pasillo en un operativo de evacuación. Habíamos dado dos pasos cuando Inés gritó:

—¡Los animalitos! —De manera irrefutable, agregó—: ¡George no sabe nadar!

Recordé que había sido criado por hámsteres que lo trataron muy mal. Regresamos al cuarto y pusimos las mascotas en la cachucha que mi hija sólo se quita para refugiar animalitos.

En la planta baja todo mundo repetía la palabra «inundación».

Se organizaron cuadrillas para ir por el equipaje y la administración tuvo el tino de organizar un área infantil. Llevé ahí a mi hija y encontré lo obvio: una zona de rescate de animalitos. Los niños habían salvado lo máspreciado; una encargada del hotel repartía toallas para que secaran a sus mascotas. Gracias a que Dingl es muy sociable, confraternizamos con las demás familias.

Caneloni tenía mi peine y Cafeína mi cortaúñas. Iba a decir algo pero Inés se adelantó:

—Salvaron tus cosas, papá.

He sido adoptado por treinta y un animalitos. Sería exagerado decir que ellos me pidieron que escribiera este texto. En realidad, sólo me lo pidió Dingl.

LA ZONA DONANTE

Después de recurrir a diversos artificios del éxtasis, el Dr. Timothy Leary, pionero del uso del ácido lisérgico, comentó que ninguna droga es tan intensa como el paso del tiempo.

Hablamos del tema en una comida y de ahí pasamos a discutir la curiosa forma en que el deseo se ajusta a las edades. Como a Chacho le encanta ser iconoclasta, afirmó: «Las de dieciocho años están sobrevaloradas.» Luego ofreció ejemplos de la cambiante atracción que le han provocado las mujeres: «Descubrí que me gustaban las de treinta cuando encontré a una niña preciosa en un pasillo del supermercado y la seguí para ver cómo era su madre. Descubrí que me gustaban las de cuarenta cuando tuve un sueño erótico en el que una diosa usaba traje sastre. Y descubrí que me gustan las de cincuenta cuando fui a una boda y la juez me pareció más guapa que la novia.»

Esta disertación sobre las edades amorosas de Chacho fue seguida por una declaración más vaga. Una amiga confesó que la calvicie le empezaba a parecer atractiva. El comentario fue peculiar porque los hombres de la mesa éramos semicalvos. Esa categoría mediocre no puede interesar ni a quienes son afectas al pelo ni a quienes han descubierto la rotunda expresividad de un cráneo pulido.

El tema del paso del tiempo continuó a los pocos días en uno de los lugares más propicios para refutar la eternidad: una cancha de fútbol rápido. Aunque en el mismo club había una cancha llamada Maracaná y otra Santiago Bernabéu, nos tocó la Sacachispas, nombrada así por una leyenda argentina que seguramente es conmovedora pero sugiere un estadio para payasos.

Estábamos en un sitio para que ocurrieran cosas raras. Y así fue. Ocasioné una tragedia que terminó de maravilla.

Todo empezó con el ánimo depredador implícito en el deporte y que llamó la atención de Ortega y Gasset. En vez de jugar en un humillante equipo de veteranos, los miembros de la generación sub-60 tratamos de demostrar que aún podemos medirnos con atletas. Esto provoca escenas de insoportable irritación; por ejemplo, la de atestiguar que el defensor que segundos antes estaba a una hectárea de distancia, te alcanza en un segundo, te quita el balón y te deja sin resuello, con ganas

de pedir un taxi para volver a la media cancha.

Harto de ser burlado, intercepté a un contrario que acababa de entrar al campo. Lo hice del único modo que me pareció deportivo: con una patada. Avergonzado del salvajismo que por un momento me dio mucho orgullo, me acerqué a socorrerlo. El joven me miró, y casi sin aliento dijo: «Maestro.» ¡Había sido mi alumno en la universidad! Este sesgo académico me hizo sentirme más ruin y más viejo. Decidí retirarme. Pero no antes de concluir esa batalla en Sacachispas.

Cuando ya pensaba que mi próxima cancha se llamaría Mictlán, zona de repechaje de los muertos, hice un último esfuerzo y chuté algo demasiado resistente para ser el balón. Era la nuca de Joaquín Ceballos. Cayó al suelo como fulminado por un rayo. Había noqueado a un miembro de mi propio equipo.

Joaquín ya era calvo cuando estábamos en la preparatoria y nos gustaba verlo en la cancha porque sentíamos que con nosotros jugaba un polaco o un checo. Cuando Ronaldo y Roberto Carlos impusieron la moda del cráneo rapado, Joaquín se negó a modernizarse y conservó sus mechas en las sienes y la nuca.

Varias décadas después estábamos en la cancha Sacachispas. Lo vimos hasta que abrió los ojos. Entonces Chacho recurrió al extraño método con que los paramédicos confirman que alguien ha vuelto en sí: le preguntó el nombre del presidente. Joaquín lo dijo y luego me vio con odio profundo. Le pedí disculpas en todos los tonos posibles, le conté del alumno al que había pateado, para que viera que no sólo la traía con él, y prometí retirarme del fútbol. Él me escuchó con cara de búlgaro trágico.

Al día siguiente sonó el teléfono. Joaquín Ceballos quería gritarme esta extraña queja:

—¡Pateaste mi zona donante!

Su explicación tomó varios minutos y muchos insultos. Me dijo que estaba por hacerse un trasplante de pelo. Odiaba la alopecia de la que todos nos habíamos burlado. Hasta ese momento, yo pensaba que los calvos prematuros tenían más tiempo de acostumbrarse a su cabeza de huevo y se resignaban con más entereza que los calvos puntuales, para quienes ser calvo significa ser viejo. Pero el mundo depara toda clase de sorpresas. Joaquín Ceballos me confesó que desde los diecisiete años odiaba a los que teníamos pelo. De nada me sirvió argumentar que ya soy semicalvo. En un tiempo mítico, es decir, en una fiesta inolvidable, tuve pelo cuando él no lo tenía, y eso no se perdona.

Hace unas semanas Joaquín vio un anuncio de milagros capilares y decidió hacerse un trasplante.

La intervención estaba programada para el día después del partido en Sacachispas. Al ver el hematoma que provoqué en su nuca, el médico se negó a operarlo. Mi puntapié dañó la zona que iba a aportar pelos al resto de la cabeza.

Me sentí como si hubiera destruido un Picasso.

La operación se suspendería por mi culpa. Luego el doctor tenía programado un viaje a Hawái,

de modo que Joaquín seguiría siendo calvo al menos hasta la primavera.

Le hablé a Chacho para quejarme del paso del tiempo. Mi cuerpo ya no estaba en condiciones de practicar ningún deporte y Joaquín, a quien siempre tomamos como un calvo normal, se había convertido en un calvo sufriente.

El optimismo de Chacho no tiene límites. Mi visión apocalíptica le dio una estupenda idea. Recordó lo que nuestra amiga había dicho sobre los calvos y se la presentó a Joaquín. Así se inició un romance de fábula, para el que ambos estaban predestinados.

Obviamente Joaquín Ceballos suspendió su trasplante de pelo. Todo acabó bien. ¡Pero qué trabajo cuesta ser reconocido! Sigo esperando que Joaquín me agradezca por haber pateado su zona donante.

LOS QUE HACEN PURÉ

La Navidad es la temporada providente en que se sufre para ser feliz. En el inconmensurable Distrito Federal, el primer signo del delirio llega cuando avistas un coche adornado con cuernos de reno. Esta variante automotriz del trineo anuncia que la época nos autoriza a ser extraños.

A miles de kilómetros de la nieve, anhelamos bosques blancos. Los niños mandan cartas a Finlandia, el Polo Norte y otros fríos domicilios de Santa Claus. Aunque algunas mansiones tienen techo de dos aguas, en estos lares la nieve sólo aparece en los copos de poliuretano que decoran los escaparates.

Con gozosa irrealidad, celebramos en el trópico una fiesta al estilo nórdico. Aunque algunos regionalistas colocan esferas en el cactus de su preferencia, la mayoría prefiere los pinos, así sean de plástico o de papel cromado.

Las mezclas de símbolos se naturalizan a través de un barroco principio de acumulación. Ya es costumbre que el menú de temporada incluya bacalao a la vizcaína, romeritos, huahuzontles con mole, pavo, peladillas, gorditas de camarón, turrónes, tejocotes y demás citas multiculturales.

La Navidad combina los opuestos. En la noche de paz, los niños reciben ametralladoras de plástico y el pavo de los colonos ingleses es mejorado con chile jalapeño.

Aunque no todos recuerdan que la fecha conmemora el nacimiento de Jesús, una religiosidad indefinida pero certera se adueña de esos días. El principal componente religioso de la fiesta es el sacrificio, no de un buey ni de un cordero, sino de nosotros mismos. La Navidad sólo tiene sentido si viene precedida de molestias. Las horas de desquiciamiento en el tráfico, las colas para que te envuelvan un regalo, las tarjetas de crédito a punto de estallar son pruebas materiales de que mereces algo grandioso. Las pruebas espirituales son más complejas. La penitencia que antecede al gozo comienza con la discusión de la santa sede. De muy poco sirve decir: «¡Pero si el año pasado ya fuimos con tus papás!» No es fácil que los suegros que viven en Nepantla renuncien a su argumento de que una Navidad de cara a los volcanes es tan fenomenal que no se necesitan cobijas para sobrellevarla.

Una vez resuelto el sitio del festejo, viene la controversia del menú. Hay guisos que se inventaron para separar a los seres humanos. Estoy convencido de que el puré es la forma insulsa (es decir, perfecta) de la cizaña. Esto exime al de papa, que siempre es útil. Por desgracia, resulta demasiado común para un banquete. En Navidad surge la fantasía de hacer gran puré de castañas. Mi modesta experiencia al respecto me ha dejado la sensación de que nunca se usan castañas suficientes. Y es que todo puré diluye el sabor (el de papa es bueno porque no se espera mucho de él, pero ¿qué decir del camote, el nabo o el boniato, que pertenecen al género de lo que se aplasta sin mejoría?).

La Navidad sería menos tensa, es decir, menos sufrida y religiosa, si no hubiera gente como la tía Herminia que de golpe ofrece: «Puedo hacer un puré de camote genial.»

Hacer puré parece un acto solidario; se prepara como acompañamiento. Por desgracia, esto ha dado lugar a una peculiar psicología. Como el puré resulta sociable en sí mismo, la gente que lo prepara se olvida de que debe combinar con algo y no toma en cuenta lo que hacen los demás. Así, el menos impositivo de los guisos se convierte en un *outsider*. ¿Pero quién se atreve a decirle a la tía Herminia que el camote no es genial y menos preparado por ella? Los pleitos y la falta de comunicación previos a la noche grande han provocado circunstancias como aquel menú en que no hubo pavo y sobraron tres purés. Mi plato parecía la cena de un astronauta.

Hay accidentes como el bacalao al que tu prima olvidó quitarle las espinas o las peladillas que le rompieron el puente dental a la abuela. El puré es asunto distinto: se trata de un malestar que debemos agradecer como apoyo. Obviamente, esto realza el papel de quien sí hizo algo sabroso.

Pero no podemos desperdiciar a quienes crean problemas en una noche que vive de problemas. La reunión de Navidad es un ejercicio moral: los mecanismos sacrificiales, entre ellos el puré, dan sentido al festejo.

Terminada la cena sobreviene el intercambio de regalos. Otro momento para que la dicha provenga del calvario. Todo comienza con una rifa unos días antes: la suerte decide que hagas feliz a tu primo Bobby. Entonces descubres que la verdadera cercanía consiste en conocer las cosas baratas que le gustan a alguien. Sabes muy poco de Bobby. Pasas cuatro horas en Liverpool, dudando entre un complicado sacacorchos y un libro con fotos de glaciares. La dificultad para decidir y la pérdida de tiempo te hacen odiar al primo que no manifiesta bien sus pasiones.

A fin de cuentas, esa tensión contribuye al disfrute final. Aunque no siempre tenemos motivos para ser felices, hemos perfeccionado los daños que nos permiten saber que, cuando todo eso se termine, seremos felices.

MAGIA IMPURA

De acuerdo con Walter Benjamin, lo que distingue a los adultos de los niños es su incapacidad para la magia. Madurar significa prescindir de hechizos, explicaciones fabulosas, el hada que concede los deseos.

Pensé en esto cuando mi amigo Mario me habló del día en que terminó su infancia. No todos son capaces de definir esa fecha esencial.

Mario detestaba las fiestas en las que sobraban niños desconocidos y comía sándwiches de triangulito untados de paté. Pero a veces el festejo incluía a un ilusionista fabuloso que sacaba monedas de atrás de las orejas y convertía una flor de papel en una paloma que volaba rumbo al candelabro más cercano.

En la juguetería Ara, que la memoria de Mario preserva como un almacén infinito, descubrió una caja con instrumental para un pequeño mago. La suerte estaba de su parte: esa semana se le habían caído dos dientes de leche y aún no se los había ofrecido al Ratón Pérez. Al volver a casa escribió una larga petición y la colocó junto a un trozo de queso Nochebuena, muypreciado por los ratones.

La magia no siempre ocurre de inmediato: pasaron tres días antes de que Mario recibiera su regalo. El retraso no lo llevó a pensar en la inexistencia del Ratón. Dudar de él sólo hubiera servido para acabar con el hechizo. ¿Y quién desea razones cuando puede tener fe?

Tampoco el instrumental mágico minó sus creencias. Le pareció lógico aprender trucos porque él no era un mago de verdad. Así como un disfraz de Superman no servía para volar (un vecino se había fracturado al intentarlo), una varita de juguete tampoco servía para voltear de cabeza a un Cocker Spaniel.

En cambio, los hombres de gran chistera que llegaban a las fiestas pertenecían a otro mundo, el de los poderes paranormales. ¿Y qué decir de los magos de los circos, capaces de rebanar y reconstruir a su hermosa asistente?

J. M. Barrie, autor de *Peter Pan*, considera que todo lo importante ocurre antes de los doce años. Mario se aproximaba a esa edad limítrofe cuando fue testigo de tres revelaciones. La primera de ellas se llamaba Mariana. Mi amigo cayó en un estado de rubor y nerviosismo y desorbitada ilusión que no sabía cómo nombrar. Ese año los Beatles cantaban *All You Need is Love*. Él no podía asociar su torbellino con una palabra tan corta y vaga como «amor», pero eso era lo que experimentaba. Si Mariana se pasaba la mano por la frente, él descubría que hay una forma perfecta de pasarse la mano por la frente. En su pequeño universo, todavía infantil, se sintió predestinado hacia esa chica porque sus dulces preferidos, las lunetas m&m, unían sus iniciales.

La segunda revelación fue de corte negativo. Mario asistió a una fiesta en casa de sus primos, a la que también fue Mariana (él llevaba una bolsa de m&m para contagiarle su dulce superstición). Su esperanza era tan grande que sufrió un desmayo. Lo llevaron al cuarto de su primo, donde despertó al cabo de un rato. Se quedó en cama hasta que oyó ruidos en un cuarto contiguo. Los movimientos eran difíciles de describir pero parecían preparar algo. Mario se asomó a ver de qué se trataba. El mago contratado para la fiesta abría un baúl vertical. En un pequeño compartimiento colocó un yoyó. Luego guardó otro idéntico en el bolsillo de su saco.

Esa tarde mi amigo salió del mareo para descubrir que también los magos de verdad hacían trampas, más complicadas que las que él podía lograr con su equipo de plástico, pero trampas al fin y al cabo.

A la mitad de su rutina, el mago sacó el yoyó. Lo adormeció, haciéndolo girar sobre su eje; después ejecutó el «perrito», el «columpio» y las «cataratas del Niágara». Esta última suerte implicaba lanzar lejos el yoyó y tirar de la cuerda para volverlo a lanzar sin tocarlo con la mano. En uno de esos giros desapareció. El mago alzó las manos, creando suspenso. Luego se las llevó a la frente para adivinar dónde había ido a parar.

«Está en el baúl», Mario le susurró a Mariana. Como si estuviese en trance, el mago dijo: «El yoyó ha regresado al lugar donde duerme.» Abrió el baúl y ahí lo encontró.

Mario había hablado por rabia, decepcionado de que un ilusionista hiciera trampa. No quiso lucirse ante Mariana; sin embargo, ella lo vio con ojos muy brillantes. «¿Cómo supiste?», le preguntó. Mario sintió en su bolsillo el suave cosquilleo de las lunetas. «Soy mago», dijo.

Ese día terminó su infancia: descubrió el hechizo del amor, la imposibilidad de la magia y la seductora fuerza de la mentira, es decir, la contradictoria sustancia de la vida adulta.

El recuerdo de Mario era un cuento filosófico. Le mencioné la idea de Benjamin y contestó: «Lo que no existe en la vida adulta es la magia pura.» Eso quiere decir que Mariana le hizo caso y luego lo dejó.

Aunque Mario pasó de la ilusión infantil al escepticismo adulto, en los momentos críticos compra un talismán de otros tiempos: las lunetas de la buena suerte.

«La madurez consiste en saber que la magia tiene trucos», me dijo, «la sabiduría consiste en saber que los trucos tienen magia.»

INSTRUCCIONES PARA SER SOLEMNE

Hace años viví una experiencia digna de una crónica de Jorge Ibargüengoitia. Me refiero a mi fugaz participación en «La merienda del tlacoyo». Quien piense que esto alude a un festejo popular se equivoca. Así le decían a las reuniones convocadas por don Prisciliano J. J., uno de los Siete Sabios de Cuévano el Chico.

Me llevó ahí un ex alumno de mi tío Miguel Villoro Toranzo. Mi tío fue jesuita, profesor en la Libre de Derecho y la Ibero, y murió pocos años antes de los sucesos que cuento. «No es necesario llevar vestimenta formal», me advirtió su antiguo alumno. Entendí que podía ir de jeans (luego supe que ahí eso significaba otra cosa: tu traje no necesariamente tenía que ser oscuro).

Don Prisciliano era un hombre amable, de anteojos redondos y la tiesura de quien acaba de tragar pegamento. Su perro se llamaba Propercio. Pregunté por qué y él citó un verso: «*qui dare multa potest, multa et amare potest.*» Respiró en el tono satisfecho de quien se acaba de adornar. Me disculpé por no hablar latín de corrido, pensando que la frase se refería a una multa. Como el perro era policía, tal vez le habían puesto así para burlarse de los agentes de tránsito. Obviamente esta hipótesis resultó tan inculta como mi pantalón de mezclilla.

El amigo de mi tío había sido seminarista y vino en mi auxilio: «El que dar mucho puede, aun amar mucho puede», tradujo. Así supe que *multa* significa «mucho». Recordé que mi coche estaba mal estacionado, pero no me atreví a abandonar la reunión, que en ese momento pasaba a la Sala de las Vírgenes.

Vimos cuadros de pintores virreinales. «¡Qué cromatismo ubérrimo!», exclamó uno de los presentes. «¡La pátina no ha limado el rosicler de esas mejillas!», comentó otro. Los comensales no se limitaban a ver arte; lo «justipreciaban».

En su único comentario personal, don Prisciliano me dijo: «Sé que eres un letraherido.» La última palabra salió en tono tan elogioso que agradecí ser digno de esa lastimadura.

Bebimos un tequila áspero en jícaras de barro traídas de Cuévano. La cerámica soltaba un poco de tierra, pero todos la juzgaron ideal para «atemperar» el aguardiente. «¡El agave bien

temperado!», bromeó un conocedor de Bach.

Entonces se puso de manifiesto un rasgo saliente de aquel grupo: celebraban sin recato su condición de personas cultas, pero celebraban más sus contactos con el gobierno. En aquel tiempo yo no estaba en condiciones de entender que había caído en una franja bastante típica de la intelectualidad mexicana.

Con el segundo sorbo de tequila se discutió un magnífico discurso del presidente en turno, que sólo rivalizaba en esplendor con un impecable documento de la Cancillería. «¡Qué dadivosa manera de sacrificar la vida propia en aras de lo institucional!», celebró uno de los presentes. Se refería al jefe del Ejecutivo o al secretario de Relaciones Exteriores, pero igual podía haberse referido a los demás convidados, al ambiente de la reunión o incluso al guacamole que ofrecía una sirvienta uniformada.

Me enteré de los méritos de los participantes. Todos eran funcionarios «de fuste», «hombres probos capaces de hacer cultura desde el memorándum», según su propia definición.

Me dispuse a envejecer tres décadas durante la comida (sabrosa y abundante, una «gustosa cornucopia», como hubiera dicho alguno de ellos).

El tema general en la mesa fue lo magníficos que eran todos los presentes. La adulación pasaba de plato en plato: «No me lo vayas a tomar a mal», decía alguien, como si estuviera a punto de desentonar con una crítica: «pero lograste superar tu propia cumbre en tu último artículo. Eso no hace que tu obra anterior desmerezca: la engrandece como preparación de este logro mayúsculo.»

No había medida en las comparaciones. El más callado de los asistentes fue equiparado con Plotino y Echegaray, algo no sólo difícil de lograr sino de imaginar.

Un detalle ritual dobló de risa a los presentes: un tlacoyo fue colocado al centro de la mesa; don Prisciliano lo repartió como una hostia. «No hay nada tan feérico como el sentido del humor», dijo con seriedad de piedra un señor que se parecía a Fidel Velázquez.

En los postres entendí el sentido de mi presencia. «Es difícil ser un intelectual independiente en México.» Tal fue el prólogo o, mejor dicho, el «exordio» a lo que llegó después: «Tu tío tenía una casa en la calle de Perú.»

Miguel Villoro Toranzo había muerto intestado. Ellos confiaban en obtener la casa para una fundación cuyo objetivo sería conservar los manuscritos de los miembros de la tertulia, en riesgo de ser «dispersados por el viento, la desmemoria y los caprichos del vulgo municipal».

«La obra está lista, sólo falta el escenario», brindaron conmigo. Ignoraba que mi tío fuera propietario de una casa. Para cambiar de tema, pedí que hablaran de sus textos. Uno de los tertulianos era autor de un opúsculo poético (eso supuse) titulado *Si pluguiera...*, otro había escrito los «viriles versos» de *Cuévano: así de bronco*, otro más había compuesto el tratado *Norias y cuescomates de Aridoamérica* (profusamente ilustrado por un ex gobernador de San Luis Potosí).

Antes de salir, el dueño de casa me mostró su «hirsuta biblioteca». Ahí saludé a un muchacho que comía una torta. Hacía su servicio social para una universidad pública clasificando gratis los

libros del insigne erudito. Vi los «volúmenes dilectos» encuadernados en piel de becerro y los intonsos regalados por un secretario de Gobernación, «muy amigo de la cultura».

Hay intelectuales que apoyan al poder por genuina convicción. Otros comienzan como disidentes y se vuelven interesantes para ser cooptados. «La merienda del tlacoyo» me reveló otro grado del oficialismo intelectual, el de la ínfula. Posar de profundos era su única posibilidad de serlo. Si Estados Unidos perfeccionó la cultura de la celebridad (la gente famosa por ser famosa), ahora conocía la cultura de la ostentación. La petulancia de esas personas felices de citarse a sí mismas dependía del vacío interior. Debían ser huecos para que todo lo demás resultara adorno, alarde, apariencia: gente importante por ser importante.

Recordé a Sancho y su Ínsula Barataria. Había encallado en otra isla árida. Prometí averiguar qué pasaba con la casa de mi tío (días después supe con satisfacción que se había convertido en una zapatería).

Al salir de la cena me dirigí a mi coche. Vi un papel a la distancia. Tenía una multa en el parabrisas.

Me pareció merecida.

Eliseo Alberto nunca olvidó el día en que le preguntó a su abuela cuál era el principal acontecimiento que había vivido. El novelista buscaba una frase para definir un destino. La abuela tenía una solución lista y planchada como una camisa. No hubo que pasar por los tanteos inseguros de quien pulsa un arpa de sombra. ¿Qué prodigio indudable había atestiguado? Ni la Revolución Cubana, ni las fascinantes turbulencias íntimas de la familia, ni los hechos lejanos que determinaron el siglo xx (dos guerras mundiales, el asesinato de Kennedy, la llegada a la luna...) podían competir con los fragantes venenos que mejoraron los atardeceres tropicales. Ella respondió sin vacilar:

—Los insecticidas.

Esto ocurría en La Habana, donde Martí encontró dos patrias, Cuba y la noche, ambas amenazadas por los moscos.

Los parajes del calor se someten al lema del protagonista de *Macunaíma*, regiones con «mucha alimaña y poca salud». Tan sólo en la India, a principios del siglo xx, ochocientas mil personas morían al año por enfermedades derivadas de los piquetes de mosco. Durante centurias, los tenaces ejércitos de la noche fueron combatidos con aplausos, hierbas e inventos que sirvieron para activar la ironía de Lichtenberg: el sitio más seguro para una mosca es el matamoscas.

En el siglo xxi el mosquito ha dejado de ser la invisible pantera que amenaza nuestra sangre. Aún causa estragos en diversas regiones del mundo, pero en los apartamentos con piso de parquet, a los que se sube por elevador, es recibido como una visita incómoda pero rara vez letal.

El mosco está semipresente en la vida urbana. Como la mica o el celofán, representa algo que puede estar ahí. Su periodo de esplendor se remonta al tiempo en que causaba epidemias en todas partes y terminaba encapsulado en una gota de ámbar, símbolo de agresiones muy pretéritas. En *Parque Jurásico* aparece como portador del néctar genético de los dinosaurios, clara prueba de que sus piquetes más significativos pertenecen al pasado, aunque a veces regrese, como la pulga de John Donne, a combinar en su cuerpo la sangre de los amantes y ser gota perfecta, amenazada y breve, estremecedora revelación de lo frágil que es la eternidad.

La ferocidad del insecto aún da para definir regiones como La Costa de los Mosquitos, donde Paul Theroux ubica una de sus novelas, o arruinar las noches con su ruido.

El exterminio de los moscos empezó en los años treinta del siglo pasado, cuando el químico Paul Müller inventó un compuesto que ameritaba apodo: diclorodifenil tricloro etano. El DDT se utilizó con enorme éxito durante la Segunda Guerra Mundial. En el frente del Pacífico, los aliados le temían más a la malaria que a los aviones Zero tripulados por kamikazes y lanzaron lluvias de DDT en las regiones donde iban a avanzar.

El romance con el veneno reinventó las costumbres y la psicología. En los cincuenta, las amas de casa recibían a sus invitados con una bomba de Flit en las manos y numerosos voluntarios inhalaban humo de DDT con el temerario fin de matar cucarachas mentales.

Leídos a la distancia, los reportes sobre el fervor tricloroetánico muestran que el hombre se confunde cuando los venenos le resultan favorables. Fred Stoper, gran profeta del DDT, convenció a la Organización Mundial de la Salud de rociar el planeta con insecticida. Aunque las fumigaciones no fueron tan puntuales como Stoper esperaba, los cultivos se impregnaron de toxinas mientras los mosquitos se adaptaban a la situación. La segunda mitad del siglo XX encontró a un mundo que podía mantener sus insectos a raya sin lograr aniquilarlos. Un mosco de hoy resiste sobredosis de DDT; en lo fundamental, el veneno sirve para marearlo y facilitar el golpe decisivo del trapo o la pantufla. Quizá en el porvenir un vecino del trópico definirá su siglo como la época de angustia en que fracasaron los insecticidas.

¡Qué diferencia con 1948, año en que se hacían fiestas de champaña y DDT y en que Paul Müller recibió el Premio Nobel por su invento fumigador! Rociar toxinas parecía entonces una forma de pasteurizar el aire. Medio siglo después, en los campos de maíz transgénico, el hombre le teme más a los remedios que a las enfermedades. Con la fórmula original, el DDT ya sólo se fabrica en China y la India.

En *Hacia el final del tiempo* John Updike imagina una sociedad futura donde aún existen los mosquitos. Lo más irritante de ellos sigue siendo su zumbido. El protagonista se pregunta por qué no habrán evolucionado hacia una existencia silenciosa. ¿Por qué delatan sus intenciones en forma tan aguda? Es como si los vampiros llevaran un cencerro.

En términos de darwinismo, ¿el mosco sería más apto si se callara de una vez? Probablemente pasaría menos trabajos. Pero su cometido parece ser otro. A veces aniquila, pero siempre molesta. «Estamos en el mundo para darnos lata», escribió Calvino.

De tanto mezclar nuestras sangres, los moscos son el error inevitable y leve, la épica donde lo mismo da ganar o perder, el zumbido que causa sobresalto y despierta la ilusión de una batalla, el momento en que la madrugada nos permite ser guerreros leves para luchar con entrega fugaz pero genuina en el campo del sonido y de la furia.

TURRONES

Recibí un turrón y sospeché de inmediato que había pasado por otras manos. No me refiero a las personas que lo produjeron, sino a un efímero propietario anterior.

El empaque tenía la atractiva y resistente presentación de los productos artesanales que se pueden apilar sin que les pase nada; no había señas de maltrato y la fecha de caducidad estaba más en orden que la de mi licencia de manejo. Además, el regalo venía de Vic Glutamato, amigo que sólo ofrece lo mejor. Pero algo vibraba en esa caja.

Releo la frase anterior y descubro con alarma la palabra «vibraba». ¿Es posible que un sencillo postre me regrese a una época de psicodelia y relaciones esotéricas con el cosmos en que las cosas me atraían o repelían por un sistema de ondas magnéticas que nunca supe descifrar? Pero eso fue lo que advertí: el regalo había sido antes de otra persona.

Quiso la casualidad que Vic llegara a la casa en el momento en que mi tía Antonomasia trataba de salir de ella (no podía porque su suéter de estambre se había enredado con una esfera del árbol de Navidad). Como de costumbre, Vic venía dispuesto a humillarnos con buenas noticias: no había encontrado un solo embotellamiento en el Distrito Federal. Una vez más su optimismo sugería que los demás estamos perturbados.

Por desgracia, su estado de ánimo parecía fundado; no pidió usar el baño (hubiera sido una señal inequívoca de que llevaba horas en el tráfico); lucía fresquísimo, arreglado con agravante pulcritud (yo estaba en pants, con la cara de quien acaba de ver *Halloween 13* o una película de arte iraquí); sencillamente no parecía venir del fraccionamiento al que yo llego en dos horas. Un hombre en navideña plenitud, que habita una realidad paralela a la que no tenemos acceso los neuróticos.

Antes de su llegada, Antonomasia había expresado las opiniones del polo opuesto de la humanidad. Una amiga suya olvidó que el pavo provoca sueño, se quedó dormida y se volcó en la carretera a Irapuato; otro amigo se atragantó con las ramas de los romeritos mientras cantaba *O Tannenbaum* y acabó el villancico en la Cruz Roja; alguien más descubrió que el bacalao tiene cada día más espinas pero, con la valentía que da el ponche, consideró que la Navidad es temporada de

faquires y acabó con el esófago espinado. Y, antes de eso, la tía había hablado del cambio climático, el desfalco mundial de los banqueros y la falta de credibilidad de los políticos.

La sonrisa de azúcar *glass* de Vic le produjo un cortocircuito semejante al que ella estaba a punto de provocar con su suéter de Chiconcuac enredado al árbol. Pronosticó que esta Navidad nos atragantaríamos con tejocotes.

Mi amigo me dio el turrón mientras la tía lograba zafarse del árbol (agregando a la decoración un par de hilachas color heno). Antonomasia me dijo con sincera angustia: «¡Le acabas de poner frenos a tu hija! ¡Es como comprar un Audi! ¡Y tus libros no se venden tanto!»; luego señaló el sólido turrón de Alicante: «¡Año Nuevo en el dentista!»

Para cambiar de tema, Vic habló de una película excelente y una novela deslumbrante. Antonomasia lo vio con el desprecio que se le concede a los seres inferiores, incapaces de entender que la vida vale la pena por las decepciones que provoca. Informó que la película en cuestión había hecho que el turismo sexual aumentara en Tailandia. En cuanto a la novela, el autor había plagiado veinticinco páginas de John Irving, que tampoco es la gran cosa. Me asombra la cantidad de datos adversos que domina mi tía, como si Google se hubiera inventado para alimentar sus desacuerdos.

Vic agradeció los útiles conocimientos negativos de la tía mientras yo pensaba en las personas que antes habían sido dueñas del turrón: ¿Chacho?, ¿Frank?, ¿Ricky?, ¿Yuli?, ¿el gran Philippe?

¿Por qué pensé en esos cinco nombres? Lo que hasta ese momento me había parecido una «vibración», es decir, una intuición más o menos chamánica, se presentó como lo que era desde el principio: una señal del inconsciente. Es molesto decirlo pero en este caso la asociación libre de ideas dependía menos de Freud que del sentimiento de culpa que el cristianismo de posada infunde en el sujeto guadalupano: ¡yo le había dado turrones a esas cinco personas! Pero no había comprado ninguno: eran regalos desplazados.

Entendí mi desconcierto de otro modo. El turrón es un bien que se disfruta sin alharaca. Nunca he oído que alguien diga: «¡Qué antojo de turrón!» o «Vamos a casa de Chacho: tiene unos turrones geniales». Estamos ante un dulce agradable, difícil de rechazar, que define una temporada. Una golosina de calendario. Su cometido principal es el de circular. Más que un alimento es un mensaje que se antoja retransmitir. Regalar el turrón que acabas de recibir es como retuitear un saludo.

Antes de las redes sociales, la gente se mandaba azúcar en señal de paz.

A reserva de lo que diga Antonomasia, es un logro que una especie de depredadores haya inventado un dulce hecho para pasar de mano en mano, un sistema de comunicación que en ocasiones insólitas incluso se puede masticar.

NACIMIENTO

En las felicitaciones que se mandan por correo electrónico se alude cada vez menos al carácter religioso de la Navidad. Para subrayar este rasgo de la modernidad, una amiga mandó este mensaje ambientalista: «¡Feliz solsticio de invierno!» Y sin embargo a veces la religiosidad se impone por cuenta propia. De manera involuntaria, pusimos en escena un Nacimiento.

He oído al pintor Carlos Pellicer López contar cómo acompañaba a su tío, el poeta Carlos Pellicer, a buscar materiales para el Nacimiento que cada año instalaba en su casa de Sierra Nevada 779. Durante días recorrían las inmediaciones de la ciudad de México en busca de musgos, plantas y rocas apropiadas para la escenografía. Cuando el poeta descubría algo digno de atención, exclamaba con teatralidad: «¡Favor de observar!» Había que ver un trozo de paraíso convertido en hierbas para el Nacimiento.

Durante más de cincuenta años, el autor de *Hora de junio* abrió las puertas de su casa durante diciembre, de seis de la tarde a nueve de la noche, para mostrar el cielo provisional que instalaba en su cochera. «Desde siempre organizo “El Nacimiento” en mi casa. Estoy seguro de que es lo único notable que hago en mi vida. Es casi una obra maestra», escribió Pellicer.

Con amorosa dedicación, el poeta pintaba el escenario, acomodaba las pesquisas de sus excursiones, grababa música para la ocasión y componía poemas que reunió con el título de *Cosillas para el Nacimiento*. En el hermoso prólogo que escribió para presentar estos versos, Gabriel Zaid recordó que en 1223 San Francisco de Asís inventó el Nacimiento e incluyó los animales en la escena, creando la más perdurable imagen de la hospitalidad. La aportación fundamental de Pellicer fue la de convertir el Nacimiento en una celebración del amanecer. Al respecto escribe Zaid: «Como en los cuadros de Velasco, la luz era el personaje central. No el Niño ni el portal que, sin embargo, estaban perfectamente puestos. La luz, la Luz del Mundo era el verdadero niño presentado a la adoración.»

El Nacimiento es un cielo doméstico, un santuario de juguetería. Un afortunado accidente me permitió comprobar esta parábola. Nos reunimos en mi casa para celebrar la llegada al mundo de María, hija de Yaiza Santos y Ricardo Cayuela Gally. Carlos Pellicer López y Julia Yuste, padrinos

de mi hija, llegaron cargados de regalos.

Pero en vez de ofrecer el espacio acogedor que la ocasión merecía, los enfrenté al desastre. La primera señal de alarma fue ofrecida por Capuchino. Nuestro gato se lanzó en una cabriola casi desesperada en pos de un insecto que resultó ser una abeja.

Unos días antes, un amigo me había comentado: «Tengo una mosca en el ojo.» Explicó que si desviaba la vista, un insecto imaginario acompañaba su recorrido. «Yo tengo una abeja en el cerebro», le respondí: llevaba días oyendo un zumbidito. Ahora sabía que las abejas no estaban en mi mente sino en mi casa: vivían en un ordenado panal en las vigas del techo.

Como suele ocurrir ante amenazas imprevistas, resultó que Ricardo es alérgico a los piquetes de abeja. Pensé que la reunión terminaría en el hospital y me sentí obligado a enfrentar a las invasoras. Entre Capuchino y yo matamos seis, pero su número aumentaba.

Coco, nuestro perro Schnauzer, no había hecho nada al respecto porque estaba persiguiendo las ardillas que nunca atrapa. Al volver a la casa, encontró abejas muertas en el piso, las lamió con disgusto y volvió a la intemperie.

En cambio, las invasoras parecían pertenecer a un género que sólo se siente bien donde hay sofás. No había forma de expulsarlas.

La situación era catastrófica. 2009 había sido un año de influenza, crímenes del narcotráfico, pérdida de empleos, ineptitud de los políticos. La única patria perdurable era la de los afectos, pero yo recibía a mis amigos bajo un enjambre de abejas. Con admirable entereza, ellos se sobrepusieron al problema y compartieron anécdotas sobre animales raros que han entrado en sus casas. La reunión se perfeccionó con la llegada de Carlos Azar Manzur, que no venía retrasado por seguir una ruta de Rey Mago (papel que le queda a la medida), sino porque su severo horario de trabajo no acata la Navidad ni el solsticio de invierno.

A todo esto, la bebé seguía dormida. De pronto abrió los ojos y vio un mundo extraño: un gato saltaba, un perro le ladraba a las ardillas, las abejas zumbaban en paz. «La hospitalidad de los animales», pensé. En 2009, como años atrás, el mundo era un desastre, pero alguien abría los ojos con felicidad, en compañía de los animales.

Para el Nacimiento que montó en 1959, Pellicer escribió estos versos: «Bueno: ha nacido el cielo. / Se oye nacer lo que ha nacido / y lo que seguirá naciendo.»

Los ojos de los recién nacidos son azul grises, como la luz que Carlos Pellicer perseguía en su Nacimiento. María observó la escena con curiosidad, vimos el resplandor que nos miraba y el poeta volvió a tener razón: el cielo cabe en una casa.

I

El conteo comienza: las 12 p.m.

Llegué a la cita y encontré la mirada insomne de Jacinto Van Beuren, coguionista de un proyecto en el que me embarqué a última hora. Jacinto había pasado varias noches en vela viendo un DVD tras otro de la serie de televisión *24*. Lo mismo me ocurría a mí. No recuerdo otro programa tan adictivo, capaz de alterar la conducta y la percepción del entorno.

24 narra una historia de acción pura en el perturbador ritmo del tiempo real. Durante un día el agente Jack Bauer vive atenazado por intrigas. En esa jornada sin tregua, la paranoia es la forma elemental del sentido común. Sólo sobrevive quien sabe desconfiar. Poco importa que un fleco de la trama carezca de lógica; los sucesos se precipitan a tal velocidad y con tal sentido de la urgencia que el espectador no tiene otro anhelo que llegar al final. *24* exige ser vista con el angustioso impulso de los fugitivos: la única forma de sobreponerse a la presión es seguir adelante.

La atmósfera de la serie depende de la amenaza terrorista. En un planeta donde la guerra ha perdido las nociones de línea de fuego, retaguardia y tierra de nadie, el espanto puede surgir de cualquier parte. A diferencia de otros combatientes, el terrorista no busca ganar sino persistir. Su estrategia no es la del triunfo sino la del daño. Uno de sus recursos básicos consiste en infiltrar al enemigo para afectarlo en mayor proximidad. Por eso el combate del terrorismo implica una doble defensa: contra el adversario y contra los compañeros que pueden estar a su servicio. En esta encrucijada nada es tan difícil ni peligroso como creer en alguien.

La influencia social de *24* es decisiva para entender lo que me pasó con Van Beuren. Nos habían pedido que hiciéramos una adaptación del episodio de los gemelos prodigiosos del *Popol Vuh*, libro sagrado de los mayas. Como ocurre con la mayoría de los proyectos cinematográficos, nadie sabía si éste se llegaría a filmar pero el guión se necesitaba para ayer. Unos productores norteamericanos confiaban mucho en el México prehispánico porque habían visto la película que

Mel Gibson rodó en maya. Mis credenciales para participar eran las siguientes: mi madre es yucateca, escribí un libro de viajes por la península y me gusta el fútbol (los gemelos del *Popol Vuh* practican el juego de pelota y para los productores eso tenía que ver con el *soccer*). Por su parte, Jacinto tenía a su favor haber estudiado antropología, ser chiapaneco y escribir con solvencia en inglés. Mi colega adquirió esta última destreza en Los Ángeles, donde se dedicó a la dianética durante algunos años.

Nos pareció estupendo trabajar de noche. Habíamos visto suficientes películas policiacas para envidiar la energía de quienes luchan a deshoras. Antes de reunirnos hablamos por teléfono. Jacinto ofreció llevar un estupendo café de Tapachula.

Al llegar a la oficina, respiré el aroma del café. Me serví la primera de las muchas tazas que esperaba convertir en episodios de película. El café me supo raro, pero no dije nada. De cualquier forma, cometí un error protocolario. Le pregunté a Jacinto si le gustaba 24.

—¿Cómo sabes? —preguntó a la defensiva.

¿Debía contestarle que se veía tan desvelado como el agente Jack Bauer? Sus ojeras eran tan preocupantes como las mías. Me limité a comentar que se trataba de la serie de moda.

—¿Crees que me gusta lo que está de moda? —Me vio con ojos agresivos.

Respondí que a veces lo magnífico se pone de moda. Esto no lo tranquilizó.

—¿Todavía te odian en Yucatán? —agregó, como si dispusiera de información confidencial.

El tema podía ser delicado. Para un lector ajeno a Yucatán el libro que escribí sobre el lugar es un claro elogio. Sin embargo, algunos lugareños juzgaron que la ironía que el autor ejerce sobre sí mismo resulta abusiva si se refiere a las costumbres yucatecas, que apenas conoce.

Como no quería entrar en esa polémica, dije una frase del general Torrijos:

—«Uno escoge a sus amigos pero no a sus enemigos.»

—¿Te gusta el café? —preguntó. Sabía a sopa de ratón.

—Está buenísimo. —Bebí un largo trago para confirmarlo y me despellejé el paladar.

—Lo compré en Coyoacán —informó él—. Se me acabó el café de Chiapas y traje esta porquería.

Entonces recordé que los grandes grupos de rock convierten sus pleitos en música. Nuestro guión tenía futuro.

Van Beuren había ordenado la trama del *Popol Vuh* en estampas, al modo de un cómic. El recurso era útil para situar las escenas. Ahora necesitábamos encontrar el tono de la narración.

—Me han dicho que eres bueno para eso. —Jacinto metió una cuchara en su taza y la hizo girar con parsimonia, en espera de que yo comentara algo.

—¿Soy bueno para tener un tono? —pregunté.

—Eso dicen —contestó, como si se tratara de una habilidad parecida a la de depilar cejas.

Me asomé a la ventana y vi una camioneta blanca. Recordé la película *Traffic*. La camioneta podía estar llena de radares para captar nuestra conversación. ¿Estábamos en una oficina de seguridad o en una oficina cualquiera? ¿De dónde salía Van Beuren? ¿Me estaba alterando con una técnica dianética o simplemente era insoportable?

Encendí la computadora en la página de Google. Busqué «Jacinto Van Beuren». Nada. En una esquina de la pantalla vi la agenda electrónica que me envió mi amigo Philippe. Un directorio muy completo de escritores. Ahí sí estaba Van Beuren. Anoté su teléfono. ¿Era tan mal guionista que no había alcanzado una mención en Google?

A las 2.32 a.m. Jacinto fue al baño. No eran horas para hablar por teléfono pero yo estaba ante una emergencia antiterrorista. Marqué el número que había copiado de la agenda electrónica. Una voz pasmosamente despierta me informó que Jacinto Van Beuren ya no vivía ahí. No vivía ahí porque estaba muerto.

Colgué de inmediato, temiendo que mi llamada fuera interceptada.

Si Jacinto Van Beuren había muerto, ¿quién era la persona que salía del baño y se me quedaba viendo?

—Te tiemblan las manos —dijo.

—Es por el café —contesté.

II

El conteo avanza: hacia las 12 a.m.

El *Homo videns* se deja influir por lo que mira. Esto cobró especial relevancia a las 3.23 de la mañana. Me encontraba en una oficina para escribir un guión sobre el *Popol-Vuh*. Mi coguionista se había presentado como Jacinto Van Beuren y yo acababa de averiguar que la persona que respondía a ese nombre estaba muerta. A esas alturas no había lugar para las simples coincidencias. Descarté la posibilidad de que el verdadero Jacinto Van Beuren tuviera tocayos. Estaba ante un impostor. Tuve ganas de decir que yo era Jack Bauer, agente antiterrorista, pero me contuve. No podía revelar mis cartas.

Fui al baño y me lavé la cara con agua fría. Me vi al espejo: «Has visto demasiada televisión; estás grave», me dije, pero no sirvió de nada.

El café se había enfriado en mi taza. Sabía aún peor que antes. Sentí un leve mareo. Jacinto no había bebido nada después de su primer sorbo. ¿Por qué anunció tanto que llevaría café? ¿Me estaría envenenando? No: yo no le servía muerto; me necesitaba vivo; subordinado, pero vivo.

Después de discutir por una escena de persecución, me preguntó:

—No tienes visa para Estados Unidos, ¿verdad?

Era cierto, mi visa estaba vencida. Se lo había dicho a uno de los productores. En caso de que hubiera una reunión en Los Ángeles, yo no podría asistir. Esto le daba ventajas a Jacinto. Aprobó mi idea para la secuencia de persecución. Tal vez lo hizo porque podría modificarla en una reunión en Los Ángeles.

A las 5.56 me atreví a preguntarle si usaba seudónimo.

—A veces —respondió—: cuando el trabajo me avergüenza.

Nos volvimos a dirigir la palabra a las 6.25. Él trabajó más que yo. Me dediqué a vigilarlo y a pensar en su seudónimo.

Necesitaba hablar por teléfono, a solas, pero no tengo celular. Aproveché que él se agachó a recoger una galleta para quedarme con el suyo. Fui al baño y le hablé a mi amigo Philippe. En voz bajísima le di el teléfono del «otro» Van Beuren y le pedí que averiguara cuándo y de qué había muerto.

—¡Son las 6.48! —protestó, como si eso importara.

—Si no hablas, estas palabras serán las últimas que oigas —colgué con manos trémulas.

Me pregunté si Jacinto podría rastrear la llamada que yo acababa de hacer. De cualquier forma volví a hablar con Philippe.

—No me pude comunicar: está descolgado —informó.

Aunque podían haber descolgado para evitar más llamadas a deshoras, temí que mis imprecisos enemigos hubieran entrado en casa de Van Beuren.

Regresé a confrontar al falso Jacinto.

—Estuve revisando internet —me dijo en tono acusatorio.

Desvié la vista a un grueso libro de historia de los mayas. Jacinto lo había consultado para sacar datos. Un regusto amargo me subió a la boca. El guionista me había dado un café infame y quizá tóxico, y el verdadero Jacinto Van Beuren estaba muerto. Eran las 7.13 y las manos me temblaban. Actué obedeciendo un impulso ciego. Tomé la historia de los mayas y me lancé sobre Jacinto. Lo golpeé con el lomo, abriéndole la mejilla. Arranqué una hoja y la presioné sobre su sangre para tener una muestra y poder identificarlo.

—¿Quién eres? —le pregunté. Jacinto logró zafarse:

—¡Estás enfermo! —gritó. Luego señaló una página de internet—: Te estoy investigando. Hoy tienes que entregar un artículo para *Reforma*. Es jueves, publicas los viernes. No has dormido en toda la noche. No has ayudado en nada en el guión. Estás pensando en otra cosa. ¡Eres un parásito de mierda! ¿Por qué propusiste que trabajáramos hoy? ¡Habla, parásito!

—Yo no lo propuse —contesté.

—¡No mientas! Te dije que nos viéramos mañana, pero insististe que fuera hoy. Sé cómo operas: no tienes información fresca, has salido del circuito, tus fuentes han dejado de confiar en ti, la presión te está afectando: necesitas un tema para un artículo, lo del guión no te interesa. —Me vio con ojos encendidos.

—¡Jacinto Van Beuren está muerto! —lo confronté.

Con inquietante sangre fría me dijo:

—¿Y?

—¿Por qué usas su nombre?

—Soy poeta. Me da vergüenza escribir guiones. Jacinto era amigo mío. —Añadió, con resignado desprecio—: Él se hubiera conformado con esto. —Hizo una pausa, se tocó la mejilla—: ¿Tenías que partirme la cara? ¿Tan desesperado estás? ¿A qué hora cierran en *Reforma*?

Le pedí disculpas pero advertí que un objeto le abultaba la cintura. Me sorprendió no haber notado antes su pistola.

—¿Estás armado? —Señalé el bulto.

Se levantó la camiseta y mostró el estuche de su celular. Le volvía a pedir disculpas. Luego pensé en su capacidad de manipulación y dije:

—Has visto demasiados programas de 24.

—¿Yo he visto demasiados programas? —Tomó un abrecartas y se acercó hacia mí—: No me hables golpeado, Jack Bauer. Estás aquí para buscar un artículo. Nunca quisiste escribir el guión. —Sentí el abrecartas en mi yugular.

A partir de las 8.22 estuve de acuerdo en todo con Van Beuren. Él me dio el tema de esta historia. Juro que no se me había ocurrido antes. Su estrategia fue infame y perfecta: desvió mi atención para quedarse como único guionista. Es un conspirador de alta escuela. A las 11.30 dijo:

—Son las 11.30.

Eso significaba que en media hora irían por el guión. Añadió en tono predispuesto a la decepción:

—Muéstrame lo que has hecho.

Van Beuren sonrió: mis apuntes eran un desastre. Había pasado la noche en blanco sin hacer otra cosa que desconfiar de él.

—Es mejor que entreguemos mi versión y quedes fuera del proyecto. Estás a tiempo para entregar en *Reforma*; si no escribes de esto estás liquidado.

No quería ser rehén de su conspiración. Pensé en otros temas. Todos eran pésimos. Me rendí a las 12 a.m. Mi tiempo con Van Beuren había terminado.

Terminé este texto a las 19.20. A pesar del cansancio tardé en dormirme. «Es el café», me dije,

«el café de Jacinto Van Beuren.» A las 12 p.m., poco antes de entrar en el sueño, escuché una voz en mi cabeza: «Soy el agente Jack Bauer y éste es el día más largo de mi vida.»

«PASSWORD»

—Ligar se ha vuelto facilísimo —dijo Jorge para estupor de los demás amigos del café—. El que no tiene pareja es porque no tiene internet —sentenció.

En la mesa se encontraba Edwin, cuya soltería ya es legendaria. No sabemos si se trata de una elección o una condena, lo cierto es que no podía estar de acuerdo.

—Yo no tengo pareja, o en todo caso mi pareja *es* internet —dijo, y luego se dirigió a Jorge—: El medio no determina el ligue: tú fuiste ligón analógico y ahora eres ligón digital. Podrías seducir con palomas mensajeras, o incluso con gallinas.

Según Edwin, los sitios de contacto en internet son atractivos para quienes de cualquier forma ligarían en un andén del metro. En cambio, Jorge se siente determinado por la tecnología: la red lo metió en laberintos sentimentales de los que no puede salir. Sus últimas tres novias fueron cortejadas en Facebook. En caso de que tenga una hija, debería ponerle Arroba.

El correo electrónico ha transformado la forma en que la gente se conoce, pero también la forma en que se separa.

Una frase resume el nuevo código de confianza: «Ya somos pareja pero todavía no le doy mi *password*.» El tema es sumamente delicado. ¿Qué tan necesario es tener la clave de entrada al correo del ser querido?

Antes de la época virtual, se podía decir sin gran riesgo: «Nosotros no tenemos secretos.» La pareja hacía un pacto de sinceridad y esperaba que el otro le dijera todo. ¿Hasta dónde se cumplía ese contrato? Digamos que el olvido, las mentiras piadosas, las verdades a medias y la falta de claridad se inventaron para que la franqueza no fuera ofensiva.

Difícilmente aceptaríamos que los demás vieran nuestros sueños, entre otras cosas porque algunos nos avergüenzan a nosotros mismos. Internet no pertenece al inconsciente, pero se le acerca bastante. Es un vertedero de mensajes impulsivos, que se adelantan a la razón, donde la realidad y el deseo se confunden. Ahí las palabras no siempre tienen que ver con los hechos. ¿Vale la pena que

tu pareja lea tus *mails*? Internet ya duró lo suficiente para que muchas separaciones se deban a esa causa.

En la era digital, el primer paso hacia la ruptura consiste en averiguar el *password* de tu pareja o en usar el que ya te dio pero no has tecleado por respeto a la privacidad de un ser querido.

En la película *Caos calmo*, basada en la novela de Sandro Veronesi, el protagonista interpretado por Nanni Moretti se encuentra en la siguiente situación: enviuda en forma repentina y al revisar las cosas de su mujer descubre que ella tenía una amistad insospechada con un autor de literatura infantil. Habla del tema con su hermano y decide entrar en la computadora de su esposa. No necesita *password* para ver los correos del escritor porque ella los ha guardado en una carpeta. Moretti siente tentación de leerlos. Al mismo tiempo, juzga que sólo debe conocer a su amada como ella quiso que lo hiciera. Con pulso seguro, borra los mensajes. Cuando su hermano se entera de esto, comenta con asombro: «Siempre haces lo correcto.» Nada tan difícil como respetar la zona fantasma que de manera inevitable acompaña a otra persona.

Con enorme frecuencia la curiosidad puede más que el miedo y alguien revisa los mensajes privados de su pareja. A veces, el intruso se lleva la decepción de comprobar que vive con una persona cuyos *mails* secretos son memorándums del tedio.

Cuando se ignora el *password*, puede ocurrir un episodio que ya define el comportamiento contemporáneo. «Si amas a alguien, eres su *hacker*», me dijo una amiga, y explicó su aforismo de este modo: «Si en verdad te interesa una persona, debes saber lo que pondría en su *password*». Esto lleva a un tema fascinante: ¿vale la pena espiar a alguien que conoces al grado de poder descifrar el código que resguarda su intimidad?, ¿puedes profanar ese santuario? «Claro que sí», me respondió la misma amiga: «porque la gente cambia.»

Cada cierto tiempo, los servidores aconsejan modificar el *password* por razones de seguridad. En tiempos digitales es peligroso que tus sentimientos cambien antes de cambiar el *password*.

Sin embargo, la seguridad del código cibernético tiene una fisura: los olvidadizos pueden recordar su *password* con una pregunta que les da una pista. Esto también le brinda una clave a los extraños.

Hace poco, un amigo desconfió de su mujer, quiso entrar en su correo privado y buscó la opción «¿Ha olvidado su *password*?». La clave era la siguiente: «Canción favorita del hombre que amo».

Mi amigo tecleó «*Yesterday*», temeroso de que hubiera *otra* canción favorita. Entró al correo de su mujer: el tesoro estaba a la vista. Para llegar ahí, había comprobado que era el hombre que ella amaba. ¿Tenía derecho a espiarla?

Apagó la computadora. Quería desconfiar, pero se le atravesó la felicidad.

PAVO HUIDO

El rico ingenio yucateco bautizó como «pavo huido» a un guiso donde el relleno se sirve sin el pavo que debe contenerlo. El platillo vino a mi memoria porque la recesión mundial ha hecho que los pavos se vuelvan infrecuentes.

Cincuenta años atrás, la temporada navideña era dominada por el bacalao, los romeritos y los turrones. Sólo algunos rancheros de azotea criaban a un guajolote en una de jaula para colgar la ropa y le torcían el pescuezo el 24 por la mañana.

El intrépido paladar nacional disfruta el pavo remojado en mole o en pipián. Por desgracia, no es así como la moda sugiere que se coma en Navidad. Usamos la receta de los colonos norteamericanos.

Aunque se le inyecten néctares, el pavo que se hornea entero resulta insípido para un pueblo capaz de distinguir el chile de árbol del cuaresmeño. ¿Por qué se impuso entre nosotros? Por la misma razón por la que se impuso la cultura pop: es un gran espectáculo. Como el pino navideño o las nevadas que rentaríamos si pudiéramos hacerlo, demuestra que la fecha es especial. Ver un pavo horneado es un triunfo de la utilería: garantiza fiesta. Desde un punto de vista simbólico, está más cerca de la esfera con espejos de las discotecas que de la cochinita pibil. Esto no significa que no le encontremos el gusto, sobre todo si disponemos de suficientes jalapeños. Además, el post pavo mejora en tortas.

A partir de los años sesenta, los Reyes Magos, proveedores católicos por excelencia, perdieron importancia ante Santa Claus, filántropo pagano, y el pavo gringo ganó lugar en nuestras mesas.

No fue fácil aceptar ese guiso de preparación incómoda y resultados simples. Aún recuerdo la Navidad en que mi primo Mickey tuvo que usar una férula después de tanto inyectar el pavo.

Como suele ocurrir con los procesos coloniales, pasamos de la indiferencia a una resignada asimilación y de ahí a considerar que una Navidad sin pavo era como un nacimiento sin Niño Dios. La conducta de mi generación se vio afectada por estos cambios, que resumiré en tres episodios. El protagonista es mi amigo Edgar Magnus, quien me autorizó a usar su nombre con fines edificantes.

En la fase de adaptación al pavo, se consideraba lujoso ganar uno en una rifa. Hace veinte años Edgar fue al festejo del programa de radio donde hacía cápsulas sobre música clásica. Le tocó al lado de una mujer tan guapa que se concentró en el tequila para que no se notara que le estaba viendo el escote. Cuando llegaron los mariachis, él ya había abdicado como experto en Bach y debutó como trovador ranchero. Tuvo tal éxito que el conductor del programa le regaló un pavo «a nombre de todos los compañeros». El animal congelado estaba ahí para una rifa, pero el sorteo resultaba innecesario después de lo que habían visto. Edgar regresó a su mesa como un hombre distinto, y no sólo porque cargaba una pieza de cuatro kilos: la chica del escote lo vio como si él volviera de las cruzadas.

El comportamiento humano depende de convenciones mínimas. Hace dos décadas ganar un pavo a las cinco de la tarde significaba poderío. Esto quiere decir que Edgar llegó a su casa a las cinco de la mañana sin avisar que se le había hecho tarde. Cuando su esposa lo vio con la corbata en la frente, él explicó: «¡Es que gané un pavo!» (mientras tanto, el ave se había descongelado en la cajuela de su Renault 18 y olía mal).

Durante años, mi amigo se arrepintió del talismán con que arruinó su matrimonio. «Imagínate nada más: ¡por un pavo!», me dijo mil veces. De nada sirvió recordarle que hubo un tiempo en que ese animal fue escaso y significativo.

En su segunda fase, Edgar Magnus dejó de ver al pavo como un salvoconducto que le daba derechos de licencioso superhéroe y lo aceptó como una rutina sacrificial (la víctima no era el ave, sino él). Hace diez años compartimos la Navidad de los tres pavos. Edgar siempre ha estado a la altura de su apellido. Si pierde el empleo, te ofrece whisky etiqueta azul. Sin embargo, ese 24 de diciembre todos (incluida su segunda esposa) sabíamos que el exceso gastronómico no se debía a su generosidad. Después de perder a una mujer por confiar demasiado en un pavo, quería retener a otra con dos pavos de refuerzo. Para atenuar suspicacias dijo: «El pavo está baratísimo.» Era cierto, el producto que antes parecía criado por selectos mormones de Salt Lake City ahora se reproducía en los supermercados.

Esto trajo otro problema. Edgar se durmió en la autopista a Querétaro, y la culpa fue del pavo. Resulta que esa carne blanca tiene una sustancia levemente narcótica. Si te pasas de rebanadas, te da sueño. Mi amigo lo averiguó del peor modo. Del 25 al 28 comió sobras de la cena de Navidad e incluso preparó sándwiches para el camino. Cerró los ojos y acabó en un sembradío. La familia salió sin un rasguño, pero el auto fue pérdida total. El pavo barato costó un Stratus.

El episodio del tercer tipo es el más difícil de contar. Edgar ha visto ovnis («pero no me han abducido», aclara, convencido de que le creemos y estamos a punto de preguntarle cómo son las chicas de Alfa Centauri).

Alguna vez, en la playa de Mocambo y el desierto de Altar, vio luces que su mente condensó en naves y su superstición en gurús lejanos (sintió una paz que no le ha dado el yoga).

¿Cómo se conecta esto con los pavos? La crisis económica ha cambiado los menús de temporada; los precios de los alimentos han hecho que los peneques y los tlacoyos vuelvan a

parecer sabrosos. Sin embargo, en días de recesión Edgar ha visto pavos. Sus amigos, conocedores de sus aficiones de ufólogo, pensamos que no se trata de un suceso comprobable, sino de un «avistamiento de pavos».

El pasado 20 de diciembre cenamos en su casa. Pensamos que nos daría pavo prenavideño, pero no fue así. «Edgar come con los ojos», su mujer usó el refrán destinado a quien se sirve porciones que no puede acabar. Para nosotros, la frase tuvo otro sentido.

En los duros tiempos por venir el pavo será un ovni casero. Sólo los ojos de Edgar Magnus podrán verlo.

EL PELUQUERO DEPRIMIDO

Fui trasquilado por falta de amor a la humanidad. Naturalmente, tardé en advertir que la rapada tenía causas morales. Todo empezó con la difícil tarea de encontrar en Barcelona una peluquería que no pareciera un laboratorio de *nouvelle cuisine*. En los locales con sillones de diseño, los pelos se transforman en fideos de dramática posmodernidad. La verdad sea dicha, me gustaría tener suficiente material para someterme a esa aventura, pero pertenezco a la especie rala que sale de la peluquería de moda sin otra distinción que sugerir que el corte se hizo con cortaúñas.

En una esquina del Ensanche encontré la clásica peluquería simple: tubo de tres colores en la puerta, sillones giratorios de cuero, infinidad de frascos de plástico y fotos recortadas de revistas, con fantasiosos cortes de pelo que están ahí de adorno pero nadie pide. Un hombre de unos setenta años barría el piso. Llevaba la filipina blanca de los barberos de antes, incapaces de bautizar su negocio como «Edoardo» o, peor aún, «D'Edoardo».

Tal vez para demostrar que no está en posesión de un arma blanca, el hombre con tijeras no para de hablar. Cuando se limita a fumar mientras esculpe un copete en forma de budín, despierta toda clase de sospechas (en este axioma se basa la película *El hombre que nunca estuvo ahí*, de los hermanos Coen). El peluquero en cuestión pertenecía al modo canónico: activaba las tijeras aunque no cortara, como un tic para tomar impulso, y hablaba sin freno ni cansancio, a pesar de que uno de sus temas era precisamente el cansancio. Tres meses atrás, su socio había sido asaltado en una estación del metro y no quería volver al trabajo, abatido por la depresión. Él tenía que atender a todos los clientes. Había buscado un sustituto, pero no corren tiempos de gente de tijera. Me hizo ver que los negocios nuevos se llaman «estéticas», como si ahí oficiaran teóricos hegelianos. Por contraste, comentó mientras me untaba la espuma de un jabón barato, los locales tradicionales deberían llamarse «éticas».

Durante tres meses, el hombre dedicó sus domingos a visitar a su socio. Caminaban en la playa en compañía de un perrito, hablaban de las décadas compartidas en un rectángulo de dos por cuatro hasta llegar al momento fatal: la boca del metro, el asalto, el temor a perderlo todo, el sinsentido de cortar pelo. Una desolación profunda trabajaba por dentro a su amigo y le impedía abrir tijeras.

La depresión del socio acabó por deprimir a mi peluquero. Consultó a un psiquiatra y le recetaron ansiolíticos. Hablaba de su propio mal como si fuese un efecto secundario y llevadero de la depresión original, la de su amigo.

En las siguientes visitas se quejó del exceso de trabajo y volvió a hablar de su socio, cuya tristeza informe hacía que él tomara calmantes. Aunque no se asumía como enfermo, su relato trataba de un paciente, el socio, que producía dos malestares. Cuando el otro se curara, los ansiolíticos serían un frasco más en la repisa, semejante al spray de Vetiver.

Al cabo de unos meses conocí al segundo peluquero. Tenía la mandíbula cruzada por una cicatriz y arrastraba un pie. Me saludó de mal talante: dos clientes aguardaban turno. Los vio de reojo y dijo, con una mueca conciliadora: «No se preocupe: éstos tienen tan poco pelo como usted.» En unos minutos se hizo cargo de mí; cortaba de prisa y con algún descuido. Le pregunté por su socio. «Está de vacaciones», contestó con una sonrisa oblicua, como si «vacaciones» fuera el sobrenombre de un hospital, un manicomio o un cementerio. Miraba de modo curioso, tal vez concentrado en los pelos en las orejas, y hablaba sin cesar, en tono atropellado. No entendí o, mejor dicho, no quise entender lo que decía. Extrañé al otro peluquero, cuya auténtica enfermedad era su socio.

Me refugié en una revista de mujeres desnudas y escritores famosos. Fui absorbido por una prosa sensiblera; el autor luchaba contra las injusticias del planeta con aires de superhéroe. De cualquier forma, era suficientemente deplorable para no dejar de leerlo: lo pésimo magnetiza más que lo malo. Me perdí en la argumentación del articulista que salvaba al mundo. Cuando alcé la mirada, encontré en el espejo a una persona que se me parecía y venía de un campo de exterminio. El peluquero sonreía como si mi cráneo fuera su terapia. El asaltado había regresado para vengarse.

Un artículo de Chesterton, «El barbero ortodoxo», me hizo pensar en otra moral para la historia: «Antes de que alguien hable con autoridad de amar a la humanidad, insisto (e insisto con violencia) en que debe estar siempre agradecido de que su barbero trate de hablar con él. Su barbero es humanidad: que ame eso.» El barbero conversacional representa para Chesterton la primera frontera de la tolerancia. Si alguien es incapaz de oírlo divagar sobre el clima o la política, que no diga luego que se interesa en el Congo o el futuro de Japón.

Mi negativa a oír al segundo peluquero se debía a lo que me contó el primero, pero las tareas humanitarias no admiten sustituciones. En el sillón giratorio hay que oír a *todos* los peluqueros.

La cobardía o una abstracta superstición me hicieron repudiar lo que aquel hombre llevaba dentro. El resultado quedó a la vista. No es casual que, ante las vistosas tentaciones de las «estéticas» para el pelo, el peluquero original, y ahora ausente, haya propuesto que su negocio se llame «ética».

UN PROFESIONAL DEL MIEDO

Alvarado Gutiérrez es alguien sin nombre de pila, al menos para mí y los amigos comunes. Durante décadas hemos evitado la posibilidad de que su rostro tenga la confiada calma de quien se llama Ernesto.

En la ruidosa infancia, atravesó el patio del colegio sin que nadie se atreviera a buscarle un diminutivo o un apodo. Ya en la secundaria, cuando el revuelto rebaño adquiere identidad cívica y se clasifica por apellidos, se convirtió en el inmodificable Alvarado Gutiérrez.

Desde que lo conozco, es imposible verlo sin tener un susto. Y no es que se comporte como un villano tenebroso. Lo que mueve a espanto es lo asustado que él está.

Alvarado Gutiérrez nació con un rostro especializado para la alarma. No es necesario que algo suceda para que sus ojos miren con genuino pavor.

Hay gente de indiscutible simpatía genética, trazada por el ADN como si fuera a salir en *Los Picapietra*; gente de quijada rectangular y esperanzadora sonrisa, que puede meternos en cualquier aprieto sin disminuir su buen humor.

Otras personas, más extrañas, tienen la indescifrable cara de cualquier persona. Rostros intercambiables, ajenos a un destino previsible y a la noción de «señas particulares».

Alvarado Gutiérrez representa el reverso de esas dos posibilidades. Sus facciones no pertenecen ni a quienes brindan confianza o bonhomía ni a quienes no sugieren nada. Llegó al mundo con mirada de absoluta gravedad y nariz de mayordomo de Europa del Este. El hecho de que sea una magnífica persona refuerza la inquietud que provoca. Su semblante es el de un alma buena que ha visto lo peor.

Los años compartidos nos han llevado a ambiguas situaciones. Sus comentarios suelen ser inofensivos pero su cara los vuelve dramáticos. Cuando compré mi primera máquina de escribir (una Olivetti Lettera 22) se asomó al teclado y dijo en forma inolvidable: «El alfabeto está revuelto.» Sus palabras salieron sin énfasis, pero me produjeron instantánea alarma. ¡Había

comprado un aparato de locos que empezaba por la *q*! Escribir a máquina me pareció una insensatez de la que aún no me repongo. Tal vez por eso golpeo en exceso las teclas y borro las letras. Nunca aprendí mecanografía pero reconozco por instinto el delirante acomodo de las letras. Hace poco, Alvarado Gutiérrez vio el teclado de mi *laptop* y comentó: «Escribes como un ciego.» Sus palabras se referían a las letras semiborradas, pero su semblante parecía sugerir una limitación moral, mi falta de visión ante los textos.

No creo que nadie le haya dicho nunca que tiene cara de angustia por la sencilla razón de que él es el primero en asumirlo. En tiempos de precariedad, quiso conseguir un sueldo con su cara y fue a los Estudios Churubusco a probarse como extra de una película de terror. Lo rechazaron de inmediato porque su expresión carece de matices: no representa a alguien que se asusta al descubrir al babeante monstruo, sino a quien está asustado antes de verlo.

De manera lógica, llevó su pasión por las imágenes a otro territorio: decidió ser laboratorista y revelar negativos en la solitaria compañía de un foco rojo. Trabajó con éxito en esta función hasta la tarde en que el gerente de la empresa entró al cuarto oscuro de improviso, vio aquel rostro de terror en la semipenumbra y sufrió un infarto que le permitió cumplir por otra vía el recorte de personal que había previsto.

No todas las reacciones que mi amigo provoca son de ese signo. Sus ojos de fin de mundo han cautivado a mujeres dispuestas a rescatarlo de la tragedia y sus efectos especiales. No vacilo en decir que ha sido feliz. Alvarado Gutiérrez ha superado con creces su notable impedimento.

En los repetidos encuentros casuales que tenemos en la ciudad, he constatado el desconcierto que suscita entre quienes lo miran por primera vez. Su presencia provoca un malentendido instantáneo que él combate con ironía, diciéndome en voz baja: «Otro amor a primera vista.»

Hace poco tuvimos una de esas conversaciones que sólo permiten las amistades blindadas por los años. Me dijo que en algún momento de su vida alguien le sugirió una operación facial, pero él optó por ser fiel a su amedrentada personalidad. «No me arrepiento», comentó: «hubiera dejado de ser yo.» Me atreví a preguntarle si podía tener sosiego sabiendo que cualquier espejo lo confronta con una angustiada palidez y ojos brillantados por el pánico. Me vio como si yo hubiera dicho algo espantoso, cosa perfectamente normal, pues siempre mira así. Luego me explicó, con su habitual paciencia, que para él nada sería tan terrible como lucir contento.

Alvarado Gutiérrez ha vivido para contradecir un refrán: «Al mal tiempo, buena cara.» Su rostro de náufrago sin balsa oculta un temperamento dichoso.

A últimas fechas, su popularidad ha aumentado enormidades. Los amigos lo buscan sin cesar y los conocidos quieren acercársele. El clima de violencia en que vivimos ha normalizado su cara. Y no sólo eso. Su espléndido carácter brinda una prueba de entereza: ha visto lo peor y no se agüita. Alvarado Gutiérrez se responsabiliza del entorno con sus facciones y lo hace llevadero con su actitud y sus palabras.

Todos los días, los periódicos publican el número de ejecuciones, el marcador rojo de la sangre. Al saldo del crimen organizado se agrega la inseguridad común que padecemos. La gente

quiere estar cerca de mi amigo para convencerse de que es posible sobrevivir en el horror. Su cara se ha vuelto de interés social. Le comenté esta hipótesis y sonrió a su escalofriante manera.

Le pedí permiso para escribir sobre él y me advirtió: «Las apariencias engañan. Conozco gente con nariz de ángel que no tiene paz. Yo me la paso bien.» Alvarado Gutiérrez habla con la seguridad que le da ser un hombre de su época.

El héroe asustado se divierte.

¿DEJO PROPINA?

En 2009 pasé dos semanas en Japón, país exótico en el que no se da propina. Desde mi llegada me advirtieron que estaba en un territorio donde la gente hace su trabajo sin recompensa adicional.

Fue así como me embarqué en una situación inédita: el síndrome de abstinencia ante la propina. Cada vez que alguien me hacía un favor, un reflejo atávico dirigía mi mano a la cartera. Aunque la transacción era imposible, mi mente especulaba en cuántos yenes separarían al hombre justo del ostentoso.

Esto me llevó a repasar el trato que en México tenemos con el arte de dar óbolos. Como vivimos sumidos en desconfianzas y despechos, el que da mucho no siempre queda como generoso. Su magnanimidad puede ser vista como agresión: tiene tanto que se da el lujo de derrochar. En otras palabras: la propina es una confesión que nos condena y un psicoanálisis que nos trauma. Nadie queda contento con lo que da ni con lo que recibe. El trámite ocurre como una obra de teatro donde todo es inverosímil. El mesero llega a la mesa como un lacayo dispuesto al sacrificio: «A sus órdenes, mi señor.» Se trata, por supuesto, de una falsedad. Si le preguntas qué te recomienda, sugerirá lo más caro. La limosna no depende de la generosidad, sino del monto de la cuenta. En consecuencia, lo que el hombre de filipina desea es que te emborraches con algo muy costoso. Sería estupendo poder recompensarlo por traerte agua como un rescatista de la Cruz Roja. Por desgracia, este gesto humanitario no sucede. Ante el sediento, el mesero ofrece Evian o Perrier, aguas caras que dan propina.

Otro problema proviene de nuestra esotérica relación entre el efectivo y el crédito. De pronto estás en un hotel de Poza Rica —situación dramática en sí misma— y alguien llama a tu puerta. Es el mesero que te atendió en la cena. Viene con cara de condenado y explica que el patrón no le da las propinas del *voucher*. Sólo reconoce el efectivo. Acto seguido, muestra un aparato para planchar de nuevo tu tarjeta, sin que incluyas la propina. Ha llegado hasta ahí con ese adminículo, pero sin cambio. Quedan dos opciones: o le das una propina desmedida o pasas a otro billete, que es raquítico. ¿Qué reputación debes dejar en Poza Rica? La vida te ha llevado a un problema que nunca pensaste tener. Tu esposa tampoco tiene cambio. Entonces recuerdas que ella nunca tiene cambio y

cuando te presta el coche tienes que ponerle gasolina. Piensas en el divorcio y tu cara se vuelve más amarga que la del mesero en pos de su propina.

La vida puede cambiar a causa de ese forzoso donativo.

Todas las ramas del turismo presuponen una recompensa adicional. Tal vez porque el crimen es ya incontrolable, los policías han decidido actuar como empleados turísticos. No me refiero al tradicional soborno, sino a los servicios que de vez en cuando ofrecen. Llegas a un estacionamiento y un hombre de uniforme te pregunta: «¿A quién visita?» Como se trata de un teatro del INBA, dices: «Al licenciado Vania», inventando a un funcionario que otorga prestigio chejoviano. Este ritual establece un pacto: el sitio es público, pero *él* te dejó pasar. «Yo le cuido la unidad», dice para refrendar el contrato social. Al salir, le das propina. La mayoría de los servicios públicos dependen de la voluntaria subvención del ciudadano. Algunos son en verdad misteriosos. Mi favorito es el de los limpiadores de alcantarilla. Un hombre empuja una carretilla llena de lodo y dice que la sacó de tu calle. ¿Es eso comprobable? Por supuesto que no. Mi amigo Carlitos Espronceda, que vive en Guadalajara, dedicó una mañana a seguir a un hombre con su carretela de lodo. Lo vio recolectar monedas en las casas sin abrir una sola alcantarilla. Al final de la jornada, el mendigo tiró el lodo en cualquier parte. Desde entonces, Carlitos se burla del fango, la pordiosería y el engaño en que vivimos los habitantes del DF.

También hay variantes sentimentales de la mendicidad. En las inmediaciones del Estadio Azul, abundan los jóvenes ataviados con la camiseta de la Máquina Celeste. Ponen cara de pasión por el deporte al preguntar: «¿Me completa mi boleto?» ¿Cómo no apoyar a los tuyos? Casi todos mis amigos son seguidores del Cruz Azul (en los años setenta, cuando el equipo ganaba, ellos era niños ambiciosos). Esto quiere decir que han depositado grandes propinas en manos de quienes jamás compran un boleto.

«Lo que define a México es la mano del egipcio», me dijo hace poco mi amigo Fernando Espinosa. Seguramente, en las tumbas de los faraones, los hombres de mano tendida representan una función religiosa o por lo menos amable. Para nosotros, representan el jeroglífico de los pedigüños.

Maximiliano de Habsburgo se adaptó a México demasiado tarde: murió dando propinas. ¿Qué tanto me adapté yo a Japón? Poco antes de salir supe que si compras algo con valor de diez mil yenes (por ejemplo, un melón) y tienes pasaporte extranjero, te hacen un descuento. Encontré el programa de Nintendo que me pidió mi hija, mostré mi pasaporte y ocurrió un doble acto de identidad: ser mexicano me concedió una rebaja. Sentí la felicidad patria de quien recibe su propina.

Si quiere leer este artículo pase a la siguiente línea.

Lo sentimos: esta frase no está en servicio. Pase a la siguiente.

¿Quiere que lo atienda un redactor?

Por el momento todos nuestros redactores están ocupados.

Le pedimos que espere en esta frase y al cabo de unos segundos baje la vista.

Opción incorrecta: debe esperar más tiempo.

Gracias por esperar: será un gusto atenderlo.

Si desea ser atendido por el director editorial, aguarde un momento.

Le recordamos que tenemos suscripciones a la venta y que nuestro papel es reciclable.

Por el momento, no es posible atender su solicitud.

Si desea contacto con un corrector, pase a la siguiente línea.

Lo sentimos, el corrector no puede aparecer en esta frase.

Le sugerimos que ingrese al menú de opciones.

Nuestras planas editoriales ofrecen variedad con credibilidad.

Escoja el tipo de artículo que desea leer:

Crítico del gobierno panista.

Crítico del gobierno del DF.

Crítico de todo.

De coyuntura internacional.

Sobre Juanito.

De interés general.

Si escogió «De interés general», le pedimos que sea más específico.

Una vez seleccionado el tema, seleccione el estilo:

Cáustico.

Anecdótico.

Sensible.

Reflexivo.

Acerbo.

Irónico.

Reivindicativo.

Indignado.

Humorístico.

Si desea una combinación de estilos pase a la siguiente línea.

Por el momento sólo podemos ofrecer las siguientes técnicas mixtas:

Patriota nostálgico.

Gozoso tradicional.

Celebratorio tricolor.

(Estas opciones son patrocinadas por los festejos del Bicentenario. Si desea técnicas puras, siga adelante).

Este espacio le ofrece la mejor calidad en prosa, con adjetivos aprobados por la Real Academia de la Lengua.

Consuma mejor lenguaje en menor espacio: 83 líneas certificadas (si falta alguna, se la abonamos en el siguiente artículo).

Si usted es mexicano, imagínese como extranjero y piense en la calidad que le brinda este espacio. Seguramente desearía ser mexicano.

Si usted es extranjero, desee ser mexicano.

¡Gracias por preferirnos!

Si quiere que el artículo responda a su psicología, pase a la siguiente línea.

Defínase como lector. Es usted... Radical.

Romántico.

Hipertenso.

Introspectivo.

Conservador.

Fóbico.

Pesimista.

Igualitario.

Melancólico.

Lo sentimos, no hemos podido registrar su temperamento. En este momento trabajamos con un solo carácter: Indeciso.

No esperamos que opte por un estilo porque usted se caracteriza por no saber lo que desea, o por desear dos opciones contradictorias. Le pedimos que se concentre y no arruine su meta con variables que no están disponibles. Si es capaz de concentrarse, pase a la siguiente línea.

¡Felicidades! Su permanencia en este artículo es un triunfo de la voluntad.

Ofrecemos un servicio de calidad y confianza. Nuestros artículos son inéditos hasta que usted los lee.

Si usted desea leer a otro columnista desvíe la vista a la izquierda o hacia abajo.

Si desea ser atendido en este espacio, le pedimos que espere.

Lo sentimos: su tiempo ha terminado.

Regrese a la primera frase o aguarde la llegada del punto final:

.

«QUO VADIS, DOMINE?»

Cuando llega la hora del flan, las comidas familiares languidecen. No siempre se encuentran temas de conversación y hay que decir algo antes de que se escuche la pregunta que señala el fracaso de la reunión: «¿Quieren más café?»

Si mi hija está presente, hay pocas posibilidades de que el silencio prospere. «¿Me dejas terminar la frase?», dice Inés, que a sus ocho años ha aprendido que ésa es la manera de terminar *mis* frases. Ni ella ni yo estamos dispuestos a admitir que hablamos cuando el otro ya decía algo. Aprovechamos las pausas para comentar: «Lo que *yo* iba a decir...» Aunque se trate de algo que se nos acaba de ocurrir, fingimos que queríamos expresarlo desde mucho tiempo atrás pero no pudimos hacerlo porque vivimos en una familia donde no nos dejan hablar.

El otro día ella me interrumpió para decir algo de una amiga que actúa como si fuera mayor: «Se cree adulta, pero sólo es pesimista.»

El aforismo me puso a pensar. El requisito básico, aunque no suficiente, para ser percibido como adulto es tener una visión negativa de las cosas. Quise reaccionar con madurez y pensé en el tránsito.

Mi sobrino Federico estaba presente y se me ocurrió comparar el tráfico del DF con el de Guadalajara, ciudad donde él nació. Yo acababa de regresar de la Feria del Libro de Guadalajara y tardé una hora en ir de los pabellones de exposición a Zapopan, donde la Virgen hace milagros sin incluir la vialidad. «Sí», concedió Federico, «pero en Guadalajara nunca he hecho dos horas para llegar a un lugar.»

Esto dio pie a una tarea favorita de los chilangos: cada quien habló de su embotellamiento récord. La familia había estado estancada durante tanto tiempo que atribuimos a ese rezago maldiciones que tal vez tengan causas menos evidentes.

Un primo habló de un naufragio de siete horas al que sólo sobrevivió porque admira *Robinson Crusoe* y porque llevaba una botellita de Frutsi donde pudo orinar. De ahí pasamos a la nostalgia bucólica: todo mundo se acordó de maizales en sitios donde ahora hay una mueblería Elektra.

El pesimismo de los adultos dio razón a Inés hasta que una sobrina habló de la forma en que un embotellamiento salvó su amor. Había terminado con su novio y se quedó detenida en la glorieta de Vaqueritos. El sitio no podía ser más deprimente. Además llovía, estaba harta de oír los asesinatos de la radio y no llevaba un CD. En eso, sonó su celular. Era el novio al que acababa de cesar. Mi sobrina contestó, sólo por hacer algo. Durante dos o tres o cuatro horas (el amor es intemporal) escuchó las maravillosas palabras que su ex novio llevaba dentro y no se había atrevido a decir. Ella lo oyó arrobada hasta que se le descargó la pila (esto la hizo pensar que él podía hablar así por siempre). Sólo al estar varada más allá de toda esperanza entendió lo que valía su relación. Un embotellamiento puede ser positivo.

Entonces alguien dijo que mi hermano Miguel aprendió griego clásico oyendo casets en el tráfico. Él no estaba presente, de modo que no pudimos confirmarlo, pero seguramente es cierto: sus numerosos conocimientos lo hacen capaz de narrar la caída de Constantinopla en tiempo real. Sobrevino un silencio admirativo: el tráfico fue visto como una oportunidad académica para aprender griego.

Me sentí en falta ante las opciones que brinda estar estancado. «Tú escribiste lo de las gorditas de nata», dijo mi mujer, en el cariñoso tono de los logros menores. Por desgracia, los demás quisieron saber de qué se trataba. Expliqué que la gastronomía automotriz ha creado una botana específica para el conductor embotellado. Supe de esto en la salida a Puebla, donde un letrero informaba: «Gorditas de nata: prepare su cuota». Poco más adelante, otro letrero sofisticaba el tema: «Gorditas d'nata». A partir de entonces, la botana se presentó en otros sitios, siempre entre los coches.

Las tradiciones populares responden a causas misteriosas. La gordita no resulta especialmente sabrosa para un pueblo que ama el condimento y considera que las enchiladas más digeribles son «suizas».

¿Por qué la gordita prolifera en el tráfico? Mi hipótesis es que no cumple funciones de antojo sino de ansiolítico. Ante el paroxismo de la inmovilidad, no quieres algo rico sino algo que te impida matar a quien invade tu carril. La sedante textura de esa migaja sin sabor obliga a una masticación neutral que mitiga impulsos.

La cocina mexicana produce portentos para cada circunstancia. No es casual que los mejores guisos tengan denominación de origen: la cochinita debe ser de Yucatán, el chilorio de Sinaloa y la gordita de embotellamiento. Si las monjas poblanas perfeccionaron el mole, las sacerdotisas de la economía informal han creado una golosina a la altura de nuestro marasmo.

Después de elogiar el calmante urbano en aquella reunión familiar, cometí el más socorrido error navideño: imaginar que la ciudad es transitable, o que conozco un atajo que pertenece a mi mundo privado.

Aunque hay obras por todas partes y los amigos cuentan negras leyendas que les sucedieron en el tráfico, el intoxicante entusiasmo de temporada lleva al exceso de pensar que circular es posible. El año no fue lo máximo pero quieres terminarlo de manera grandiosa: irás a todas partes. Las

estatuas te miran como San Pedro miró a Cristo cuando se le apareció en la Via Appia: *Quo vadis, Domine?*, parecen decir. Eso no te asusta. Con una ilusión ajena a la evidencia, confías en llegar antes del ate con queso.

El verbo «arrostrar» sólo suena natural en tres circunstancias: al cantar el himno, al morir por la patria y al enfrentar el tráfico sin comer la tranquilizadora gordita de nata (que en tal caso califica como dopaje: los héroes no la piden). El tráfico no puede ser abordado en forma no digamos madura, sino siquiera razonable. Recordé el aforismo de Inés: «Ella se cree adulta pero sólo es pesimista.» Es lo que sucede en los embotellamientos. Entro a las calles como adulto, pero al rato sólo soy pesimista.

RESTAURACIÓN

Durante años, los murales del convento de San Roque se difuminaron bajo el humo de las velas y los corrosivos trabajos del salitre. Los peregrinos que llegaban en Semana Santa y los parroquianos que asistían ahí cada domingo sabían que las imágenes narraban la Última Cena y la Pasión de Cristo y que una bóveda estaba consagrada al atroz temperamento de los diablos.

Pero nada de eso se distinguía con claridad. Los más ancianos aseguraban haber visto en las paredes una lluvia de sangre y un río tumultuoso que ahora se perdía en las sombras. Otros añadían murciélagos, dragones y un improbable dinosaurio.

Los murales fueron un modelo para armar hasta que un equipo de restauradores llegó con suficientes documentos para que los dejaran trabajar sin otra compañía que las moscas. Encendieron un radio y levantaron andamios. Al compás de la cumbia y los recados que ofrecía una estación de la comarca (noticias de burros perdidos y señoras que proponían cambiar una jaula para pájaros por un costal de harina), las caras de los apóstoles fueron lavadas.

Los restauradores habían sufrido para rescatar un sufrimiento peor, la carne torturada de los santos. Durante semanas se ocuparon de unos cuantos milímetros de pared, ataviados con tapabocas para no respirar solventes.

En la penumbra, los diablos recuperaron el amenazante blanco de los ojos y sus lenguas se perfilaron, tan puntiagudas que parecían salir de la pared.

Un nuevo cura, de nombre Monteverde, llegó a San Roque con ganas de soltar palabras. Dijo que los restauradores procuraban una revelación: el Evangelio aparecería sin pérdida en esos muros. Entonces el rasqueteo fue visto como una forma de plegaria. Sin embargo, la primera revelación tuvo un carácter profano. En el sitio dedicado a una de las caídas de Cristo emergió un rostro conocido. Lo que antes era una mancha rosácea se convirtió sin variación alguna en la cara del panadero Gerardo Martín. ¿Qué hacía ahí? El cura Monteverde explicó que los pintores del siglo XVIII solían tomar como modelos a los habitantes de un lugar. Seguramente, Martín había heredado la cara del pariente remoto que posó para el artista. Nada más lógico, a fin de cuentas, que

el Buen Samaritano administrara hoy el «santo olor de la panadería», como decía el poeta López Velarde.

Esto llevó a un juego de adivinaciones. ¿Qué otras personas aparecerían en la pared? San Pedro recuperó sus rasgos, incluyendo el laborioso dibujo de la oreja, pero no se asemejó a nadie. Tampoco la Virgen pudo ser asociada con bisabuela alguna. Un demonio negro tenía un gesto que recordaba al mecánico local, pero era abusivo atribuirle un parentesco. El ADN no siempre persiste en sus diseños.

Según Monteverde, el pintor o los pintores de los murales habían mezclado su propia sangre en los pigmentos para acentuar así la veracidad del martirio. No era extraño que esos fanáticos del realismo se hubiesen servido de modelos auténticos, abuelos de los abuelos que ahora vivían ahí. Pero sólo la cara del Buen Samaritano había resurgido intacta en la selva de los cuerpos y la herencia. Ningún apóstol y ningún diablo se pareció a los pobladores de San Roque. Tal vez quienes sirvieron de modelos se habían ido a otros sitios, o tal vez en esas familias el ADN era tan caprichoso como las modas.

Los protagonistas del drama, Jesús y Judas, tampoco fueron emparentados con personas conocidas. Recuperaron rostros de perturbadora realidad sin ser gente concreta.

En Semana Santa el pueblo se llenó de penitentes. Entonces ocurrió un milagro: Judas llegó con una caja de Nintendo DS para sus sobrinos. Al día siguiente, Jesús entró a una cantina y bebió media docena de Victorias. Judas se llamaba Fredy López, y Jesús, Rigoberto Cámara. Eran idénticos a las imágenes restauradas. Ambos habían dejado San Roque de niños, cuando sus padres se fueron en busca de trabajo a Estados Unidos. Hablaban un español que daba risa y usaban ostentosas cadenas de oro. Se miraban con recelo sin que se supiera bien por qué; corrió el rumor de que Rigoberto le había quitado a Fredy una novia, un trabajo, una *pick-up* o todo eso.

Fredy profesaba una religión rara que le impedía beber, pero de pronto habló como animado por un elixir. Dijo que no había ido a San Roque a regalar Nintendos sino a vengarse de Rigo.

Cuando los rivales participaron en un partido de basquetbol, se supo que estaban tatuados con Vírgenes que lloraban lágrimas azules (la religión de Fredy no le impedía ser guadalupano). Corrió el rumor de que habían estado en una cárcel de Texas de la que sólo se sale con una Virgen en la piel.

Las historias que pasan de boca en boca requieren de un testigo final y fue el cura Monteverde quien reunió lo que ahí se dijo. Él armó la trama en la que apareció una bayoneta que venía de la guerra de Vietnam y estaba en poder de Fredy. Lo contó desde el púlpito, propagando la historia que aún se cuenta con las enmiendas de cada quien.

Alguien señaló que Fredy se parecía al Judas de la iglesia. El visitante se molestó y no quiso ir ahí. San Roque era el pueblo miserable que había perdido en la infancia. Ahora resultaba que ahí tenía cara de villano.

En cambio, Rigo se ufano de su parecido con Cristo. Cortejó a varias mujeres, bebió de

prestado en todos sitios y llegó al extremo de robarse uno de los Nintendos. Había sido abusivo y ventajoso con Fredy, pero el destino lo recompensaba. Tenía las facciones del remoto antepasado que en ese pueblo encarnó el bien.

Fue entonces cuando la historia adquirió sus detalles decisivos. Alguien vio el brillo de la bayoneta, los ojos de miedo de Rigoberto Cámara, la furia incontenible de Fredy, la carrera por las calles polvorientas hasta el convento y la nave de la iglesia donde el perseguido quiso refugiarse. Los otros lo siguieron y una mano tuvo el tino de encender las luces. En lo alto apareció una desacostumbrada narración: Fredy tenía un diablillo en la espalda y besaba a Rigoberto. Las imágenes se sucedían en conocida secuencia: Rigo Cámara era azotado, le encajaban una lanza, le ponían una corona de espinas. Dolorosamente, ahí era Cristo.

El pintor había usado de modelos a los antepasados de Fredy y Rigo. Tal vez también ellos fueron enemigos y por eso los escogió. Fredy vio el dolor, la sangre, los piadosos ojos de la víctima, la exacta tortura que acababa de ser restaurada, y comprendió que ya se había vengado. Dejó caer la bayoneta.

El padre Monteverde la conserva entre las reliquias del convento.

EL ETERNO RETORNO

El reposaobjetos ha vuelto a mí. Mi primer encuentro con este incierto utensilio ocurrió hace doce años, en la boda de Edgar Magnus.

Una extraña costumbre de los almacenes contemporáneos es la «lista de regalos». Aunque resulta práctico evitar repeticiones y que tu boda sea conocida como la de las «siete lavadoras», la generosidad se limita al surtido de la tienda.

Fui uno de los últimos en revisar la lista de Edgar. Quedaban tres regalos: un cuchillo alargado para rebanar *roast beef*, una televisión inmensa con equipo de sonido de «cine en su casa» y un entramado de fierros que parecía una artesanía de mineros bolivianos, aunque no era fácil saber si se trataba de un adorno.

Todo regalo expresa algo de quien lo da. Me pareció agresivo ofrecer un cuchillo con motivo de una ceremonia donde el sacerdote diría: «Lo que une Dios, que no lo desuna el hombre.» La televisión era magnífica pero costaba un ojo de la cara. Me irritó que Edgar, siempre magnánimo, ahora esperara tanto de sus amigos. Además, el aparato se prestaba a malas interpretaciones: dar algo tan ostentoso era un gesto prepotente e incluso oportunista (se acercaba el *super-bowl* y mi amigo podía pensar que me estaba invitando a verlo en su casa).

Pregunté qué significaban los fierros retorcidos y recibí una respuesta admirable:

—Es un reposaobjetos.

Me pareció ideal para Edgar. Si estaba en la lista era porque le había gustado.

Ya no había tiempo para que el regalo fuera enviado a casa de uno de los novios, de modo que me presenté a la boda en San Juan del Río cargando el reposaobjetos. El esnob de Chacho me preguntó si era una escultura ultraísta, y María Luisa, que sabe demasiadas cosas de todo, me felicitó por apoyar a los artesanos mancos que trabajan en la cárcel.

Para no fomentar más conversaciones, dejé el regalo en una mesa donde un cisne de hielo comenzaba a derretirse. Durante dos whiskys pensé en la sociedad de consumo y las ideas del

remoto Thorstein Veblen: hay cosas que se compran sólo porque están en el mercado; ciertos productos deben su suerte a la oferta sin pasar por la demanda. Mi reposaobjetos era un triunfo del capitalismo, capaz de vender incluso lo que carece de aplicaciones conocidas.

Esto me tranquilizó hasta la primera cena en casa de Edgar. El cuchillo de *roast-beef* fue usado en la mesa. Luego vimos una película en su inmensa televisión (el sonido era buenísimo: si un personaje frotaba un celofán, sentías un susto tremendo). El reposaobjetos no estaba a la vista. Como no se trataba de un adorno evidente, pensé que lo tenían guardado para el momento cumbre en que los objetos debieran reposar sobre ese armatoste.

Durante seis años fui a casa de los Magnus sin que mi regalo asomara la oreja. Si no lo querían, ¿por qué lo pusieron en la lista? ¿Era una prueba psicológica para ver quién se atrevía a comprarlo?

Con motivo del cumpleaños de Edgar hubo una fiesta tumultuosa. María Luisa llevó un disco de refugiados de Samoa que tenían un ritmo rarísimo (y que al séptimo tequila Chacho juzgóailable).

Me aparté de los demás para buscar «mi» regalo; abrí gavetas y cajones, revisé la alacena, fui al traspatio y descubrí el cuarto de las escobas: entre dos trapeadores, encontré el codiciado objeto.

He tenido pocos momentos de inspiración. Uno de ellos ocurrió en ese cuarto oloroso a jerga. Fui a la cocina, tomé el cuchillo para *roast-beef* y volví al rincón del reposaobjetos. Le hice una muesca, con suficiente fuerza para romper un diente del cuchillo. Si alguien me hubiera preguntado qué estaba haciendo, no habría sabido responder. Pero el inconsciente actuaba por mí.

A la siguiente cena, Edgar sacó el cuchillo que tanto le gusta blandir, descubrió que le faltaba un diente y dijo:

—Estos trastes no sirven para nada.

María Luisa guardó el silencio de los ofendidos. Así supimos que ella se lo había regalado.

Poco después, Edgar se divorció y tuvo que irse con su falta de tacto a otro sitio. Perdió su televisión con sonido de cine, pero se quedó con el cuchillo. En su nueva vida sórdida, lo usó para untar pan con mantequilla.

Cuando un amigo organizó una venta de garage para las víctimas del huracán *Mitch*, no todas las donaciones fueron útiles:

—¡Mira nomás lo que trajo el pinche Magnus! —El anfitrión me mostró un objeto que reconocí por la hendidura (entonces supe por qué se la había hecho).

Curiosamente, esos fierros donde no había reposado cosa alguna fueron vendidos. Dos años después de que yo los regalara en la boda, aparecieron en un bazar de Tequisquiapan. María Luisa, que sabe todo pero tiene pésima memoria, los vio ahí y creyó recordar que eran una artesanía hecha por presidiarios. Los compró para apoyar la causa.

Es posible que, a partir de ese momento, el reposaobjetos pasara a otras manos en los intercambios de regalos navideños. Lo cierto es que resurgió en mi vida hace unos días, en la ceremonia donde un admirado colega recibió un reconocimiento por un «artículo de fondo».

Pocas cosas son tan raras como los trofeos modernos. En su afán de no parecer una copa, no parecen nada. Mi colega recibió un cheque sustancioso y un trofeo que resultó ser ¡el reposaobjetos! Por primera vez su aspecto inclasificable tenía cierta lógica.

Busqué la muesca que le había hecho y la encontré sin problemas. Señalé el trofeo y le dije a mi amigo:

—Te lo compro.

Él sonrió, con la amable condescendencia de quien sí recibe premios por sus artículos de fondo. Yo no deseaba su presea. ¿Cómo explicarle mi auténtico objetivo: suspender una absurda errancia? Había lanzado un vacío talismán al mundo; ni siquiera ahora, disfrazado de trofeo, tenía cabal sentido: no evocaba nada concreto. El equilibrio entre dar y recibir se había envenenado. Sólo si alguien me lo regalaba se cerraría el círculo vicioso.

Escribí este texto y se lo envié a mi colega.

Al día siguiente, el reposaobjetos estaba en mi casa.

ROMANCE EN LA INDIA

La globalización produce cambios de identidad que afectan la forma en que la gente se enamora. Compartí un tren con un pasajero que me contó un romance digno de estos tiempos.

Viajamos de Barcelona a Alicante. A unos asientos de nosotros, un perturbado gritaba por celular dramas agropecuarios. Mi vecino y yo entablamos conversación para contrarrestar la cháchara donde estallaban palabras como «porcino» y «fiambre», referidas no al ganado ni a sus productos, sino a un comerciante de la competencia.

Resultó que el viajero de junto y yo éramos mexicanos. Sobrevino esa complicidad que sólo ocurre lejos de la patria. El paisano (a quien llamaré Esteban) me confió algo que en México hubiera ameritado diez tequilas: estaba salvajemente enamorado. No es común que alguien del país de José Alfredo se abra de ese modo, al menos no antes de describir los atributos rigurosamente externos de su amada. Sorprendido por ese brote de interioridad, le pedí el cuento completo.

—Soy de Autlán, Jalisco —informó.

Su origen tenía que ver con lo que había pasado, pero yo tardaría en saberlo. Como Esteban no acostumbra contar historias, saltó de modo abrupto al presente, donde ofrece «ventanas de oportunidades». Para alguien ajeno a la economía, ciertas expresiones suenan esotéricas. No le pedí que se explayara porque temí que tuviera la amabilidad de responderme. Me bastó saber que operaba en una zona elevada de las finanzas, donde hay ventanas por las que unos se suicidan o que se abren a prometedores horizontes.

Aunque la mayoría de las transferencias se hacen por computadora, los diplomáticos del dinero recorren el mundo para garantizar la parte humana de las transacciones.

Esteban parecía ideal para poner buena cara ante un desfalco. No era extraño que tuviera éxito en su giro de trabajo, que intuyo como una trémula teodicea donde los dioses de pronto se devalúan y cambian de divisa.

De acuerdo con los tiempos, su flechazo fue telefónico. Esteban llamó a una aerolínea para

reservar un boleto y una voz fantástica se presentó como Nancy. Luego de los trámites de rigor, él se animó a preguntar otras cosas. Nancy era de Florida y vivía a unas cuantas millas de la universidad donde estudió el economista mexicano. Hablaron de la región y sus mosquitos. Esteban colgó con la sensación de haber perdido la oportunidad de su vida.

Pero la rueda del cosmos se movió en su favor. En la siguiente ocasión en que reservó un boleto fue atendido por Nancy. La señal de la diosa Fortuna era tan clara que él se animó a contarle pormenores de su vida, con ciertos detalles falsos (para lucir moderno y considerado, dijo que le gustaba la comida orgánica, y para lucir sensible habló cinco minutos de su sobrino recién nacido). Iniciaron una relación telefónica que subió de intensidad hasta que, varios meses después, llegó una amarga revelación: Nancy no era una chica de Florida. Se llamaba Kali y vivía en la India. La empresa le había asignado una falsa identidad para que los clientes se sintieran tratados por una típica estadounidense. Había recibido un curso para pulir su acento y datos para hablar de Florida como una lugareña. Ganaba un sueldo de hambre y no había salido de la India.

—Lo siento —dijo en forma desoladora.

Cada vez es más común que los negocios estén deslocalizados. Al hablar a una empresa con sede en Europa, responde alguien desde un país del tercer mundo. Sin embargo, el cliente debe sentir que es atendido en Londres o Nueva York. Esteban se avergonzó de haberse enamorado de un prejuicio, pero no pudo traicionar sus emociones: había visualizado a una dorada porrista de fútbol americano. A pesar de su nombre de diosa, Kali no era para él.

Curiosamente, esa experiencia lo llevó a un curso de meditación, clases de yoga y una dieta rica en yogures y tés aromáticos.

Estaba parado de cabeza cuando una mujer le habló con voz de cítara:

—¿Devadip?

Aun en su posición invertida, Esteban juzgó que aquella mujer era bellísima. Se incorporó pero no tuvo tiempo de presentarse.

—Devadip soy yo —dijo un pelirrojo—. ¿Eres Bety?

La chica, en efecto, era Bety y puso la cara de quien encuentra una molestia materialista entre las alfombras del espíritu.

El pelirrojo resultó ser un gurú telefónico. La mejor amiga de Bety le había recomendado una *hotline* donde sale baratísimo perder el karma negativo. Durante meses, Bety recibió acertados consejos de Devadip. Llegó un momento en que quiso conocer al hombre que la había llevado a un plano superior. En forma apropiada, él la citó en un centro donde impartía un curso de arte tántrico. Al entrar, ella vio a un apuesto indio de cabeza. Ese elástico espécimen no era su anhelado gurú sino Esteban, el ejecutivo que abre ventanas de oportunidades.

Bety odió que el maestro que le respondía por teléfono con acento del Punjab fuera un pelirrojo de la Colonia Narvarte. Salió de ahí sin creer en la reencarnación.

Esteban la siguió a la salida, donde tuvo una inspiración cósmica:

—No soy Devadip, pero soy de Autlán.

La frase resultó suficientemente rara para que Bety escuchara lo que seguía: Devadip era el nombre espiritual de Carlos Santana, el guitarrista oriundo de Autlán, Jalisco.

Esteban se decepcionó de que su amada virtual fuera de la India y Bety se decepcionó de que su amado virtual no fuera de la India. El destino no siempre es ortodoxo: estaban predestinados.

Ví a mi compañero de asiento. Su camisa naranja lo hacía ver como un actor de Bombay. Me mostró una foto de Bety: la perfecta *Miss Florida*.

En un mundo ideal, el pelirrojo habría viajado a la India para casarse con Kali, pero la cuota de sufrimiento es enorme y ellos sólo sabrán que están predestinados si leen este relato.

MISTERIO RUSO

En 1952 la Unión Soviética participó por primera vez en los Juegos Olímpicos y el mundo oyó el épico lamento de su himno, poderosa sinfonía del deshielo.

Pertenezco a una generación que sólo veía rusos en las Olimpiadas. A partir de los juegos de Helsinki, corrió el rumor de que ciertos atletas aprovechaban la ocasión para quedarse en Occidente. No se trataba de medallistas famosos, sino de discretos lanzadores de disco en busca de libertad. Según esa leyenda, el Comité Olímpico Soviético toleraba la pérdida de deportistas menores y ocultaba sus fugas para no desprestigiarse.

La Unión Soviética ejercía la fascinación de un imperio secreto. Disponía de cohetes para destruir el mundo o poner en órbita a una perrita cosmonauta, pero sus habitantes sólo viajaban en pos de una medalla o por motivos de espionaje.

En el DF, la Embajada de la URSS perfeccionaba este enigma. Aquella mansión en Tacubaya, con postigos verdes permanentemente cerrados, hacía pensar en una misión diplomática del más allá.

En 1966 la película *Ahí vienen los rusos*, de Norman Jewison, que trata de un submarino soviético que llega por error a Estados Unidos, contribuyó a la moda de imaginar contactos con esos desconocidos.

Dos años después se celebraron las Olimpiadas de México. Aunque la delegación soviética fue abucheada por la reciente invasión de Checoslovaquia, sus atletas cautivaron. El levantador de pesas Leonid Zhabotinsky se comió cinco melones en un desayuno, conquistó la medalla de oro y en la ceremonia de clausura sostuvo la bandera roja con una mano, como si se tratara de un palillo. Lo mejor fue la gimnasta Natasha Kushinskaya, que saltaba para demostrar que la belleza causa vértigo.

Estas proezas fueron acompañadas de un rumor: algún ruso se quedaría en México. Las celebridades estaban rigurosamente vigiladas, pero un mediano corredor de fondo podía aprovechar un resquicio para huir.

En 1970 comencé a leer a autores rusos y conocí a Carlos Serdán, fanático de Dostoievski que vivía en Villa Olímpica. Trabajamos la instantánea fraternidad que sólo puede surgir en la adolescencia, cuando un equipo de fútbol o un disco de rock determinan que alguien es magnífica persona. Carlos se identificaba con Iván Karamázov, aprovechaba cualquier oportunidad para hacer apuestas, quería poner una bomba en la Catedral y había creado un método para escribir un libro en clave cuando lo metieran a la cárcel.

Según él, su departamento de Villa Olímpica había sido ocupado por atletas soviéticos. Uno de ellos había cumplido el sueño de los inconformes, huyendo hacia el Ajusco.

Un velador lo vio escalar la reja y desaparecer entre los árboles que colindaban con la unidad habitacional. No lo detuvo ni dio aviso porque se encontraba borracho y no quería que lo vieran en ese estado. No se nos ocurrió pensar que, si el testigo estaba ebrio, tal vez había imaginado todo. Por el contrario, nos pareció que había actuado con lógica prudencia. Poco después lo despidieron por borracho y esto confirmó que se jugaba el puesto.

En un árbol cercano a Villa Olímpica Carlos descubrió la hoz y el martillo trazados con navaja. Cualquier estudiante de la UNAM podía haber dejado esa marca. A él le pareció un irónico mensaje del atleta fugitivo.

Las historias de escapes rusos acompañaron los Juegos Olímpicos hasta el fin de la guerra fría. Luego esa nacionalidad esquiva se volvió omnipresente: el primer mensaje promocional que recibí en mi cuenta de correo electrónico llevaba el lema de «Russian Girls», en cualquier tienda de Europa se oye la lengua de Pushkin y las agencias inmobiliarias que venden propiedades en la Costa Brava ya incluyen letreros en alfabeto cirílico.

A medida que los rusos se volvían vulgarmente ubicuos, volvieron misterioso a Carlos. Nos encontramos hace poco y me contó una peculiar historia. Se detuvo a comer en Huitzilac, Morelos, en un local que ofrecía «pollo a la Kiev».

Entró ahí atraído por sus lecturas. Durante años ha imaginado la Perspectiva Nevski, los samovares humeantes, las *verstas* para llegar a la última choza en la propiedad del conde Tolstói, el crujir del Neva en primavera.

El sitio se llamaba La Fiebre del Oro, pero no aludía a los gambusinos que buscan luminosas pepitas en un río sino a las Olimpiadas. Ahí conoció a Ígor, corpulento anciano que —siempre según Carlos— confirmó más de cuarenta años después la historia del velador: aquel ruso huyó de Villa Olímpica, atravesó los bosques, se estableció con discreción en Huiztilac y mató su nostalgia del frío bebiendo vodka con pimienta. Mi amigo no creyó en la historia hasta que el ruso tomó el trincho de los pollos y lo lanzó con la pericia de un experto en jabalina.

Desde que contamos con internet, los rumores no son como antes. La verdad llega demasiado pronto. Busqué en vano datos de Ígor, presunto lanzador de jabalina en México 68. Tampoco localicé La Fiebre del Oro en Huitzilac.

La historia contada por Carlos Serdán debe de ser apócrifa. Lo interesante es su necesidad de

creer en ella para preservar una leyenda de otros tiempos, cuando las mentiras mejoraban la realidad.

SE ME OLVIDÓ OTRA VEZ

Detesto el mariachi, pero de una manera tan extraña que en realidad es una de las molestias que más me gustan, y esto no se debe al masoquismo.

El tema volvió a mí porque me encontré a Carlitos Espronceda, un amigo de Jalisco, bastión del mariachi.

Nada resulta tan sacrificado como el arte de justificar que otros nos quieran. Ciertas amistades deben cuidarse como un pez dorado: necesitamos cambiarles el agua con frecuencia, rociarles alimento, ver que no aparezca una sospechosa pelusa en torno a sus ojos. Otras se alejan como ballenas en sus rutas migratorias, pero no por ello son menos exigentes. Carlitos, amigo espasmódico y detallista (del tipo ballena), me preguntó por mi colección de discos de mariachi. Mi respuesta lo decepcionó como si yo propusiera que el Museo de Antropología se convirtiera en un McDonald's:

—Prefiero que me den toques eléctricos a oír mariachi.

Luego recordé que él me había regalado mis únicos tres discos del género y añadí con apuro:

—Es que los toques me gustan mucho.

Por suerte, él se acordó de la tarde en que hicimos una cadena humana en una cantina para recibir descargas eléctricas que nos parecieron muy emocionantes. Una de las más arraigadas tradiciones mexicanas es la del hombre que lleva a los bares una caja de puros con una batería y dos polos que dan toques. Se trata de un recordatorio de lo mucho que nos gusta lo que hace daño. Toda reflexión mexicana sobre el gusto es, necesariamente, una reflexión sobre el dolor.

Amigo impar, Carlitos fue muy solidario durante una crisis emocional. No sólo soportó mis desahogos, sino que yo los cantara con mariachi. Cuando me mudé de casa, me regaló tres discos de mariachis históricos, anteriores al uso de trompetas. Durante meses, mi única compañía musical fue ese legado purista de la pasión ranchera. Le hablé por larga distancia para decirle que coleccionaría muchas versiones de lo mismo, pero no sentí necesidad de comprar un cuarto disco.

En un viaje a Guadalajara, Carlitos me reunió con unos amigos que se sentaron en torno a un tequila sin marca, dispuestos a no abrir la boca. Estuvimos como un círculo de piedras carentes de energía hasta que llegó un mariachi y el estruendo nos rescató de nosotros mismos. Pedí una canción tras otra, incluida «Flor del capomo», pieza que según el experto Daniel Sada mide la erudición de los músicos de negro.

—¿Qué les dije?! —Carlitos me señaló con orgullo ante sus amigos.

A las cuatro de la mañana, cuando regresábamos a mi hotel, tuve el mal gusto de comentarle que el mariachi se había inventado para remediar la ausencia de conversación. ¿Quién quiere decir algo ante tres trompetas?

—Pensé que estabas contento —respondió él con telúrica tristeza. Traté de explicarle que la desesperación me había llevado a los mariachis y los mariachis a una euforia parecida a la desesperación. Carlitos se había quedado con el corbatín tricolor de un violinista. Me lo entregó como quien rinde una nación.

Vivimos en un país raro donde lo auténtico es contradictorio: el chile de calidad nos hace llorar. Lo mismo pasa con el mariachi. Nadie lo escucha por vocación melódica, tampoco es cierto que sólo nos entreguemos a esa tempestad animados por el despecho. El mariachi representa un complejo acto de amor propio. Es tan irrenunciable, íntimo y hartante como la cara que ves en el espejo. Las intrincadas pasiones que suscita derivan de esta condición identitaria. Lo difícil es explicárselo a Carlitos Espronceda.

Cuando los mariachis se lanzan sobre los coches en el Eje Central de la ciudad de México parecen decir: «O me contrata o me atropella.» Nada más nuestro que las oposiciones.

Esto nos lleva al tema del patriotismo. Carlitos pertenece al admirable rango de los mexicanos que conocen la historia del postre de capirotada y distinguen el aguacate que no es de Acámbaro. En su caso, el sentido de pertenencia se cumple con la espontaneidad de lo diario. No necesita que un almacén le ofrezca «ofertas mexicanas de septiembre» ni que la televisión lo motive a corear goles de comercial nacionalismo. Al modo de López Velarde, vive una paciente patria íntima, hecha de sabores, nombres, coloraciones de la luz que le permiten sentir el renovado misterio de lo habitual.

Incapaz de emular esta naturalidad, vivo, como la mayoría de la gente que conozco, entre el repudio y la celebración de lo que me es inmediato. Pertenecer implica despojarte de los tranquilizadores beneficios de la indiferencia. Eres del sitio donde te puede pasar lo mejor y lo peor.

Cuando me encontré a Carlitos, yo venía atribulado porque antes me había topado con un amigo al que le decimos el Tamal Tóxico (su conversación es sabrosa pero sus ingredientes están podridos). Con enorme gusto, el Tamal me acababa de informar que según el Fondo Monetario, o algún otro organismo de valoración económica, México ocupa el lugar número 115 en confiabilidad.

—¿Sabes cuántos países hay en la lista? —preguntó goloso.

Conociéndolo, dije que 115. Le di el gusto adicional de equivocarme:

—117 —fue su triunfal respuesta.

El Tamal adora México al grado de no tener pasaporte. Su identidad depende de disfrutar las pésimas noticias que encuentra en todas partes. Platicar con él me llevó a revisar nuestro peculiar nacionalismo. Conozco a cientos de mexicanos que viajan con su bandera pero dicen que actuaron «a la mexicana» para referirse a algo muy negativo.

La contradicción entre el orgullo fiestero y la crítica de nuestras lacras encuentra perfecta expresión en una música que nos exalta y nos aturde en idénticas dosis. ¿Hay mejor forma de mezclar inconciliables intereses? Cuando alguien quiere con rencor o disfruta con tristeza generalmente habla de sí mismo. Me tardé en explicarle a Carlitos la convulsa identidad de lo que se ama y se odia, y a veces se escucha.

Erudito al fin, citó mi canción favorita en el género del mariachi: «Se me olvidó otra vez». Hay gente que recuerda sola y gente que necesita el empujón de la música.

Si este texto fuera un medicamento debería llevar la etiqueta: «Identidad nacional: agítese antes de usarse.»

Con motivo de los veinte años de *Los Simpson* presento el proyecto de un programa especial ubicado en México.

La talentosa Lisa es invitada al Campeonato Mundial de Deletrear Palabras en el Estadio Azteca. La planta nuclear de Springfield ha sido cerrada porque el marcapasos del señor Burns interfirió con el detector de metales antiterrorista. Esto permite que Homero viaje con su familia al país del mariachi.

La primera palabra que Lisa deletrea es «Huitzilopochtli». Recibe una ovación de las sesenta y cuatro personas que fueron al estadio (Homero no aplaude porque ha descubierto la cerveza Corona).

Mientras Lisa lucha con la lengua náhuatl, su hermano Bart busca un porvenir en la capital mexicana. Descubre que sostener un trapo lo habilita como «vigilante» de automóviles y debuta como «viene-viene» en La Condesa.

Marge visita el Templo Mayor. Ahí se entera de los sacrificios humanos y las torturas que recibían los aztecas desobedientes. Al salir, ve una mesa bajo un toldo, atendida por voluntarios, y una pancarta con una consigna. Saca su diccionario, agitando con habilidad sus cuatro dedos: «Familia Feliz: Procreación Natural», traduce.

La visita al museo le acaba de revelar que, para estándares aztecas, su familia es ejemplar (Homero ha estado a punto de estrangular a Bart, pero nunca le ha encajado una espina de maguey en el pene). La piel amarilla y el pelo azul de Marge fascinan a los promotores de «Procreación Natural»: su cuerpo tiene los colores de la izquierda y la derecha. Con ella al frente, el movimiento puede atraer a los que no saben qué pensar, que en México son mayoría.

Marge considera que su familia califica como feliz y agrega su firma al movimiento.

Sólo entonces conoce los motivos de la lucha. En el DF la nueva ley permite que las parejas homosexuales adopten hijos. Procreación Natural opina que sólo los heterosexuales crían en forma

decente. Marge duda de la causa que ha asumido y decide hablar con su esposo.

Homero está en el festival «Amo mi colon». Pocas veces ha sido tan feliz: ¡en México una *gringa* es algo que se come! Ahí el colon no se pone contento con la fibra sino con el chile (cuyos efectos se extinguen con cerveza). Cuando Marge llega al festival, Homero es declarado Rey del Colon.

La familia sigue triunfando: Lisa deletrea «Mictlantecuhtli». Por su parte, Bart asciende a *valet-parking* fantasma. Cuando un conductor ebrio advierte que a una cuadra hay un alcoholímetro, se detiene y le entrega su unidad a un valet uniformado (en este caso, Bart). El valet toma el coche y pasa por el alcoholímetro sin ser detenido. Dos cuadras después se lo devuelve al conductor borracho.

Marge sabe que Homero odia a los homosexuales porque los considera incapaces de cazar venados bebés. Le informa que ha ingresado en Procreación Natural. Él se entusiasma con el lema y trata de ponerlo en práctica: contrata a un trío de cantantes de bolero y se unta loción pierdecomplejos, comprada en el mercado de Sonora. Su estrategia de *latin lover* resulta perfecta. El único problema es que la ejecuta en Vips. La pareja Simpson es corrida de ahí por indecente y Marge expulsada de la asociación.

A todo esto, nadie se acuerda de Maggi. La habían dejado en la pista de hielo del Zócalo, en manos de una niñera que, curiosamente, usaba penacho.

Marge y Homero van por su hija menor. La bebé se ha convertido en la atracción de la pista: aprendió a rebotar y protagoniza el espectáculo *Concheros sobre hielo*.

En el Estadio Azteca quedan trece espectadores cuando Lisa deletrea «Motenehuatzin». A los demás les tocan palabras muy sencillas: «cuate», «metate» o «papalote». La sospecha de que el concurso está arreglado se confirma cuando llega el líder del Sindicato de Deletreadores. Dice que debe ganar un niño que se llama Rafael pero se hace llamar Juanito. El líder de los trabajadores del deletreo explica que el Bicentenario es una gran oportunidad para privatizar el sindicato y convertirlo en un *reality show* de Televisa, pero eso sólo se puede hacer si un mexicano es campeón. A pesar de esta amenaza, Lisa deletrea «Huehuetlatolli».

Bart sigue su camino ascendente: pasa de *valet* fantasma a doble de ebrios. Se trata de uno de los nuevos empleos inventados por la economía informal (que tanto depende del estímulo de nuevas leyes que pueden ser sorteadas). Los conductores detenidos que van a dar al encierro provisional de El Torito lo contratan para que los suplante.

—¿Mi hijo está en la cárcel?! —exclama Homero, y llora hasta que se entera de que es un trabajo lucrativo.

Entonces le pide un préstamo a Bart y le aconseja que redoble su horario.

Con el dinero de Bart, Homero participa en la Feria de las Carnitas. Ahí ha llegado el payaso Krusty:

—Es el único sitio donde puedo vender carne caducada —informa.

Marge asiste a la final en el Azteca. Juanito deletrea «tamal» y Lisa no puede deletrear «tlachtli».

El obispo de México condecora a los ganadores.

—¡Procreación Natural! —gritan los seis que siguen en el estadio, que han politizado el acto.

Marge es reconocida por el obispo como la fugaz militante de pelo azul de Familia Feliz, expulsada por la lujuria mostrada en Vips. Como el catolicismo a veces se funda en el perdón, la invita a una misa en la Catedral.

Homero compra un GPS en Tepito, pero se le cae en un vaso de pulque. Piensa que no llegará a la Catedral. De pronto, Bart aparece en un auto deportivo. Su carrera automotriz sigue adelante: ahora atropella perros para la Feria de las Carnitas. Así, Homero sabe que los tacos que le sirvió Krusty eran de chihuahueño.

Bart se pasa todos los altos:

—Este país es genial: aquí los semáforos no son una señal sino una sugerencia.

—¡Comí perro! —exclama Homero, abismado en sí mismo.

Cuando el obispo encomia la procreación natural y celebra la ceremonia del perdón de los Simpson, Homero entra a la Catedral Metropolitana y ladra emocionado.

TERRORISMO TELEFÓNICO

Vivimos en un mundo impreciso donde es criminal que un desconocido irrumpa en tu casa pero se permite que entre su voz. Suena el teléfono y alguien te ofrece pertenecer a un club cuya existencia ignorabas pero que parece diseñado para tu nivel de ingresos y tu número telefónico. En vez de premiar a sus clientes con la discreción, los bancos venden datos a las empresas más variadas. Hace poco supe que califico para los planes de una reconocida funeraria. La siguiente llamada reveló que también califico para clases de buceo. ¿Es posible que pretendan que además de morir pronto bucee con ganas? Si se trata de proyectos vinculados, ¿no es de mal gusto proponer que te ahogues de manera productiva?

A veces pienso en las voces inertes al otro lado de la línea. ¿Qué clase de vida llevarán las personas que ofrecen una inversión inmobiliaria como si hablaran de un terrenito en Urano? ¿Cuántos teléfonos les colgarán al día, cuántos insultos absorberán en las esterilizadas burbujas desde las que hablan?

Los operadores de la economía invasora carecen de rasgos distintivos; hablan como si alguien los doblara. Al margen de los modismos y los acentos personales, han aplanado las emociones al grado de pronunciar tu nombre completo como si eso fuera natural (todo mundo te dice «Toño», pero ellos preguntan por «Lauro Antonio Rodríguez de la O»). Refractarios a los argumentos, avanzan como una computadora que juega ajedrez. Aunque no revelan afecto alguno, saben dar golpes bajos: a las cuatro frases queda claro que no eres tan previsor, tan ahorrativo ni tan moderno como creías. Mientras seстеabas, el mundo inventó una tarjeta de crédito blindada contra tus defectos de consumidor. ¿No la quieres? ¿Acaso no le conviene a los tuyos?

En las peores ocasiones, la voz tiene razón. Un terror pánico se apodera del cliente clásico, que aún necesita muebles para hacer trámites y piensa que lo importante de un contrato es el escritorio en que se apoya. ¿Podemos confiar en un acuerdo que depende de dígitos recitados a larga distancia? Es el momento de reivindicar tradiciones: pides que te envíen un folleto. Pero la voz aclara que esos beneficios sólo llegan por teléfono. Cuelgas, sintiéndote un cobarde ante los requisitos de la era.

La mayoría de las veces es fácil descartar lo que te ofrecen. Desconfías de los camarones congelados, ya te resignaste a ser calvo, no quieres saber por qué los inquilinos anteriores compraban esa agua de pelos de elote. Pero el terrorismo telefónico insiste y se multiplica. Comprobé la fuerza persecutoria de esos señores de la guerra en vísperas de un viaje. Como creía tener asuntos pendientes, dejé en mi casa los teléfonos de donde iba a estar por si se ofrecía «algo urgente». Sólo dos personas juzgaron imperioso ubicarme en otro país: una me ofreció un condominio horizontal y otra un teléfono que suena con el himno del Toluca.

En su furia localizadora, las voces muertas hablan en sábado y domingo, cuando las víctimas descansan. Mi umbral de tolerancia llegó a un límite. Ante la siguiente voz intrusa, decidí invertir los papeles; le pedí el teléfono de su casa, para reportarme el próximo domingo. Extrañamente me lo dio.

Confieso que pasé una semana de suma tensión, como si dispusiera de una llave maestra para entrar al depósito de las voces. No me interesaba la mujer sin alma que me había brindado el número, sino ejercer una venganza vacía, solitaria y simbólica; ser, por un momento, el acosador, un verdugo a la distancia.

Dormí mal el sábado. A las seis de la mañana estaba ante el teléfono. La voz me contestó con perfecta indiferencia, como si despachara en una oficina. ¿Carecería de casa? Quizá un refinado proceso de deshumanización permitía esa voz sin cuerpo, identidad, tipo sanguíneo. Eran las seis de la mañana de un domingo y aquella zombi hablaba conforme a la normatividad: me pidió mi número de cliente. Dije que aún no tenía; por eso hablaba.

Sobrevino entonces una alteración de significados típica del mundo corporativo. Si te ofrecen algo es porque saben que te llamas Lauro Antonio, tienes un Tsuru rojo y dos niños en la escuela. En cambio, si tú necesitas algo, debes lograr que un sinfín de datos, incluyendo tu ilocalizable NIP, coincidan con lo que tiene registrada la computadora. No era mi caso:

—No estoy autorizada a hablar con usted —dijo la voz.

Le comenté que ella me había llamado una semana antes.

—A veces hay errores —contestó en tono maquinal.

Yo quería irritarla, lograr que al fin la ofensa saliera de mi teléfono. En vez de eso, me enfrentaba a la vana tentativa de probar que existo. Pero carecía de *password*.

En pleno proceso de desvanecimiento, dije:

—Soy real; escribo en un periódico; puedo hablar de este tema.

Por primera vez, una voz anónima colgó antes de que yo lo hiciera.

UN NUEVO TRAJE REGIONAL

Aunque no tengo méritos para pasar por hombre elegante, desconfío de las personas que usan *pants* como una forma legítima de salir a la calle en pijama. De pronto la panadería se llena de clientes que no tienen la menor intención de hacer ejercicio pero suponen que los *garibaldis* engordan menos si se compran en ropa deportiva.

Vivir en el DF es un deporte tan extremo que he llegado a la conclusión de que los *pants* deberían ser nuestro traje regional. Ya que la vida capitalina es incomodísima, al menos podríamos usar ropas guangas. Si Jalisco tiene a sus charros y Oaxaca a sus tehuanas, ya es hora de que los capitalinos tengamos una vestimenta a la altura de las circunstancias. Desde ayer, mi fobia a la falsa pijama se ha convertido en programa de trabajo.

En la ciudad de México las estaciones no son muy marcadas. Lo curioso es que ocurran en el mismo día. La jornada amanece con la variante local del invierno que llamamos «friazo», pasa a la primavera en que abandonamos el trabajo con el pretexto cósmico de sentir «el solecito», tiene su tórrido verano en el embotellamiento de las dos de la tarde y su otoño en el viento que empuja papeles a las seis o las siete. Por estos motivos, el nuevo traje regional chilango debería ser de distintos grosores. Como ninguna otra ropa se presta tanto para ponerse de prisa o enfrentar a Spencer Tunick, nos podríamos cambiar varias veces al día, usando *pants* de peluche para llevar a los niños a la escuela (con el atractivo adicional de que crearíamos un ambiente de parque temático), de algodón para la oficina, lino para el tráfico y terciopelo para las reuniones.

A estas variedades térmicas se agregarían los diseños con que la moda reparte gustos y estatus. Habría, por supuesto, *pants* de etiqueta, institucionales, guadalupanos, imitación leopardo, eclesiásticos, hawaianos, luctuosos y de 16 de septiembre. Como nuestros cuerpos no siempre cumplen los requisitos de los modistas internacionales, los *pants* nos librarían de complejos, ajustándose a la perfección a nuestros organismos multirraciales.

Posiblemente también surgirían los *narcopants*, con tela blindada, y los mancillados por la publicidad, como las camisetas del futbol mexicano.

Habría cosas buenas y malas. Lo importante es que todas serían auténticas, comenzando por el hecho, sumamente típico, de que estarían hechas en China.

Tengo la impresión de que los cuerpos policiacos serían menos amenazantes si nos detuvieran usando *pants* reglamentarios.

Algunas de nuestras costumbres se normalizarían por gracia del nuevo traje folklórico. No es lo mismo que un hombre de corbata sea impuntual a que lo sea alguien en *pants*. La molicie y el tortuguismo se volverían menos insoportables con empleados vestidos en esa imitación de la *piyama*.

Por otra parte, se podría fomentar la simbología, actividad esencial en un país donde la representación es más importante que la realidad. Así como el puntero del *tour de France* lleva un suéter amarillo, podría haber *pants* de Premio Nacional de Letras, senador, consejero del IFE o Miss Distrito Federal.

En las cumbres latinoamericanas nuestro presidente dejaría de pasar inadvertido como un funcionario de gris entre los uniformes de Fidel Castro y Hugo Chávez y la *chompa* de Evo Morales, para convertirse, con deportiva soltura, en «ese de los *pants*».

Naturalmente, debería haber *pants* informales y *pants* de vestir. Los primeros podrían ayudar a distinguir las ricas jerarquías de la familia mexicana. Habría ropa de padre, hermano mayor, sobrinieta y abuelo, y ropa mixta para quien desempeña varios roles a la vez. En los hogares con parentelas que necesitan discriminarse, los hijos competirían por los *pants* del consentido, la *guapa* y el aplicado. Las familias muégano podrían usar ropas idénticas (se recomienda el morado para que a medio kilómetro se sepa: «Ahí vienen los Martínez»).

Las repercusiones culturales de este empeño pronto pasarían a los diccionarios. En uno de los más modernos, el *Panhispanico de Dudas*, aparece la palabra «chándal», que se usa en España y cuyo plural es el horroroso «chándales», pero no la palabra «*pants*» (y eso que justo al ladito de donde debería estar, se dan el lujo de incluir la palabra «pantasma», que quiere decir fantasma, y «panqueque», que se describe como «crepe»).

De acuerdo con el diccionario de Corominas, la corbata proviene de los soldados de caballería de Croacia, quienes la llevaban como un emblema de poder. Las etimologías narran identidades. La palabra «*pants*» podría contribuir a definir lo que somos: «Prenda que los naturales de la ciudad de México utilizan para enfrentar el torneo de vivir a diario.»

La definición en inglés nunca sería tan grandiosa. Ya que no podemos reconquistar el territorio perdido, al menos podemos conquistar esa palabra.

AMIGOS FEUDALES

—¿En qué parte del pasado vives tú? —me preguntó Pablo Emilio Betancourt. Guardé silencio.

Mi amigo tomó un sorbo de café y precisó su interrogante:

—Todos circulamos por otras épocas. Acuérdate que Chacho quiso ser un libertino del siglo XVIII. ¿Dónde te ubicas?

Vi las migajas que habían quedado en el mantel, como si ahí buscara una respuesta. Pablo Emilio sonrió con superioridad y explicó que se había sumido en el feudalismo:

—Al principio me asombró que eso fuera posible; ahora ya me acostumbré y comienzo a disfrutarlo —agregó.

Había llegado el momento de pedir la cuenta. Él no se dio por enterado: en la Edad Media no había facturas con IVA.

Pablo Emilio prolongó la sobremesa con una peculiar historia. Todo empezó con un trámite para obtener una licencia de construcción muy específica. Sabemos que las oficinas públicas se dedican a mitigar la velocidad. En esos recintos de las horas lentas, la eficacia depende de cerciorarse al máximo de que todo esté en regla. La lógica burocrática exige que la resolución de trámites sea muy inferior al número de solicitudes: los infinitos asuntos pendientes realzan la legalidad del que se resuelve. El desajuste aritmético garantiza que hay control.

La intrincada burocracia ha producido el oficio de *coyote*, uno de los más estables de la corrupción mexicana. A cambio de una cuota, un hombre se aburre por ti haciendo trámites. Aunque tiene cómplices en cada ventanilla, también a él lo hacen esperar (la celeridad causa sospecha).

Pablo Emilio no quiso ahorrarse las colas para tomar una ficha, los pasillos estrechados por pilas de legajos, las secretarías dedicadas a la minuciosa tarea de pegar calcomanías en sus uñas.

—Así pasé al feudalismo —dijo, extrañamente satisfecho.

Detalló su descubrimiento. Cada oficina es un castillo regido por funcionarios. Hay un rey que

no se molesta en firmar, dos o tres príncipes dueños de sellos decisivos, duques y condes que conocen las cláusulas más molestas de los expedientes y una decena de marqueses que vigilan las ventanillas atendidas por una muchedumbre de plebeyos. A todos les dicen licenciados. Quien piense que los plebeyos integran la más baja esfera social no conoce la Edad Media. Estar dentro del castillo es un privilegio: la auténtica ralea vive fuera de la muralla.

Como abundan los aspirantes a entrar a la ciudad feudal, cada burócrata tiene un mozo dedicado a llevar papeles de un escritorio a otro y traer tortas con chorizo de extramuros.

Los trámites no se definen por su contenido sino por un código heráldico: el sello de un duque supera a la firma de un marqués. En este sistema de vasallaje, el expediente 2347/B4 es imbatible porque B4 significa que esa letra y ese número fueron tecleados por la secretaria del rey.

Para obtener su permiso, Pablo Emilio no requería el código B4. Un príncipe le bastaba. Probó las vías de acceso normales, dispuesto a esperar lo suficiente (llevó consigo *Vida y destino*, de Vasili Grossman, que tiene 1.104 páginas). Cuando llegó al final de la novela, donde los personajes recuperan la «furiosa felicidad de vivir», seguían sin atenderlo. Había atravesado la batalla de Stalingrado y fortalecido sus brazos de tanto sostener el libro ante la inerte vida mexicana.

Entonces fue a otra ciudadela donde conocía a un príncipe influyente y pidió que lo ayudara a franquear las puertas. Una llamada sirvió de sobre lacrado: Pablo Emilio entró a palacio.

Presentó los equivalentes contemporáneos de los certificados de sangre y linaje: el blasón del IFE estaba tan en regla como el del CURP. El príncipe recibió la carpeta. No la abrió porque para eso existen los subordinados. Las facultades de un noble dependen del linaje; puede obedecer al rey o al remoto emperador de Los Pinos, no a un documento.

El príncipe habló con mi amigo en la agradable y elaborada lengua de palacio. Resultó que tenían amigos comunes y compartían variadas aficiones. Pablo Emilio actuó con alcurnia, como si no necesitara nada. El resultado de la cita fue otra cita (concertada con el vasallo superior que lleva la agenda principesca y agradece el honor de que un visitante vuelva).

—El licenciado es un tipazo —dijo mi amigo mientras se vaciaba el restaurante.

De entonces a la fecha habían comido varias veces y hecho excursiones para cazar y montar a caballo en cotos exclusivos. También se habían visto con sus familias. El licenciado le había regalado una escopeta pavoneada, se mostraba cada vez más solícito y afectuoso, tomaba la iniciativa para las reuniones, pero no mencionaba el trámite pendiente.

—¿No te va a dar la licencia? —pregunté.

Pablo Emilio me vio con dureza:

—¿Sabes cuánto cuesta el permiso para cazar un borrego cimarrón? La semana que entra vamos a Baja California.

Entendí que en verdad apreciaba el feudalismo. La relación con el príncipe era más importante que resolver el trámite. Si insistía en terminar el asunto, carecería de un pretexto oficial para volver

a verlo.

Lamenté no ser parte de la Edad Media. Saqué la cartera y pagué la cuenta.

UNA SENCILLA TRANSACCIÓN

—Un capuchino, por favor.

—Blenvito Trifimex.

—¿Perdón?

—Blenvito Trifimex.

—No entiendo.

—¡Bienvenido a Coffiii-Mex!

—Gracias.

—¿Qué va a querer?

—Ya le dije.

—No oí. Primero tenemos que dar la bienvenida. Es política de la empresa.

—¿También me puede dar un capuchino?

—¿Regular?

—¿«Regular» es un tamaño?

—«Regular» no es un tamaño.

—¿Qué es?

—Es si quiere que sea regular de sabor.

—Quiero que sea bueno de sabor.

—Me refiero a lo que es la cafeína.

—La cafeína no es un sabor.

—«Regular» es el café que no es descafeinado.

—¡Ah!, ¿«regular» es normal?

—Si usted dice.

—Quiero regular.

—¿De qué tamaño lo va a querer?

—Normal.

—¿Normal?

—Perdón, ya me dijo que eso no es un tamaño.

—¿Chico, mediano, grande o extra grande?

—Mediano.

—¿Frío o caliente?

—Caliente.

—¿Con moka, vainilla o canela?

—Canela.

—¿Extra canela?

—Canela regular.

—¿Para tomar aquí o para llevar?

—Para tomar aquí.

—¿Bisquet, galleta, *croissant*, alfajor?

—Nada.

—¿Pero sí va a querer el capuchino?

—Claro.

—¿Cuenta con tarjeta de descuento Coffiii-Mex?

—No.

—Si tiene tarjeta de descuento, por cada treinta cafés le descontamos uno.

—No, gracias.

—Y puede participar en la rifa de una cafetera.

—Ya le dije que no me interesa.

—Su pago va a ser en efectivo o tarjeta de crédito.

—Efectivo.

—Son 16,60.

—Aquí tiene.

—¿Quiere redondear para la Asociación Palomas del Mundo?

—Redondee.

—Recibo veinte. Tres pesos de cambio.

—Gracias.

—¿Cuál es su nombre?

—Juan.

—En unos minutos lo llaman. ¿Todo fue de su agrado?

—Me gustaría no tener que hablar tanto.

—¿Algo no fue de su agrado? Tenemos libro de quejas.

—*Todo* fue de mi agrado.

—Gracias por preferir «Coffiii-Mex, aroma y confianza».

—¿Podría cambiarme este billete?

—Ya cerré la caja. Me hubiera dicho antes.

—¿Para abrir la caja tengo que comprar otra cosa?

—¿Bisquet, galleta, *croissant*, alfajor?

—Olvídelo.

—¿Usted es Juan?

—Le acabo de decir mi nombre.

—Tengo un mensaje en la computadora: no hay canela regular.

—¿Tienen otro tipo de canela?

—Canela normal.

—*Pedí* canela normal.

—Aquí dice: «regular». Lo puse en la computadora.

—¡«Regular» quiere decir «normal»!

—Regular es el café, la canela es normal.

—Está bien: ponga canela normal.

—¿Lo molesto con su firma?

—¿Para qué?

—Tengo que anular el pedido y abrir una nueva orden.

—¿Por qué?

—Es por su tranquilidad.

—Me voy a tranquilizar cuando me dé mi café.

—¿Pidió café? ¿No quería un capuchino?

—¡El capuchino es café!

—Es por su tranquilidad. Gracias por su firma.

—¿Me puede dar mi capuchino?

—Está ahí al lado. Desde hace rato.

—¿No dijo que me iban a llamar?

—Sólo llamamos a los clientes que están sentados.

—¡Este café está tibio!

—Llegó caliente. Usted dejó que se enfriara.

—Se enfrió porque no dejaba de hacerme preguntas.

—¿Quiere hablar con el gerente? Su satisfacción es lo primero. Tenemos libro de quejas.

—¡Quiero un capuchino caliente!

—¿Regular?

—Quiero *este* capuchino, pero caliente.

—No nos dejan recalentar comida.

—Apenas lo toqué.

—Es por su seguridad.

—Olvídelo. Estoy a punto de tener un ataque.

—El café regular es malo para el corazón.

—Pensé que ustedes no hacían comentarios personales.

—No es nada personal.

—¿Es política de la empresa?

—Tenemos un folleto para clientes con hipertensión arterial.

—¿Si acepto el folleto me cambia un billete?

—El folleto es gratis. Con eso no puedo abrir la caja.

—El folleto me va a producir hipertensión arterial.

—¿Quiere entrar en nuestro programa de clientes con estrés? Le regalamos un refresco sin fenilalanina.

—Quiero irme. No puedo más.

—Fue un placer atenderlo.

—¡Quiero un mundo que sea regular!

—Que tenga bonita tarde. Gracias por buscar aroma y confianza.

UTILIDAD DEL PARAGUAS

En temporada de lluvias establecemos otra relación con los objetos. La humedad obliga a golpear los saleros el tiempo suficiente para recordar que la sal es dañina. El periódico llega empapado, y aunque de nada sirve meterlo al microondas cedemos a la tentación, esperando que se achicharre lo que no queríamos leer. Los zapatos cambian de textura; siempre están fríos y parecen hechos de un vegetal que no le gusta a los calcetines.

Pero el objeto rector de la temporada es el paraguas. Relegado a la categoría de cachivache el resto del año, emerge como el misterioso cetro de la vida. Trataré de describir algunos de sus usos.

El paraguas es un talismán para que no llueva. La cultura del trópico, a la que pertenecemos con relativa conciencia, sabe que un paraguas no puede nada contra la tormenta. No lo llevamos para enfrentar huracanes sino para conjurarlos. La primera lección del ser empapado: «Si hubiera traído paraguas, no habría llovido.»

El paraguas define personalidades. Una persona con paraguas parece confiable; sabe que el tiempo puede empeorar y se previene. Poco importa que ese objeto no ayude contra los charcos; ha sido creado para dramas menores, como el casco de los paracaidistas.

El paraguas negro revela un carácter sobrio, sin que eso implique a un notario o a un enterrador. Todo objeto tiene una posibilidad de ser neutro. La neutralidad del paraguas es negra.

Las aspiraciones de pompa y circunstancia se cumplen imitando telas escocesas o fantasías que van de lo taurino a lo oriental. Hay diseños tan exagerados que cuesta trabajo imaginar el escenario en que serían naturales: «Si el Taj Mahal tuviera goteras...»

Cuando el paraguas es dorado, transparente o dálmata, conviene que el portador se dedique a un oficio al que le perjudica usar ropa normal (supongo que el maquillista de *Batman* no se viste como burócrata).

Las sombrillas imitación leopardo o cebrá se ven mal fuera de los parques temáticos, pero permiten hablar de cosas ajenas al orden del día (por ejemplo, de un león al que le quitaron la piel y

fue confundido con una rata gigante en el mercado de Tlalnepantla o de Atizapán, es decir, de temas que no tienen que ver con paraguas, ni con África, ni con el trabajo, ni con leopardos o cebras, sino con las ganas de hablar).

Como el ciclo de los paraguas es muy agitado, uno puede empezar la temporada como el duque de Kent y terminarla usando un microparaguas con dibujos de Cartoon Network.

A últimas fechas, el DF ha sido inundado por paraguas de siete colores. Supongo que fueron diseñados para los payasos del mundo o para distinguir a un kilómetro al tío Kurt en una ladera nevada de los Alpes. La personalidad que revelan en México es la de ser rehenes del comercio ambulante.

El paraguas chino. Hubo un tiempo en que las sombrillas de papel coloreaban el paisaje donde volaban las garzas. De entonces a la fecha, China se ha convertido en gran productor de quincalla, sometiendo la economía a un triunfo mental. La sabia nación de Confucio produce cosas inservibles que los demás países compran (ellos no las usan porque se la pasan trabajando y aún no se enteran de que se promulgaron los Derechos del Hombre). Los productos chinos duran el tiempo suficiente para ser comprados. Son tan baratos que resulta más económico usar muchos bolígrafos chinos a lo largo del año que uno hecho en México. Además, están en todas partes. Sales a la calle, comienza a llover y no tienes tiempo de ser patriota: compras un paraguas hecho por un niño de Shanghai que recibe una escudilla de arroz por dieciséis horas de trabajo. El paraguas podría servir para activar la conciencia social y sabotear las Olimpiadas de Pekín, pero la lluvia vuelve olvidadiza a la gente. Cuando las gotas te salpican por un defecto de fabricación, recuerdas que China vende chatarra; luego los precios rectifican tu parecer y compras otro paraguas chino.

El paraguas adiestra la memoria. Los meses de lluvia rara vez transcurren sin que alguien pierda un paraguas. La razón es obvia; se trata de algo que no siempre usamos, pero que tampoco es tan inusual como salir a la calle en caballo. Lo cierto es que de pronto nos quedamos sin paraguas. ¿Dónde quedó? El extravío obliga a volver mentalmente al sitio donde tu atención fue más débil: la cantina en la que Pepe pidió que no lo dejaras solo, la reunión donde Sarita te puso nervioso, la conferencia en la que también se te olvidó el PowerPoint. Lo raro es que el paraguas suele aparecer en un sitio inocente (la casa de tu madre, donde sólo estuviste alerta ante los tamales). Esto brinda nuevas posibilidades a la mala conciencia: «¿Si puedo perder mi paraguas *ahí*, qué pasará cuando vea a Sarita?»

El paraguas prueba la honestidad. Cien personas llegan a una galería. Está lloviendo. Todos dejan sus paraguas en un cobertizo y se dirigen al coctel. Al final del acto sigue lloviendo. Cada quien recoge su paraguas y continúa su trayecto. Obviamente, la escena no ocurre en México, donde un paraguas es propiedad de quien lo trabaja. Comprobé esto en Barcelona. Se dirá, con razón, que es esnob ir tan lejos para decepcionarse de los paisanos, pero sólo entonces supe lo cerca que un paraguas suelto está del alma nacional. Durante tres años en Barcelona sólo en dos ocasiones padecí un robo de paraguas, ambas en el Consulado de México. Es una pena que las fiestas patrias caigan en el lluvioso septiembre.

«A mí también me pasó lo mismo», me comentó un compatriota: «¡Tuve que robarme otro al

salir!», agregó con la espontaneidad de quien ejerce el cinismo sin saberlo.

Lo peor es que yo lo había visto llegar al Consulado sin paraguas. El olvido es selectivo: el primer paraguas de un mexicano suele ser imaginario; el segundo es el que se lleva en compensación.

La más importante lección del clima mexicano: en caso de lluvia, se desaconseja usar paraguas. Aquí las tempestades sólo se soportan bajo techo.

En una tienda cercana a la Universidad de Princeton encontré uno de los más extraños inventos de la sociedad de consumo: un spray para hablar con acento irlandés. La propaganda dice que basta una aplicación para que la lengua pronuncie de otro modo, pero no especifica si es necesario saber inglés para que ocurra ese milagro digno de San Patricio.

¿Habrá muchos estadounidenses deseosos de cambiar de acento? «Una terrible belleza ha nacido», escribió W. B. Yeats ante la independencia de Irlanda. ¿Podrá decirse lo mismo de un spray que altera la nacionalidad?

El inocente aerosol permite reflexionar sobre el atractivo de un acento levemente exótico. Lichtenberg observó que los errores del lenguaje nos molestan en los extraños pero resultan encantadores en una hermosa extranjera. Ciertas fallas benefician.

En su obra de teatro *Pygmalion*, George Bernard Shaw confronta a un obsesivo profesor de fonética con una chica atractivamente inculta, incapaz de pronunciar «*The rain in Spain falls mainly in the plain*». Escena tras escena, la pedagogía se confunde con la seducción. Henry Higgins apuesta a que puede hacer pasar a la florista Eliza Doolittle por una aristócrata. Pero el lenguaje no es un instrumento neutro: enseñarlo representa un acto de conquista en la misma medida en que aprenderlo representa un acto de liberación. Mientras más se domina un idioma, más opciones hay de complicarse la vida con él.

Generalmente, los acentos atractivos vienen de regiones pobres pero pintorescas. Los que sufren pronuncian con más gracia. ¿Su entonación seductora se debe a la urgencia de superar la adversidad? ¿El darwinismo produce acentos? Ciertas razas de perros sólo sobreviven porque nos enternecen cuando son cachorros y soportamos su pésima conducta. De manera equivalente, los pueblos desamparados suelen hablar con la sugerente entonación de los que carecen de todo pero son dueños del sol.

Irlanda imanta la imaginación norteamericana como una tierra de poetas, músicos, magos celtas, pelirrojas de peligro. El curioso spray que vi en la tienda no promueve ese folklor, pero es obvio

que si alguien se lo aplica, busca insuflarse otredad.

El oído parece tener su propia lógica. Las empresas de telemarketing suelen recurrir a acentos extranjeros para atraer clientes. A casi nadie le interesa que interrumpen su vida para venderle un plan de retiro o preguntarle si está conforme con su crédito bancario. Sin embargo, si la molestia llega con agradable acento colombiano, se hacen excepciones.

Es posible que en el futuro los fabricantes del spray diversifiquen su oferta. No es lo mismo hablar como un irlandés que lleva demasiado tiempo en un pub que como un actor del teatro Abbey, un capitán de Ryanair o un flamígero sacerdote. Rebasado el ámbito de la lluviosa Irlanda, se podría pensar en sprays especializados en reproducir las líquidas eles catalanas, las atractivas supresiones andaluzas o la mullida doble ele argentina. ¿Llegará el momento en que podamos adquirir de un sople un acento de hombre rico pero culto y doctorado en Derecho?

Esta mixtificación tendría el efecto contrario a la Torre de Babel: diríamos lo mismo, pero en tono cautivador. Además, se podrían producir combinaciones a la carta. Por ejemplo, la voz de Miss Venezuela pero en el tono rico en conocimientos de una bioquímica, con la amabilidad de quien dedica su tiempo libre a una ONG y el temperamento de quien puede subir de tono para apoyar a un equipo de futbol que por casualidad es el nuestro. ¿Será posible alcanzar una utopía de la comunicación que no se base en el sentido sino en la prosodia?

En la última entrega de los Óscares, *El discurso del rey* demostró que no hay efecto más especial que el idioma. La película trata de la importancia política de la pronunciación. El rey Jorge VI tiene un grave problema de Estado: es tartamudo. Para mantener la presencia de ánimo de Inglaterra en los albores de la Segunda Guerra Mundial debe hablar con fluidez por la radio (nuevo medio de articulación de las conciencias). La trama de *Pygmalion* sobre la estratificación del habla se revierte: el rey necesita a un plebeyo que lo eduque.

Corresponde a la singularidad de un monarca hablar en el tono neutro de quien lo hace en nombre de todos. En cambio, el hombre común puede sonar atractivamente exótico con un spray adormecedor.

Los fabricantes del acento irlandés instantáneo no parecen haber reparado en las consecuencias culturales de su invento.

Cuando alguien nos interesa, rara vez encontramos qué decirle. Si disponemos del timbre perfecto, poco importan nuestras vaguedades. Parafraseando a Roland Barthes, el «grano de la voz» se sobrepone al contenido.

En *Hamlet*, el rey es asesinado con un veneno en el oído. Una metáfora de las palabras: a veces intoxican por lo que dicen, a veces por el tono en que lo dicen.

TEORÍA DEL TROFEO

En alguna ocasión, Javier Marías propuso en una reunión intercambiar los vejámenes que habíamos sufrido como escritores. No es extraño que un «visitante distinguido» se someta al ácido de la humillación. Un malentendido preside numerosos actos culturales: el protagonista quiere que le aplaudan y los organizadores quieren que se vaya pronto.

Aunque el ego de los artistas se alimenta más de lo necesario, ciertas situaciones son una terapia de shock contra el narcisismo. El autor de *Corazón tan blanco* fue invitado a un acto donde lo presentaron con la siguiente excusa: «La verdad es que queríamos traer a Juan Goytisolo, pero no se pudo.» La frase se convirtió en su vejamen favorito.

Hace años, Enrique Vila-Matas y yo comparecimos ante un vacío auditorio de Alicante. La presentadora habló al borde de un ataque de nervios: «Me avergüenzo de estar aquí.» Más que de nosotros, se ruborizaba de la falta de audiencia. «El público de esta ciudad es imbécil», agregó, insultando sin querer a los escasos y heroicos asistentes. En tono de agravio continuó: «Es el peor fracaso de mi vida.» Obviamente, su indignación nos deprimió bastante.

Meses después, Vila-Matas y yo fuimos invitados a Mallorca. El portero del auditorio nos informó: «No hubo dinero para presentador.» Aunque las cuartillas de biografía y bienvenida suelen salir sobrando, nos sentimos intrusos y cedimos a la preocupación de las personas menores: «¿Quién nos llevará a cenar?», preguntamos como músicos de pueblo que cantan a cambio de unas copas. Nadie nos llevó a cenar ni se responsabilizó de nuestra presencia. «Se avergüenzan de vosotros», comentó uno de esos amigos que ofrecen las explicaciones que faltan.

En otra ocasión, en Alemania, un grupo de autores mexicanos fuimos llevados a un hotel de innegable decrepitud. «Ya no es un prostíbulo», advirtió el organizador para tranquilizarnos. Toda vanagloria se desvanecía ante el papel tapiz de esas paredes.

El primer premio literario al que asistí tuvo como protagonista a uno de mis mejores amigos. Digamos que se llama Federico y que le dieron el Camarón de Oro de San Alebrije. Todo fue felicidad y ánimo de carnaval, reinas de la belleza y la simpatía, discursos que comparaban a Fede

con genios novohispanos, navegantes famosos y hombres imprecisos pero de «verticalidad ideológica» y «recia honestidad». Aquella retórica lo facultaba para presidir el IFE, comandar una flota o iniciar una sublevación. En algún momento se mencionó su esforzada novela ganadora y se pasó a otro tema. Al día siguiente, mi amigo dio una conferencia sobre narrativa contemporánea. Al terminar, un autor local se puso de pie para preguntarle: «¿No le da vergüenza que un chilango le robe el premio a los grandes escritores de aquí?» A continuación, enumeró talentos sistemáticamente ninguneados por los acomplejados organizadores, que sólo premiaban a gente de fuera. Hasta ahí todo parecía una reivindicación localista. Por desgracia, el inconforme había leído a Federico y procedió a destruir su obra.

Una oculta ley de las compensaciones hace que la ilusión de gloria vaya acompañada de reprimendas. Si un orador cautiva a un auditorio en una universidad privada, la primera pregunta del periodista enjundioso será: «¿Desprecia la educación pública?»

En Morelos conocí a un hombre de barba hirsuta y pelo erizado que alzó la mano cuando ya no había más preguntas para decir como un profeta del apocalipsis entre las jacarandas: «Usted no es nadie. Anduve preguntando por ahí y no lo conocen. Aquí todos fingen que saben quién es. Pero no es así: usted ni existe.»

Luego supe que el nihilista de salón recibía propinas para decir su mensaje. Algunos atribuían el soborno a los reventadores locales, eternos enemigos de los que sí organizan cosas. Sin embargo, creo que el patrocinio venía de alguien más inteligente. Si en la pintura antigua se introducía un *memento mori* —una calavera, una guadaña, una clepsidra— para recordar que todo triunfo es pasajero ante la muerte, el inconforme de último minuto recordaba a los conferenciantes en trance de vanidad que nadie debe ufanarse de existir.

Estas anécdotas sirven para reflexionar sobre esos curiosos objetos de la vida contemporánea: los trofeos. ¿Sería posible que fueran más feos? Aparte de la discreta copa dorada o el estilizado Óscar, un galardón es casi siempre un monolito con picos que no se le hubiera ocurrido a un artista en estado de reposo. El escultor debe concebir algo pesado, que quepa en una repisa y sea suficientemente incómodo para hacerse notar. La mayoría de los premios son abstractos de modo contundente: el mérito tiene forma de quecosaedro.

Si el premiado se descuida y suelta su presea, se fractura el empeine. Más tarde, en la soledad de su hotel, enfrenta el desafío de empacar el bloque adverso. El valor oculto de ese regalo consiste en infundir modestia. ¡Tanto luchar para machucarte la uña con el premio!

Atado al cuello, cualquier trofeo ahoga a una persona. Visto en la superficie, demuestra que no hay nada tan vulgar como el éxito.

Aerolitos de la nada, los trofeos tienen una lección moral que compartir: recuerdan que la inmortalidad es el nombre pretencioso del olvido.

¿HAY VIDA EN LA TIERRA?

A mitad de las vacaciones mi hija de cuatro años me dijo: «Esta manzana huele a traje de baño.» La frase resume la condición de paraíso enrarecido en que suelen desembocar los días de descanso. ¿En qué momento la especie erró el camino y decidió el asueto obligatorio? No es lo mismo detenerse cuando uno no puede más que interrumpir la costumbre por mandato.

El calendario es un juego de la oca donde toca descansar a la fuerza. Quizá todo venga de la primera fábula de superación personal y la pausa del séptimo día. Sin duda alguna, el domingo se justifica como el momento en que el Creador tuvo necesidad de rehidratarse. Podemos emularlo cambiando el trabajo por la misa, el fútbol y los suplementos culturales.

La distribución bíblica de los afanes y las energías está bien calculada. Más dudosa es la idea de tener diez o veinte o sesenta domingos seguidos. En ese lapso toda familia se convierte en la tripulación del *Kon-Tiki* y debe sobrellevarse a sí misma en una estrechez para la que no está adiestrada. Curiosamente, ese momento indeseado se vive como el anhelo que explica las fatigas laborales. Se diría que la experiencia se acumula para vaciarse en los días rojos del calendario. El dinero y el cansancio se disipan en esa difusa orilla.

Los políticos del tercer mundo aseguran que no han tomado vacaciones en los últimos veinte años y el presidente de Estados Unidos mueve ejércitos mientras pesca en su rancho. Unos fingen que trabajan y otro que descansa. Más allá de este juego de apariencias, buena parte del planeta acata el dogma de las vacaciones.

Obviamente, para los expulsados del desarrollo el asueto carece de sentido y las posibilidades de traslado no son otra cosa que una patera dispuesta a zozobrar en costas europeas. Como las mariposas negras, los días de descanso obligatorio constituyen un mal menor. Precisamente por ello hay que indagar su sentido. Si dispusiera de los domingos y una dosis adecuada de *puentes*, el hombre común podría posponer su sed de viaje hasta el momento en que en verdad aspirara a recorrer la India. Pero año con año el trabajo y las escuelas desembocan en ese limbo existencial en el que hay que inflar una foca de hule.

Vivir sin vacaciones implica una conducta tan asocial que cuesta dar con un oficio inmune a las categorías de relajamiento y turismo. Incluso los que somos *free-lance* y carecemos de vacaciones pagadas hacemos el camino a Pie de la Cuesta.

Sólo unos cuantos grupos religiosos se sustraen a tales tentaciones. Quizá esto se deba a que su estricta forma de vida incluye los malestares que los demás sólo conocemos al viajar. En sus apartadas colmenas de meditación, cumplen la principal actividad del nómada contemporáneo: hacer cola con la mente en blanco.

De acuerdo con Umberto Eco, una película es pornográfica cuando los personajes viajan incontables kilómetros en coche, suben eternamente en un elevador, aguardan durante un tiempo inmoderado en un vestíbulo. Éstos son los rasgos distintivos de la narrativa porno: los momentos muertos duran demasiado (lo que ocurre después, aunque involucre incomodidades y depilaciones extremas, no conforma una gramática tan diferenciada). El relato del viaje en masa parece extraído de una película porno. Un traslado sólo califica como turístico si dura más de lo necesario.

Recuerdo con qué anhelo aguardaba los dos meses de vacaciones escolares, que en mi generación caían en invierno y poco a poco se desplazaron al verano para emparejarnos con el descanso de los europeos. Pero recuerdo aún mejor el vacío esencial del primer día sin escuela, el descubrimiento de la materia que definiría los siguientes meses, la nada sin obligaciones en la que me hundiría con total disfuncionalidad.

En la adolescencia acariciamos la noción de lo eterno tendidos en la cama, orbitados de papeles de celofán y restos de papas fritas, mirando intensamente el techo. Años después encontramos a nuestros hijos postrados en el mismo nirvana y para salvar dos almas hacemos algo que detestamos: el recorrido en kayak o la visita de los castillos cátaros. El hijo y el padre regresan a casa en un estado de tensión y agotamiento que sugiere no tanto que fueron a tener vivencias sino a donar un órgano.

La endeble condición de los viajeros se comprueba en las supersticiones de una industria donde los aviones carecen de fila trece y los hoteles pasan del piso doce al catorce.

Más allá del muy extendido masoquismo, ¿qué lleva a sufrir tanto para subir al cielo? De manera aleatoria, los aeropuertos se han convertido en oportunidades místicas donde los mártires padecen en aras de un siempre pospuesto hedonismo.

Aunque la Tierra es un sitio donde los taxistas ignoran la línea recta y no tienen cambio, persiste la ilusión del viaje. Ítaca variable, el asueto se defiende bien como horizonte. Una vez alcanzado, suele convertirse en el híbrido edén donde las manzanas huelen a traje de baño. Por contraste, la vida anterior adquiere peculiar relieve. Contemplados desde ese momentáneo jardín, los días hábiles brillan con una luz imposible de experimentar como presente. «La vida no se vive a sí misma», escribió Hermann Broch. Sólo desde fuera podemos apreciar su decurso. Para eso están las vacaciones, nuestra estancia en la luna.

NO LLEGAR A LA META

A últimas fechas tengo la impresión de que el secreto de la vida depende de la posposición: si te retrasas lo suficiente, impides el drama de llegar.

Esta idea, que parece altamente improductiva, no está encaminada a fomentar la desidia sino a replegar el horizonte para ganar un tiempo extra.

Empezaré mi argumentación con un ejemplo tomado del reino animal (al que pertenecemos, pero que sólo resulta ilustrativo cuando lo admiramos desde la platea). Vivo en compañía de Coco, un perro Schnauzer con una clara misión en la vida: correr tras una ardilla. Si hubiera nacido en otra casa sus prioridades serían distintas, pero le tocó crecer en un barrio donde las ardillas usan los cables de luz para ir de un árbol a otro. La misión de las ardillas consiste en buscar ilocalizables cacahuates; la de Coco, en parar la oreja cuando una rama tiembla con la prometedora presencia de un intruso.

Cada animal persigue un objetivo inalcanzable y así se mantiene en estado de feliz alerta. Le escuché una elocuente parábola sobre este tema al novelista español Miguel Barroso. Su padre era criador de galgos que solían animar las tardes persiguiendo una liebre artificial en el galgódromo. En una ocasión, uno de sus perros tomó la delantera justo en el momento en que hubo una falla de corriente; la liebre eléctrica se descompuso y el perro pudo darle alcance. Atrapar el juguete fue terrible. Durante años, el galgo había corrido en pos de un animal siempre postergado. Ahora sabía que la codiciada presa era una chatarra.

No hay mayor estímulo que el del anhelo que se alimenta de sí mismo: la esquivada liebre era el horizonte que obligaba a correr. Cuando el galgo pudo al fin morder su presa sufrió una aguda decepción: probó un metal inapetente. Acto seguido, se deprimió, no quiso volver a correr, dejó de acercarse al plato de las croquetas y tuvo que ser sacrificado.

Este último recurso parece demasiado drástico; sin embargo, quienes saben del tema cuentan que pocas cosas son tan difíciles de sobrellevar como la melancolía de un galgo y que la muerte asistida representa un alivio para una especie que no conoce otra forma del suicidio que matarse de

tedio.

¿Sueñan los galgos con liebres eléctricas? Quizá todos lo hacemos; lo único que cambia es el aspecto de lo que perseguimos.

Es obvio que en la vida conviene alcanzar ciertas metas. Sin embargo, la experiencia nos pone en contacto con dos formas de llegar a un fin. Como en los galgódromos, enfrentamos metas alcanzables (el fin de una carrera) y otras que conviene posponer.

Le conté esta anécdota a mi amigo Frank, que analiza muy bien a nuestros conocidos. Como de costumbre, no dijo nada al respecto pero registró el caso. A los pocos días le comenté que me había encontrado a Edwin, un conocido que acababa de recibir un premio importantísimo. Para mi sorpresa, Edwin estaba entre abrumado y sordo. Tuve que gritarle mi felicitación, me vio con ojos borrosos y cambió de tema. Se lo conté a Frank. Su respuesta fue fulminante: «Alcanzó su liebre.»

Gracias a esta conversación entendí una historia que Chéjov no llegó a desarrollar pero dejó anotada en sus cuadernos: «Un hombre, en Montecarlo, va al casino, gana un millón, vuelve a casa, se suicida.» De acuerdo con Ricardo Piglia, este apunte condensa la forma clásica del cuento. Que un hombre gane y disfrute es una anécdota, incluso una noticia (si el monto es apropiado). Que se castigue por haber ganado es un cuento. El secreto de esa trama consiste en que el final sea a un tiempo sorpresivo y congruente con la psicología del personaje (una oscura lógica debe impulsarlo a sufrir a fondo su victoria).

Me parece que la clave está en la liebre eléctrica. El jugador no se mata porque detesta el triunfo ni porque se siente culpable de revertir sus muchos días de sufrimiento. Se mata porque ya no puede seguir posponiendo lo que anhela. Su vida carece de segundas oportunidades. Obtuvo lo que deseaba, pero eso apenas lo compensa. Una vez alcanzado, lo que valía como propósito adquiere el sabor del metal inerte.

Esta tragedia ocurre cuando el protagonista tiene *una* meta de la que todo depende. No es casual que eso ocurra en los deportes. De pronto, una tenista que lo ha ganado todo dice que su oficio no tiene sentido y ofrece una conferencia de prensa donde justifica su retiro con torpes y escasas palabras. Se ha cansado de coleccionar liebres eléctricas, pero no sabe cómo decirlo.

Tal vez el gran Zidane quiso ponerse a salvo del afán de obtenerlo todo y por ello fracasó adrede en su último partido. Estaba a punto de ganar otro Mundial, hazaña inesperada pero no ilógica. La liebre estaba a su alcance, detenida por la diosa Fortuna, y no quiso atraparla. Salió del campo rumbo a la jubilación en la que ya no hay liebres pero en la que podrá soñar con la que dejó escapar.

Mientras escribo estas líneas, Coco, incesante, persigue una ardilla que no alcanzará. Conviene tener varias presas de ese tipo. La liebre eléctrica es símbolo de lo inalcanzable, y la liebre real, de la sorpresa (salta donde menos lo espera el cazador). Si dispones de varias presas perseguibles evitas la decepción del logro absoluto.

Sobran causas que impiden alcanzar el destino que queremos, pero a veces la vida se vuelve

rara y nos permite llegar ahí por casualidad: la liebre se descompone y podemos morderla. Entonces la cambiante materia humana se pone a prueba. Cuando la liebre está a la mano, el político corrupto aprovecha para quedarse con la nómina, el triunfador renuente se pega un tiro y el héroe cultiva su último derecho a la derrota.

Al plazo para entregar un artículo se le llama *deadline*, la línea de muerte. La expresión recuerda los afanes de los galgos: hay que llegar a tiempo pero dejar que la liebre corra por su cuenta.

LA DESPEDIDA COMO POEMA ÉPICO

Vivimos en uno de los pocos países en los que se considera educado quedarse en una reunión hasta que se duerman los anfitriones. Si el impulsivo huésped trata de incorporarse antes de las dos de la mañana, el dueño de casa le pregunta: «¿Pero qué mala cara has visto?»

Aunque disimule sus bostezos llevándose la servilleta a la boca, el mexicano que invita a cenar se asume como mártir de la hospitalidad. Hay muchos modos de que una reunión desemboque en la catástrofe (Benjamín agrade a todo mundo con seriedad de regimiento y luego protesta: «¡No aguantan bromas!», Xóchitl repite su infinito análisis de las elecciones internas del PRD, Conchita toma la guitarra y amenaza con cantar una de Chabuca Granda); de cualquier forma, por negras que sean las circunstancias, el anfitrión sólo piensa en prolongarlas.

Al otro día, comenta: «¡Los Jiménez se quedaron hasta las cinco de la mañana!» No importa que eso sea indeseable. El éxito del festejo se mide por su duración. Un veloz duelo de ingenios se valora menos que el dilatado teatro de malentendidos de quienes no saben cómo irse de ahí.

Abandonar de repente una casa ajena es un agravio. El invitado debe hacer su mejor esfuerzo para que no parezca que se da a la fuga. Por ejemplo, conviene llegar con un pretexto que prepare la retirada. El expediente del hijo enfermo es el más socorrido, aunque está probado que de tanto enfermarlos en la imaginación los niños acaban por contagiarse en la realidad.

Tampoco es muy útil inventar algún urgente asunto mañanero. Esto amenaza con prolongar la reunión hasta el desayuno: «¡Te vas de aquí a tu compromiso, hombre!» La mejor estrategia consiste en simular un problema vago, intrincado y algo humillante: «Dejamos a los niños con Juanita, mi prima que se trató de suicidar; lo hicimos para que recuperara la confianza en sí misma, pero la verdad es que me da mucho pendiente que mis hijos estén con ella.»

Un relato de este tipo inquieta lo suficiente para que el desprecio por salir temprano se transforme en lástima por ir al sitio donde Juanita se hace cargo de los niños.

Eso sí, una vez tomada la decisión de partir, no es lícito ponerse de pie sin más trámite que sacudir las migajas del saco. Cuando la pareja o los amigos que llegaron juntos cruzan esas miradas

que en las novelas se llaman «de entendimiento» y en la realidad son de angustia, el más elocuente del grupo debe iniciar el lento protocolo de la despedida.

Estamos ante un género literario moroso, que repudia la claridad y lo explícito, dominado por la alusión barroca.

Los pasos para salir sin gran demérito de una casa hospitalaria son los siguientes: 1) elogiar la comida y recordar que comimos mucho, algo insólito desde nuestra última amibiasis, 2) aprobar con oportunismo la tesis más molesta del anfitrión («fue muy iluminador lo que dijiste sobre Hitler»), 3) insistir en que vivimos lejísimo, 4) (en caso de vivir cerca) mencionar los desperfectos del coche que amenazan nuestra travesía, 5) decir: «Qué trasnochada» (a la hora que sea), 6) proponer un encuentro tan próximo que resulte un descanso que nos vayamos, 7) añadir algún dato escabroso sobre Juanita. Éste es el programa básico para decepcionar de un modo amable a los amigos. Uno parte sin quórum pero con el honor intacto.

Ciertos recursos pueden mejorar o arruinar la despedida. Por ejemplo, fingir un malestar repentino (nunca relacionado con el menú) o dividir a los anfitriones. Esto último requiere de maña conspiratoria. De pronto te acercas al amigo cuya generosidad se parece tanto a un arresto domiciliario y le dices al oído: «Mañana nos vemos en el vapor y te cuento de la Chata.» Obviamente esta complicidad depende de qué tan interesante sea la Chata. Si el anfitrión necesita ese informe, acallará las protestas de su mujer como si ella profiriera una desubicada letanía musulmana.

Después de tres cuartos de hora dedicados a crear consenso, sobrevienen esos abrazos de andén o de aeropuerto, tan largos que deberían dar millaje para regresar por el recalentado.

Estamos, al fin, a un paso eterno de salir. La canción ranchera, siempre atenta a nuestro dolor, supo resumir el momento de umbral en que el invitado es ya un intruso: «Te vas y te vas y no te has ido.»

Quizá porque los mexicanos somos impuntuales hemos hecho de la permanencia una virtud. Una vez que se produce el milagro de que la gente llegue, no hay que dejarla ir.

El huésped perfecto debe estar dispuesto a cambiar de huso horario en la sala de sus amigos. A las 3 a.m. acepta un digestivo y a las cuatro un totopo con un puré inclasificable. Cuando sus anfitriones se quedan dormidos en la sala, en posturas de entierro zapoteca, escribe una nota en la que pide disculpas por haberlos desvelado tanto. Al día siguiente, ellos le hablarán, mortificados por la culpa: «¡Ni adiós te dijimos!» En las reuniones que aspiran a la eternidad, el más amable apaga la luz.

LA REALIDAD COMO ENIGMA

Hace unos meses, mi amigo Julián Sorín empezó a llevar una vida paralela. No me refiero a que haya sido reclutado por un servicio de inteligencia ni a que sostuviera amoríos clandestinos: se convirtió en habitante de SecondLife.com, el sitio virtual que ya tiene millones de pobladores.

El interés por duplicar la experiencia puede venir del deseo de convertirte en alguien distinto o de ser el mismo en otras circunstancias. Quien se inscribe en Second Life asume un «avatar», el «otro yo» que lo representa en un espacio del tamaño de Boston. En ese *far west* digital es posible cambiar de sexo, raza, religión, oficio y hasta equipo de fútbol. Además, puedes comprar cosas en Linden Dollars y asumir una personalidad adicional como mascota o criatura fantástica. El territorio de las transfiguraciones permite ser un bombero asiático o un dragón posmoderno.

—No creas que se trata de un sitio para hacer contactos —me alertó Julián.

Second Life no es un medio para aliviar la realidad sino una realidad alterna. A diferencia de lo que pasa con otros juegos, no propone competir sino convivir, lo cual genera algunos conflictos. No faltan los intrusos con pésimo carácter y suficientes conocimientos de *software* para arruinar lo que hacen los demás. La tierra de la gran promesa virtual incluye locos y secuestradores. En esos casos se puede abandonar el juego y reportar al hostigador.

La IBM y la agencia Reuters han abierto despachos en Second Life y hay gente que paga los tallarines del mundo real con lo que vende en esa tierra de las representaciones.

La mayoría de los usuarios son muy jóvenes o muy viejos, gente con tiempo para una vida adicional. Sin saberlo, una adolescente australiana puede relacionarse con un anciano paraguayo que acaso despreciaría en la limitada vida real.

Julián empezó a pasar cuatro horas diarias ante la computadora. Poco a poco, su vida paralela resultó adictiva y se convirtió en su vida principal. Tal vez el sitio se llama Second Life como medida tranquilizadora, una forma de sugerir que esa zona de las vivencias sigue siendo secundaria y no significa una abducción hacia otro mundo.

Hace unos dos meses Julián renunció a su trabajo de dibujante en un despacho de arquitectos y abrió una galería para pintores virtuales en Second Life. En un par de horas vendió veintiséis iguanas que cambian de piel conforme avanza el día y que el propietario puede apreciar como un reloj orgánico.

—Tu vida ya es un caos: no debería contarte estas cosas —me dijo, temeroso de que me enganche en la red por su culpa.

Visité el sitio y el paisaje me deslumbró, pero sonó el timbre de mi casa y regresé al camión del gas, la cotidianidad y sus urgencias. En rigor, mi segunda vida es lo que me cuenta Julián.

Lo interesante de un personaje no es tanto lo que hace sino por qué lo hace. La tensión e incluso la discrepancia entre las causas y las acciones suelen producir buenas historias.

La vida paralela de Julián proviene del despecho. Una dramática decepción amorosa lo llevó a desconfiar de todo contacto humano y a aislarse con una disciplina que hubiera dado mucho de que hablar en un pueblo pequeño pero que nadie notó en el DF.

Cuando mi amigo supo de Second Life, escogió una personalidad insólita: un doble capaz de convivir con la desgracia, con una cicatriz bien trazada en la mejilla, aficionado a los rincones oscuros de la ciudad y al rock nihilista; su mascota sería el canario negro de los mineros y los samuráis existenciales. Julián quiso superar los traumas negando la posibilidad de esperanzarse: vivir como si no existiera la felicidad, con funcional recelo por el prójimo. Así fue como encarnó en Second Life: un galerista que exhibe la belleza con cara de apocalipsis.

Mi amigo asumió con tal congruencia su actitud sufrida y asocial que despertó curiosas simpatías. Es posible que la gente sea más comprensiva en un lúdico ambiente artificial. El caso es que sus iguanas virtuales le han reportado más ganancias que todos sus dibujos en papel Ingres.

La historia de Julián representa una fuga psicológica perfecta, típica de un tiempo en el que lo decisivo es intangible. Una decepción amorosa y la consecuente misantropía lo prepararon para ser un crack del mundo digital. Pero esto aún no lo hace interesante como personaje: lo decisivo fue que su evasión se convirtió en una novedosa forma de socializar.

Una chica entró a la galería donde exhibe las iguanas que cambian con el sol y no vio ninguno de los cuadros: se concentró en la cicatriz que Julián usa en ese mundo. El flechazo fue instantáneo: aquella mujer amó todos los defectos del avatar creado por mi amigo (él sólo encontró virtudes en la visitante).

El romance prosperó hasta que el misántropo violó el código fundamental del juego: quiso encontrar a la persona detrás del personaje. Hubo diálogos titubeantes y una respuesta de escalofrío: «Soy tu vecina.» Después de estas palabras, Julián oyó un golpe en la pared.

¿Podía el azar objetivo trabajar suficientes horas extra para que eso fuera una simple coincidencia? No, no podía. La chica tenía una estrategia: entró a Second Life para localizar y seducir al vecino que le gustaba desde antes, en el mundo que sólo es real. Lo había visto mil veces en el edificio sin que él reparara en ella; lo estudió con tal devoción que al ingresar a la segunda

vida le dijo todo lo que él deseaba oír.

Al otro lado del muro vivía la mujer que había creado esa inquietante estratagema. ¿Tenía caso visitarla? Second Life no es una agencia de contactos. Verla significaba refutar la alteridad. ¿Valía la pena volver a la primera realidad, buscar a alguien que huele y respira, tirar la pared que los separaba, unir sus departamentos de manera superconcreta?

—¿Qué hiciste? —pregunté azorado.

Julián Sorín me vio de modo ambiguo, como si admitiera una derrota agradable:

—Nadie escapa a su propia piel —dijo.

Supe que había conocido a su vecina. Luego agregó, en forma inolvidable:

—Quise joderme, pero se me atravesó la realidad.

LOS PRESENTES

La tierra de un escritor es algo nebuloso. ¿Dónde comienzan sus fronteras, dónde cesa su deuda con los otros? La «geografía de la imaginación», como la llama Guy Davenport, suele exceder el espacio en que los escritores cumplen su misión de perder pelo ante el teclado. En los tiempos que corren, un poeta o un novelista difícilmente reclaman para sí el vernáculo prestigio de ser heraldos «representativos». A diferencia de lo que ocurre con los futbolistas y los acróbatas de circo, los escritores rara vez aspiran al triunfo regionalista de ser el «Maradona de los Cárpatos» o el «Croata Volador».

Las influencias literarias sorteán las aduanas que impone la convención territorial. Esto atañe a la escritura tanto como a la lectura. En casos extremos, el grueso de los lectores de un autor pertenece a una lengua distinta a la suya (en un ensayo luminoso, Francisco Rico recordó que sólo hacia mediados del XVIII el *Quijote*, que ya era un clásico en francés e inglés, también lo fue en castellano).

Y, sin embargo, ciertas constancias, ciertas formas subjetivas de la experiencia, hacen que el escritor sienta, de manera inexorable, que es de un sitio. De pronto, se encuentra en esa versión teatral de la lectura, una sala de conferencias donde un rostro en la segunda fila provoca la imposible impresión de que siempre ha estado ahí.

Supongo que cada país dispone de diferentes espíritus irregulares, personas de aspecto un poco perdido o extravagante que asisten en forma solitaria —nunca en mundana compañía a los actos literarios y así les otorgan peculiar coherencia. El autor no sabe quiénes son, rara vez habla con ellos, cree olvidarlos al abandonar la sala. Pero, al verlos de nuevo, sabe que está en su sitio. Sería desmedido suponer que esas tres o cuatro caras anónimas y familiares son *su* público. El autor también las ha visto en conferencias de otros autores, guardando la atención un tanto reticente que a él le muestran. Más bien son *el* público. Esas caras integran un sistema; por ellas, el acto se relaciona con un entorno más amplio, una abstracción unificadora, vagamente civilizatoria; la conferencia se inscribe en una constelación reconocible a través de sus estrellas fijas.

Aunque no parecen muy atentos, los hombres reiteran su presencia. Escuchan con el aire errático

del que está ahí porque afuera hace más frío o absortos en incendios que tal vez son interiores. Los de México, Distrito Federal, visten las ropas maltratadas que suelen distinguir a quienes buscan fervoroso remedio en la cultura. Rompevientos desgastados, pantalones luidos, zapatones con cuarteaduras. Llevan arrugadas bolsas de plástico a modo de portafolios; prefieren los lápices a las plumas, no tienen reloj, usan boinas raras, hechas de un casimir que hace medio siglo fue un chaleco. Aunque normalmente son de una limpieza escrupulosa, a veces muestran lastimaduras, una uña negra y rota, una rajada en la mejilla, un manchón de Merthiolate en la frente. Cuando el autor, acostumbrado a su presencia sigilosa, se acerca a saludarlos, hablan con un respeto evocador de otros tiempos: «Gusto en verlo, maestro.»

¿Por qué están ahí? O mejor: ¿por qué están *siempre* ahí? ¿Qué complejidades los expulsaron de otras compañías? ¿Conforman una secta que en otros momentos se reúne ruidosamente en sótanos o azoteas para definir un canon hermético, sólo frecuentado por quienes lo merecen? ¿Son, por el contrario, enemigos que no hablan? ¿Están ahí con rabiosa oposición, comprobando el vacío tráfico de las vanidades? ¿Se limitan a demostrar, con su muda comparecencia, que se está peor en otros sitios?

Hablar con ellos, individualizarlos, significaría romper el pacto esencial de esas sesiones, ceder a la tentación de tener *un* público, guiar la palabra por el oído. No hay por qué conocerlos para definirlos. Son los presentes. Ni el más cosmopolita de los autores escapa a esa estricta composición de lugar: los tres o cuatro rostros que otorgan sentido de la pertenencia. Pobretones, con expresión de entender a medias o de no estar del todo ahí, aferran su arrugada bolsa de plástico, mordisquean la uña gruesa de los artesanos. Ellos son la tradición, única muestra de que ese acto pertenece a una serie y prefigura un porvenir.

Los demás escuchas están ahí por excepción. Amigos leales que visitan al autor como si estuviera en la cárcel o el hospital. Terminado el acto, el conferencista se aleja hacia la fonda de turno, después vuelve a la escritura sin fronteras, los libros que lo afectan y lo comprometen con voces muy lejanas. A veces habla en otras partes y trata de adivinar cuáles son los tres o cuatro escuchas permanentes que definen esa tradición. Rara vez lo logra. Sólo al regresar a las salas que su memoria desdibuja pero le resultan secretamente esenciales comprueba que está en su sitio. Ve la guayabera aún más desgastada, el pelo abundante que crece apenas arriba de las cejas, la cortada que asombrosamente no ha cicatrizado.

Hace años, Juan José Arreola lanzó una editorial con el afortunado título de Los Presentes. La escritura como regalo y acto de presencia. Tal vez también aludía a los testigos necesarios, los que se desconocen pero están ahí, para recordar que algo perdura, algo lejano, quizá dicho por otro.

De golpe, un brillo fija la mirada del hombre que se toca la mancha de Merthiolate. Por un segundo, el autor sabe que pertenece: ha hecho contacto como si fuera otro. Luego, la cara visible y rota de la tradición se vuelve a distraer.



JUAN VILLORO (Ciudad de México, 24 de junio de 1956), escritor y periodista mexicano. Su padre fue el filósofo Luis Villoro. Estudió sociología en la Universidad Autónoma Metropolitana. Aficionado al rock, condujo el programa radiofónico *El lado oscuro de la luna* en Radio Educación entre 1977 y 1981, y fue agregado cultural en la Embajada de México en la República Democrática Alemana, viviendo en Berlín Oriental hasta 1984.

Colaborador en numerosos medios como *Vuelta*, *Nexos*, *Proceso*, *Cambio*, *Unomásuno* y *La Jornada*, en esta última dirigió el suplemento *La Jornada Semanal* entre 1995 y 1998. También fue profesor de literatura en la Universidad Nacional Autónoma de México y profesor invitado en las universidades de Yale, de Boston, Pompeu Fabra y de Princeton.

En 1991 publicó su primera novela, *El disparo de argón*. Sin embargo su mayor éxito de público era como escritor para niños, hasta que en 2004 apareció *El testigo*, con la cual obtuvo el Premio Herralde, otorgado por la Editorial Anagrama. Obtuvo el premio Cuauhtémoc de traducción en 1988 y el Premio Xavier Villaurrutia en 1999.

Otras obras representativas son: el libro de crónicas *Tiempo transcurrido* (1986); la novela *Materia dispuesta* (1997); las recopilaciones de cuentos *El mariscal de campo* (1978), *La noche navegable* (1980), *El cielo inferior* (1984), *Albercas* (1985), *La alcoba dormida* (1992), *Autopista sanguijuela* (1998) y *La casa pierde* (1999); los ensayos *Los once de la tribu* (1995) y *Efectos personales* (2000), y los relatos infantiles *Las golosinas secretas* (1985), *El profesor Zíper y la fabulosa guitarra eléctrica* (1992) y *Baterista numeroso* (1997).

Vive entre México y España, donde reside en Barcelona y enseña literatura en la Universidad Pompeu Fabra.